

SI PUDIERAS VERME AHORA

PETER STRAUB

PRIMERA PARTE

I

—Ya ha empezado el invierno —dijo Alison.

—¿Qué?

—Hace un mes que empezó el invierno.

—No entiendo.

—¿Qué día es hoy?

—Veintiuno de julio. Jueves.

—Dios, mira esas estrellas —dijo Alison—. Me gustaría dar un salto fuera del planeta y ponerme a navegar entre ellas.

El y Alison, primos carnales procedentes de extremos opuestos del continente, yacían tendidos uno al lado del otro en el jardín de su abuela, en la parte del Wisconsin rural más próximo al río Mississippi, y miraban hacia el firmamento por entre las grandes y oscuras copas de los nogales. «Mi espíritu está penetrando en ti», gritaba Oral Roberts, y la madre de Alison, Loretta Greening, rió suavemente. El muchacho volvió de lado la cabeza sobre la hierba áspera y elástica y miró el perfil de su prima. Era vulpino, ardiente, y, si la sola voluntad bastara para elevarla sobre la tierra, estaría ya volando, lejos de él. Captó su olor a agua fría y vigorizante.

—Dios —repitió Alison—, me largaría allá arriba. Es lo que siento a veces cuando escucho a Gerry Mulligan. ¿Has oído hablar de él?

No había oído hablar de él.

—Deberías vivir en California, chico. En San Francisco. Y no sólo porque así podríamos vernos más, sino porque es que Florida está tan condenadamente lejos de todo... Gerry te volvería loco. Es realmente formidable. Jazz progresista.

—Ojalá viviéramos cerca de vosotros. Sería estupendo.

—Yo odio a todos mis parientes, excepto a ti y a mi padre. —Volvió la cabeza hacia el rostro de él y le dedicó una sonrisa de brillante y deslumbradora blancura—. Y supongo que a él le veo menos aún que a ti.

—Suerte que tengo.

—Podrías considerarlo así.

Alison apartó de nuevo la vista. Oían las voces de sus madres, mezcladas con el ruido de la radio. Su abuela, Jessie, el centro juicioso de la familia, estaba haciendo algo en la cocina, y de vez en cuando su voz, más suave, se deslizaba por entre las conversaciones que entrelazaban las hermanas en el porche. Había estado encerrada todo el día con su primo Duane, a quien le faltaba poco para casarse. Los niños sabían que su abuela se oponía al matrimonio, por razones tenues pero poderosas.

—El año pasado volviste a meterte en líos —dijo Alison.

El asintió con un gruñido, azorado, sin ningún deseo de hablar del asunto. Se suponía que ella no debía conocer esta faceta suya. La última vez, la cosa había

estado a punto de ser seria, y todas sus circunstancias y complicaciones irrumpían en sus sueños varias noches a la semana.

—Te has metido en muchos líos, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Yo también he tenido alguno. No como tú, pero sí lo suficiente para que se fijasen en mí. Tuve que cambiar de escuela. ¿Cuántas veces has cambiado tú de escuela?

—Cuatro. Pero la segunda fue..., la segunda vez fue sólo porque uno de los profesores la tenía tomada conmigo.

—Yo tuve una aventura con mi profesor de arte.

Él la miró fijamente, pero le era imposible saber si mentía. Pensó que probablemente no mentía.

—¿Por eso es por lo que te expulsaron?

—No. Me echaron porque me cogieron fumando.

Comprendió que era verdad..., las mentiras nunca eran tan poco sugestivas. Se sintió profundamente interesado y lleno de envidia. Ambos sentimientos se mezclaban junto a una gran admiración. A los catorce años, uno más que él, Alison formaba parte del apasionado mundo adulto de aventuras amorosas, cigarrillos y cócteles. Ella le había revelado anteriormente su entusiasmo por los martinis «con quiebro», fuera eso lo que fuese.

—Al bueno de Duane le gustaría tener una aventura contigo —dijo él.

Alison soltó una risita.

—Bueno, me temo que el bueno de Duane no tiene muchas probabilidades.

Luego, volviéndose hacia él con todo su ardiente e inesperado vigor, rodó rápidamente de lado y le miró.

—¿Sabes qué hizo ayer? Me preguntó si quería ir a dar una vuelta con él en su furgoneta..., eso era mientras tú y tu madre estabais visitando a tía Rinn, y yo le dije que claro, por qué no, y él me llevó a dar una vuelta y me puso la mano en la rodilla tan pronto como salimos del paseo de coches. No la retiró hasta que pasamos delante de la iglesia.

Rió de nuevo, como si este último detalle fuese la prueba concluyente de la ineptitud de Duane como amante.

—¿Le dejaste?

—Tenía la mano toda sudorosa —dijo Alison, sin dejar de reír..., de hecho, lo dijo en voz tan alta que el muchacho se preguntó si Duane podría oírla—, y parecía como si me estuviese frotando la rodilla con grasa de tractor o algo así. Le dije: «Apuesto a que no tienes mucha suerte con las chicas, ¿verdad, Duane?», y él paró el coche y me hizo bajar.

—¿Te gusta alguno de los chicos de aquí?

Quería que le respondiera negativamente, y su respuesta, al principio, le hizo enrojecer de satisfacción.

—¿Aquí? ¿Bromeas? En primer lugar, no me gustan gran cosa los chicos, son muy inexpertos, y no me gusta el aroma a establo que rodea a la mayoría de los granjeros. Pero Oso Polar me parece bastante guapo.

Oso Polar, así llamado por la blancura de su pelo, era el hijo del policía del municipio de Arden, y era un muchacho regordete, aproximadamente de la misma edad que Duane, que había ido varias veces a la granja Updahl para mirar admirativamente a Alison. Era un famoso alborotador, aunque, que él supiera, no le habían expulsado aún de ninguna escuela.

—A él también le pareces guapa, pero supongo que incluso un patán como Oso Polar se daría cuenta.

—Bueno, tú sabes que sólo te quiero a ti. —Lo dijo en un tono tan alegre que sonaba a falso.

—Aceptaré eso —dijo él, pensando que había dicho algo muy sofisticado, la clase de cosa que podría decir su profesor de arte.

Duane había empezado a gritar en la cocina, pero, al igual que sus madres, ellos no le hicieron ningún caso.

—¿Por qué has dicho eso de que está empezando el invierno?

Ella le tocó la nariz con un dedo, y el gesto le hizo enrojecer.

—Porque tal día como hoy hace un mes tuvimos el día más largo del año. Se está esfumando el verano. ¿Te gusta tía Rinn? A mí me parece que hay algo fantasmal en ella. Es realmente extraña.

—Sí que lo es —corroboró él, con vehemencia—. Me dijo algo acerca de ti. Cuando mamá estaba fuera mirando las plantas.

Alison pareció ponerse rígida, como si supiera que el comentario de la anciana no podía haber sido lisonjero.

—¿Qué te dijo de mí? Le hace demasiado caso a mi madre.

—Fue..., dijo que debía tener cuidado contigo. Dijo que tú eras mi cepo. Dijo que serías mi cepo aunque, no fuésemos primos, aunque no nos conociéramos, pero que al ser primos era mucho más peligroso. No quería decírtelo.

—Tu cepo —dijo Alison—. Bueno, quizá sea tu cepo. Parece una cosa estupenda serlo.

—Estupenda para mí querrás decir.

Alison sonrió, sin afirmar ni negar, y se volvió de nuevo hasta quedar otra vez boca arriba, mirando al brillante y estrellado cielo. Cuando habló, dijo:

—Estoy aburrida. Vamos a hacer algo para celebrar el comienzo del invierno.

—No hay nada que hacer.

—A Oso Polar se le ocurriría algo —dijo Alison con voz dulce—. Ya sé. Vamos a nadar. Vamos a la presa. Me gustaría bañarme. ¿Qué te parece? Anda, vamos.

A él le pareció una propuesta dudosa.

—No nos dejarán.

—Espera y verás. Te voy a enseñar cómo nadamos en California.

El preguntó cómo recorrerían los trece kilómetros que había hasta la presa. Esta se hallaba situada en las colinas, a las afueras de Arden.

—Espera y verás.

Alison se puso en pie de un salto y echó a andar hacia la casa. Oral Roberts había dejado para otra semana la curación por la fe, y los sonidos de una orquesta de baile se mezclaban ahora con las voces de sus madres.

El corrió para alcanzarla y la siguió a través de la puerta persiana del porche.

Loretta Greening, una versión más suave y alta de Alison, se hallaba sentada con la madre de él en el sofá del porche. Las dos mujeres se parecían mucho. Su madre estaba sonriendo; la de Alison mostraba su perpetua expresión de excitación nerviosa mezclada con descontento. Al cabo de unos momentos, el muchacho advirtió la presencia de Duane, sentado en una silla de mimbre al otro extremo del porche. Se golpeaba silenciosamente el muslo con un puño y parecía mucho más descontento que Mrs. Greening. Estaba mirando a Alison como si la odiase, pero ella no le prestó la menor atención.

—Dame las llaves del coche —dijo Alison—. Queremos ir a dar una vuelta.

Mrs. Greening se encogió de hombros al tiempo que miraba a su hermana.

—Oh, no —dijo la madre del chico—. Alison es demasiado joven para conducir, ¿no?

—Es para practicar —dijo Alison—. Sólo en las carreteras secundarias. Tengo que practicar, o no aprobaré nunca el examen.

Duane continuaba mirándola.

—Yo tengo la teoría de que una siempre les deja hacer lo que ellos quieren —dijo Mrs. Greening a la madre del chico.

—Porque yo aprendo de mis errores.

—Bueno, ¿no crees que...? —empezó la madre de él.

—Toma —dijo Mrs. Greening, y le echó las llaves—. Y, por amor de Dios, ten cuidado con ese viejo mentecato de Hovre. Seguro que preferiría echarte una multa a mascar ese repugnante tabaco.

—Oh, no vamos a acercarnos a Arden —respondió Alison.

Duane había apoyado las manos en los brazos de su silla. El muchacho comprendió con horrorizada certeza que Duane iba a invitarse a sí mismo, y temió que su madre insistiera en que le dejaran conducir el «Pontiac» de los Greening.

Pero Alison actuó demasiado rápidamente como para que ni Duane ni su madre tuvieran tiempo de hablar.

—Muy bien, gracias —dijo, y volvió a cruzar la puerta del porche.

Para cuando el muchacho pudo reaccionar, ella estaba ya deslizándose en el interior del coche.

—Nos hemos librado bien de ése, ¿verdad? —dijo Alison minutos después, mientras abandonaban la carretera del valle para pasar a la autopista de Arden. Él estaba mirando por la ventanilla posterior, donde creía haber visto los faros de la

furgoneta de Duane. Pero podía haber sido cualquier furgoneta de una de las granjas del valle.

Se disponía a contestar, cuando Alison habló de nuevo, en extraño contrapunto a sus pensamientos. Era una experiencia corriente entre ellos, este acceso recíproco a sus pensamientos y fantasías, y el muchacho pensaba que eso era lo que había notado tía Rinn.

—Duane estaba a punto de autoinvitarse, ¿verdad? No me habría importado si no fuese tan patético. Parece como si no pudiera hacer nada a derechas. ¿Viste la casa que estaba construyendo para su novia?

Alison soltó una risita. La casa se había convertido en una secreta broma familiar, pero sin mencionarla jamás delante de los padres de Duane.

—Ya me he enterado —dijo él—. Y, desde luego, resulta gracioso. No quiso que la viera. La verdad es que Duane y yo no nos llevamos muy bien. Tuvimos una pelea terrible el año pasado.

—¿Y no te acercaste a echar por lo menos un vistazo? Cristo, es una cosa pasmosa. Es...

Se interrumpió, sofocada por la risa, incapaz de caracterizar mejor la casa.

—Y no hay que mencionársela a Duane —añadió, pugnando por tomar aliento—, no se puede hacer ni el más mínimo comentario...

—Reía ya incontrolablemente.

Como el coche iba haciendo eses, él dijo:

—¿Cómo has aprendido a conducir? Mis padres ni siquiera me dejan tocar el coche.

—Oh, de esos changos con los que suelo salir a veces.

El se limitó a soltar un gruñido, sin la menor idea de qué eran los changos y pensando que sonaban peor aún que el profesor de arte.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer? —dijo Alison—. Deberíamos hacer un pacto. Un pacto serio. Un juramento. Prometer que, suceda lo que suceda..., ya sabes, cualquiera que sea la persona con quien nos casemos, ya que no podemos casarnos el uno con el otro, que permaneceremos en contacto; no, que permaneceremos juntos.

Le miró unos instantes con expresión extraña, y luego, detuvo el coche a un lado de la carretera.

—Hagamos un juramento. Es importante. Si no, no podemos estar seguros.

Él la miró en silencio, sorprendido por esta súbita emoción.

—¿Quieres decir que prometamos vernos cuando estemos casados?

—Casados o solteros, vivamos en París o en África..., como sea. Digamos..., digamos que nos reuniremos aquí un día determinado. Tal día como hoy dentro de diez años. No, eso no es suficientemente lejano. Dentro de veinte años. Yo tendré treinta y cuatro, y tú treinta y tres. Muchos menos de los que tienen ahora nuestras madres. El 21 de julio de..., a ver..., 1975. Si es que todavía existe el mundo en 1975. Promételo. Júramelo. —Le estaba mirando con tanta intensidad que él no se atrevió a

echar a broma la absurda promesa.

—Lo juro.

—Yo también lo juro. En la granja, dentro de veinte años. Y, si te olvidas, iré a buscarte. Si te olvidas, que Dios te proteja.

—De acuerdo.

—Ahora tenemos que besarnos.

Su cuerpo pareció volverse más ligero. El rostro de Alison parecía más grande, más desafiante, parecido a una máscara. Tras la máscara, sus ojos le miraban, resplandecientes. Movi6 con dificultad el cuerpo en el asiento del coche. Se inclin6 hacia ella. El coraz6n empez6 a latirle con fuerza. Cuando su rostro, s6bitamente enorme, lleg6 junto al suyo, sus labios se rozaron. Su primera sensaci6n fue la de la inesperada blandura y suavidad de los labios de Alison, y, luego, la sustituy6 la conciencia de su c6lido aliento. Alison apret6 con m6s fuerza su boca contra la suya, y 6l sinti6 las manos de ella en su nuca. La lengua de Alison se le desliz6 por entre los labios.

—Esto es lo que le asusta a tía Rinn —susurr6 Alison, derramando sobre la boca de 6l el calor de la suya.

Volvi6 a besarle, y 6l experiment6 una intensa sensaci6n.

—Me haces sentir como un chico —dijo Alison—. Me gusta.

Cuando se retir6, Alison le mir6 al regazo. 6l, aturdido, mantuvo la vista fija en su cara. Le habría dado cualquier cosa, habría muerto por ella allí mismo.

—¿Has ido alguna vez a nadar de noche? —pregunt6 Alison.

Negó con la cabeza.

—Nos vamos a divertir —dijo Alison, y puso de nuevo en marcha el coche. Con desenvuelto ademán, enfil6 otra vez la carretera.

6l volvi6 la cabeza para mirar por la ventanilla posterior y vio los faros de otro veh6culo aparecer por una curva a unos treinta metros por detr6s de ellos.

—Creo que Duane nos est6 siguiendo.

Ella se apresur6 a mirar por el espejo retrovisor.

—No le veo.

6l volvi6 la cabeza: Los faros habían desaparecido.

—Pero estaba ahí antes.

—No se atrevería. No te preocupes por Duane. Figúrate, con un nombre como ése.

6l se ech6 a reír, aliviado, y, de pronto, se interrumpi6, lleno de consternaci6n.

—¡No hemos traído los trajes de baño! Tendremos que volver.

Alison le dirigi6 una extraña mirada.

—¿No llevas ropa interior?

Volvi6 a reír, de nuevo aliviado.

Cuando llegaron a la pista de tierra apisonada que conducía colina arriba hasta la presa, el muchacho volvi6 r6pidamente la cabeza para ver si les seguían los faros,

pero no percibió nada más que las luces de una granja a gran distancia carretera abajo. Alison conectó la radio, y retumbaron los sones de «Yakety Yak». Ella cantaba la letra de la canción mientras subían a toda velocidad la colina. «No respondas.»

Una espesa barrera de matorrales separaba los irregulares escalones que conducían a la presa desde el lugar donde detuvo el coche, un llano salpicado de piedras y hierbajos.

—Oh, esto va a ser estupendo —dijo Alison, y volvió a encender la radio.

«... y para Johnny y Jeep y toda la pandilla del cine al aire libre de Reuter, Les Brown y su orquesta interpretando Vuelve, mi amor —sonó la grave y untuosa voz del locutor—. Y para Reba y LaVonne en la Arden Epworth League, Les Brown y Vuelve, mi amor.»

Desde el espacio despejado en que en otro tiempo se alzaban los barracones de los obreros, un sendero de tierra y hierba conducía a través de una abertura en la barrera de matorrales hasta los escalones rocosos que llevaban al borde de la presa. Cuando hubo seguido a Alison por los escalones, se detuvieron ambos en la plataforma de roca que se extendía a medio metro de distancia de la negra superficie del agua. Como ocurre con todas las presas, se decía que ésta no tenía fondo, y el muchacho podía creerlo... La negra lámina del agua parecía inviolada. Si uno atravesaba, nunca terminaría de caer, continuaría descendiendo eternamente.

Ninguna de estas reflexiones turbaba a Alison. Ésta se había quitado ya la blusa y los zapatos y se estaba quitando ahora la falda. El muchacho se dio cuenta de que le estaba mirando el cuerpo y de que ella lo sabía, pero no importaba.

—Quítate la ropa —dijo Alison—. Eres terriblemente lento, primo. Si no te das prisa, tendré que ayudarte.

Se sacó rápidamente la camisa por encima de la cabeza. En bragas y sostén, Alison se detuvo a mirarle. Zapatos, calcetines y, luego, los pantalones. El fresco aire nocturno le acarició los hombros y el pecho. Ella le estaba mirando con aprobación, sonriendo.

—¿Quieres hacer lo que hacemos en California?

—Oh, desde luego.

—Entonces, vamos a bañarnos a pelo.

—¿Qué es bañarse a pelo? —aunque pensó que lo sabía.

—Mírame.

Sonriendo, ella se bajó las bragas, que resbalaron hasta el suelo, y sacó los pies. Luego, se desabrochó el sostén. La radio del coche llevaba hasta ellos una canción lánguida y sentimental interpretada por Ray Anthony.

—Tú también —dijo Alison, sonriendo—. Verás qué agradable es.

Un ruido que sonó sobre ellos, cerca de las rocas, le hizo dar un salto.

—¿Qué ha sido eso? ¿Una tos?

—¿Acaso tosen los pájaros? Anda, venga.

—Sí.

Se quitó los calzoncillos, y cuando levantó la vista hacia ella, Alison se estaba zambullendo en el agua. Su cuerpo resplandecía con blanco fulgor bajo la oscura superficie del agua, deslizándose durante largo rato hacia el centro de la presa. Luego, su cabeza emergió del agua y ella se echó hacia atrás el pelo en un movimiento lleno de feminidad.

Tenía que acercarse a ella. Fue hasta el borde de la roca y se lanzó al agua: un latigazo helado pareció recorrer su sistema nervioso y quemar su piel, pero la sencilla y femenina eficiencia de su gesto había sido un latigazo más intenso. Más que sus alusiones a changos y profesores de arte, era eso lo que hacía de ella una criatura lejana.

Para cuando llegó a la superficie, el cuerpo se le había acomodado ya a la temperatura del agua. Alison se estaba alejando de él, moviéndose suavemente a través del agua. Advirtió con disgusto que nadaba mejor que él, que se sentía orgulloso de cómo lo hacía. Y era también nadadora más potente, pues, cuando empezó a seguirla aceleró sin ningún esfuerzo el ritmo de sus brazadas y aumentó la distancia entre ellos. Al llegar al extremo de la presa, se sumergió en elegante giro para volver a emerger luego, grácil y poderosa, reluciendo sus hombros y sus brazos en la oscuridad. El resto de su cuerpo relucía también, misterioso y desdibujado por el agua. Él dejó de nadar y se limitó a sostenerse en el agua, esperándola.

Entonces, sofocado por la música de baile que llegaba a ráfagas desde el coche, oyó otro sonido por encima de ellos y levantó rápidamente la vista. Algo blanco pasó fugazmente por detrás de uno de los matorrales menos espesos. Por un momento pensó que era una camisa blanca, pero luego aquello se detuvo y quedó demasiado inmóvil como para que se hubiera movido en absoluto..., el brillo de la luna en una roca. Desde el otro lado de la parte alta de la presa, encima y por detrás de él, llegó un breve silbido. Volvió la vista por encima del hombro, pero no vio nada.

Alisen estaba ahora cerca de él, dando sus elegantes brazadas que apenas si turbaban la superficie del agua. Flexionó la cintura, resplandecieron un instante sus nalgas y desapareció. El sintió que sus manos le rodeaban las pantorrillas y logró contener el aliento antes de sumergirse.

En las oscuras aguas, Alison le agarraba ahora de la cintura, sonriendo. El le tocó las frías y suaves manos. Luego, audazmente, se atrevió a tocar sus desparramados cabellos y su redondo cráneo. Ella le aferró con más fuerza por la cintura y, utilizando los músculos del hombro, le hizo descender, deslizándose sobre él hasta estrecharle el pecho con los brazos. Le mordisqueó el cuello. Las piernas de ambos se extendían paralelas, tocándose. Empezó a turbársele la mente.

Cuando lo que ella había hecho revivir le rozó el estómago, le soltó y ascendió suavemente a la superficie. Conteniendo el escaso aire que le quedaba, él vio oscilar su cuerpo, un increíble regalo de perfección casi mística. Sus pequeños pechos se balanceaban en el agua, sus piernas se doblaban en adorable curva. Sus manos y sus pies eran fulgurantes estrellas blancas. La turbación se extendió inconteniblemente

por su mente, anulando todo lo demás. Se elevó junto a ella, rozando todo su cuerpo.

La vista se le nubló por unos momentos, y el brazo de Alison se enroscó en torno a su cuello: cuando se le aclararon los ojos, estaba mirando una húmeda mata de pelo. Los duros pómulos de la muchacha le presionaban la mandíbula. Haciendo acopio de toda su fuerza, se desasíó de sus brazos y la atrajo hacia sí. Hundió la cabeza bajo el agua, la apretó contra el cuello de Alison y oyó su estridente risa. Rodeó las piernas de la muchacha con las suyas. Volvieron a sumergirse, agitándose en el agua, y la turbación que inundaba su mente les hizo hundirse más aún en las frías aguas. Le retumbaron los oídos cuando ella se los golpeó.

Todo retumbaba a su alrededor. El agua le cubría, la resbaladiza perfección de Alison pugnaba con él. Llegaron de nuevo a la superficie y aspiraron aire un instante antes de que el agua explotara de agitación. Alison dejó de reír y le agarró la cabeza, aplastándole dolorosamente las orejas, y luego parecieron ser más de dos, pugnando frenéticamente en las agitadas aguas, pugnando por respirar, pugnando por unirse. Hervía el agua a su alrededor, y siempre que sus cuerpos, su único cuerpo, rompían la superficie, brotaban también surtidores de agua.

SEGUNDA PARTE

I

Ningún relato existe sin su pasado, y el pasado de un relato es lo que permite comprenderlo (creo que quizás ésa es la razón por la que mis clases versan sobre novelas y no sobre poemas, en los que la historia interna puede limitarse a media docena de versos), pero, precisamente porque conozco la influencia que el pasado ejerce sobre mi relato, quiero dejar que vaya trasluciéndose en los momentos oportunos en lugar de presentarlo completo desde el principio. Sé, y aquí habla el maestro de literatura, la especie de profesor de ficción contemporánea, que cada relato, por cargado de historia que esté, es una unidad parlante de presente, un nudo parlante, una gema. Tal vez apreciemos más un diamante si conocemos su historia de asociación con sangrientas contiendas y matrimonios dinásticos frustrados, pero no lo comprendemos mejor. Lo mismo podría decirse del amor, o de los amantes..., la historia de esposas indiferentes o maridos holgazanes, incluso los atavíos de la personalidad, está tendida en el suelo, esperando ser revestida con sus prendas. Así, pues, empiezo este relato, por medio de este desmañado párrafo, conmigo mismo conduciendo mi coche, un «Volkswagen» comprado diez años antes, desde Nueva York a Wisconsin en las últimas semanas de junio. Me encontraba yo en ese limbo que se extiende entre la juventud y la madurez en que es indispensable el cambio, en que nuevas posibilidades deben remplazar a las viejas visiones que se van ya extinguendo, y llevaba divorciado un año. Divorciado espiritualmente, no legalmente, porque mi mujer había muerto seis meses después de abandonarme. Yo no necesitaría nunca la sentencia formal. (Imposible ocultar la amargura, aun después de la muerte de Joan.)

Llevaba día y medio conduciendo mi «Volkswagen» a toda la velocidad que el coche y la patrulla de carreteras permitían, y había pasado la noche anterior en un motel de Ohio de aspecto destartado, un motel tan anodino que olvidé su nombre y el de la ciudad en cuyas cercanías estaba, nada más enfilar de nuevo la carretera. Había tenido una pesadilla particularmente turbadora y estaba ansioso de libertad, de respirar un aire nuevo. Todas las células y nervios de mi cuerpo estaban agarrotados por la malignidad, por los residuos de gases de gasolina y por la violencia reprimida; yo necesitaba una sosegada paz verde, nuevos días en los que terminar (en realidad, escribirla casi entera) la disertación que me permitiría conservar mi empleo.

Pues, como he dicho, no soy un profesor; a decir verdad, ni siquiera «una especie de» profesor. Soy un instructor. Un instructor de la última hornada.

Los automóviles, especialmente el mío, me producen irritabilidad y me hacen propenso a sufrir cambios de temperamento. Cada hombre se halla solo en su ataúd metálico de dos metros de longitud, y los embotellamientos de tráfico son como

ruidosas tumbas. (Yo quizá sea mecánicamente incompetente, pero puedo reducir la muerte a una metáfora..., ¡al día siguiente de haber soñado con ella.!) Es probable que yo «vea» cosas, si bien todas mis alucinaciones penetran normalmente a través de otro órgano..., me refiero a mi nariz. (Algunas personas ven cosas, yo las huelo.) Una vez, en Massachusetts, en una época en que estaba dando un cursillo sobre *Tom Jones*, me hallaba yo conduciendo por una carretera rural de las afueras de Boston a altas horas de la noche. La familiar señal iluminada por mis faros indicaba una curva cerrada. Al entrar en ella vi que la carretera comenzaba a ascender pronunciadamente, y pisé con fuerza el acelerador. Me gusta subir las cuestas a la mayor velocidad posible. Cuando ya había pasado la curva por completo y empezado a subir —con el pequeño motor «Schnauzer» ladrando furiosamente—, oí un terrible estruendo procedente de lo alto de la colina. Un segundo después, se me heló la sangre: una diligencia, lanzada a toda velocidad y evidentemente fuera de control, bajaba cuesta abajo. Pude ver los enjaezados caballos al galope, olas parpadeantes lámparas del carruaje, el cochero tirando inútilmente de las riendas. Su rostro se contorsionaba en un gesto de pánico. El alto pescante de madera se abalanzaba hacia mí, cruzando enloquecidamente la carretera. Parecía que aquéllos iban a ser mis últimos instantes sobre la Tierra. Lleno de miedo, empecé a accionar los mandos del coche, sin saber si cambiar de marcha, apagar el motor o arriesgarme a pasar a toda velocidad junto al desbocado carruaje. En el último momento, mi mente comenzó a funcionar, y torcí bruscamente a la derecha. La diligencia pasó velozmente a mi lado, a diez o doce centímetros de distancia de mi coche. Pude oler el sudor de los caballos y oír el crujido del cuero.

Cuando me calmé, continué subiendo la cuesta. Debía de haber sido una travesura de estudiantes o de miembros de algún club, universitarios chiflados de Harvard o B. U. Pero, cuando hube recorrido no más de un cuarto de milla, me di cuenta de que era demasiado tarde para aquella clase de juegos —más de las tres de la mañana—, y que las diligencias no pueden bajar las cuestas a toda velocidad. Se estrellan. Y no tenía la completa seguridad de haber visto realmente todo aquello. Así que di media vuelta y regresé. Recorrí ocho kilómetros a lo largo de la carretera por la que había venido, distancia suficiente para alcanzar a la diligencia y más que suficiente para encontrar sus restos. La carretera estaba desierta. Me fui a casa y olvidé el asunto. Un año después, mientras escuchaba distraídamente en el baño un programa radiofónico sobre fenómenos sobrenaturales, oí a una mujer contar cómo en una ocasión en ,que conducía su coche a altas horas de la noche por una carretera rural de las afueras de Boston se había encontrado, al remontar una colina, con una diligencia que se precipitaba a toda velocidad sobre ella. Mi asmático corazón me dio un vuelco a consecuencia del sobresalto. Todavía lo recuerdo cuando conduzco. Cuando el otro mundo se presente y me dé una bofetada en la cara, yo estaré en un coche.

Me llamo Teagarden y no escatimo grandilocuencia.

Estaba sudando y de mal humor. Me encontraba a unas treinta millas de Arden, y mi motor crujía y rechinaba y en el asiento trasero se bamboleaba ruidosamente una caja de libros y papeles. Tenía que escribir ese libro o el Comité de Ascensos y Promociones —siete inflados estudiosos de Long Island— me despediría. Esperaba que mi primo Duane, que vive en la nueva alquería levantada sobre lo que fue la granja de mis abuelos, hubiera recibido mi telegrama y tuviera limpia y preparada la vieja casa de madera para cuando yo llegase. Dada la manera de ser de Duane, esto no era muy probable. Cuando llegué a una ciudad que conocía, llamada Plainview, me detuve en un restaurante, aunque no tenía hambre. El comer es afirmación, la voracidad es vida, el alimento es antídoto. Cuando murió Joan, me situé junto al frigorífico y engullí toda una tarta de nata.

Plainview es el lugar donde mi familia paraba siempre a comer cuando íbamos a la granja, y tuve que dar un amplio rodeo para llegar allí. En aquellos tiempos era una aldea de una sola calle flanqueada de tiendas de comestibles, un hotel, una farmacia «Rexall», una taberna, nuestro restaurante. Vi ahora que la ciudad había crecido y que la segunda tienda de comestibles había sido sustituida por el cine «Roxy», que, por su parte, había quebrado y *se* leía en su marquesina: C ARLTO HESTO IN HUR. ¡Buen trabajo, Carlto! El exterior del restaurante no había experimentado ningún cambio, pero, al entrar, vi que las cabinas de madera, de aire un tanto eclesial, que antes se alineaban a lo largo de la pared, habían dejado paso a bancos nuevos tapizados con ese cuero plástico que siempre tiene un tacto pegajoso. Me senté ante el extremo más lejano del mostrador. La camarera se acercó lentamente, se apoyó en el mostrador, mirándome, y dejó de mascar su chicle unos momentos, mientras yo le hacía el pedido. Pude oler a crema para niños y a dientes podridos, sobre todo a esto último.

Aunque la mujer no olía a ninguna de esas cosas. Como he dicho, padezco alucinaciones olfativas. Huelo a las personas aunque esté hablando por teléfono con ellas. En una novela alemana leí una vez acerca de este fenómeno, y allí parecía una especie de don agradable, casi fascinante. Pero no es ni fascinante ni agradable, es inquietante y turbador. La mayoría de los olores que capto me crisan los nervios.

Se alejó, garrapateando en un bloc, y se reunió con un grupo de hombres que escuchaban una radio al otro extremo del mostrador. Los hombres se hallaban apiñados, sin prestar atención a sus platos de carne picada y a sus humeantes tazas de café. Me di cuenta de que se trataba de un asunto de gran interés local, tanto por las actitudes de los hombres —había ira en aquellos hombres encorvados, ira y frustración— y por las entrecortadas frases que llegaban hasta mí desde la radio. «Ningún progreso en el horrible... descubrimiento de los doce... apenas ocho horas desde que...» Algunos de los hombres me miraron hoscamente, como si no tuviera derecho a oír ni siquiera eso.

Cuando la camarera me trajo mi tazón de chile, pregunté:

—¿Qué diablos ocurre?

Uno de los hombres, un flaco empleado de gafas sin montura, se encasquetó el sombrero en su alargada y sonrosada cabeza y salió del restaurante cerrando de golpe la .puerta persiana.

La camarera se le quedó mirando con gesto inexpresivo, y luego bajó la vista hacia su manchado uniforme. Cuando me miró a la cara vi que era más vieja que la chica de escuela superior por la que la había tomado; su cuidado peinado y su brillante carmín de labios desentonaban en su ya maduro rostro.

—Usted no es de por aquí —dijo.

—No —respondí—. ¿Qué ha ocurrido?

—¿De dónde es usted?

—De Nueva York —dije—. ¿Importa algo?

—Sí que importa, amigo —exclamó una voz masculina desde el otro extremo del mostrador. Me volví y vi a un corpulento joven de cara de luna llena, ralos cabellos rubios y frente alta y surcada de arrugas. Los otros se agrupaban detrás de él, fingiendo no oír, pero observé cómo se tensaban sus bíceps en sus camisas de manga corta. El hombre se inclinó hacia delante y apoyó las palmas de las manos en las rodillas, de tal modo que se le marcaron los músculos de los antebrazos.

Tomé lentamente una cucharada de chile. Estaba caliente y blando. La voracidad es vida.

—Está bien —dije—, importa. Soy de Nueva York. Si no quieren contarme lo que está sucediendo, no tienen por qué hacerlo. Puedo oírlo por mí mismo en la radio.

—Ahora presénteles sus excusas a Grace-Ellen.

Quedé estupefacto.

—¿Por qué?

—Por decir obscenidades.

Miré a la camarera. Estaba apoyada contra la pared, al otro lado del mostrador. Pensé que estaba tratando de parecer ofendida.

—Si le he dicho obscenidades, le presento mis excusas —dije.

Los hombres se me quedaron mirando. Notaba que la violencia se iba espesando alrededor de ellos y no estaba seguro de en qué dirección acabaría fluyendo.

—Largo de aquí, listillo —dijo el joven—. Espere. Frank, ve a coger la matrícula del coche de este caballero.

Levantó una manaza enorme en mi dirección, mientras un hombrecillo con tirantes, un lacayo nato, saltaba de su taburete, corría al exterior y se detenía delante de mi coche. A través de la ventana le vi sacar un trozo de papel del bolsillo de la camisa y escribir algo en él.

Mi amigo bajó su manaza.

—Voy a llevarle ese número a la Policía —dijo—. Y ahora, ¿me va a seguir diciéndome chorradas o se va a largar de aquí?

Me puse en pie. Ellos eran tres, sin contar a Frank. Un helado sudor me corrió por los costados. En Manhattan, una conversación como ésta podría durar unos quince minutos, sabiendo todos los participantes que al final no harían nada más violento que marcharse. Pero el musculoso joven rubio no daba muestras de encontrar el mismo placer que los neoyorquinos en el insulto y en una fingida dureza, y solamente arriesgué una observación más.

—Sólo he hecho una pregunta.

Le odiaba, le odiaba su desconfianza hacia los forasteros y sus aires de matón de pueblo. Y sabía que me odiaría a mí mismo por huir.

Me miró con ojos inexpresivos.

Pasé lentamente por delante de él. Todos los hombres me estaban mirando ahora con rostros desprovistos por completo de expresión. Uno de ellos se apartó desdeñosamente un par de centímetros para que yo pudiese abrir la puerta.

—Tiene que pagar ese chile —dijo Grace-Ellen, volviendo a la vida.

—Cierra el pico —exclamó su defensor—. No necesitamos su maldito dinero.

Vacilé un segundo, preguntándome si me atrevería a tirar un dólar al suelo.

—Sea lo que fuere —dije—, espero que vuelva a suceder. Se lo merecen.

Luego, crucé la puerta, eché la aldabilla que ésta tenía por la parte de fuera y apreté a correr hacia el «Volkswagen». La voz de Grace-Ellen gritaba *no rompáis esa puerta* cuando puse el motor en marcha y arranqué.

A ocho quilómetros de Plainview, mi mente era un hervidero de fantasías. Imaginaba réplicas ingeniosas y amenazadoras, ataques súbitos y brutales. Veía cien cosas que podría haber hecho, desde discutir razonablemente la cuestión hasta estrellarle en la cara a *Frente Arrugada* mi tazón de chile. Acabé temblando tan violentamente que tuve que parar el coche y bajarme. Necesitaba relajarme. Cerré la puerta con tanta fuerza que el coche entero vibró; luego corrí a la parte posterior y la emprendí a patadas con uno de los neumáticos traseros hasta que me dolió el pie. Durante un rato, aporreé con los puños el capó del coche, viendo mentalmente la cara de *Frente Arrugada*. Cuando quedé exhausto, caí a medias sobre el polvo y la hierba de la cuneta. El ardiente sol me abrasaba la cara. Me palpitaban las manos, y advertí finalmente que me había levantado un colgajo triangular de piel en la mano izquierda. Tenía la palma llena de sangre. Me la vendé toscamente con un pañuelo. Al apretarme con fuerza el pañuelo, la herida palpitaba más, pero dolía menos, sensaciones satisfactorias ambas. Me asaltó un recuerdo que empezó a latir al lento compás de mi sangre. Era un recuerdo de discordia conyugal. Un recuerdo de desorden. De hecho, casi todo mi matrimonio fue algo desordenado, y la culpa de ello no era mía ni de Joan, sino que radicaba en la desarmonía de dos temperamentos ampliamente divergentes. Las discrepancias se referían a todas las esferas posibles. Mis películas favoritas tenían gente pegando tiros a diestro y siniestro, las suyas tenían gente que hablaba en francés; a mí me gustaba leer y escuchar discos por la noche, a ella le gustaban las fiestas en que podía alternar con relamidos petimetres de

blancas camisas y corbatas a rayas: yo era monógamo por naturaleza, ella era poliándrica. Era una de esas personas para las que, simplemente, la fidelidad sexual no es posible, para las que eso sería algo así como la muerte de la imaginación. Siete meses antes de su muerte, Joan había tenido, que yo supiera, cinco amantes durante nuestro matrimonio, y cada uno de ellos había supuesto una herida para mí: el último había sido un tal Dribble. Joan estaba nadando con él, borracha, cuando se ahogó. Recordé la ocasión en que habíamos ido a cenar a casa de Dribble. Entre los carteles habituales de la época (el icónico rostro del Che, La Guerra es Mala para los Niños y Otros Seres Vivos) y las ediciones baratas de las obras de Edgar Rice Burroughs y Carlos Castañeda, comimos chile y bebimos vino tinto de Almadén. Sólo durante la parte musical de la velada, mientras Joan y Dribble bailaban a los sonos de un disco de los Stones, comprendí que se habían hecho amantes. Una vez en casa, me convertí en un Marte de la mesita de café y las cortinas del comedor; yo había creído que nuestras relaciones funcionaban bien, me sentía traicionado. Acusé. Ella negó ardientemente, y luego rehusó ardientemente negar. La abofeteé. Oh, esos errores de un corazón optimista. Ella contuvo una exclamación y, luego, me llamó «cerdo». Dijo que nunca la había querido, que había dejado de querer a nada que no fuese Alison Greening. Era todo lo que se podía decir, era una deliberada incursión en mi territorio sagrado. Ella se fue a buscar a Dribble, yo me dirigí en el coche a la biblioteca de la Universidad, que permanecía abierta toda la noche, y estuve haciendo el payaso con los estudiantes por los pasillos. Mi matrimonio de seis años había terminado.

Fue el recuerdo de aquella desordenada escena el que me asaltó mientras me hallaba sentado entre el polvo, junto a mi coche. Casi sonreí. Tal vez fuera de vergüenza —me hace enrojecer de vergüenza el hecho de haberla pegado—, tal vez fuera en respuesta a una extraña y poderosa sensación que entonces nació en mí. Esta sensación era, fundamentalmente, de libertad: de estar adquiriendo una visión más pura de mí mismo, de ser expulsado para siempre de mi antigua vida. Era una sensación de aire fresco, de frescas y azules aguas.

Como habréis observado, la conexión entre estas dos escenas es la ira..., como fue la ira, sólo ahora me doy cuenta, lo que rebotó sobre mí para inyectarme la sensación de una libertad fundamental. La ira no es una sensación característica mía. Generalmente voy por la vida viendo las cosas como todo el mundo. Pero el mes siguiente, ciertamente el más extraño de mi vida, traje consigo tanta ira como miedo. En mi vida normal, allá en Long Island, yo era tímido y un poco bufón, bufón por timidez. Desde mi adolescencia, parecen haber existido secretos de competencia y de conocimiento de los que yo quedaba excluido. Inocentemente, yo siempre había imaginado que la ira creaba su propia autoridad moral.

Me levanté del polvo y entré de nuevo en el coche, respirando con fuerza. La sangre se había ido filtrando hasta las capas exteriores del pañuelo, y percibía vagamente la presencia de sangre en los zapatos, que me restregué contra las perneras de los pantalones. Resonaron en mi mente los ecos de un sueño, intensos y turbadores. Los ahuyenté tratando de poner en marcha el coche. Mi brusco movimiento debió de ofender al susceptible motor, pues tosió y carraspeó durante largo tiempo y, finalmente, se ahogó. Yo permanecí un rato sentado, respirando ruidosamente, y, luego, lo intenté de nuevo: resopló y volvió a funcionar.

Cuando ya había recorrido aproximadamente la mitad de la distancia que me separaba de Arden, encendí la radio e hice girar el mando hasta sintonizar la emisora de Arden. Descubrí entonces a qué se debía la peculiar escena del restaurante. Mi informado reportero, Michael Moose (o algo parecido) estaba relatando el boletín de noticias de cada hora y cada media hora, con cinco minutos completos de sucesos locales y acontecimientos mundiales. Con su profunda y grave voz de locutor, dijo: «La Policía informa que no se han realizado progresos en las investigaciones que se llevan a cabo para descubrir al autor del crimen más horrible de la historia de Arden, el asesinato sexual de Gwen Olson. El cadáver de la escolar de doce años había sido descubierto a primeras horas de esta mañana por unos pescadores que cruzaban una zona desierta próxima al río Blundell. El comisario Hovre informa que él y sus hombres trabajarán con plena dedicación en este caso hasta que quede resuelto. Apenas ocho horas desde que...» Apagué la radio.

Aunque cualquier habitante de una ciudad americana suele desayunarse casi todos los días con un suceso como éste, no fue la insensibilidad lo que me hizo apagar la radio, sino el aleteo de una penetrante certidumbre, la certidumbre de que iba a ver de nuevo a Alison Greening, de que ella iba a cumplir un pacto que habíamos acordado hacía veinte años. A mi prima, Alison Greening..., no la había visto desde aquella noche en que la consecuencia de habernos bañado desnudos fue nuestra total separación.

No puedo explicar esta súbita semiconvicción de que Alison cumpliría su promesa, pero creo que derivaba de aquella maravillosa y vivida sensación de libertad que había experimentado mientras me restañaba la sangre con el pañuelo. Cuando la conocí y la amé, ella encarnaba para mí la libertad, libertad y fuerza de voluntad..., ella solamente obedecía sus propias reglas. Saboreé unos instantes esta sensación, con la mano aún sobre el mando de la radio, y, luego, la relegué al fondo de mi mente, pensando que lo que tuviera que suceder sucedería. Sabía que el cumplimiento de mi mitad de nuestra promesa constituía una parte igual de mi regreso a Arden.

Finalmente, la carretera remontó una colina que yo conocía y, luego, en brusco descenso, atravesaba un elevado puente metálico que constituía la primera señal característica. Al bajar la colina, mi padre decía: «Vamos a pasarlo volando esta vez»,

y tiraba del volante mientras aceleraba. Yo gritaba de expectación, y, mientras pasábamos ante las vigas y los remaches del puente, era como si por un momento hubiéramos echado a volar. Desde aquí yo podría haber corrido hasta la granja, aun con mi corazón delicado, mi barriga, las cajas y las maletas, y con ánimo momentáneamente alegre tendí la vista sobre los maizales que se extendían a ambos lados de la carretera.

Pero entre el puente y la granja de mi abuela había muchos más hitos o detalles característicos —me conocía al dedillo los caminos, los escasos edificios, incluso los árboles, desde la época de mi infancia, cuando todos ellos se hallaban bañados por el glorioso resplandor de las vacaciones—, importantes todos ellos, pero tres por lo menos eran vitales. En la primera bifurcación, abandoné la carretera que continuaba, pasando por otro puente metálico, hasta Arden, y tomé la otra carretera, más estrecha, que conducía al valle. En el límite mismo de la entrada al valle, cuando por primera vez percibe uno las boscosas colinas que se elevan desde el extremo más lejano de los campos, estaba la carretera, todavía más estrecha y accidentada, que llevaba hasta la casa de tía Rinn. Me pregunté qué habría sido de aquella pequeña y recia estructura de madera ahora que la anciana estaba, sin duda, muerta. Naturalmente, los niños no suelen tener una idea correcta de la edad de los adultos; para un chiquillo de diez años los cuarenta están a un paso de los setenta. Pero tía Rinn, la hermana de mi abuela, siempre había sido vieja para mí..., ella no era una de las gruesas y expansivas granjeras que destacaban en las excursiones por el valle que se organizaban en la iglesia local, sino que pertenecía al otro tipo físico, flaca y estirada, casi fibrosa desde su juventud. En la vejez, estas mujeres parecen ingravidas, transparencias unidas por arrugas, aunque muchas de ellas trabajan pequeñas granjas con sólo la ayuda imprescindible. Pero los días de Rinn habían pasado hacía tiempo, estaba seguro de ello: mi abuela había muerto hacía seis años, a los setenta y nueve, y Rinn era más vieja que su hermana.

Rinn había gozado de una considerable reputación de excentricidad en el valle, y visitarla era algo que siempre poseía un cierto matiz de aventura..., aun ahora, sabiendo que su casa estaba probablemente habitada por un joven y rubicundo granjero que resultaría ser primo lejano mío, aun ahora la pequeña carretera que subía hacia su casa poseía un aire fantasmal en su serpenteante subida más allá de los campos, hasta los árboles. Su casa había estado tan densamente rodeada de árboles que poco sol había logrado jamás penetrar por sus ventanas.

Yo creo que la extravagancia de Rinn había sido consecuencia de su soltería, estado un tanto anormal en una comarca campesina en la que la fecundidad es un signo de gracia. Donde mi abuela se había casado con un joven granjero vecino, Binar Updahl, y había prosperado, Rinn había estado tenuemente comprometida con un joven noruego al que nunca conoció. La boda fue concertada por tíos y tías residentes en Noruega. Es la única clase de compromiso que puedo imaginar que aceptara Rinn..., con un hombre situado a miles de millas de distancia, un hombre que no

supusiera ningún peligro de intromisión en su vida. La historia, tal como la recuerdo, es que el hombre dejó de amenazar la independencia de Rinn en el momento mismo en que más cerca estuvo de ella: murió a bordo del barco que le llevaba a América. Todos los miembros de la familia, excepto Rinn, consideraron esto una tragedia. Ella se había hecho construir una casa por su cuñado, mi abuelo, e insistió en trasladarse allí. Años después, cuando mi madre era una niña, mi abuela había visitado a Rinn y la había encontrado hablando animadamente en la cocina. *¿Estás hablando sola?*, preguntó mi abuela. *Claro que no*, respondió Rinn, *estoy hablando con mi hombre*. Yo nunca vi ninguna señal de que sostuviera con los difuntos relaciones de excesiva familiaridad, pero parecía como si fuera capaz de maniobras vedadas a la mayoría de nosotros. Conocí dos versiones de la historia de Rinn y la vaquilla: en la primera, Rinn pasaba por delante de la granja de un vecino, mando miró su ganado, dio media vuelta y subió hasta la casa. Le llevó hasta el camino, señaló una vaquilla que estaba en el corral y dijo que el animal moriría al día siguiente, y así fue. Ésta es la versión predictiva. En la versión causal, el granjero había ofendido a Rinn de alguna manera, y ella le llevó hasta el camino y dijo: esa novilla morirá mañana a menos que dejes de..., ¿qué? ¿Cruzar mis tierras? ¿Desviar mi agua? Fuera lo que fuese, el granjero se rió de ella, y la vaquilla murió. La versión causal era la mía. De niño, me sentía mortalmente asustado ante ella..., sospechaba que una sola mirada de aquellos desvaídos ojos noruegos podría convertirme en un sapo, si era un sapo lo que ella creía que merecía ser.

Hay que imaginarla como una viejecita menuda y encorvada, con los abundantes cabellos sujetos por un pañuelo y vestida con estrambóticas ropas de trabajo, cubiertas a menudo por varios y sorprendentes abrigos, pues criaba gallinas en una inmensa estructura semejante a un granero que se hallaba situada al pie de la colina y vendía huevos a la Cooperativa. Su terreno, demasiado accidentado y boscoso, nunca fue muy bueno para la labranza. Si su hombre hubiera venido no habría podido sacar mucho partido de aquella tierra, y quizás al hablar con él le dijera que estaba mejor dondequiera que estuviese en lugar de intentar plantar maíz o alfalfa en una arbolada ladera.

Conmigo había hablado principalmente de Alison, que no le agradaba. (Pero a pocos adultos les agradaba Alison).

A seis minutos del angosto camino que llevaba a la vieja casa de Rinn, donde la carretera principal describía una curva tras la única tienda del valle, estaba el segundo de los jalones distintivos. Introduje el «VW» en la zona de aparcamiento existente ante la casa de Andy y di la vuelta andando para echarle otro vistazo. Tan cómica y lastimosa como siempre, pero con todas las ventanas rotas y su primitiva inclinación convertida en un derrumbe de toda la estructura, se alzaba entre malezas y altas hierbas al borde de un campo sin cultivar. Veo ahora que estos dos primeros jalones o puntos distintivos guardan ambos relación con matrimonios frustrados, con vidas desviadas y alteradas por la decepción sexual. Y ambos poseen un cierto toque

de singularidad, de evidente peculiaridad. Estaba seguro de que durante los quince últimos años la monstruosa casita de Duane había adquirido entre los niños del valle la reputación de estar encantada.

Esta es la casa que Duane construyó —como solía decir jocosamente mi padre, parafraseando una vieja canción infantil—, la casa que había construido él solo para su primer amor, una muchacha polaca de Arden detestada por mi abuela. En aquellos tiempos, los granjeros noruegos y los habitantes polacos de la ciudad se mezclaban muy poco. «La casa soñada de Duane», decían mis padres, en alusión a otra vieja canción infantil, pero solamente entre ellos: los padres de Duane hacían como si no hubiera nada extraño en la casa, y cualquier broma al respecto tropezaba con una ofendida incomprensión. Duane había elaborado los planos en su cabeza, y, evidentemente, se le habían encanijado allí, pues la casa que había construido amorosamente para su prometida venía a tener el tamaño de un pequeño granero..., o de una casa de muñecas grande, una casa de muñecas en la que se podía estar de pie si medía uno menos de 1,70. Tenía dos pisos, cuatro diminutas habitaciones iguales, como si hubiera olvidado que la gente tenía que cocinar, comer y otras necesidades, y toda esta fantástica construcción se inclinaba ahora decididamente hacia la derecha, como si las tablas se estuviesen estirando..., supongo que venía a ser tan sólida como una casa de paja.

Lo mismo que su compromiso. La muchacha polaca había hecho honor a las peores expectativas de mi abuela respecto a las personas cuyos padres no trabajaban con las manos y, un día de invierno, se había fugado con un mecánico de un garaje de Arden, «otro polaco haragán sin el seso que Dios le dio», le decía mi abuela a mi madre. «Cuando Einar traficaba en caballos —tu abuelo era un gran traficante en caballos aquí en el valle, Miles, y nunca hubo un hombre perezoso o estúpido que pudiera ver de qué estaba hecho un caballo—, cuando salía para varios días con una reata, siempre solía decir que lo único que un polaco de Arden sabía de caballos era que tenía que mirarles los dientes. Y que si los encontraba no sabía en cuál de los dos extremos buscarlos. Y que no sabía qué era lo que se esperaba que viese. Aquella chica de Duane era igual que las demás, precipitándose en la condenación eterna porque un muchacho tenía un coche precioso.»

La muchacha no había visto aún la casa que Duane acababa de construir para ella. Según fui enterándome poco a poco, Duane había querido que la viese por primera vez cuando la llevara a ella después de la ceremonia. ¿Había ido ella con su mecánico a verla una noche y había huido en el acto? La semana anterior a la Navidad de 1955, Duane había ido a visitarla a Arden y había encontrado a sus padres llorosos y hostiles. Al cabo de un rato, éstos habían acabado diciéndole que ella no había regresado a casa la noche anterior..., y le culpaban a él, luterano y noruego y granjero, de la pérdida de su hija. Subió corriendo a su habitación y encontró que todo había desaparecido: todas sus ropas, todo lo que ella había apreciado. Desde allí, corrió a la tienda en que ella trabajaba, donde se enteró de que

ella había comunicado al encargado que no iba a volver más. Y desde la tienda fue a la estación de servicio para conocer al muchacho cuya existencia nunca había sido exactamente confirmada. También había desaparecido. «Se largó anoche en ese «Stude» nuevo —dijo el dueño—. Supongo que se habrá ido con tu chavala.»

Como un personaje de una parodia de novela gótica, no había vuelto a hablar nunca de la muchacha ni había vuelto a visitar jamás esta terrible casita. Nunca se la mencionaba delante de él: él hacía como si nunca hubiera existido aquel compromiso. Cuatro años después conoció a otra muchacha, hija de un granjero del valle contiguo. Se casó con ella y tuvo una hija, pero también aquello le resultó mal.

La absurda estructura de madera se hallaba ladeada, como si un gigante la hubiera empujado al pasar en su prisa por llegar a otro lugar; hasta los marcos de las ventanas habían adquirido forma trapezoidal. Caminé sobre el polvo y avancé por entre las altas hierbas. Pequeñas semillas y trozos de pelusa se me adherían a los pantalones. Miré a través de las dos ventanas que daban a la parte posterior de la tienda de Andy y a la carretera del valle. La habitación constituía un cuadro de auténtica desolación. Las tablas del suelo se habían arqueado y podrido, de tal modo que las hierbas penetraban en la estancia por varios puntos, y el suelo se hallaba cubierto de excrementos de animales y pájaros..., parecía un ataúd mugriento y vacío. En un rincón había un revoltijo de mantas del que irradiaba un semicírculo de colillas. En las paredes se distinguían los garabatos dejados por plumas diversas. Empecé a sentirme deprimido al contemplar la locura de mi primo y me aparté, enredándome el pie izquierdo en una mata de hierba al volverme. Era como si aquella casa, cual un enano maligno, tratara de retenerme, y me desasí con violencia. Una espina se me clavó en el tobillo tan firmemente como el aguijón de una avispa. Me invadió de pronto un sudor frío, y me alejé de la casita de Duane para dirigirme a la parte delantera de la de Andy.

Ésta, la tercera de mis señas distintivas, era mucho más confortable, mucho más bendecida con la gracia de la normalidad. Mi familia siempre había hecho una parada ritual en la casa de Andy antes de continuar hasta la granja y allí cargábamos invariablemente botellas de «Dr. Pepper» para mí y una caja de cerveza para mi padre y para tío Gilbert, el padre de Duane. La tienda de Andy era lo que la gente suele llamar un almacén, un lugar en el que podía uno comprar casi cualquier cosa: camisas y pantalones de trabajo, gorras, mangos y hojas de hacha, comida, relojes, jabón, botas, azúcar, mantas, revistas, juguetes, maletas, taladros y punzones, comida para perros, papel, azadas y rastrillos, pienso para las gallinas, latas de gasolina, forrajes compuestos, linternas, pan..., todo esto se alineaba y apilaba en un alargado y blando edificio de madera levantado sobre gruesos soportes de ladrillos. Delante de él, tres blancos surtidores de gasolina daban frente a la carretera. Llegué hasta los escalones, subí y, cruzando la puerta de persiana, entré en el frío y oscuro interior.

Olía como siempre, a una maravillosa mezcla de diversas novedades. Cuando la puerta se cerró de golpe a mi espalda, la mujer de Andy (no podía acordarme de

su nombre) levantó la vista hacia mí desde donde estaba sentada tras el mostrador, leyendo un periódico. Frunció el ceño, bajó de nuevo la vista al periódico y, cuando empecé a aproximarme a ella por los pasillos que formaban los objetos amontonados, volvió la cabeza y murmuró algo en dirección a la parte posterior de la tienda. Era una mujer menuda, los cabellos oscuros y aire agresivo, y su aspecto se había tornado más adusto y severo con la edad. Cuando me miró suspicazmente de nuevo, recordé que nunca habíamos sido muy amigos y que yo le había dado motivos para aborrecerme. No pensé, sin embargo, que me reconociera: mi aspecto ha cambiado mucho desde mi primera juventud. La química del momento no era buena, me daba i Lienta de ello; mi exaltación anterior se había esfumado, dejándome abatido y deprimido, y hubiera debido salir de la tienda en aquel mismo momento.

—¿En qué puedo servirle, señor? —preguntó, con el cadencioso acento del valle. Por primera vez, ese acento se me antojó hostil y extraño a mí.

—¿Está Andy? —pregunté, acercándome más al mostrador a través del amontonamiento de olores.

Ella se levantó de su silla sin pronunciar palabra y desapareció cu la cavernosa trastienda. Una puerta se cerró y, luego, se volvió ;i abrir.

Vi a Andy que caminaba hacia mí. Había engordado y perdido mucho pelo, y su rechoncho rostro parecía sexualmente indeterminado y permanentemente preocupado. Cuando llegó al mostrador, se detuvo y se apoyó contra él con el vientre.

—¿En qué puedo servirle? —dijo, y el tono alegre de la frase desentonaba con su rostro derrotado y su aire de suspicacia campesina. Vi que casi todo el pelo se le había vuelto gris—. Usted no es uno de los comisionistas. Representantes se llaman ahora.

—Quería venir a saludar —dije—. Solía venir aquí con mis padres. Soy el hijo de Eve Updahl —añadí, utilizando la identificación por la que sería reconocido en el valle.

Me miró fijamente unos instantes y, luego, asintió con la cabeza y dijo:

—Miles. O sea que eres Miles. ¿Vienes a hacernos una visita o estás sólo de paso? —Andy, como su mujer, recordaría mis pequeños errores no juiciosos de hacía veinte años.

—Principalmente a trabajar —respondí—. He pensado que la granja sería un lugar muy tranquilo en el que trabajar.

Una explicación cuando había proyectado no dar ninguna... Andy me estaba poniendo a la defensiva.

—Creo que no recuerdo a qué clase de trabajo te dedicas.

—Soy profesor de Universidad —respondí, y el demonio de la irritación me hizo complacerme en su parpadeo de sorpresa—. Inglés.

—Vaya, siempre se te tuvo por un tío listo —dijo—. Nuestra hija asiste a clase de taquigrafía y mecanografía en la Escuela de Comercio de Winona. Le va muy bien.

Supongo que no darás tus clases por aquí cerca.

Le di el nombre de mi Universidad.

—¿Está en el Este?

—En Long Island.

—Eve siempre dijo que temía que acabaras en el Este. ¿Y qué es ese trabajo que tienes que hacer?

—Tengo que escribir un libro..., es decir, estoy escribiendo un libro. Sobre D. H. Lawrence.

—Ya. ¿Y ése quién es?

—Escribió *El amante de Lady Chatterley* —respondí.

Andy me miró a los ojos con un gesto sorprendentemente picaresco y, al mismo tiempo, un tanto púdico. Parecía como si fuera a lamerse los labios.

—Supongo que es cierto lo que dicen de esos colegas del Este, ¿eh?

Pero la observación no era la invitación a masculinas revelaciones que podría haber sido: había una traviesa malicia en ella.

—Es sólo uno del montón de libros que escribió —dije.

Percibí de nuevo el guiño de picardía.

—Supongo que un libro es lo bastante bueno para mí.

Se volvió a un lado y vio a su mujer acechando en la parte de atrás de la tienda, mirándome.

—Es Miles, el chico de Eve —dijo Andy—. No le conocía. Dice que está escribiendo un libro guarro.

La mujer se adelantó, con gesto ceñudo.

—Duane nos dijo que tú y tu mujer os habéis divorciado.

—Nos separamos —repliqué, con cierta aspereza—. Ahora ella está muerta.

La sorpresa se reflejó por un instante en sus caras.

—No sabíamos —dijo la mujer de Andy—. ¿Querías alguna cosa?

—Llevaré una caja de cervezas para Duane. ¿Qué marca bebe?

—Si es cerveza la beberá —respondió Andy—. ¿«Blatz», «Schlitz», u «Oíd Milwaukee»? Creo que tenemos también algo de «Bud».

—Cualquiera —dije, y Andy regresó a la trastienda, donde guardaba sus cajas de cerveza.

Su mujer y yo nos miramos uno a otro con cierto desasosiego.

Ella fue la primera en apartar la vista, volviendo los ojos hacia el suelo y, luego, hacia donde yo había dejado aparcado mi coche.

—¿Has estado sin meterte en líos?

—Claro.

—Pero él dice que estás escribiendo porquerías.

—Él no ha entendido. He venido aquí para escribir mi tesis.

Se encrespó.

—Y tú piensas que Andy es demasiado estúpido para entenderte. Siempre

fuiste demasiado bueno para nosotros, ¿verdad? Eras demasiado bueno para la gente corriente..., y demasiado bueno también para cumplir la ley.

—Oh, vamos —exclamé—. Cristo, eso fue hace mucho tiempo.

—Y tan bueno que no te importa pronunciar en vano el nombre del Señor. No has cambiado, Miles. ¿Sabe Duane que vienes?

—Desde luego —respondí—. No seas tan rencorosa. Mira, lo siento. Llevo dos días conduciendo y he tenido un par de curiosas experiencias. —Advertí que me miraba la mano izquierda, envuelta en el pañuelo—. Lo único que quiero es paz y tranquilidad.

—Tú siempre organizas líos —dijo—. Tú y tu prima Alison erais iguales en eso. Me alegro de que ninguno de los dos os criarais en el valle. Tus abuelos eran de los nuestros, Miles, y todos aceptamos a tu padre como si fuese uno de nosotros, pero ahora creo que quizás hemos tenido ya bastantes complicaciones sin necesidad de que estés tú aquí además.

—Santo Dios —exclamé—. ¿Qué ha sido de vuestra hospitalidad?

Me fulminó con la mirada.

—Perdiste toda oportunidad de ser bien recibido aquí la primera vez que nos robaste. Le diré a Andy que te lleve la cerveza al coche. Puedes dejar el dinero en el mostrador.

Fragmento de la declaración de Margaret Kastad:

16 de julio

Me di cuenta de que era Miles Teagarden en cuanto puso el pie en nuestra tienda, aunque Andy dice que él no lo supo hasta que dijo que era el hijo de Eve. Tenía el mismo aspecto que siempre había tenido, como si ocultara en su mente algún mal secreto. Yo solía compadecer a Eve, que siempre fue muy recta, y supongo que nunca sabe una (qué acabará siendo de sus hijos si los lleva a sitios extraños. Pero no hay que culpar a Eve por ese Miles. Ahora que lo sabemos todo acerca de él, me alegro de que Eve falleciese antes de que pudiera ver en qué clase de mal bicho se había convertido. Aquel primer día, yo le eché de la tienda. Le dije, no vas a engañarnos a ninguno, Miles. Te conocemos. Te vas a largar ahora mismo de la tienda. Andy te llevará esa cerveza al coche. Me di cuenta de que había participado en una pelea o algo así..., parecía débil o asustado, y la mano le estaba sangrando todavía. Se lo dije y se lo volveré a decir otra vez. Nunca sirvió para nada, pese a todo lo listo que decían que era. Era un tipo extraño. Si fuese un perro o un caballo, uno lo habría encerrado o le habría pegado un tiro. En el acto. El y ese aire mezquino y el pañuelo alrededor de la mano...

Contemplé en silencio cómo introducía Andy la caja de cerveza en el asiento trasero del «Volkswagen» y la colocaba junto a las cajas de cartón llenas de notas y de libros.

—Duele el brazo, ¿eh? Dice mi mujer que te han atizado. Bueno, dale recuerdos a Duane y espero que mejores.

Se separó del coche, frotándose las manos contra los pantalones como si se las hubiera manchado, y yo me senté al volante sin decir palabra.

—Bueno, adiós —dijo.

Yo me limité a mirarle, puse el coche en marcha y me alejé. Por el espejo retrovisor le vi encogerse de hombros. Cuando la curva de la carretera junto al acantilado de roja piedra arenisca lo ocultó a mi vista, encendí la radio, esperando oír música, pero Michael Moose estaba disertando monótonamente otra vez acerca de la muerte de Gwen Olson y apagué la radio con gesto de impaciencia.

Cuando llegué a lo largo del valle hasta lo que quedaba de la escuela en que mi abuela había enseñado los ocho grados, detuve el coche y traté de relajarme. Existe un especial estado de ánimo que representa la creación de ondas alfa, y procuré conciliarlo. Esta vez fracasé, y me limité a permanecer sentado en el coche, mirando alternativamente a la carretera, al campo de maíz que se extendía a mi derecha y a la vacía estructura de la escuela. Empecé a oír el zumbido de una motocicleta, y pronto la vi que avanzaba velozmente hacia mí a lo largo de la carretera, aumentando de tamaño desde las dimensiones de una mosca hasta que pude ver al conductor, con casco y cazadora negra, y a la rubia pasajera que iba detrás, sujetándole con los gruesos muslos y flotando al viento sus cabellos. En la curva existente junto al acantilado de arenisca el ruido varió y, luego, se extinguió por completo.

¿Por qué habría de llevar uno sus viejos pecados permanentemente prendidos en la ropa? ¿Para que todos los leyeran en voz alta? Yo haría mis compras en Arden, pese al inconveniente de tener que realizar un viaje de diez millas, siempre que quisiera algo. Esta decisión contribuyó a aplacarme el ánimo, y, al cabo de uno o dos minutos de reflexión, empecé a sentir como si pudiera producir una, por lo menos leve, tranquilidad.

¿Dónde estaba, podríais preguntar, el payaso, el recalcitrante guasón que yo mismo he proclamado ser? Mi propia causticidad me sorprendía. Una mujer como la de Andy consideraría escandalosa la palabra «perra» aplicada a cualquier esfera distinta de la canina. Era una mañana emocional. ¡Mis antiguos robos! Sin embargo, suponía que era demasiado esperar que alguien los hubiera olvidado.

Cien metros más allá de la desierta escuela estaba la iglesia: la iglesia luterana de Getsemaní es un edificio de ladrillo rojo con un aire sólido, pomposo y pacífico que probablemente le conferían las columnas paladianas existentes en lo alto de las

escaleras. En atención a mi abuela, que ya estaba muy débil, Joan y yo nos habíamos casado en esta iglesia. (Idea de mi madre.)

Después de la iglesia la tierra parece hacerse accesible y el maíz lo invade todo. Pasé ante la granja de Sunderson —dos furgonetas aparcadas en herbosa ladera, un gallo pavoneándose en el rojo polvo del camino— y vi un hombre corpulento, vestido con mono y tocado con una gorra, que salía en aquel momento de la casa. Se me quedó mirando y, luego, decidió saludarme con la mano, pero yo no había generado suficientes ondas alfa como para corresponder a su saludo.

Media milla más allá de la granja Sunderson, pude ver la vieja casa de mi abuela y el terreno de Updahl. La fila de nogales que crecían en el borde del césped se habían desarrollado notablemente y ahora parecían una hilera de robustos granjeros de pie al sol.

Conduje el coche por la parte delantera de la finca y enfilé el camino que llevaba a su puerta principal, pasando ante los árboles y sintiendo el traqueteo del coche en las rodadas. Esperaba sentir un acceso de intensa emoción al contemplar de nuevo la blanca y alargada casa, pero mis emociones parecían embotadas. Se trataba solamente de una casa de dos pisos con un porche cubierto, una alquería corriente. Sin embargo, cuando bajé del coche percibí todos los viejos olores de la granja, una exuberante mezcla de vacas y caballos y abonos y leche y sol. Esto lo penetra todo: cuando las personas de la granja visitaban a mi familia en Fort Lauderdale se hallaba adherido a sus ropas, sus manos y sus zapatos. El volver a oler todo esto me hizo sentir por un momento como si tuviera trece años, y levanté la cabeza, relajando los agarrotados músculos del cuello y la espalda, y vi una pesada silueta que se movía por el porche. Su forma de andar me hizo comprender que se trataba de Duane, que había permanecido sentado invisible en un rincón del porche, igual que como había estado aquella terrible noche de hacía veinte años. Cuando Duane salió del porche a la zona soleada, traté de sonreírle. Al ver a mi primo había recordado cuánta hostilidad hubo siempre entre nosotros, cuánto nos habíamos aborrecido mutuamente. Esperaba que ahora sería diferente.

II

—Te he traído una caja de cerveza, Duane —dije, tratando equivocadamente de fingir amistad.

Él pareció confuso —realmente, la confusión estaba grabada en todo su amplio e inexpresivo rostro—, pero su mecanismo estaba programado para extender la mano y saludar, y eso fue lo que hizo. Su mano era enorme, una auténtica mano de granjero, y tan áspera que daba la impresión de estar hecha de una sustancia menos vulnerable que la piel. Duane era un hombre bajo y su silueta semejaba la de un barril, pero sus extremidades podrían haber pertenecido a alguien que tuviera un palmo más de estatura. Mientras nos estrechábamos la mano y él me miraba guiñando los ojos, sonriendo a medias, tratando de descubrir mis intenciones con respecto a la cerveza, observé que, evidentemente, regresaba «le una mañana de trabajo; llevaba un mono lleno de manchas y más botas que desaparecían bajo una capa de barro y excremento. Irradiaba todos los olores habituales de la granja, acentuados por el sudor y sobrepuestos a su verdadero olor, su olor interior, que es a pólvora.

Finalmente, me soltó la mano.

—¿Has tenido buen viaje?

—Desde luego —respondí—. Este país no es tan grande como creemos. La gente va continuamente de un lado a otro de él, la fuerza de la costumbre: aunque me llevaba casi diez años, siempre había adoptado yo este tono con Duane.

—Me alegro de que hayas tenido un buen viaje. Quedé sorprendido cuando me dijiste que querías volver aquí.

—Pensabas que me había perdido en la opulencia del Este.

Receló ante la palabra «opulencia», no muy seguro de lo que significaba. Era la segunda vez que le hacía titubear.

—Es sólo que me sorprendió —dijo—. Oye, Miles, siento lo de tu mujer. Quizás es que querías escapar de eso.

—En efecto —dije—. Quería escapar. ¿Has quitado tiempo a tu trabajo por venir a recibirme?

—Bueno, no quería que llegases y no encontraras a nadie en casa. La chica ha salido a alguna parte, y ya sabes cómo son los jóvenes, no puedes contar con ellos para nada. Así que pensé quedarme por aquí después de comer para saludarte. Para darte la bienvenida. Y, de paso, podía escuchar la radio ahí, en el porche, a ver si había alguna novedad sobre ese horrible asunto. Mi chica conocía a esa Olson.

—¿Me ayudarás a llevar adentro mis cosas? —dije.

—¿Eh? Oh, claro. —Alargó los brazos hacia el interior del coche, inclinándose sobre el asiento, y levantó dos pesadas cajas de libros y notas. Al incorporarse de

nuevo, preguntó—: ¿Es para mí esa cerveza que tienes ahí?

—Espero que sea tu marca.

—Es líquida, ¿no? —sonrió—. La pondré en el aljibe cuando te hayas instalado.

Antes de que echáramos a andar hacia el porche, Duane ladeó la cabeza y me miró con una sorprendente expresión de azotamiento en el rostro.

—Oye, Miles, quizá no debiera haber dicho eso de tu mujer. Solamente la vi aquella vez.

—Es igual, tranquilo.

—No. Nunca debería abrir la boca acerca de las dificultades de otro con su mujer.

Sabía que se estaba refiriendo a su propia historia de desastre matrimonial y a otra cosa también. Duane recelaba de las mujeres..., era uno de esos hombres, sexualmente normales en todos los demás aspectos, que sólo se encuentran a gusto en compañía masculina. Yo creo que él tenía una aversión radical a las mujeres. Para él habían sido fundamentalmente fuentes de sufrimiento, a excepción de su madre y su abuela (de su hija no podía yo hablar entonces). Después de su primera decepción, se había casado con una muchacha de una de las granjas de French Valley, y esta muchacha falleció al dar a luz a su hija. Había sufrido una paralizante humillación a manos de una muchacha (humillación no remediada por la evidente satisfacción que le había producido a su abuela), a la que habían seguido cuatro años de estar entre mujeres, de bromas en los bares de Arden acerca de su vida amorosa, once meses de matrimonio luego, y el resto de su vida sin compañía femenina. Yo sospechaba que su recelo hacia las mujeres contenía una buena porción de odio. Para Duane, las mujeres se le habían aproximado y, luego retirado bruscamente, conservando aún cualquier misterioso secreto sexual que hubieran poseído. En los viejos tiempos, cuando la chica polaca le había estado complicando la vida, yo había tenido con frecuencia la impresión de que su actitud hacia Alison Greening estaba impregnada de algo más oscuro que el simple deseo. Creo que la odiaba, la odiaba por suscitar deseo en él y por encontrar ridículo su deseo, carente de importancia o de valor. Alison le había encontrado absurdo.

Naturalmente, Duane era físicamente vigoroso, y su celibato debía de constituir en ocasiones un tormento: yo sospechaba, sin embargo, que era la clase de hombre que se siente turbado y horrorizado por sus propias fantasías y sólo se encuentra cómodo con las mujeres cuando éstas están casadas con sus amigos. Había sumergido durante tanto tiempo la sexualidad en el trabajo que esperaba que otros hombres hicieran lo mismo, costumbre que había acabado transformándose en una regla básica, y se servía de su éxito para justificarse. Duane había comprado doscientos acres contiguos y estaba ya en el límite de lo que un hombre podía cultivar por sí solo si trabajaba diez horas al día; como para demostrar la ley física de

que a toda reacción se opone una reacción igual, la inanición sexual había engordado su cuenta bancaria.

La evidencia inmediata de su prosperidad se me hizo patente cuando llevamos las cajas y maletas al interior de la vieja casa de mi abuela.

—¡Dios mío, Duane —exclamé—, has comprado muebles nuevos para la casa!

En lugar del austero mobiliario de madera de mi abuela, de su viejo y raído sofá, la habitación contenía lo que supongo que podría llamarse mobiliario cómodo de los años cincuenta: sillas de lapizados profusamente adornados y un sofá a juego, una mesita de café, funcionales lámparas de mesa en lugar de las de queroseno, incluso enmarcadas reproducciones de cuadros mediocres. En el ambiente de la vieja casa, el heterogéneo mobiliario nuevo ponía una nota de mal gusto. El efecto de todo esto en la austera sala de estar de la granja era hacer que pareciera una habitación de un albergue de carretera. Pero había otra semejanza que no identifiqué en ese momento.

—Seguramente te parece absurdo comprar muebles nuevos para una casa vacía, ¿verdad? —me dijo—. La cuestión es que suele parar aquí mucha gente y con más frecuencia de la que te imaginas. En abril estuvieron aquí George y Ethel, y en mayo Nella, de St. Paul, y...

Continuó recitando una larga lista de primos que, con sus hijos, se habían hospedado en la casa durante una semana seguida o más.

—A veces, esta casa parece un hotel en toda regla. Supongo que esa gente de la ciudad quiere enseñar a sus hijos cómo es una granja.

Mientras me hablaba, observé que las viejas fotografías de los nietos continuaban aún colgando de las paredes, como habían estado siempre: identifiqué una foto mía cuando tenía nueve años, con el pelo peinado en una especie de tupé, y otra de Duane a los quince, mirando a la cámara con aire receloso y el ceño fruncido como si ésta fuera a decirle algo ofensivo. Debajo de ella había una fotografía de Alison que percibí de reojo, pero sin atreverme a mirarla directamente. La vista de aquel impetuoso y bello rostro me habría dejado sin aliento. Y entonces me di cuenta de que la casa estaba inmaculadamente limpia.

—El caso es —estaba diciendo Duane— que un almacén de Arden lleno de muebles de oficina estaba haciendo liquidación, y se me ocurrió amueblar con ellos la vieja casa, ya que los vendían bastante baratos. Así que cogí la camioneta y me traje todo esto.

Esta era la semejanza que no había podido identificar: la estancia parecía la oficina de una empresa venida a menos.

—Me gusta el aire moderno que tiene —dijo Duane, quizá con un cierto tono defensivo—. Y costó menos que un disco de segunda mano. —Me miró y, luego añadió—: A todo el mundo parece gustarle.

—Es estupendo. A mí también me gusta —dije, distraído por la palpitación y el destello de la fotografía de Alison en la pared.

Conocía bien esa fotografía. Había sido tomada en Los Ángeles hacia el final de su infancia antes de que los Greening se divorciasen y Alison y su madre se trasladasen a San Francisco. Mostraba sólo su rostro. Aun de niña, el rostro de Alison era bello y complicado, mágico, y la fotografía de su padre ponía todo ello de manifiesto, la belleza y las complicaciones mágicas. Parecía como si conociera y abarcara todo. Al pensar en aquella irresistible expresión de su infancia sentí una especie de hormigueo en el estómago, y, para evitar mirar a la fotografía, dije:

—Ojalá hubieras cogido una mesa ya que estabas en ello. Necesito una mesa en la que trabajar.

—Eso no es problema —dijo Duane—. Tengo una puerta vieja y un par de caballetes sobre los que la podemos poner.

—Muy bien —dije, y me volví hacia él—. Eres un buen anfitrión, Duane. Y la casa parece muy limpia.

—Mrs. Sunderson, la que vive carretera abajo, ¿te acuerdas? ¿Tuta Sunderson? Su marido murió hace un par de años, y vive ahora allí con su hijo Red y su mujer. Red es casi tan buen granjero como Jerome. El caso es que le hablé a Tuta, y ella dijo que vendría aquí todos los días para prepararte el desayuno y la comida y hacerte la limpieza. Estuvo aquí ayer. —Hizo una pausa, antes de continuar—: Dijo que serían cinco dólares a la semana y que tendrías que hacerte tú mismo la compra. Ella no puede conducir desde que la operaron de cataratas. ¿Estás de acuerdo?

Respondí que me parecía perfecto.

—Pero pongamos siete dólares —dije—. Si no, me parecería que le estaba robando.

—Como quieras. Pero ella dijo cinco; probablemente te acuerdas de ella. Vamos a poner esa cerveza en el aljibe. —Y se frotó las manos.

Volvimos a salir los dos al ardiente sol y a los olores campesinos. El olor a pólvora de Duane era más intenso al aire libre, y, para escapar de él, me adelanté hacia el coche y saqué la caja de cerveza. Él caminó trabajosamente a mi lado y recorrimos el largo sendero, pasando ante el granero y la blanca casa de madera hacia el aljibe situado junto al establo.

—Decías en tu carta que estabas trabajando en un libro.

—Mi tesis.

—¿Sobre qué es?

—Sobre un escritor inglés.

—¿Escribió mucho?

—Mucho —dije, y me eché a reír—. Muchísimo.

Duane rió también.

—¿Por qué elegiste a ése?

—Es una larga historia —respondí—. Espero estar bastante ocupado, pero, ¿queda aún por aquí alguien que yo conozca?

Reflexionó mientras pasábamos ante la oscura cicatriz existente en el lugar en

que antes estuvo el cenador.

—¿No conociste a *Oso Polar* Hovre? Ahora es el jefe de Policía de Arden.

Casi se me cae la caja de cerveza.

—¿*Oso Polar*? ¿Aquel salvaje?

Cuando yo tenía diez años y él diecisiete, *Oso Polar* y yo habíamos estado lanzando bolitas de papel sobre la congregación desde el coro de la iglesia de Getsemaní.

—Ha sentado la cabeza —dijo Duane—. Hace un buen trabajo.

—Debería visitarle. Solíamos divertirnos mucho juntos. Aunque siempre se sintió demasiado atraído, hacia Alison para mi gusto.

Duane me dirigió una extraña y sobresaltada mirada y se limitó a decir:

—Bueno, se mantiene bastante ocupado ahora.

Recordé otra figura de mi pasado..., en realidad el más dulce e inteligente de todos los chicos de Arden que yo había conocido hacía años.

—¿Qué es de Paul Kant? ¿Anda todavía por aquí? Supongo que iría a alguna Universidad y no habrá vuelto más.

—No, puedes ver a Paul. Trabaja en Arden. Trabaja en esos grandes almacenes «Zumgo's» que hay allí. Eso he oído, al menos.

—No lo creo. ¿El trabajando en unos grandes almacenes? ¿Es gerente o algo así?

—Sólo trabaja allí. Nunca ha hecho gran cosa. —Duane me miró de nuevo, un poco tímidamente esta vez, y dijo—: Es un poco raro. Eso dicen, al menos.

—¿Raro? —exclamé con incredulidad.

—Bueno, ya sabes cómo habla la gente. Supongo que a nadie le importaría si fueses a visitarle.

—Sí, sé cómo habla la gente —dije, acordándome de la mujer de Andy—. Ya han dicho bastantes cosas acerca de mí. Y algunas las siguen diciendo aún.

Estábamos ahora junto al aljibe, y yo me incliné sobre el musgoso borde y empecé a introducir las botellas en el agua verde.

Fragmento de la declaración de Duane Updahl:

16 de julio

No faltaba más, le diré todo lo que quiera saber acerca de Miles. Podría contarle muchas sobre ese tipo. Nunca encajó aquí, incluso cuando no era más que un crío, y me di cuenta en seguida que tampoco iba a encajar ahora. Tenía un aire extraño, creo que podría calificarse así. Hablaba como si tuviera un cangrejo colgándole del culo, al estilo de la ciudad. Como si me estuviera gastando bromas. Cuando dijo que quería ver al jefe Havre, podrían haberme tirado al suelo con una pluma. (Risas.) Supongo que cumplió su deseo, ¿no? Estábamos llevando una

caja de cervezas para ponerlas en el aljibe que tengo junto al establo, ya sabe, y él dijo eso sobre Oso Polar, quiero decir, Galen, y luego dijo que quería ver a Kant (risas), y yo dije, claro, adelante, ya sabe (risas), y luego él dijo algo, no sé, acerca de que la gente hablaba de él. Luego casi rompe las botellas de cerveza al tirarlas contra el fondo del aljibe. Pero cuando realmente se comportó de forma extraña fue cuando entró mi hija.

La cápsula de una de las últimas botellas se me enganchó en el pañuelo cuando sacaba la mano del aljibe, y la mojada tela se separó de mi mano y cayó encima de las botellas. El agua helada me produjo una sensación de dolor y de hormigueo en la herida, y contuve una exclamación. Empezó a salirme sangre, que ondulaba en el agua como una nubecilla de humo o una bandera..., pensé en tiburones.

—¿Has tropezado con alguien al que no le caías bien? —había insinuado Duane a mi lado, mientras miraba fijamente la sangre que manaba de mi mano en su aljibe.

—Es un poco difícil de explicar.

Saqué la mano de la fría agua, me incliné sobre el aljibe y apoyé la mano contra el otro borde, donde había una capa de musgo de casi dos centímetros de grosor. El dolor y el picor se apaciguaron casi inmediatamente, inhibidos por la aplicación de la mágica sustancia. Si hubiera podido quedarme allí todo el día, apretando la mano contra aquel musgo frío y viscoso, se habría curado, millones de nuevas células se habrían formado cada segundo.

—¿Te mareas? —preguntó Duane.

Yo estaba mirando hacia sus campos, al otro lado del camino. Alfalfa y maíz crecían en bandas alternativas a cada lado del arroyo y de la línea de sauces y chopos; una loma que se extendía más allá quedaba dividida en dos partes iguales por las dos cosechas. Estaban destinadas a forraje; Duane había abandonado hacía tiempo todo lo que no fuera la cría de ganado. A partir de la bifurcada ladera, los bosques ascendían hacia lo alto del valle. Parecían inverosímilmente perfectos, como un bosque de Rousseau. Yo sentía deseos de coger un puñado de musgo e irme a acampar allí, olvidándome por completo de mis clases, y de mi libro, y de Nueva York.

—¿Te mareas?

La sangre rezumaba hasta el agua a través del grueso musgo. Yo estaba todavía mirando la linde del campo, donde comenzaban los árboles. Creí ver una esbelta figura asomar por un momento entre los árboles, mirar hacia nosotros y volver a ocultarse luego como un zorro. Podría haber sido un niño. Para cuando me di plena cuenta de ello, se había desvanecido.

—¿Estás bien? —Había un cierto tono de impaciencia en la voz de Duane.

—Desde luego, perfectamente. ¿Hay muchos chiquillos vagando por ese bosque?

—Es bastante espeso. Nadie suele entrar ahí. ¿Por qué?
—Oh, por nada. Nada, realmente.
—Hay unos cuantos animales allá arriba. Pero no se les puede cazar. A menos que tengas un rifle capaz de disparar alrededor de los árboles.
—Andy tiene algunos de éstos probablemente.
Separé la mano del musgo. Inmediatamente, empezó a picarme y a latir, al privarla de la sustancia mágica.

Fragmento de la declaración de Duane Updahl:

16 de julio

El estaba planeando algo desde el principio, algo que le dominaba, estaba claro. Tendría usted que haberle visto agarrar el borde del aljibe con aquella mano cortada. Yo hubiera debido darme cuenta de que habría complicaciones en aquel bosque por la forma en que lo miraba y las extrañas preguntas que hacía.

Sustancias mágicas son las que poseen un contenido sagrado, calmante y curativo. Cuando Duane dijo: «Vamos a la casa y te vendaré la mano», yo le sorprendí arrancando un puñado del espeso musgo, que dejó al descubierto una parte gris y oxidada del aljibe, y presionó en mi mano herida la verde y viscosa sustancia. La apreté con fuerza, y el punzante dolor aminoró un poco.

—Antes había por aquí una india vieja que te habría hecho eso —dijo Duane, mirándome la mano—. Hacía medicinas con hierbas y cosas así. Como hacía Rinn también. Pero lo que tú tienes corre peligro de ensuciarse. Lavaremos esa mano antes de vendarla. Por cierto, ¿cómo te has hecho una cosa así?

—Oh, fue sólo un arrebató estúpido.

El musgo se había oscurecido a consecuencia de la sangre y, por lo empapado que estaba, resultaba desagradable sujetarlo, así que lo dejé caer sobre la hierba y me volví para regresar a la casa de Duane. Un perro que estaba echado junto al granero miró atentamente el ensangrentado objeto.

—¿Has tenido una pelea?

—En realidad, no. Sólo ha sido un pequeño accidente.

—¿Te acuerdas de la vez en que destrozaste aquel coche en las afueras de Arden?

—No creo que pueda olvidarlo —dije—. Casi me mato.

—¿No fue eso después de aquella vez en la...?

—Sí, sí, en efecto —le interrumpí, no queriendo que pronunciase la palabra «presa».

—Menudo fue aquello —dijo—. Yo iba en mi furgoneta justo detrás de vosotros, pero cuando torcisteis por la 93, yo seguí en la otra dirección hacia Liberty. Di la vuelta, y, al cabo como de una hora...

—Muy bien, ya basta.

—Bueno, ya sabes, iba a...

—Ya basta. Todo eso pertenece al pasado.

Quería que se callase y lamentaba profundamente que hubiéramos abordado ese tema. A unos pasos por detrás de mí, el perro empezó a gruñir y a gemir. Duane se agachó, cogió una piedra y se la tiró al animal; yo continué caminando. Llevaba la mano separada del costado, dejando que la sangre me goteara por los dedos, e imaginé que el acechante animal blanco y negro se arrastraba sigilosamente para lanzarse contra mí. La piedra dio en el blanco; el perro aulló, y pude oír cómo corría a lugar seguro. Volví la vista y vi un reguero de brillantes gotas sobre la hierba.

—¿Vas a visitar hoy a tía Rinn? —Duane había llegado a los peldaños de cemento que conducían a su casa y estaba ahora allí de pie, con la cabeza levantada hacia mí—. Le dije que venías, Miles, y creo que me entendió. Creo que quiere verte.

—¿Rinn? —pregunté, incrédulo—. ¿Vive todavía? Yo pensaba que habría muerto hace años.

Sonrió..., el irritante escepticismo del que está en el secreto de las cosas.

—¿Morir? ¿Ésa? Nada puede matarla.

Subió la escalera y le seguí al interior de su casa. La puerta daba a un vestíbulo situado ante la cocina, que se encontraba casi igual que en vida de tío Gilbert; linóleo estampado en el suelo, una alargada mesa de fórmica, la misma estufa de porcelana. Pero las paredes estaban amarillentas, y toda la estancia presentaba un aire de suciedad y de abandono sólo parcialmente explicado por las grasientas huellas de manos en el frigorífico y la pila de platos junto a la fregadera. Había polvo hasta en el espejo. Parecía la clase de habitación en que hay un ejército de hormigas y ratones agazapados tras las paredes, esperando a que se apaguen las luces.

Me vio mirar en derredor.

—Se supone que la maldita chavala tiene que mantener limpia la cocina, pero es tan, tan responsable como... —Se encogió de hombros—. Totalmente irresponsable.

—Imagina lo que diría tu madre si pudiera verlo.

—Oh, estoy acostumbrado a esto —dijo, parpadeando—. Además, de nada sirve aferrarse así al pasado.

Pensé que estaba equivocado. Yo siempre me he aferrado al pasado, he pensado que podría y debería repetirse indefinidamente, que era la vida que alienta en el corazón del presente. Pero no podía hablarle de esto a Duane. Dije:

—Háblame de tía Rinn. ¿Insinuabas que está sorda? Fui hasta la fregadera y sostuve sobre ella mi mano goteante.

—Espera así mientras cojo la gasa y la venda —dijo, y se alejó pesadamente en dirección al cuarto de baño.

Cuando regresó, me cogió la mano y la sostuvo bajo el chorro de agua fría del grifo.

—No podría decirse que esté sorda. No podría decirse que éste ciega. A lo que me parece, ve lo que quiere ver y oye lo que quiere oír. Pero no hay que insistir con ella. Si quiere oír, oírás. Es lista. Sabe todo lo que está pasando.

—¿Puede andar por ahí?

—No sale mucho de su casa. Las vecinas le hacen la compra, las pocas cosas que necesita, pero todavía tiene su negocio de huevos. Y alquila su campo a Osear Johnstad. Creo que le va bien. Pero ya tiene más de ochenta años; no la vemos ni siquiera en la iglesia.

Sorprendentemente, Duane era un buen enfermero. Mientras hablaba, me secó rápidamente la mano con una toallita, apretó contra la herida un gran trozo de algodón absorbente y me enrolló en torno a la muñeca una ancha venda, pasándola luego por ambos lados del pulgar.

—Ahora —dijo cuando estaba terminando—, vamos a hacer que parezcas un granjero.

Las granjas son famosas por los accidentes que ocurren en ellas: cabestrillos, vendas y miembros amputados son cosas habituales en las comunidades rurales, lo mismo que los suicidios, la inestabilidad mental y los temperamentos sombríos. En estos tres últimos detalles, pero no en los otros, se parecen a las comunidades académicas. Suele pensarse que ambas constituyen refugios de serenidad. Yo me entretenía con estas reflexiones mientras Duane daba la última vuelta al rollo de venda, la rasgada con sus romos dedos y sujetaba firmemente el extremo suelto en la base de mi mano. Ya parecía un granjero: un buen presagio para la culminación de mi terrible trabajo.

Oh, porque era terrible, un insulto al espíritu. Mientras empezaba a sentir un leve hormigueo en los dedos de la mano izquierda, sugiriendo la posibilidad de que Duane me hubiera puesto la venda demasiado apretada, comprendí lo mucho que aborrecía escribir crítica académica. Decidí que una vez que hubiera terminado mi libro y me hubiera asegurado mi puesto, no volvería a escribir ni una palabra más de ello.

— De todos modos —dijo Duane—, podrías hacerle una visita o dejarte caer por allí.

Lo haría. Pensaba ir a su granja uno o dos días después, cuando me hubiera instalado en la vieja granja. Tía Rinn, pensé, estaba penetrada de espíritu, ella *era* espíritu en una de sus formas,

como la chica cuya fotografía hizo petrificarme la lengua. Oí abrirse y cerrarse la puerta a mi espalda.

—Alison —dijo Duane, con tono de naturalidad bajo el que latía un cierto matiz de ira—. Primo Miles se preguntaba dónde estarías.

Me volví, consciente de que mi aspecto no era normal. Mirándome

sardónicamente, despreciativamente incluso, aunque con un cierto interés —el desprecio parecía defensivo y automático—, había una muchacha rubia, completamente nórdica y más bien rechoncha, de unos diecisiete o dieciocho años. Su hija. Naturalmente.

—Vaya —dijo. Era la chica que había visto por la mañana agarrada al conductor de la moto—. Parece enfermo. ¿Le has amenazado?

Meneé la cabeza, todavía tembloroso pero empezando a recobrarme. Había sido una estupidez por mi parte no recordar su nombre. De pechos prominentes que se le marcaban bajo la camiseta deportiva, ancha de caderas y de muslos gruesos, era, no obstante, una muchacha atractiva, y comprendí que yo debía construir una extraña figura para ella.

—Ésta es mi hija Alison, Miles. ¿Quieres sentarte?

—No —respondí—. Estoy bien, gracias.

—¿Dónde estabas? —preguntó Duane.

—¿A ti qué te importa? —exclamó aquel rechoncho guerrero de pelo rubio y lacio—. He salido.

—¿Sola?

—Bueno, si quieres saberlo, estaba con Zack. —De nuevo aquella fulgurante mirada—. Le hemos adelantado en la carretera. Probablemente te lo diría él de todos modos, así que también puedo hacerlo yo.

—No he oído la moto.

—Cristo —gimió, con un horrible gesto de desdén—. Está bien. Paró junto a la otra casa para que tú no lo oyese. He venido andando desde allí. ¿Satisfecho? ¿Sí?

Su rostro se crispó, y vi que lo que había tomado por desdén era sólo azoramiento. Era ese torturante azoramiento de la adolescencia, y la agresión era su arma para atacarlo.

—No me gusta que salgas con él.

—A ver si intentas impedírmelo.

Pasó a grandes zancadas por delante de nosotros y entró en otra parte de la casa. Un momento después se encendió un aparato de televisión; luego, se oyó su voz, procedente de otra habitación.

—De todos modos, deberías estar trabajando ahora.

—Tiene razón —dijo Duane—. ¿Qué quieres hacer? Tienes el aspecto un poco raro.

—Sólo es que me sentía algo débil. ¿Qué hay de malo con Zack? Tu hija...

—Aún no me encontraba preparado para llamar Alison a aquel áspero guerrero; en mi imaginación, parecía estar recorriendo turbulentamente un bosque, derribando árboles a sus pies—. Parece que sabe lo que quiere.

—Sí. —Forzó una sonrisa—. Eso es lo único que realmente sabe. Pero es una buena chica. Tan buena, por lo menos, como se puede esperar de nada que tenga forma de mujer.

—Seguro —asentí, aunque la especificación me hizo sentir incómodo—. ¿Qué pasa con Zack?

—No es trigo limpio. Es un tipo excéntrico. Escucha, Alison tiene razón, debería estar trabajando, pero aún tenemos que preparar tu mesa. O también podría decirte dónde está todo, y podrías instalártela tú mismo. No es mucho trabajo.

Levantando la voz por encima del ruido que llegaba del televisor, Duane me dijo dónde encontrar la puerta y los caballetes en el sótano de la casa y, luego, dijo:

—Ponte cómodo.

Salió, y, por las ventanas laterales de la cocina, vi cómo se dirigía pesadamente hacia el granero y emergía de él en lo alto de un tractor gigantesco. Parecía encontrarse completamente a gusto, como algunos hombres parecen naturales a lomos de un caballo. En alguna parte había adquirido una picuda gorra que yo podía ver cuando el tractor le hubo llevado detrás de las altas filas de maíz, en la parte más lejana del campo.

El sonido de la televisión me atrajo hacia la inesperada habitación en que había entrado Alison Updahl. Cuando yo era niño, esta habitación había estado revestida de losetas de linóleo como la cocina y ocupada principalmente por un destartado sofá y un defectuoso televisor. Evidentemente, Duane la había reconstruido; su destreza había aumentado mucho desde los tiempos de la «casa soñada». Ahora era tres veces más grande, tenía gruesas y lujosas alfombras y se hallaba amueblada de una forma que sugería la realización de un gran gasto. La hija de mi primo, tumbada indolentemente en un diván oscuro y contemplando un televisor en color, parecía, con su camiseta deportiva, sus vaqueros y sus pies descalzos, una adolescente de un rico suburbio de Chicago o de Detroit. No levantó la vista cuando yo entré. Sabiéndose observada, se había puesto rígida.

—Qué habitación tan bonita —dijo—. No la había visto antes.

—Apesta.

Continuaba mirando al televisor, donde Fred Astaire se hallaba sentado al volante de un veloz automóvil. Al cabo de unos momentos, vi que el coche estaba en un garaje cerrado.

—Quizás es sólo que huele a nuevo —dije, y me gané una mirada fugaz. Pero nada más.

Alison resopló y volvió a centrar su atención en la pantalla.

—¿Qué película es?

Sin molestarse en apartar de nuevo la vista, dijo:

—*La hora final*. Es formidable. —Agitó la mano para espantar a una mosca que se le había posado en la pierna—. ¿Qué tal si pruebas a dejarme que la vea?

—Como quieras.

Me dirigí a un confortable sillón que había en un lado de la habitación y me senté. La contemplé durante uno o dos minutos, sin que ninguno de los dos dijéramos nada. Alison empezó a sacudir rítmicamente el pie de arriba abajo y,

luego, a acariciarse la cara. Al cabo de un rato, habló.

—Es acerca del fin del mundo. Me parece una idea bastante buena. Zack dijo que debía verla. Él ya la ha visto. ¿Vives en Nueva York?

—En Long Island.

—Eso es Nueva York. Me gustaría ir allí. Allí es donde está todo.

—¿Oh?

—Tú deberías saberlo. Zack dice que todo se va a acabar dentro de poco, quizá con gente lanzando bombas, quizá con terremotos, eso es lo de menos, y que todo el mundo piensa que ocurrirá primero en Nueva York. Pero no será así. Ocurrirá primero aquí. Zack dice que habrá cadáveres por todo el Medio Oeste.

Dije que parecía como si Zack estuviera deseando que sucediese.

Alison se incorporó, como un luchador en apuros y apartó por un momento su atención de la pantalla. Sus ojos habían perdido el brillo.

—¿Sabes lo que encontraron hace un par de años en el vertedero de basuras de Arden? ¿Justo cuando yo estaba empezando la escuela superior? Dos cabezas en bolsas de papel. Cabezas de mujer. Jamás se averiguó quiénes eran. Zack dice que era una señal.

—¿Una señal de qué?

—De que está empezando. Muy pronto no habrá escuelas, ni Gobierno, ni ejércitos. No habrá nada de toda esa mierda. Sólo habrá muerte. Durante mucho tiempo. Como con Hitler.

Vi que quería sorprender.

—Creo que comprendo por qué no le agrada Zack a tu padre.

Me dirigió una feroz mirada y, luego, se volvió de nuevo con gesto huraño hacia la pantalla.

—Debías de conocer a esa chica que han asesinado.

Parpadeó.

—Claro que la conocía. Ha sido terrible.

—Supongo que eso ayuda a demostrar tus teorías.

—No seas rastrero. —Otra mirada desvaída y hosca del pequeño guerrero.

—Me gusta tu nombre.

De verdad, y pese a sus malos modales, estaba empezando a caerme bien. Carecía de su aplomo, no tenía nada del terrible encanto de su tocaya, pero tenía su energía.

—Ugh.

—¿Te pusieron el nombre de alguien?

—Pues mira, ni lo sé ni me importa, ¿comprendes?

Nuestra conversación parecía haber terminado. Con un aire que sugería que iba a permanecer en esa posición el resto de su vida, Alison se había vuelto de nuevo hacia el televisor. Gregory Peck y Ava Gardner paseaban por un campo cogidos del brazo, con aspecto de considerar que el fin del mundo era una buena idea. Antes de

que pudiera levantarme y salir de la habitación, ella habló de nuevo.

—No estás casado, ¿verdad?

—No.

—¿No te casaste? ¿No estabas casado antes?

Le recordé que ella había estado en mi boda. Estaba mirándome otra vez ahora, ignorando la crispada mandíbula de Gregory Peck y los temblorosos pechos de Ava Gardner.

—¿Te has divorciado? ¿Por qué?

—Mi mujer murió.

—Santo cielo, ¿murió? ¿Lo sentiste? ¿Fue suicidio?

—Murió en accidente —respondí—. Sí, lo sentí, pero no por las razones que imaginas. Llevábamos algún tiempo sin vivir juntos. Yo sentí que otro ser humano, con el que tan íntima relación había tenido, hubiera muerto absurdamente.

Alison estaba reaccionando hacia mí con intensidad, de forma casi sexual..., casi podía ver subir su temperatura, y me pareció que podía oler a sangre.

—¿Le abandonaste tú, o te abandonó ella a ti?

Había doblado una pierna bajo el cuerpo y había erguido la espalda en el diván, de tal modo que estaba ahora incorporada y mirándome con aquellos ojos color agua de mar. Yo era mejor que la película.

—No estoy seguro de que eso te importe. Y tampoco estoy seguro de que eso sea cosa tuya.

—Ella te abandonó —dijo, con acento en ambos pronombres.

—Quizá nos abandonamos mutuamente.

—¿Pensaste que obtuvo lo que se merecía?

—Claro que no —respondí.

—Mi padre sí lo pensaría. Él pensaría eso.

Ahora comprendía el porqué de aquellas extrañas preguntas y experimenté una inesperada punzada de compasión hacia ella. Había vivido toda su vida dentro del recelo de su padre hacia las mujeres

—Y también Zack.

—Bueno, la gente puede sorprenderle a uno a veces.

—Ja —gruñó.

Era un adecuado rechazo de mi cliché; se volvió de nuevo, saltando casi en el diván, para contemplar otra vez la película. Mi audiencia había terminado, y aquella complicada reina guerrera me estaba ordenando que me fuese.

—No hace falta que te molestes en enseñarme la salida —dije, y abandoné la estancia.

Al otro lado de la cocina, en el pequeño vestíbulo existente ante la puerta, se hallaba la entrada al sótano. Abrí esta segunda puerta y busqué a tientas el interruptor de la luz. Cuando lo encontré y lo accioné, la bombilla iluminó solamente la escalera de madera y un trozo de tierra aplastada al pie. Empecé a bajar con

cuidado.

Todavía me pregunto por qué no acudí a Duane para comentarle las estrambóticas teorías de su hija. Pero he oído cosas más grotescas a mis alumnos..., muchos de ellos mujeres. Y, mientras navegaba por el sótano de Duane, encorvado y con las manos extendidas, yendo hacia lo que esperaba que fuese la pared oeste, pensé que seguramente le había oído ya todo esto a su hija: él había dicho que aquel Zack era un tipo excéntrico, y me sentía inclinado a darle la razón. Presumiblemente, habíamos juzgado a partir de la misma base. Y sus problemas familiares eran secundarios para mí o terciarios, o cuaternarios, si contaba a Alison Greening, mi trabajo y mi bienestar como mis prioridades entrelazadas. *Mea culpa*. Además, yo no le habría creado a Alison Updahl más problemas de los que creaba su condición de hija.

El almohadillado de mi vendaje tropezó con una superficie lisa y la hizo oscilar. Alargué la mano derecha para detenerla y agarré por casualidad un largo y suave mango de madera. Estaba oscilando también. El objeto, según advertí tras unos momentos de tantear, era un hacha. Comprendí que podía haberla hecho caer del clavo que la sujetaba y haberme cortado un pie. Solté un juramento y tanteé cuidadosamente en derredor en busca de más hachas en el aire. Mi mano rozó otro largo mango colgante, luego otro y después un cuarto. Para entonces, mis ojos habían empezado a acostumbrarse a la oscuridad del sótano, y pude distinguir los cuatro oscuros mangos colgando en fila de uno de los soportes del techo; junto a ellos colgaban rastrillos y azadas. Avancé sorteándolos, pasando por entre sacos de cemento y «Qwick-Ferm». Pasé por encima de un montón de catálogos de material. Más allá, se apoyaban en la pared una hilera de alargados objetos que semejaban momias en miniatura. Tras unos instantes, me di cuenta de que eran rifles y escopetas guardados en sus fundas. A un extremo de la fila se amontonaban cajas de munición. Como la mayoría de los granjeros, Duane no consideraba necesario hacer ostentación de sus armas. Luego, vi lo que estaba buscando. Apoyada contra la pared, tal como Duane la había descrito, había una vieja puerta blanca, una superficie lisa perfecta para mesa. Tenía unos extraños pomos, pero se podían quitar con facilidad. Quizá los quisiera Duane..., mientras me acercaba a la puerta vi que los pomos eran de cristal tallado. Junto a la puerta dos caballetes se hallaban amontonados como insectos en el acto de la copulación. Y a su lado había una caja de botellas de «Coca-Cola» vacías de la vieja variedad de ocho onzas. La tapa había sido arrancada, y se veían las abiertas bocas de las botellas.

Pensé en pedirle ayuda a Alison Updahl, pero decidí no hacerlo. Había sido una mañana de errores, y no quería cometer otro y turbar la delicada paz existente entre nosotros. Así que subí primero los caballetes y los dejé sobre la hierba, delante de la puerta trasera, y volví a bajar para sacar lo que habría de ser la superficie de mi mesa.

El largo y pesado rectángulo de madera era mucho más difícil de manejar, pero

logré llevarla escaleras arriba sin tirar una escopeta, ni hacer caer un hacha, ni romper las viejas botellas de «Coca-Cola». Después de haberla subido por los escalones de madera, sentí no haberle pedido ayuda a Alison, pues el pecho me saltaba y golpeaba como si una trucha estuviera muriéndose en su interior. Me dolía la herida de la mano. Deslicé la puerta a lo largo del linóleo, arrugando varias pequeñas alfombrillas y, luego, abrí con el codo la puerta-persiana y saqué trabajosamente al exterior la puerta y la bajé por los peldaños de cemento. Estaba sudando y jadeando. Me sequé la frente con la manga, apoyé la puerta contra los caballetes y la contemplé con desaliento. Telarañas, polvo e insectos trazaban sus diseños sobre la blanca pintura.

La solución, una manguera de jardín, yacía en el suelo a mis pies. Hice girar la llave de la base de la manguera y dirigí ésta sobre la puerta hasta que el agua se hubo llevado toda la suciedad. Me dieron ganas de dirigirla también sobre mí mismo. Tenía las manos negras, la camisa estaba echada a perder y me corría el sudor por la cabeza. Pero me limité a poner las manos, una tras otra, en el chorro de agua fría, procurando mojarme lo menos posible la venda. Aplicación de sustancia mágica.

¡Agua fría!

Dejé caer la todavía borbotante manguera y crucé el césped de Duane en dirección al establo. Al mirar a la derecha, podía ver la cabeza y el busto de mi primo que se movía en lo alto del invisible tractor, como si lo impulsara un viento perverso y constante. Me dirigí hacia la grava y el polvo del camino. El perro empezó a maldecirme con sonoras y arrogantes maldiciones. Llegué hasta el aljibe, introduje la mano buena en la verdosa agua y la cerré sobre una botella de cerveza a la que había adherido mi ensangrentado pañuelo. Tiré el pañuelo a la hierba y extraje la goteante botella. Acababa de quitar la cápsula y empezado a beber el burbujeante líquido, cuando vi el rostro, enmarcado en rubio, del *Hombre de Hojalata* que me miraba desde la ventana de la cocina. Ella guiñó un ojo. De pronto, nos estábamos sonriendo uno a otro y sentí el espasmo de emoción que el día había empezado a debilitar en mí. Era como si hubiese encontrado un aliado. Realmente, no podía haber sido fácil para una muchacha animosa tener por padre a mi primo Duane.

III

Después de haberle quitado los pomos y haberla colocado en el vacío dormitorio del piso alto de la casa de mi abuela, la mesa parecía robusta y útil, un eco actual de todas las mesas que he conocido y usado. La habitación misma, pequeña, blanca y con suelo de madera de pino, era un lugar perfecto para el trabajo literario, ya que las desnudas paredes ofrecían vistas para la meditación, y la solitaria ventana que daba al granero y al camino que conducía a la casa de Duane, una oportunidad de distracción. Al poco tiempo, tenía ya dispuestas todas mis cosas sobre la mesa..., máquina de escribir, papel, notas, el principio de mi borrador y mi esquema. «Tipex», plumas, lápices, sujetapapeles. Coloqué las novelas en varios ordenados montones junto a la silla. Por un momento, sentí que el espíritu reposa en el trabajo, en el trabajo intenso, cuanto más recóndito e irrelevante mejor. Mi obstinada tesis sería mi lazo de unión con Alison Greening; mi trabajo la llamaría.

Pero aquel día no trabajé. Me senté a la mesa y me ocupé en mirar por la ventana, viendo a la hija de mi primo pasar una y otra vez por la hierba y el camino mientras iba al cobertizo del material o bajaba al establo y contemplaba con curiosidad mi ventana, y, luego, viendo a Duane llegar de la carretera en su gigantesco tractor. Lo metió en el granero y luego regresó a su casa, caminando pesadamente y rascándose las nalgas. Me sentía —supongo que me sentía— solitario y exaltado, preparado para un acontecimiento, y, sin embargo, abatido y vacío al mismo tiempo, como si yo no fuera lo que pretendía ser, sino sólo un actor esperando que empezase la función. Es una sensación que me asalta con frecuencia.

Permanecía allí, contemplando cómo se oscurecía el cielo sobre el establo mientras el sendero perdía su definición y los tejados de la casa de Duane y el establo resaltaban con mayor claridad sobre un fondo azul progresivamente más oscuro y quedaban luego absorbidos por el firmamento, como si fueran recibiendo poderosas dentelladas. Se encendieron luces en la casa de Duane, iluminándose cada ventana instantes después de haberse encendido la contigua. Pensé que quizás apareciera Alison en el sendero, resplandeciente su camiseta deportiva a la luz de la luna mientras caminaba con gesto hosco hacia mí y sus largos cabellos se balanceaban al ritmo de sus gruesos muslos. Al cabo de un rato, me dormí. No permanecería dormido más de una hora, pero cuando abrí los ojos solamente había una luz encendida en la casa de Duane, y el territorio existente entre las dos viviendas parecía tan oscuro y peligroso como una jungla. Sentía hambre, y bajé a tientas a la cocina. La casa estaba viscosa y enmohecida, y todo resultaba frío al tacto. Cuando abrí el frigorífico, vi que o Duane o Mrs. Sunderson lo habían aprovisionado de

comida suficiente para esa noche y para la mañana siguiente..., mantequilla, pan, huevos, patatas, dos chuletas de cordero, queso. Freí las chuletas y las devoré con rebanadas de pan con mantequilla. Una comida sin vino no es una comida para un hombre adulto. Para postre, mordisqueé el trozo de queso. Luego, amontoné los platos en la fregadera para la mujer de la limpieza y subí eructando al dormitorio. Al mirar por la ventana, vi una luz encendida todavía en la casa de Duane, pero en su extremo más lejano. La habitación de Alison, presumiblemente. Mientras estaba allí mirando, oí el zumbido de una motocicleta que subía por la carretera. Fue aumentando de intensidad hasta que llegó a la altura en que yo me encontraba, y luego cesó bruscamente. Mi mesa tenía un aire malévolo, como el grueso centro negro de una tela de araña.

Mi dormitorio, naturalmente, había sido el de mi abuela. Aunque, en realidad, no es naturalmente, ya que se había trasladado al dormitorio del piso alto, más frío y pequeño, sólo después de la muerte de mi abuelo; por esta razón, tenía una cama más nueva, y por esa razón lo elegí yo. Estaba en el punto de la casa más alejado del viejo dormitorio..., en el lado opuesto y en lo alto de las estrechas escaleras. Mi abuelo murió siendo yo niño, por lo que en todos mis recuerdos mi abuela aparece ya como viuda, una arrugada anciana que subía las estrechas escaleras para irse a la cama. Como les pasa a algunas ancianas, oscilaba entre extremos de gordura y de delgadez, alternando cada tres o cuatro años, y finalmente quedó delgada y así murió. Dado que la habitación tenía esta historia, no es extraño que yo soñara con mi abuela; pero encontré sorprendente la violencia emocional del sueño.

Yo estaba en el cuarto de estar, que se hallaba amueblado, no con los artilugios de oficina de Duane, sino al estilo de antes. Mi abuela estaba sentada en su sofá de respaldo de madera, mirándose nerviosamente las manos.

—¿Por qué has tenido que volver?

—¿Qué?

—Eres un necio.

—No entiendo.

—¿No ha muerto ya bastante gente?

Se puso bruscamente en pie, salió de la habitación y se dirigió al porche, donde se sentó en la vieja y herrumbrosa mecedora.

—Eres un inocente, Miles. —Levantó los puños hacia mí, con el rostro contraído en una forma que nunca le había visto—. ¡Necio, necio, necio! ¡Inocente necio!

Me senté a su lado. Ella empezó a golpearme en la cabeza y los hombros, y yo incliné el cuello para recibir sus golpes. Deseaba morir.

Ella dijo:

—Tú lo pusiste en movimiento, y te destruirá.

Toda vida huyó de mí, y la escena retrocedió hasta que yo quedé suspendido en

un fluido azul, muy lejos. La distancia era importante. Yo estaba en un lugar azul y lejano, sollozando todavía. Comprendí entonces que aquello era la muerte. Conversaciones lejanas, risas lejanas, se filtraban hasta mí, como a través de muros. Cuando percibí la presencia de otros cuerpos flotando como el mío, centenares de ellos, millares de cuerpos evolucionando como desprendidos de los árboles en aquel horror azul, oí el sonido de tres fuertes palmadas. Tres palmadas fuertes y muy espaciadas, indeciblemente cínicas. Era el sonido de la muerte, y no tenía dignidad. Era el fin de una pobre actuación.

Sudoroso y jadeante, me di la vuelta en la cama. El sueño parecía haber durado horas..., parecía como si hubiese comenzado nada más quedarme dormido. Permanecí tendido palpitando bajo el gran peso de la culpabilidad y el pánico. Se me hacía responsable de muchas muertes. Yo había causado esas muertes, y todo el mundo lo sabía.

Sólo gradualmente, al ver que empezaba a penetrar luz por la ventana, hizo su aparición la racionalidad. Yo no había matado nunca a nadie. Mi abuela estaba muerta; yo estaba en el valle para trabajar. *Calma*, dije en voz alta. Sólo es un sueño. Traté de producir ondas alfa y empecé a respirar profunda y regularmente, tardó mucho en disiparse la enorme sensación de culpabilidad.

Siempre he sido una persona con un enorme exceso de culpabilidad. Mi verdadera vocación es la de experto en culpabilidad.

Durante tres cuartos de hora intenté dormirme otra vez, pero mi sistema no lo permitía, mis nervios parecían empapados en cafeína, y me levanté de la cama poco después de las cinco. Por la ventana del dormitorio vi que empezaba a amanecer lentamente. Una capa de plateado rocío cubría la negra construcción de hierro en que mi abuelo había criado cerdos, en el campo próximo a la casa. El campo se usaba ahora como pasto para un caballo y las vacas de un vecino. Junto a las encorvadas vacas, la alta yegua zaina dormía aún, con el largo cuello colgando. Más allá, comenzaba una colina de piedra arenisca, horadada por pequeñas cuevas y coronada por arbustos, entrelazadas viñas y maleza. Todo estaba igual que en mi infancia. Una levísima bruma, una neblina permanente más bien, se hallaba suspendida sobre la masa de árboles. Y entonces vi emerger una figura, envuelta en la niebla, que titubeó unos instantes en la linde que separaba el campo del bosque. Recordé que mi madre aseguraba haber visto a un lobo salir de aquel bosque hacía cuarenta años..., haber visto a un lobo detenerse quizás exactamente en aquel mismo punto y permanecer allí, tenso de hambre, dirigiendo el hocico hacia la casa y el establo. Era, estaba casi seguro, la misma persona que había visto la tarde anterior. Como el lobo, se detuvo también y miró hacia la casa. Me dio un vuelco el corazón. Pensé: un cazador. No. No es un cazador. No sabía por qué, pero no. En ese mismo instante oí el zumbido de una motocicleta.

Miré a la desierta carretera y, luego, volví la vista hacia los árboles. La figura había desaparecido. Al cabo de unos momentos, la motocicleta entró en mi campo

visual.

Ella iba montada detrás de él, cubierta con un poncho parecido a una manta para protegerse del frío de la montaña. El vestía de negro, desde la cazadora hasta las botas. Paró el motor justamente después de haber pasado ante mi vista, y yo me puse apresuradamente la bata y bajé corriendo la escalera. Salí con paso lento al porche. No se estaban besando ni abrazando, como yo había esperado, sino que se hallaban simplemente de pie en la carretera, mirando en direcciones diferentes. Ella le puso la mano en el hombro; vi el flaco rostro del muchacho, un rostro turbulento de fanático. Tenía largos cabellos muy negros. Cuando ella retiró la mano, él asintió brevemente con la cabeza. El gesto parecía expresar dependencia y dominio al mismo tiempo. Ella le rozó la cara con los dedos y empezó a subir andando por la carretera. Al igual que yo, él se quedó mirando cómo se alejaba, caminando con sus rígidos andares de *Hombre de Hojalata*, y luego, volvió a montar en su moto, puso el motor en marcha, giró en redondo y se alejó. Volví a entrar y me di cuenta de que el interior de la casa estaba tan frío y húmedo como el porche. Con los pies helados, fui a la cocina y puse una olla de agua en el fogón. En un armario encontré un bote de café soluble. Luego volví a las húmedas tablas del suelo del porche. Estaba empezando a aparecer el sol, enorme y violentamente rojo. Al cabo de uno o dos minutos, reapareció Alison, caminando silenciosamente en torno a su casa con pasos largos y lentos. Cruzó la parte trasera de su casa hasta llegar a la última ventana, donde continuaba encendida la luz. Cuando estuvo ante ella, levantó la hoja de la ventana hasta quedar de puntillas y, luego se subió a pulso y entró en la habitación.

Después de dos tazas del amargo café, engullidas mientras estaba aún en bata y con los pies descalzos sobre el frío suelo de la cocina; después de dos huevos fritos con mantequilla y una tostada, comidos en la vieja mesa redonda de madera mientras el sol comenzaba a disipar los restos de niebla; después de apreciar la forma en que el fogón había calentado la cocina; después de añadir más platos sucios a los que había en la fregadera; después de desnudarme en el cuarto de baño y observar con disgusto la cada vez más voluminosa barriga; después de un examen similar de mi cara; después de ducharme en la bañera; después de afeitarme; después de sacar ropa limpia de mi maleta y ponerme una camisa a cuadros, pantalones vaqueros y botas; después de todo esto, seguía sin poder empezar a trabajar. Me senté a la mesa y examiné las puntas de los lápices, incapaz de quitarme de la cabeza aquel terrible sueño. Aunque el día iba calentando rápidamente, mi pequeña habitación y la casa entera parecían penetradas de un frío aliento, un gélido espíritu que yo asociaba con el efecto de la pesadilla. Bajé al cuarto de estar y descolgué la fotografía de Alison. Volví a subir y la coloqué sobre la mesa, apoyándola contra la pared. Recordé entonces que había otra fotografía que había estado colgada en la planta baja..., de hecho había habido muchas otras, y presumiblemente, Duane se había llevado la

mayoría de ellas con los muebles después de la muerte de nuestra abuela. Pero a mí sólo me interesaba una de todas aquellas fotografías de los diversos nietos y sobrinos e hijos de sobrinos. Era una fotografía en que aparecíamos Alison y yo, tomada por el padre de Duane en 1955, al comienzo del verano. Estábamos de pie delante de un nogal, cogidos de la mano y mirando al incomprensible futuro. El solo hecho de pensar en la foto me hizo estremecer.

Miré el reloj. Eran todavía las seis y media. Comprendí que sería imposible trabajar en mi estado de ánimo y a aquella hora. De cualquier forma, yo no estaba acostumbrado a escribir antes de la hora de comer. Me sentía agitado, y tuve que salir de mi cuarto de trabajo, donde la máquina de escribir, los lápices y la propia mesa me reprendían.

Abajo, me instalé en el incómodo sofá de Duane mientras tomaba otra taza de café. Pensé en D. H. Lawrence. Pensé en la ilícita excursión de Alison Updahl. Me sentía inclinado a aprobarla, aunque pensaba que podía haber elegido mejor su compañía. Por lo menos, la hija tendría más experiencia que su padre; no habría casas soñadas para ella. Luego, D. H. Lawrence empezó a despotricar de nuevo contra mí. Ya había escrito bastante de la parte central del libro, pero había reservado para el último momento el principio y el final..., el final estaba completamente esbozado, pero aún no tenía ni idea de cómo empezar. Necesitaba una primera frase, preferiblemente con varias cláusulas doctas. De la cual podrían fluir elocuentemente cuarenta páginas introductorias.

Entré en la cocina, fría y húmeda otra vez. Dejé la taza en la fregadera con los otros platos. Luego, di la vuelta a la mesa y cogí el listín de teléfonos de su estante bajo el viejo teléfono de pared. Era un volumen delgado, del tamaño más o menos de una primera colección de poemas, y en la portada había una bucólica fotografía de dos niños pescando desde un espigón. Los niños se hallaban rodeados de una agua fría y azul quebrada en un millón de minúsculas ondas. Aunque descalzos, los niños del espigón llevaban jerseys. Al otro lado del río se espesaba una maciza línea de árboles..., como una ceja en el rostro de un asesino. Al cabo de un par de segundos de mirarla, la fotografía parecía menos bucólica que siniestra. Era amenazadora. Mis propios pies habían estado descalzos sobre tablas frías; yo también había estado suspendido sobre una indiferente agua azul. En la fotografía, el sol estaba agonizando. Pasé la portada, busqué la página que quería y marqué el número.

Mientras sonaba el teléfono al otro extremo del hilo, miré distraídamente por la ventana que daba sobre el césped y la carretera, y por entre los troncos de los castaños vi a Duane, montado ya en su tractor, yendo majestuosamente de un lado a otro del campo, cerca de donde comenzaban los árboles. Llegó a un extremo de su trayecto e hizo girar al pesado tractor con la misma facilidad que si fuese una bicicleta. Al tercer timbrado, fue descolgado el aparato. Ella no dijo nada, y, al cabo de unos momentos, hablé yo.

—¿Rinn? ¿Eres tú, tía Rinn?

—Naturalmente.

—Soy Miles, tía Rinn. Miles Teagarden.

—Sé quién eres, Miles. No te olvides *de* hablar alto. Yo nunca utilizo este terrible invento.

—Dice Duane que te avisó de que yo venía.

—¿Qué?

—Dice Duane... Tía Rinn, ¿podría ir a verte esta mañana? No puedo trabajar, y tampoco podría dormir.

—No —dijo ella, como si ya lo supiera.

—¿Puedo ir? ¿Es demasiado temprano para una visita?

—Ya conoces a la gente del campo, Miles. Hasta los viejos madrugan y hacen las cosas temprano.

Me puse una chaqueta y cruce el césped cubierto de rocío en dirección al «Volkswagen». Por el parabrisas se deslizaban arroyuelos de vapor condensado. Al enfilar la carretera en la que había visto al *Hombre de Hojalata* realizar su curiosa y fría despedida del muchacho que sólo podía ser Zack, oí la voz de mi abuela, pronunciando con toda claridad algunas palabras que había dicho en mi sueño. ¿*Por qué has tenido que volver?* Era como si estuviese sentada a mi lado. Podía incluso percibir su familiar olor a humo de leña. Detuve el coche a un lado de la carretera y me pasé las manos por la cara. No habría sabido responderle.

Los árboles que empezaban hacia el final de la accidentada carretera que lleva a la casa de Rinn, justo donde el valle comienza a ascender en las colinas, se habían hecho más altos y más gruesos. la pálida luz del sol naciente se proyectaba oblicuamente, poniendo brillantes chispas en los rugosos troncos y en la exuberante vegetación. Un poco más allá, parte de la luz daba en el costado de la cooperativa avícola de Rinn, cuya parte superior se hallaba completamente iluminada por el sol. Era una estructura alargada, de la altura de una casa de dos pisos y pintada de rojo; diminutas ventanas semejantes a piezas de un rompecabezas punteaban arbitrariamente el lado que tenía delante. A cierta distancia, pendiente arriba, se hallaba su casa, que en otro tiempo había sido de tablas blancas, pero ahora necesitaba urgentemente una buena mano de pintura. La estructura de tres habitaciones parecía como si una tela de araña se hubiera instalado sobre ella. Los árboles habían invadido su minúsculo césped, y grandes y gruesas ramas se entrecruzaban sobre su tejado. Al apearme del coche, apareció Rinn en su pequeño porche; un instante después, abrió la puerta-persiana y salió. Llevaba un antiguo vestido azul estampado, botas de goma hasta media pierna y una vieja guerrera caqui del ejército con lo que parecían cientos de bolsillos.

—Bien venido, Miles —dijo, con aquel cantarín acento noruego. Su cara estaba más arrugada que nunca, pero era luminosa. tenía un ojo cubierto por una película lechosa—. Bien. No estabas aquí desde que eras niño, y ahora eres un hombre. Un hombre alto y guapo. Pareces un noruego.

—Así debe ser —dije—, estando tú en mi familia. Me incliné para besarla, pero ella extendió una mano y se la estreché. Llevaba guantes de punto que dejaban los dedos al aire, y, al tacto, su mano daba la impresión de varios huesos sueltos envueltos en un paño.

—Tienes un aspecto maravilloso —dije—. —Oh, Santo Dios. Tengo café en el fogón, si te apetece. En su diminuta y excesivamente caliente cocina, echó unas astillas en el fogón hasta que el recipiente de hierro empezó a borbotear. Salió el café en un fino chorro negro.

—No siempre madrugas tanto —dijo ella—. ¿Estás en dificultades?

—No lo sé realmente. Estoy teniendo dificultades para empezar mi trabajo.

—Pero no se trata de tu trabajo, ¿verdad, Miles?

—No lo sé.

—Los hombres deben ser trabajadores. Mi marido era un trabajador. —Su ojo bueno, casi tan pálido como los de Alison y mil veces más informados, me examinó por encima de la taza—. Duane es un buen trabajador.

—¿Qué sabes de su hija? —pregunté. Me interesaba su opinión.

—No le pusieron el nombre adecuado. Duane hubiera debido bautizarla Jessie, como mi hermana. Eso habría sido lo correcto, ponerla el nombre de su madre. La chica necesita ser guiada. Es muy impulsiva.

Rinn retiró un paño que cubría una fuente llena de discos lisos y redondos de una sustancia semejante a pan que yo conocía muy bien.

—Pero es mucho mejor de lo que ella quiere que creas.

—¿Quiere decir que todavía haces *lefsa*? —exclamé, riendo, complacido. Era uno de los grandes manjares del valle.

—Claro que los hago. Aún puedo utilizar un rodillo de amasar. Los hago siempre que puedo ver lo bastante bien.

Extendí una gruesa capa de mantequilla sobre una pieza y la enrollé hasta darle forma de un cigarro puro. Seguía siendo como comer pan preparado por ángeles.

—¿Vas a estar solo este verano?

—Ya estoy solo.

—Es mejor estar solo. Mejor para ti.

Se refería única y específicamente a mí, no a la Humanidad en general.

—Bueno, no he tenido mucha suerte en mis relaciones.

—*Suerte* —resopló, y se inclinó más sobre la mesa—. No llores a la desgracia. Miles.

—¿Desgracia? —Estaba sinceramente sorprendido—. No es tan malo.

—Miles, hay una gran conmoción aquí ahora. En el valle. Ya has oído la noticia. No te asocies a ella. Debes estar solo y aparte, haciendo tu trabajo. Eres un elemento ajeno, Miles, por tu propia naturaleza, y la gente se irritará si tú estás cerca. La gente te conoce. Te has visto metido en problemas en el pasado, y debes evitarlo ahora. Jessie teme que te vuelva a suceder.

—¿Qué? —Cosas como ésta eran las que me habían aterrorizado mortalmente de niño.

—Tú eres inocente —dijo..., las mismas palabras que había empleado la abuela en mi sueño—. Pero ya sabes de qué estoy hablando.

—No te preocupes, por muy provocativas que se pongan, las chiquillas no me tientan. Pero no entiendo qué quieres decir con eso de inocente.

—Quiero decir que esperas demasiado —respondió—. Creo que te estoy confundiendo. ¿Quieres comer más, o no te importa ayudarme a recoger mis huevos?

Recordé sus observaciones acerca del trabajo y me puse en pie. La seguí afuera y por entre los árboles, cuesta abajo, hasta el gallinero.

—Entra sin hacer ruido —dijo—. Estas aves se excitan con facilidad, y podrían asfixiarse unas a otras en el pánico.

Abrió con mucha suavidad la puerta de la alta estructura roja. Me asaltó un terrible hedor, como a cenizas, excrementos y sangre, y luego mis ojos se acomodaron a la oscuridad, y vi gallinas sentadas sobre sus nidos, en filas e hileras, como libros en un estante. La escena era una parodia de mis aulas de Long Island. Entramos. Unas cuantas aves graznaron. Yo me encontraba de pie sobre una mezcla de inmundicias, serrín, plumas, una penetrante sustancia blanca y cascaras de huevos. En el aire permanecía suspendido un olor acre y fuerte.

—Mira cómo lo hago yo —dijo Rinn—. No puedo ver con esta luz, pero sé dónde están.

Se acercó al nido más próximo e introdujo la mano entre el ave y la paja sin molestar en absoluto a la gallina. Ésta parpadeó y continuó mirando aturdidamente desde cada lado de la cabeza. Su mano reapareció con dos huevos, y un instante después con otro. Unas cuantas plumas se hallaban pegadas a ellos por un líquido gris blancuzco.

—Tú empieza por ese extremo, Miles —dijo, señalando—. Hay un cesto en el suelo.

Ella hizo su mitad antes de que yo hubiera logrado sacarles una docena de huevos a la mitad de infelices gallinas. El grueso vendaje de Duane me dificultaba el trabajo. Luego, subí una escalera hasta un lugar en que el aire era aún más denso y robé más huevos a unas gallinas cada vez más agitadas; una de las últimas me picoteó la mano mientras yo cogía sus tres calientes productos. Era como ser apuñalado por una cuchara.

Terminamos finalmente, y salimos al aire exterior, que se iba calentando rápidamente bajo los árboles. Hice varias profundas inspiraciones. A mi lado, Rinn dijo:

—Gracias por ayudarme. Algún día podrías ser un buen trabajador.

Miré la delgada figura, encorvada en sus estrafalarias ropas.

—¿Querías decirme que hablas con mi abuela? ¿Con Jessie?

Sonrió, haciendo que su rostro pareciera el de una china.

—Quería decir que ella habla conmigo. ¿No es eso lo que dije? —Pero, antes de que yo pudiera responder, añadió—: Te está observando, Miles. Jessie siempre te amó. Quiere protegerte.

—Supongo que eso me halaga. Quizá...

Iba a decir que quizás era por eso por lo que había soñado con ella, pero no me decidí a contarle ese sueño a Rinn. Ella le habría dado demasiada importancia.

—¿Sí? —La anciana parecía atenta a una corriente inaudible para mí— ¿Sí? ¿Has dicho algo más? Con frecuencia me pasa que no oigo bien.

—¿Por qué pensabas que me liaría con Alison Updahl? Eso resultaría un poco forzoso incluso para mí, ¿no crees?

Su rostro se cerró como un cepo, perdiendo toda su luminosidad.

—Me refería a Alison Greening. Tu prima, Miles. Tu prima Alison.

—Pero...

Iba a decir *Pero yo la amo*, mas la sorpresa sofocó el sobresaltado reconocimiento.

—Discúlpame. Ya no puedo oír.

Empezó a alejarse de mí y, luego, se detuvo para mirar atrás. Pensé que el lechoso ojo estaba vuelto hacia mí. Parecía estar enfadada e impaciente, pero dentro de todas aquellas arrugas quizás estuviera simplemente cansada.

—Siempre serás bien recibido aquí, Miles.

Luego se llevó su cesto y el mío a la casita, oscurecida por los árboles. Yo había rebasado ya la iglesia en mi camino de regreso, cuando recordé que había tenido intención de comprarle una docena de huevos.

Aparqué el coche en el arenoso camino de entrada, pasé a lo largo del porche y me dirigí por la habitación delantera a la estrecha escalera. La casa seguía dando una impresión de frío y humedad, aunque la temperatura rondaba ya los 25 grados. Una vez arriba, me senté a la mesa y traté de pensar. D. H. Lawrence me parecía más ajeno aún que el día anterior. Las palabras finales de tía Rinn sobre mi prima me emocionaban y turbaban a la vez. Oír a otra persona aludir a Alison Greening era como oír contar como suyos los sueños de uno. Hojeé las páginas de *El pavo real blanco*, demasiado nervioso para escribir. La mención de su nombre me había puesto los nervios de punta. Yo había utilizado su nombre como un arma contra Duane, y Rinn había hecho lo mismo conmigo.

Oí un súbito ruido procedente de la planta baja: ¿un portazo, un libro al caerse? Le siguió un ruido de pies calzados rozando el suelo. Alison Updahl, estaba seguro, que venía a flirtear mientras exponía la absurda filosofía de su amigo. Estaba de acuerdo con Rinn, Alison era una persona mucho más agradable de lo que quería que nadie supiese, pero en ese momento yo no podía soportar la idea de que nadie usurpase tranquilamente mi territorio.

Aparté la silla de la mesa y corrí escaleras abajo. Irrumpí en el cuarto de estar. No había nadie allí. Luego, oí un fuerte ruido procedente de la cocina y la imaginé explorando los armarios.

—Venga, fuera de ahí —grité—. Dime cuándo quieres venir, y quizá te invite. Estoy intentando trabajar.

Cesó el ruido.

—Sal inmediatamente de esa cocina —ordené, cruzando a grandes zancadas la estancia en dirección a la puerta.

Una corpulenta y pálida mujer apareció ante mí con expresión confusa y secándose las manos en una toalla. El gesto hacía bambolearse la carne de sus gruesos brazos. Se dibujaba el horror en su rostro y en sus ojos, aumentados tras gruesos lentes.

—Oh, Dios mío —exclamó—. ¿Quién es usted?

Sus labios se movieron nerviosamente.

—Oh, Dios mío. Lo siento. Creí que era usted otra persona.

—Soy...

—Lo siento, lo siento. Siéntese, por favor.

—Soy Mrs. Sunderson. Creía que hacía bien. He venido a trabajar, la puerta estaba abierta... ¿Usted..., usted es el hijo de Eve?

Retrocedió, apartándose de mí, y casi se cae al tropezar con el escalón de la cocina.

—¿No quiere sentarse? Por favor. Lo siento de veras. No pretendía...

Ella seguía apañándose de mí, sosteniendo la toalla como un escudo. Los ojos, desmesuradamente abiertos, parecían a punto de desencajarse, efecto que quedaba acentuado por las gafas.

—¿Quiere limpieza? ¿Quiere que yo limpie? Duane dijo la semana pasada que debía venir hoy. No sabía si debía venir después de que, con eso de..., quiero decir, desde ese terrible..., pero Red dijo que viniera.

—Sí, sí. Quiero que venga. Perdóneme, por favor. Creía que era usted otra persona. Por favor, siéntese un momento.

Se sentó pesadamente en una de las sillas que había ante la mesa. Le estaban apareciendo unas manchas rojas en la cara.

—Es usted bien venida aquí —dije débilmente—. Creo que sabe lo que quiero que haga.

Ella asintió, con los ojos brillantes y vidriosos tras los gruesos lentes.

—Quiero que venga lo bastante temprano para prepararme el desayuno, lavar todos los platos y mantener limpia la casa. A la una, almorzaré. ¿Es eso lo que convino? Y, por favor, no se preocupe del cuarto en que trabajo. No quiero que se haga nada en ese cuarto.

—¿El cuarto...?

—Ahí arriba —señalé—. Estaré arriba trabajando la mayoría de las mañanas cuando usted llegue, así que llámeme sólo cuando tenga preparado el desayuno. ¿Ha hecho alguna vez un trabajo como éste?

En su gordezuelo rostro se dibujó por un momento una expresión irritada.

—He cuidado la casa para mi marido y mi hijo durante cuarenta años.

—Desde luego, debí haberlo pensado. Lo siento.

—¿Le explicó Duane lo del coche? ¿Que no puedo conducir? Tendrá que hacer usted la compra.

—Sí, de acuerdo. Iré esta tarde. De todas formas, quiero ver Arden otra vez.

Ella continuó mirándome en silencio. Me daba cuenta de que la estaba tratando como a una criada, pero no podía detenerme. El azoramiento y una ficticia dignidad me hicieron adoptar una postura rígida. Si ella hubiera sido el *Hombre de Hojalata*, podría haberme excusado.

—¿Le he dicho que son cinco dólares a la semana?

—No sea tonta. Se merece usted siete. Y también podría darle por adelantado el salario de la primera semana.

Conté siete billetes de dólar y los dejé sobre la mesa, delante de ella.

La mujer miró con aire enfadado el montoncito de billetes.

—He dicho cinco.

—Considere los otros dos como una prima por trabajo penoso. Bueno, y esta mañana no tiene que preocuparse de preparar el desayuno, ya que me he levantado temprano y lo he preparado yo mismo, pero me gustaría almorzar a eso de la una más o menos. Cuando haya lavado los platos del almuerzo, podrá marcharse, si le parece que las habitaciones de la planta baja están suficientemente limpias. ¿De acuerdo? Y siento de veras lo de esos gritos. Ha sido un caso de confusión de identidad.

—¡Ya! —dijo ella—. He dicho cinco.

—No quiero explotarle, Mrs. Sunderson. Para mi tranquilidad de conciencia, le ruego que acepte los otros dos.

—Falta un cuadro. Del salón delantero.

—Lo he llevado arriba. Bueno, si sigue usted con su trabajo, seguiré yo también con el mío.

Fragmento de la declaración de Tuta Sunderson:

18 de julio

Las personas que se comportan así no están bien de la cabeza. Él se portó como un loco y, luego trató de sobornarme con dos dólares adicionales. Bueno, aquí no trabajamos así, ¿verdad? Red dijo que no debía volver a la casa de ese loco, pero yo seguí yendo, y así fue como averigüé tantas cosas acerca de su forma de comportarse.

Ojalá viviera Jérôme para que pudiera darle una paliza. Jérôme no habría aguantado la forma de hablar de ese hombre ni su forma de ser tampoco.

Pregúntese usted sólo una cosa: ¿A quién estaba esperando? ¿Y quién llegó?

Me hallaba sentado a mi mesa, incapaz de hilvanar una sola idea coherente sobre D. H. Lawrence. Me di cuenta de que nunca me habían gustado más que dos de sus novelas. Si realmente publicase un libro sobre Lawrence, me vería condenado a hablar sobre él durante el resto de movida. En cualquier caso, yo no podía trabajar mientras imaginaba a aquella mujer moviéndose por entre los muebles de Duane. Incliné la cabeza y la apoyé unos momentos sobre la mesa. Sentía la fotografía de Alison derramando luz sobre mi cabeza. Habían empezado a temblarme las manos, y una vena me latía violentamente en el cuello. Me bañé en aquel tierno y envolvente calor. Aplicación de ya sabéis qué. Cuando me levanté y bajé la escalera, advertí que me temblaban las rodillas.

Tuta Sunderson me espió por el rabillo del ojo desde el lugar en que se hallaba arrodillada ante un cubo de agua mientras yo pasaba en silencio a su lado. Comprensiblemente, ella tenía aire de esperar que yo fuera a darle una patada en el trasero.

—Oh, ha llegado una carta para usted —dijo—. Olvidé dársela antes.

Señaló con un gesto hacia una cómoda, y yo cogí el sobre mientras salía.

Mi nombre estaba escrito con letra ágil en el sobre. Entré en el caluroso interior del «VW», abrí el sobre y saqué una hoja de papel. Le di la vuelta. Confuso, volví a darle la vuelta. Estaba en blanco. Solté un gruñido. Al coger el sobre del suelo del coche, vi que no llevaba remite y que había sido echada al correo la noche anterior en Arden.

Di marcha atrás a toda velocidad, sin importarme realmente que viniera otro vehículo. Al oír el chirriar de mis neumáticos, Duane, que se encontraba en el otro extremo del campo, volvió la cabeza. Aceleré y me alejé como si acabara de cometer un asesinato, con la hoja en blanco y el sobre en el otro asiento, a mi lado. El motor del coche empezó a toser, destellaron las luces como si la mano del Espíritu las hubiera tocado; por instinto, levanté la vista hacia el bosque. No había nadie allí. Ninguna figura, no un cazador, sino un lobo. Si era una broma, una despreciable broma, ¿de quién? ¿Un viejo enemigo de Arden? No estaba seguro de que tuviera todavía alguno; pero tampoco había esperado que la mujer de Andy portara una tal hostilidad hacia mí como un cuchillo levantado en alto. Si era una señal, ¿de qué? ¿De algún mensaje futuro? Volví a coger el sobre y lo mantuve sujeto al volante con ambas manos.

—Maldita sea —murmuré, y lo eché de nuevo en el otro asiento mientras pisaba a fondo el acelerador.

Fue a partir de este momento cuando todo empezó a torcerse. Mi error con Tuta Sunderson, la enloquecedora carta..., quizás habría yo actuado de un modo más racional si nunca hubiera ocurrido la amenazante escena del restaurante «Plainview». Creo, sin embargo, que sabía lo que iba a hacer en Arden mucho antes de que fuera un pensamiento consciente. Mi vieja respuesta a la tensión. Y pensaba que tal vez conociera la letra de aquel sobre.

Subí a temeraria velocidad por la sinuosa carretera que llevaba a Arden. Estuve a punto de hacer que un tractor se saliera de la carretera. «Bunny es buen pan»; «Ordeñadoras Surge»; «Ésta es la comarca de Holsum»; «Piensos Nutrea»; «Carretera 93»; «Maíz DeKalb» (palabras anaranjadas sobre fondo verde); los anuncios publicitarios y las señales de tráfico pasaban raudos ante mis ojos. En lo alto de la colina, desde la que se divisa un paisaje como el de los cuadros italianos, una infinita extensión verde y lejanías punteadas de blancos edificios y esporádicos grupos de árboles, un alto cartel con un termómetro pintado y un indicador anunciaba que el objetivo de la Caja Municipal de Arden era 4.500 dólares. Encendí la radio y oí la hueca y afectada voz de Michael Moose. « ..informan que no se han realizado progresos en el horrible...» Giré el mando y dejé que me asaltara una estruendosa música de rock porque la odiaba.

Una zona de casas de madera, el motel «R-D-N», y ya estaba bajando por la calle Mayor, por delante de la escuela superior, donde se hallaba situada Arden al pie de la última colina. Varias palomas describían círculos sobre la fortaleza de ladrillo del Palacio de Justicia y el Ayuntamiento, y en la extraña quietud del momento pude oír batir sus alas cuando hube entrado en la zona de aparcamiento situada ante el supermercado «De Costa a Costa» y apagado el motor. Los aletazos llenaban y agitaban el aire como un tamborileo; cuando salí del coche vi que las palomas se habían alejado del Palacio de Justicia/Ayuntamiento y sobrevolaban ahora la calle Mayor. Aparte de un viejo que se hallaba sentado en los escalones del «Freebo's Bar», ellas eran los únicos seres vivientes. Un letrero de hojalata repiqueteaba en algún lugar detrás de mí. Era como si la vista de algún ente perverso hubiera inducido a todos los habitantes de Arden a refugiarse tras las cerradas puertas.

Entré en el supermercado y cogí comestibles suficientes para una semana; las dos mujeres que se encontraban en el pasillo entre las estanterías me dirigieron una extraña mirada y apartaron la vista. La atmósfera del local parecía casi ostentosamente hostil, casi teatral..., aquellas mujeres me miraron, luego bajaron rápidamente los ojos y a continuación me asaetearon con solapadas miradas de soslayo. Era como si hubieran dicho: *¿Quién eres tú y qué haces aquí?* Dejé el dinero sobre el mostrador, volví a salir apresuradamente y metí las bolsas de comida en el «VW». Tenía que comprar también una botella de whisky.

Por el otro extremo de la calle, justo después 'de la esquina del «Annex Hotel» y el «Angler's Bar», caminando hacia mí con la espalda encorvada y acompañado de su huraña esposa, estaba el pastor Bertilsson. Era el clérigo que menos me apetecía ver. El no me había visto aún. Miré a mi alrededor, lleno de pánico. Al otro lado de la calle había un edificio de dos pisos con el letrero de «Zumgo», nombre que recordé haber oído antes. Allí era donde Duane había dicho que trabajaba Paul Kant. Volví la espalda a los Bertilsson y crucé precipitadamente la calle.

A diferencia del «Plainview», «Zumgo's» había resistido todos los esfuerzos de modernización, y mi primera reacción fue saborear los anticuados dispositivos del establecimiento, los cambios eran enviados en el interior de cilindros de metal que bajaban ruidosamente por unos alambres desde una oficina suspendida bajo el techo, los mostradores eran de madera, las tablas del suelo estaban combadas y desgastadas por el paso del tiempo. Un momento después me fijé en el aspecto destartado del local; la mayoría de las mesas estaban sólo escasamente cubiertas de artículos, y las dependientas —que aun ahora me miraban con desagrado— eran viejos y desastrados horrores con las mejillas esmaltadas de colorete. Unas cuantas mujeres gordas examinaban distraídamente la ropa interior extendida sobre una" mesa. No podía imaginar a Paul Kant trabajando en un sitio semejante.

La mujer a la que abordé pareció compartir mi actitud. Replegó los labios sobre sus dientes postizos y sonrió.

—¿Paul? ¿Es usted amigo de Paul?

—Sólo he dicho que dónde está trabajando. Quiero verle.

—Bueno, no está trabajando. ¿Es usted amigo suyo?

—¿Quiere decir que no trabaja aquí?

—Cuando está, sí, supongo que trabajará. Hoy está enfermo. Al menos eso es lo que le ha dicho a la señorita Nord. Ha dicho que no podría venir hoy. Resulta curioso. ¿Es usted amigo suyo?

—Sí. Al menos lo era antes.

Por alguna razón, esto hizo que su ávido y canino interés por mí se convirtiera en regocijo. Me obsequió con una panorámica de sus encías forradas de plástico y llamó a otra mujer que estaba detrás del mostrador.

—Es amigo de Paul. Dice que no sabe dónde está.

La otra mujer se unió a su risa.

—¿Amigo de Paul?

—Cristo —murmuré, empezando a alejarme. Luego, me volví para preguntar—: ¿Saben si estará mañana?

Sólo obtuve miradas maliciosas como respuesta. Observé que dos o tres de las clientes me estaban mirando. Recordé el consejo de tía Rinn. Ciertamente, algunas de las mujeres parecían irritadas por la presencia de un desconocido.

Desconcertado y furioso, paseé por la tienda hasta que incluso la primera mujer hubo dejado de reír entre dientes y de cuchichear acerca de mí con su compañera. Yo

había concebido un propósito que no quería confesarme entonces a mí mismo. Examiné unas ropas increíbles; contemplé juguetes lamentables y polvorientas fundas y metros de telas que parecían indicadas para lomos de caballerías. La vieja respuesta a la tensión se hizo consciente: cogí un billete de cinco dólares y lo doblé en la palma de la mano. Me encontraba impotente ante mi propio consejo de *largarme*. En el segundo piso hice girar un bastidor de libros de bolsillo. Una de las portadas y títulos atrajo mi atención. Lo había escrito un famoso erudito que había sido supervisor de mi doctorado en filosofía. Era el popularísimo libro de Maccabee *El sueño encantado*. Aunque, en realidad, era un tratado mecánico sobre los poetas del siglo XIX, había sido dotado de una sugestiva portada en la que se veía a un joven de largos cabellos que parecía inhalar una sustancia ilegal mientras que una doncella desnuda, ligeramente menos hermosa, enroscaba en torno a él sus ondulantes piernas y sus rizados cabellos. Incapaz de dominar el impulso que era el objetivo que me había llevado allí —no había imaginado tan sorprendente suerte—, cogí el libro del bastidor y me lo deslicé en el bolsillo de la chaqueta. Había sido Maccabee quien me había sugerido que escribiese sobre Lawrence. Luego me volví cautelosamente (cuando ya era demasiado tarde para ser cauto) y vi que nadie había presenciado mi hurto. El pecho me palpitó de alivio; el libro reposaba discretamente en mi bolsillo. Volví la solapa del bolsillo sobre la parte superior del libro. Cuando hube pasado por la caja, dejé caer el billete sobre el mostrador y salí a la calle.

Y fui a caer casi en los brazos de Bertilsson. Yo juro que aquella hipócrita y sonrosada cara de luna llena y la húmeda sonrisa iban dirigidas al bolsillo con el libro de Maccabee antes de que Bertilsson decidiera favorecer mi rostro con ellas. Más calvo y más gordo, era más repulsivo aún de como yo le recordaba. Su mujer, varios centímetros más alta que él, permanecía completamente inmóvil a su lado, en una postura que daba a entender la posibilidad de que yo cometiera en cualquier momento un acto de repugnante perversidad.

Como supongo que lo había hecho ya a sus ojos. Cuando Joan y yo nos casamos, Bertilsson se había esforzado por incorporar a su sermón algunas alusiones a mis pasadas fechorías; más tarde, una noche de borrachera durante nuestra luna de miel, le escribí una carta insultante y la eché inmediatamente al correo. Creo que le decía que no merecía llevar alzacuello.

Quizás el recuerdo de aquello fue lo que encendió las heladas chispitas de malignidad en sus ojos, muy por detrás de su aire santurrón, cuando me saludó.

—El joven Miles. Aquí tenemos al joven Miles.

—Habíamos oído que habías vuelto —dijo su mujer.

—Te esperaremos en los servicios de mañana.

—Muy interesante. Bueno, tengo que...

—Sentí lo de tu divorcio. La mayoría de mis matrimonios son de los permanentes. Pero también es cierto que pocas de las parejas que tengo el privilegio de unir son tan sofisticadas como tú y tu... Judy, ¿no? Pocas de ellas escriben notas de

agradecimiento tan características como la vuestra.

—Se llamaba Joan. Y no nos divorciamos, en el sentido a que usted se refiere. Murió en un accidente.

Su mujer tragó saliva, pero Bertilsson, pese a toda su untuosidad, no era ningún cobarde. Continuó mirándome fijamente, sin que se alterase la malignidad que alentaba tras la santurronería.

—Lo siento. Lo siento realmente por ti, Miles. Quizás haya sido mejor que tu abuela no viviera para ver cómo tú...

Se encogió de hombros.

—Cómo yo ¿qué?

—Pareces tener una trágica propensión a estar cerca cuando unas mujeres jóvenes pierden la vida.

Ni siquiera estaba en la ciudad cuando mataron a esa chica Olson —dije—. Y Joan estaba muy lejos cuando murió.

Lo mismo podría estar hablando a un Buda de bronce. Sonrió.

—Veo que debo excusarme. No pretendía referirme a eso. No, en absoluto. Pero, de hecho, ya que suscitas el tema, la señora Bertilsson y yo estamos en Arden en una misión relacionada con ello, una misión de misericordia creo que puedo llamarla, de la misericordia del Señor, referida a un acontecimiento que tú parece ignorar.

Hacía rato que había empezado a hablar con las cadencias de sus tediosos sermones, pero generalmente era posible averiguar de qué estaba hablando.

—Mire, lo siento, pero tengo que irme.

—Acabamos de estar con los padres.

Continuaba sonriendo, pero la sonrisa expresaba ahora una triste y ostentosa gravedad.

Dios mío, ¿cómo podía pensar que no me había enterado de aquello?

—Oh, sí.

—¿O sea que estás enterado? ¿Lo has oído?

—No sé qué he oído. Y ahora me voy.

Su mujer dijo:

—Harías bien en no detenerte hasta llegar al lugar de donde has venido, Miles. No te apreciamos mucho por aquí. Dejaste demasiados malos recuerdos.

Su marido conservaba aquella grave y falsamente humilde sonrisa en el rostro.

—Entonces mándeme otra carta en blanco —dije, y me fui.

Volví a cruzar la calle y pasé por encima del borracho del «Freebo's Bar». Tras unas copas consumidas mientras escuchaba a un semiaudible Michael Moose competir con la murmurada conversación de hombres que rehuían ostensiblemente mi mirada, tomé unas cuantas copas más y atraje un poco de atención destrozando el libro de Maccabee en la barra, al principio arrancando las páginas una a una y luego cogiendo puñados de papel y rompiéndolo. Cuando se acercó el camarero para

expresarme su objeción, le dije:

—Este libro lo escribí yo, y acabo de decidir que es horrible. —Hice trizas la portada para que no pudiera ver el nombre de Maccabee—. ¿No puede un hombre romper su propio libro en este bar?

—Quizá sea mejor que se vaya, Mr. Teagarden —dijo el camarero—. Puede volver mañana.

No me había dado cuenta de que conocía mi nombre.

—Puedo romper mi propio libro si quiero, ¿verdad?

—Escuche, Mr. Teagarden —dijo—. Anoche fue asesinada otra chica. Se llamaba Jenny Strand. Todos la conocíamos. Y todos estamos un poco alterados por aquí.

Sucedió así:

Una chica de trece años, Jenny Strand, había ido al cine de Arden con cuatro de sus amigas para ver una película de Woody Allen, *Amor y muerte*. Sus padres le habían prohibido que la viera; no querían que su hija recibiera de Hollywood su educación sexual, y el título les inquietaba. Era la única chica entre tres chicos, y su padre, si bien pensaba que los chicos podían averiguar las cosas por sí mismos, quería que Jenny recibiera la información de alguna forma que preservase su inocencia. Pensaba que su mujer debía hacerse cargo de ello: estaba esperando que el pastor Bertilsson sugiriese algo.

Debido a la muerte de Gwen Olson, se habían mostrado desacostumbradamente protectores cuando Jenny dijo que quería ver a una amiga, Jo Slavitt, después de cenar. Vuelve para las diez, le dijo su padre. Descuida, respondió ella. La película terminaría una hora antes que eso. Sus objeciones eran estúpidas, y ella no tenía intención de que le coartara la estupidez de nadie.

No le preocupaba que ella y Gwen Olson se hubieran parecido tanto como para poder ser tomadas por hermanas en una ciudad más grande, en la que no se conocía a la familia de todo el mundo. Jenny nunca había podido ver el parecido, aunque varios profesores lo habían mencionado. No se había sentido halagada por ello. Gwen Olson era un año menor, una chica campesina, perteneciente a otro ambiente. Un vagabundo la había matado..., todo el mundo lo decía. Todavía se veían vagabundos, gandules, gitanos, lo que fueran, rondando uno o dos días por la ciudad y yéndose luego a dondequiera que fuesen. Gwen Olson había sido lo bastante necia como para vagar sola y de noche a orillas del río, fuera de la vista de la ciudad.

Se reunió con Jo en su casa y caminaron al sol a lo largo de cinco manzanas hasta el cine. Las otras chicas las estaban esperando. Se, sentaron las cinco en la última fila, comiendo ritualmente caramelos.

—Mis padres creen que es una película verde —le susurró a Jo Slavitt. Jo se llevó una mano a la boca, fingiendo estar horrorizada. De hecho, la película les parecía aburrida a todas.

Cuando terminó se reunieron en silencio en la acera. Como siempre, no había ningún sitio adonde ir. Empezaron a caminar por la calle Mayor en dirección al río.

—Me da miedo sólo pensar en Gwen —dijo Marilyn Hicks, una chica de malos cabellos rubios y aparato dental.

—Pues entonces no pienses en ella —replicó Jenny. Era un comentario típico de Marilyn Hicks.

—¿Qué crees que le ocurrió?

—Ya sabes lo que le ocurrió —dijo Jenny, que era menos inocente de lo que sus padres suponían.

—Podría haber sido cualquiera —dijo otra chica, con voz estremecida.

—¿Como Billy Hummel y sus amigos? —dijo Jenny, ridiculizando a la otra chica.

Estaba mirando al otro lado de la calle, donde algunos de los chicos mayores de AHS, jugadores de rugby, haraganeaban junto al edificio de la compañía telefónica. Estaba empezando a anochecer, y ella podía ver la blanca masa de las letras estampadas en sus chaquetas deportivas reflejadas en el amplio escaparate de la compañía telefónica. Al cabo de diez minutos, los muchachos ve hartarían de verse en el escaparate y echarían a andar calle abajo.

—Mi padre dice que más vale que la Policía vigile bien de cerca a alguien.

—Ya sé a quién se refiere —dijo Jo. Todas sabían a quién se refería el padre de Marilyn.

—Tengo hambre otra vez. Vamos al merendero.

Empezaron a caminar calle arriba. Los chicos no se fijaron en ellas.

—Lo que dan en el merendero es una porquería —dijo Jenny—. Lo hacen con sobras.

—Mirad a la amargada.

—Y esa película era un rollo.

—Amargada. Sólo porque Billy Hummel no te ha mirado.

—Bueno, por lo menos no creo que él haya asesinado nunca a nadie.

De pronto, se sintió harta de ellas. Estaban formando círculo a su alrededor, esperando que se moviese, con los hombros encorvados y rostros inexpresivos. Billy Hummel y los otros chicos de chaquetas deportivas caminaban en la otra dirección, hacia la ciudad. Se sentía cansada y decepcionada..., de los chicos, de la película, de sus amigas. Por un momento deseó apasionadamente ser adulta.

—Estoy harta del merendero —dijo—. Me voy a casa. De todas formas, tengo que estar allí dentro de media hora.

—Bueno, vamos —gimió Marilyn. El tono plañidero de su voz fue suficiente para que Jenny se separase decididamente de ellas y echase a andar con paso rápido por la calle.

Como notaba que sus amigas la estaban mirando, torció por la primera bocacalle. Que se queden mirando una calle desierta, pensó, que se intercambien

exclamaciones entre ellas.

Avanzó por el centro de la oscura calle. En las casas de ambos lados brillaban ventanas iluminadas. Alguien estaba esperando delante, sólo una forma en la herbosa acera, un hombre lavando su coche o tomando el fresco de la noche. O una madre descansando un momento de sus hijos.

En ese instante, estuvo a punto de salvar la vida pues se dio cuenta de que estaba hambrienta, después de todo, y poco le faltó para dar media vuelta y regresar junto a sus amigas. Pero no era posible. Así, pues, agachó la cabeza y fue hasta la esquina siguiente, planeando vagamente una ruta que le ocupara la media hora que tenía de libertad. Cuando pasó junto a la forma que estaba en la acera, observó distraídamente que no era un hombre, sino un matorral.

La calle siguiente era más desastrada, con dos solares entre las sórdidas casas como vastas manchas de oscuridad. Los árboles se elevaban en lo alto, negros y difusos. Oyó unos pasos lentos a su espalda. Pero estaba en Arden, y no empezó a tener miedo hasta que algo duro y romo le tocó la espalda. Dio un salto y giró en redondo y, cuando vio el rostro que la miraba, comprendió que estaban empezando los peores momentos de su vida.

IV

En aquel momento yo me había mostrado escéptico respecto a las probabilidades de que regresara el domingo aceptando la invitación del camarero, pero veintiséis horas después me encontraba en «Freebo's», no en la barra esta vez, sino en una mesa, y no solo, sino en compañía.

Me di cuenta de que estaba borracho sólo cuando advertí que estaba conduciendo el «VW» en segunda; canturreando por lo bajo, accioné embarulladamente la palanca de cambios, poniendo fin al angustiado aullido del motor, y me dirigí a casa a toda velocidad, sin duda describiendo las mismas eses que Alison Greening había descrito una noche hacía años..., la noche en que yo había sentido por primera vez su boca ardiente sobre la mía y todos mis sentidos habían recibido el impacto de sus varios olores: a perfume, jabón, polvos, cigarrillos de contrabando y agua fresca. Aproximadamente en el momento en que llegaba a la altura del rojo termómetro en el paisaje italiano, comprendí que la muerte de la muchacha Strand había sido la razón de las hostiles miradas que había recibido de los ciudadanos de Arden. Tras enfilear el camino particular de la casa, dejé el coche atravesado en delator ángulo delante del garaje y salí tambaleándome, estando a punto de desplomarme sobre el guardabarros delantero. El sobre y la hoja de papel en blanco, juntamente con varias páginas del libro de Maccabee, me abultaban en el bolsillo. Oí pisadas en el interior de la casa y el ruido de una puerta al cerrarse. Crucé con pasos vacilantes el césped hasta el porche y entré. Me pareció sentir el frío de las tablas del suelo aun a través de los zapatos. La fría casa parecía llena de ruidos. Tuta Sunderson parecía estar en dos o tres habitaciones a la vez.

—Salga —dije—. No le haré daño.

Silencio.

—Está bien —insistí—. Incluso puede irse a casa, señora Sunderson.

Miré a mi alrededor y pronuncié su nombre en dirección al vicio dormitorio de la planta baja. Los muebles de Duane estaban inmaculadamente limpios y brillantes, pero no había nadie en la habitación. Me encogí de hombros y entré en el baño.

Cuando salí, los ruidos de la vieja casa habían cesado como por arte de magia. Sólo oía el gorgoteo de las tuberías en las paredes. La mujer se había largado nerviosamente; mascullé una maldición, preguntándome qué tendría que hacer para que volviese.

Oí entonces una tos, procedente inequívocamente de mi cuarto de trabajo. El hecho de que aún no hubiera completado una sola frase en ese cuarto triplicaba la gravedad de la violación de su intimidad. Eché a correr escaleras arriba.

Pero cuando irrumpí en la pequeña y fría habitación me detuve en seco. Por la ventana pude ver la rolliza figura de Tuta Sunderson que se alejaba jadeando por la

carretera, con el bolso balanceándose al extremo de su correa; y sentada en la silla de mi mesa escritorio, completamente relajada, estaba Alison Updahl.

—Qué... —empecé—. No me gusta...

—Creo que la has asustado. Estaba ya bastante alterada, y tú le has dado la puntilla. Pero no te preocupes, volverá.

Fragmento de la declaración de Tuta Sunderson:

18 de julio

Cuando le vi salir de aquel coche me di cuenta de que estaba borracho perdido, y cuando empezó a gritar de aquella manera pensé que más valía que me largase. Ahora sabemos que volvía de haber estado discutiendo en la calle con el pastor, en Arden. Yo creo que el pastor tenía razón en todo lo que dijo al día siguiente, y podía haber dicho más cosas aún. Para entonces Red había vuelto ya de la Comisaría —completamente alterado por lo que había visto, como es lógico— y dijo, no vuelvas adonde ese loco, mamá, tengo varias ideas acerca de él, pero yo dije, sus cinco dólares son tan buenos como los de cualquiera, ¿no es verdad? Puse esos otros dos dólares bajo una lámpara. Oh, yo pensaba volver, no le quepa duda, no me daba ningún miedo. Quería vigilarle.

Permanecimos en silencio unos momentos..., curiosamente, ella me hacía sentir como si yo fuera el intruso. Me di cuenta de que estaba calibrando mi estado. Para prevenir cualquier comentario, dije:

—No me gusta que haya gente en esta habitación. Tiene que ser privada. La presencia de otras personas echa a perder la atmósfera.

—Ella dijo que no debía entrar aquí. Por eso es por lo que lo he hecho yo. Era el único lugar tranquilo en que esperarte. —Estiró las piernas, enfundadas en vaqueros azules—. No he cogido nada.

—Es cuestión de vibraciones. —Por lo menos, dije «vibras». El alcohol envilece el vocabulario.

—Yo no siento vibraciones de ninguna clase. Por cierto, ¿qué haces aquí?

—Escribir un libro.

—¿Sobre qué?

—No importa. Además, estoy atascado.

—Apuesto a que es un libro sobre otros libros. ¿Por qué no escribes un libro sobre algo fantástico e importante que otras personas no pueden ni siquiera ver? ¿Sobre lo que realmente está pasando?

—¿Querías verme para algo en particular?

—Zack quiere conocerte.

—Estupendo.

—Le hablé de ti, y quedó interesado. Le dije que eras diferente. Quiere conocer tus ideas. A Zack le interesan mucho las ideas.

—Hoy no voy a ir a ninguna parte.

—Hoy, no. Mañana hacia el mediodía. En Arden. ¿Conoces el bar de Freebo?

—Supongo que podría encontrarlo en un día despejado. ¿Has oído hablar de que hayan matado a otra de tus compañeras?

—Lo están diciendo en todos los noticiarios. ¿No prestas atención a las noticias? Parpadeó, y vi el miedo bajo su fingida indiferencia.

—¿No la conocías?

—Naturalmente. En Arden se conoce a todo el mundo. Red Sunderson encontró su cadáver. Por eso es por lo que la vieja Tuta estaba tan quisquillosa esta mañana. La vio en un campo próximo a la carretera 93.

—Cristo.

Recordé cómo la había tratado, y noté entonces que me empezaba a arder el rostro.

Así, pues, al día siguiente me encontré entrando en el escenario de mi segunda ignominia en compañía de Alison Updahl. Aunque era menor de edad, franqueó la puerta como si, en el supuesto de que se le opusiera alguna resistencia, estuviera dispuesta a derribarla con un hacha. Para entonces, yo sabía, naturalmente, en qué medida todo aquello era pura fachada, y admiré la perfección con que fingía. Tenía más cosas en común con su tocaya de lo que había pensado. El bar estaba casi vacío. Dos hombres se hallaban sentados en la barra ante sendos vasos medio llenos de cerveza, y un hombre con chaqueta negra estaba sentado en la mesa del fondo. El mismo rechoncho camarero de pelo entrecano del día anterior se apoyaba en la pared, junto a la caja registradora, rodeado de destellantes luces y perpetuas cataratas de anuncios de cerveza. Sus ojos resbalaron sobre Alison, pero me miró a mí y movió afirmativamente la cabeza.

Seguí a Alison hasta la mesa, observando mientras tanto a Zack. Sus ojos iban alternativamente de uno a otro y su boca era una línea estirada. Parecía lleno de entusiasmo. Parecía también muy joven. Reconocí la clase de tipo por mi juventud en Florida..., aquellos jóvenes que se reunían junto a las gasolineras, prestando gran atención a su pelo, recreándose en su propio fracaso aun entonces. Chicos peligrosos a veces. No sabía que este estilo continuase existiendo.

—Éste es él —dijo la hija de mi primo, refiriéndose a mí.

—Freebo —dijo Zack, y movió la cabeza en dirección al camarero.

Al sentarme frente a él, observé que era mayor de lo que al principio me había parecido; tendría veintitantos años, con aquellas arrugas grabadas en la frente y en

las comisuras de los ojos. Seguía teniendo aquel aire de desplazado entusiasmo que le daba un aspecto característico. Me producía una cierta turbación.

—¿Lo de siempre, Mr. Teagarden? —preguntó el camarero, que estaba ahora junto a la mesa. Presumiblemente, sabía lo que quería Zack. Evitaba mirar a Alison.

—Una cerveza —dije.

—No me ha vuelto a mirar —dijo el *Hombre de Hojalata* cuando se hubo alejado el camarero—. Me da risa. Le tiene miedo a Zack. Si no, me echaría a patadas.

No te esfuerces, me dieron ganas de decir.

Zack rió entre dientes, al mejor estilo de James Dean.

Volvió el camarero con tres cervezas. La de Alison y la mía venían en vasos. La de Zack, en una jarra de plata.

—Freebo está pensando en vender este local —dijo el muchacho, dirigiéndome una sonrisa—. Deberías pensar en comprarlo. Es un buen negocio.

Recordaba esto también: la ridícula puesta a prueba. El muchacho olía a papel carbón y a grasa de máquina.

—Que lo coja otro. Yo soy como un canguro para eso de los negocios.

El *Hombre de Hojalata* sonrió: yo estaba resultando como lo que ella había dicho de mí, fuera lo que fuese.

—Estupendo. Escucha. Creo que podríamos hablar.

—¿Por qué?

—Porque somos excepcionales. ¿No crees que las personas excepcionales tienen algo en común? ¿No crees que comparten cosas?

—¿Como Jane Austen y Bob Dylan? Venga ya. ¿Cómo consigues que le sirvan aquí a tu amiga de diecisiete años?

—Por ser quien soy. —Sonrió, como si eso fuese Jane Austen y Bob Dylan a la vez—. Freebo y yo somos amigos. El sabe lo que le interesa. —Me estaba administrando una dosis completa de su entusiasmo—. Pero casi todo el mundo sabe cuál es su interés. El Grande. ¿Verdad? A nosotros nos interesa hablar, que se nos vea juntos, explorar nuestras ideas, ¿no? Yo sé algunas cosas sobre ti, Miles. La gente habla todavía de cuando tú estabas aquí. Quedé sorprendido cuando ella me dijo que habías vuelto. ¿Sigues poniéndote zancadillas la gente?

—No sé qué significa eso. Salvo que sea lo que tú estás haciendo ahora.

—Jo —dijo suavemente Zack—. Eres un tipo agradable. Hacerles trabajar, ¿eh? Ya me doy cuenta. Hacerles trabajar, sí. Eres profundo. Eres realmente profundo. Tengo muchas preguntas para ti. ¿Cuál es tu libro favorito de la Biblia?

—¿La Biblia? —exclamé, riendo—. Eso sí que no me lo esperaba. No sé. ¿Job? ¿Isaías?

—No. Quiero decir, sí, lo entiendo, pero no es ése. Es el Apocalipsis. ¿Comprendes? Ahí es donde se muestra todo.

—¿Qué se muestra y dónde?

—El plan. —Me enseñó la palma de la mano, surcada de cicatrices y con líneas

de grasa permanentemente impresas en ella, como si el plan fuese visible allí—. Allí es donde está todo. Los jinetes en sus caballos..., el jinete con el arco, y el jinete con la espada, y el jinete con la balanza, y el jinete pálido. Y las estrellas cayeron y el firmamento desapareció, y todo se vino abajo. Caballos con cabeza de león y cola de serpiente.

Miré a Alison. Estaba escuchando como si fuese un cuento infantil..., lo había oído ya cien veces. Estuve a punto de soltar un gemido; pensaba que ella se merecía algo mucho mejor.

—Es allí donde dice que los cadáveres llenarán las calles, y habrá incendios, terremotos, guerra en el cielo. Guerra en la Tierra también, ¿comprendes? Todas esas grandes bestias del Apocalipsis, ¿recuerdas? La bestia 666, ésa era Aleister Crowley, ya sabes. Ron Hubbard es otra, probablemente, y luego todos esos ángeles que asolan la Tierra. Hasta que hay sangre en una extensión de 1.600 estadios. ¿Qué te parece Hitler?

—¿Y a ti?

—Bueno, Hitler metió la pata con todas esas historias germánicas, toda esa mierda de los judíos y la raza superior..., bueno, hay una raza superior, pero no se trata de algo tan tosco como toda una nación. Pero él era una de las bestias del Apocalipsis, ¿verdad? Piensa en ello. Hitler sabía que había sido enviado para prepararnos, era como Juan el Bautista, ¿comprendes?, y nos dio ciertas claves para comprenderle, igual que hizo Crowley. Creo que entiendes todo esto, Miles. Hay como una hermandad de los que entienden todo esto. Hitler era un cabrón, cierto, pero tenía penetración. Él sabía que todo tiene que ser destruido antes de que pueda mejorar, que tiene que haber un caos total antes de que pueda haber libertad total, de que tiene que haber muerte para que pueda haber verdadera vida. Él conocía la realidad de la sangre. La pasión tiene que ir más allá de lo personal..., ¿de acuerdo? Mira, para liberar la materia, para hacer libre la materia, tenemos que ir más allá de lo mecánico hasta... el mito quizás, el ritual, el ritual de sangre, hasta la mente física.

—La mente física —dije—. Como la oscura sede de la pasión y la columna de sangre.

Cité desesperadamente estos lugares comunes. El final de la parrafada de Zack me había recordado deprimentemente ideas de las obras de Lawrence.

—Caray —exclamó Alison—. Oh, caray.

La había impresionado. Esta vez estuve a punto de gemir.

—Lo sabía —continuó Zack. Me estaba mirando con ojos resplandecientes—. Tenemos que sostener más conversaciones. Podríamos estarnos siglos enteros hablando. No puedo creer que seas todo un profesor.

—Ni yo tampoco.

Esto le produjo un regocijo tal que le dio a Alison una palmada en la rodilla.

—Lo sabía. La gente solía decir esa clase de cosas acerca de ti; yo no sabía si podía creerlo realmente, acerca de lo que solías hacer... Otra pregunta. Tú tienes

pesadillas, ¿verdad?

Creí estar suspendido en aquel horroroso fluido azul.

—Sí.

—Lo sabía. ¿Entiendes de pesadillas? ¿Te muestran las revelaciones? Las pesadillas apartan la mierda para mostrarte lo que realmente está pasando.

—Te muestran lo que realmente está pasando en las pesadillas —dije.

Yo no quería que analizara mis estados oníricos. Había pedido otras dos cervezas mientras él desvariaba, y ahora le pedí a Freebo un «Jack Daniel's» doble para calmarme los nervios. Zack daba la impresión de que le brotara aceite del cráneo y parecía como si esperase ser o acariciado o apaleado. Su rostro, flaco y turbulento, se hallaba enmarcado por espesas patillas y aquel complicado mechón de pelo. Cuando llegó el whisky, me bebí de un trago la mitad y esperé el efecto.

Zack continuaba hablando. ¿No creía yo que era preciso resolver la situación? ¿No creía yo que la violencia era acción mística? ¿Que era conciencia de la propia personalidad? ¿No creía yo que el Medio Oeste era el lugar en que más tenue era la realidad, esperando que brotara la verdad? ¿No lo demostraban esos dos asesinatos? ¿No podían éstos *hacer* que la realidad sucediese?

Finalmente, me eché a reír.

—Hay en esto algo que me recuerda la casa soñada del padre de Alison —dije.

—¿La casa de mi padre?

—Su casa soñada. La que está detrás de la de Andy.

—¿Esa casa? ¿Es *suya*?

—El la construyó. Creía que lo sabías.

Me estaba mirando, boquiabierto. Zack parecía irritado por esta interrupción de su sermón.

—Nunca habló a nadie de ella. ¿Y por qué construyó una casa así?

—Es una vieja historia —respondí, arrepentido ya de haber mencionado aquel lugar—. Yo pensaba que tendría fama de estar encantada.

—No, nadie piensa que esté encantada —dijo ella, mirándome todavía con curiosidad—. Muchos chicos van allí. Nadie le molesta a uno allí.

Recordé el revoltijo de mantas y colillas en el estropeado suelo.

—Escucha —dijo Zack—, tengo planes...

—¿Para qué era? ¿Por qué la construyó?

—No lo sé.

—¿Por qué la has llamado su casa soñada?

—No es nada. Olvídalo.

Vi que empezaba a mirar con impaciencia por el bar, como si buscara alguien que le contase todo lo referente a la casa.

—Tienes que conocer mis planes...

—Bueno, lo averiguaré por algún otro.

—He estado haciendo algunas cosas...

—Olvídalo —dije—. Olvida que lo haya mencionado siquiera. Y ahora me voy a casa. Tengo una idea.

El camarero estaba de nuevo junto a nosotros.

—Este es un tipo importante, ¿sabéis? —dijo, poniéndome la mano en el hombro—. Ha escrito un libro. Es una especie de artista.

—Y también —dije—, creo que te voy a dar algunas novelas. Te gustarán.

—Pensaba que podríamos verte hoy en la iglesia.

Duane tenía puesto todavía su traje, el traje cruzado que había estado llevando a la iglesia durante diez años o más. Pero los nuevos aires de informalidad le habían llegado también a él: bajo la chaqueta llevaba una camisa con el cuello abierto y sin corbata, azul y con rayitas de un color azul más claro. Debía de habérsela regalado Alison.

—¿Quieres un poco de esto? Es el día libre de Tuta en tu casa, ¿verdad?

Levantó una voluminosa mano hacia el guiso que Alison había dejado hirviendo en el fogón..., parecía cerdo con guisantes y con demasiada salsa de tomate. Al igual que el desorden general de la cocina, también esto habría enfurecido a su madre, que siempre había preparado gigantescas comidas de carne asada y patatas hervidas durante tanto tiempo que se desmenuzaban como yeso. Cuando negué con la cabeza, dijo:

—Deberías ir a la iglesia, Miles. Sean las que sean tus creencias, el ir te ayudaría a desenvolverte en la comunidad.

—Duane, eso sería la más vergonzosa hipocresía —dije—. ¿Suele ir tu hija?

—A veces. No siempre. Supongo que ya tiene bastante poco tiempo libre entre atenderme y hacer las cosas de casa, así que no le regateo unas horas más de sueño el domingo. O un par de horas con una amiga.

—¿Como ahora?

—Como ahora. Eso dice ella, al menos. Si es que se puede confiar en una mujer. ¿Por qué?

—Por nada.

—Bueno, tiene que salir de vez en cuando con sus amigas. Quienesquiera que sean. De todas maneras, Miles, éste es un día que deberías haber ido.

Oí entonces el énfasis que hubiera debido oír la primera vez.

¿Y no era extraño que Duane continuara llevando su traje una hora después del servicio religioso? ¿Y que estuviese sentado en la cocina en lugar de trabajar una o dos horas antes del almuerzo?

—¿Por qué hoy precisamente?

—¿Qué piensas del pastor Bertilsson?

—Me reservaré mi opinión. ¿Por qué?

Duane estaba cruzando y descruzando las piernas, con aire compungido. Calzaba pesados zapatos negros, inmaculadamente bruñidos.

—Nunca te agradó, ¿verdad? Lo sé. Tal vez se excediera un

poco cuando Joan y tú os casasteis. Creo que no tenía derecho a sacar a relucir todas aquellas viejas historias, aunque lo hizo por mi propio bien. Cuando yo me casé, no habló de ninguno de mis viejos errores.

Yo esperaba que su hija olvidase por completo mi alusión a la casa soñada..., había sido una grave traición. Mientras trataba de encontrar la forma de decirle que había revelado su secreto a su hija sin decirle en realidad nada acerca de él, Duane se sobrepuso a su nerviosismo y acabó yendo al grano.

—El caso es que, como te decía, ha dicho unas palabras acerca de ti hoy. En su sermón.

—¿Acerca de *mi*? —exclamé. Se esfumó mi sentimiento de culpabilidad.

—Espera, Miles. En realidad, no citó tu nombre. Pero todos sabíamos de quién estaba hablando. Después de todo, te hiciste muy conocido por aquí hace años. Así que supongo que todos sabíamos de quién estaba hablando.

—¿Quieres decir que realmente se predicaban sermones sobre mí? Supongo que es todo un éxito.

—Bueno, habría sido mejor que hubieras estado allí. Verás, en una comunidad de este tamaño..., bueno, una pequeña comunidad como ésta se vuelve más unida si sucede algo malo. Lo que les ha pasado a esas chicas es terrible, Miles. Yo creo que un hombre capaz de hacer algo así debería ser degollado como un cerdo. La cosa es que sabemos que ninguno de nosotros pudo hacerlo. Quizás alguien de Arden, pero ninguno de los de aquí. —Se revolvió en su silla—. Ya que hablo de esto, debería decirte otra cosa. Escucha. Tal vez sea mejor que no vayas por ahí tratando de ver a Paul Kant. Es todo lo que quiero decir sobre eso.

—¿Qué estás diciendo, Duane?

—Sólo lo que he dicho. Paul acaso no tuviera nada de malo cuando era pequeño, pero aun entonces tú no le conocías muy bien. Sólo venías aquí durante los veranos.

—Al diablo con eso. ¿Qué tal si me dices de qué trataba el sermón de Bertilsson?

—Bueno, pues hablaba de cómo algunas personas...

—Refiriéndose a mí.

— ...algunas personas se sitúan fuera de las pautas normales. Dijo que eso es peligroso cuando todo el mundo tiene que unirse en épocas de calamidad, como ahora.

—El es más culpable que yo de eso. Y ahora quisiera que me dijese qué crimen se supone que ha cometido Paul Kant.

Para mi sorpresa, Duane enrojeció. Volvió los ojos hacia el guiso que hervía en el fogón.

—Bueno, no es un crimen exactamente, lo que podríamos llamar un crimen precisamente. Sólo que él no es como el resto de nosotros.

—Se sitúa fuera de las pautas normales. Excelente. Ya somos dos. Insistiré en

verle.

Duane volvió a mirarme unos instantes, rebullendo nerviosamente. Parecía hallarse afligido de incertidumbre moral. En una causa dudosa había actuado dubitativamente. Era evidente que deseaba no haber suscitado las cuestiones de Bertilsson y Paul Kant. Recordé la idea que había tenido en el «Freebo's Bar», una idea sugerida por mi indiscreta mención de la casa soñada.

—¿Cambiamos de tema?

—Diablos, sí. —Duane pareció aliviado—. ¿Te apetece tomar una de esas cervezas?

—Ahora no. Duane, ¿qué hiciste con el resto de las cosas de casa de la abuela? ¿Los viejos cuadros y todos los muebles?

—A ver, déjame pensar. Los muebles los bajé al sótano. No me pareció bien venderlos ni tirarlos. Y es posible que algunos valgan mucho hoy. La mayoría de las viejas fotos las metí en un baúl del dormitorio antiguo.

Ese era el dormitorio de la planta baja, donde habían dormido mis abuelos.

—Está bien, Duane —dije—. No te sorprendas de nada que oigas.

Fragmento de la declaración de Duane Updahl:

17 de julio

Así que eso fue lo que dijo justo antes de que empezara lo realmente extraño. No te sorprendas, algo así. No te sorprendas de nada. Luego salió disparado como una bala hacia la casa vieja. Estaba completamente excitado, y también un poco borracho. Domingo por la mañana o no, el aliento le olía a whisky. Más tarde supe por mi hija que había estado en «Freebo's». Estuvo allí sentado con Zack, bebiendo como si fuese sábado por la noche. Un poco raro, teniendo en cuenta lo que intentó hacerle más tarde a Zack. Quizás es que estaba tanteándole, poniéndole a prueba, ya sabe. Eso es lo que yo creo al menos. Creo que quizás estaba pensando también en Paul Kant, para ver si podía utilizarle como trató de utilizar a Zack. Vaya elección ¿eh? Pero no sé. No entiendo todo ese asunto de Paul Kant. Supongo que ninguno de nosotros sabrá nunca qué pasó allí.

Encontré inmediatamente el baúl. De hecho, supe dónde estaba en cuanto Duane dijo que se hallaba en el dormitorio antiguo; se trataba de un viejo cofre noruego, no realmente un baúl, sino una caja de madera con refuerzos de metal llevado a América por el padre de Binar Updahl. Había albergado todo cuanto poseía en un espacio justo lo bastante grande como para contener cuatro máquinas de escribir eléctricas. Era un hermoso objeto antiguo..., la madera estaba tallada a mano

con filigranas de volutas y hojas.

Pero el hermoso objeto se hallaba también cerrado con candado, y yo estaba demasiado impaciente como para volver a preguntarle a Duane dónde había dejado la llave. Salí al porche y lo recorrí hasta la puerta del fondo. Con sorprendente fogosidad, abrí violentamente las puertas corredizas del garaje y entré. Olía a tumba. La tierra húmeda suele oler a moho y escarabajos. De las paredes colgaban viejas herramientas, tal como yo recordaba. Herrumbrosas sierras de los tiempos de tala de árboles, tres latas de gasolina de cuarenta litros, hachas y martillos suspendidos de clavos hundidos en las paredes. Cogí una palanqueta y regresé a la casa.

El borde de la palanqueta encajaba perfectamente entre la tapa y el cuerpo del cofre; ejercí presión sobre la barra y noté que

cedía la madera. La segunda vez que accioné la palanqueta, oí el ruido de la madera al astillarse; apoyé todo mi peso en la barra, y la madera que había sobre la cerradura se desprendió de la tapa. Caí de rodillas, sintiendo palpar la herida de la mano, con la que, sin darme cuenta, había estado agarrando la palanqueta. Con la mano derecha abrí la tapa del cofre. El interior era un desorden de fotografías enmarcadas y sin enmarcar. Tras unos instantes de revolver infructuosamente entre ellas y ver varias versiones del cuadrado rostro de Duane y de mi desaparecido tupé y muchas fotografías de ortodoncia actuando en la sonrisa de Updahl, volqué impientemente el cofre y tiré las fotos y los marcos sobre la alfombrilla del dormitorio.

Me estaba mirando desde un metro de distancia, ligeramente apartada de las demás fotografías; alguien la había sacado de su marco y aparecía levemente curvada en los extremos. Pero allí estaba, y allí estábamos *nosotros*, vistos por tío Gilbert tal como debían de vernos todos, fluyendo nuestros espíritus del uno al otro, convertidos en una sola, más que en dos gotas de sangre en una misma corriente sanguínea, rebasada ya la infancia, pero atrapados en la bella crisálida ambarina de la adolescencia, enlazadas las manos y sonrientes nuestros rostros en el verano de 1955.

Si no hubiera estado ya arrodillado, la foto me habría hecho caer de rodillas..., la fuerza de aquel rostro junto al mío me sorbió el aliento. Fue como ser golpeado en el estómago con el mango de un rastrillo. Pues si ambos éramos hermosos, sumidos allí en la ignorancia y en el amor en junio de 1955, ella lo era incomparablemente más. Eliminaba del papel mi rostro de joven e inteligente ladrón, me excluía, estaba en otro plano completamente distinto, donde el espíritu arde incandescente en la carne, estaba en la cúspide del ser, cuerpo y alma unidos. Esta fulguración del espíritu, esta iluminación, me dejaba a mí en la sombra absoluta. Yo parecía casi estar levitando, transportado por las corrientes de magia y complicación del espíritu en aquel rostro que era el suyo. Levitando sobre mis rodillas, mis rodillas que me dolían ya por el contacto con la alfombrilla de unos nudos.

Aquel rostro que era su rostro. Toda nuestra vida habíamos estado en

comunicación por telepatía..., toda mi vida había estado yo en contacto con ella.

Comprendí entonces que toda mi vida, desde nuestra última reunión, había sido el proyecto de volver a encontrarla. Su madre se había marchado horrorizada a San Francisco, después de que yo robé un coche y me estrellé con él en un espectacular accidente a menos de diez metros del punto en que el pintado termómetro presidía un paisaje italiano, mis padres me habían metido interno en una escuela de Miami que parecía una prisión. Ella se hallaba en otro estado, en otra situación. Estábamos separados, pero (lo sabía) no separados definitivamente.

Tras un incalculable número de minutos, me dejé rodar sobre la espalda. Tenía las sienes empapadas. Mi nuca reposaba sobre aplastadas fotografías y largas astillas de madera noruega. Sabía que la vería, que ella volvería. Por eso era por lo que estaba allí, en la casa de mi abuela..., el libro había sido una excusa. La madera se me clavaba en la nuca. Yo no había tenido nunca intención de terminar mi tesis. El espíritu no lo permitiría. Desde ese momento hasta que viniese yo me prepararía para su llegada. Hasta la carta en blanco formaba parte de la preparación, parte de la necesaria prueba a que se debía someter el espíritu.

Me encontraba en las últimas fases de la transformación (creía) que había comenzado cuando me herí la mano con la carrocería del «VW» y sentí la libertad que era su libertad invadiéndome y penetrándome. La realidad no era una cosa sola, atravesaba como un puño lo aparentemente real. Era este conocimiento lo que siempre había temblado en su rostro. La realidad no es más que una disposición de moléculas mantenidas juntas por la tensión, una apariencia. ¿No estaba en su rostro el rostro que ella tenía a los seis años? ¿Y también su rostro a los cincuenta? Mientras yacía tendido sobre la alfombra de nudos, entre una confusión de papel y madera astillada, el blanco techo suspendido sobre mí parecía disolverse en un albo firmamento. Pensé fugazmente en Zack y sonreí. Inofensivo. Un chiflado inofensivo. Cuando perdí la conciencia normal, soñé no en que estaba suspendido a la deriva en un distante horror lejano, sino en Alison que nadaba hacia mí.

Esta imagen surcó mi mente flotante. Todo formaba parte de este acceso de sentimiento, mi mano herida, la insignificante incomodidad en mi nuca, hasta la palabrería de Zack sobre que la realidad era más tenue en el Medio Oeste, incluso mi hurto y destrucción del terrible libro de Maccabee. La prueba se produciría el 21 de julio. No habría imposibilidades. Me dormí. (Perdí el conocimiento.)

Y desperté lleno de decisión. Cuando le dije a Duane que no se sorprendiera de nada que oyese, tenía un plan que ahora veía que era absolutamente necesario. Debía disponerme a lo que me iba a deparar el día. Tenía unas cuatro semanas. Era tiempo más que suficiente.

Empecé arrancando una fotografía del primer marco que me pareció del tamaño adecuado y colocando en él la fotografía en que estábamos Alison y yo.

Distraídamente, rasgué la otra fotografía por la mitad, doblé los pedazos y los volví a pegar. Tirando los trozos de satinado papel y dejándolos revolotear hasta el abarrotado suelo, llevé la foto al cuarto de estar y la colgué donde había estado la primera fotografía de Alison.

Luego, paseé la vista por la habitación. Habría que eliminar la mayoría de los muebles. Iba a establecer un medio ambiente propio de Alison: iba a recrear, con la mayor exactitud posible y unos cuantos añadidos, la habitación tal como estaba hacía veinte años. Los muebles de oficina de Duane podían ir al sótano donde se encontraban ahora los viejos muebles de mi abuela. No estaba seguro de poder llevar por mí mismo algunos de los más pesados a lo largo de los empinados escalones del sótano, pero no había otra opción. Era lo que iba a hacer.

Las puertas del sótano estaban emplazadas en el suelo en un ángulo ligeramente elevado, justo al final del porche. Las puertas se levantaban y se dejaban caer luego a ambos lados..., era un sistema de lo más anticuado y rústico, y yo sospechaba que el sótano de Duane, aunque modernizado por la introducción de una escalera que descendía desde el cuerpo de la casa, era originariamente de construcción similar. Con cierto esfuerzo, levanté una de las puertas, lesionándome casi la espalda; el tiempo había acabado pegando las dos puertas.

Los peldaños de tierra tenían un aspecto traicionero, medio desmoronados y muy empinados. Parte de los desperfectos que tenían eran antiguos, pero Duane había destrozado algunos de los peldaños al llevar abajo los muebles viejos. Apoyé el pie en el primero de los escalones y probé a ver si resistía mi peso. La tierra era elástica y firme. Después de tantear varios escalones más, perdí el cuidado y puse el pie sin mirar, y la tierra cedió, haciéndome caer sobre una terraza de tierra desmenuzada. Cuando recuperé el equilibrio, apoyé sólidamente los pies en un grueso escalón, coloqué el hombro contra la puerta y empujé con el cuerpo y las piernas. La puerta giró con un estridente chirrido de los goznes. La luz

penetraba ahora en la casi totalidad del sótano. Vi los viejos muebles amontonados allí. Al igual que el garaje, el sótano olía a tumba. Empecé a empujar los muebles de mi abuela para sacarlos del sótano a la luz del día.

Trabajé en esta tarea de reformas hasta que me dolieron los hombros y las piernas y mis ropas quedaron cubiertas de polvo. Había en el sótano más muebles de lo que había pensado, todos ellos esenciales. Necesitaba cada taburete y cada mesa, cada lámpara y cada estante. Demasiado exhausto como para continuar, entré y me preparé unos bocadillos con lo que había comprado el sábado. Después de comerlos, volví a salir con un cubo de agua jabonosa caliente y lavé todo lo que había sacado al césped; finalizado esto, bajé de nuevo por los medio desmoronados escalones y empecé a sacar trabajosamente más cosas. Recordaba dónde había estado cada objeto y podía ver cómo había estado la habitación hacía veinte años y volvería a estarlo ahora. Ella había tocado cada uno de estos muebles.

Para cuando empezó a disminuir la luz, yo había sacado ya todo sobre el césped

y lo había limpiado. Las telas estaban gastadas, pero la madera estaba limpia y reluciente. Aun sobre el césped al lado de la blanca casa y a la desfalleciente luz, todo parecía mágicamente apropiado, con la adecuación de las cosas hechas y utilizadas con cuidado. Aquellos bellos y gastados objetos podían hacerle a uno llorar. El pasado estaba conservado en ellos. Simplemente depositados allí en el césped, al anochecer, evocaban la historia entera de mi familia en América. Como ella, eran sólidos y auténticos.

A diferencia de los muebles de oficina de Duane, que, simplemente, parecían desnudos y aturdidos y estúpidos cuando los saqué afuera. Eran menos de lo que había parecido. Guardaban una relación negativa con el espíritu.

Cometí el error de bajar primero al sótano las piezas más ligeras, los horribles cuadros, las lámparas y las sillas. Debajo de una de las lámparas encontré dos billetes de dólar pulcramente doblados. En circunstancias diferentes, quizás hubiera admirado el gesto, pero constituía la prueba de lo mal que yo había actuado. Terminé con las cosas ligeras con un exagerado mal humor. Eso me dejó con la tarea de transportar los macizos sofás y las dos sillas más pesadas cuando estaba ya casi demasiado cansado para ello, y en la oscuridad. Tenía solamente la luz del porche y la de la pálida luna, y los maltrechos peldaños de tierra, en muchos lugares desgastados hasta formar una inclinada pendiente, eran visibles sólo en su parte superior. La primera silla bajó con facilidad; la llevé en mis temblorosos brazos y descendí lenta y cautelosamente por los semiderruidos escalones. Pero cuando lo intenté con la segunda silla, perdí pie en un declive de tierra y caí hasta el fondo.

Para contemplar esta cabriola digna de una película de Buster Keaton, yo hubiera debido aterrizar en el suelo cómodamente sentado en la silla; pero aterricé de cualquier manera, medio encima y medio debajo de ella y con un dolor que me irradiaba de toda la pierna izquierda, por el tobillo y hasta el muslo. No parecía rota, pero sí lo estaba una de las patas de la silla, que colgaba de la tela como un diente caído. Lanzando una maldición, la arranqué y la tiré a un rincón. Luego, hice lo mismo con la silla.

Después de eso, ya no tuve paciencia con los sofás. No pensaba irlos bajando con cuidado por la cuesta. Empujé el primero hasta el borde del sótano, lo acomodé sobre la abertura y lo solté. Se estrelló contra el fondo. Gruñí de satisfacción y me volvía para hacer lo mismo con el segundo cuando me di cuenta de que una linterna avanzaba, oscilante, hacia mí.

—Dios te maldiga, Miles —dijo Duane. Apuntó la linterna sobre mi cara. En unos instantes había penetrado en la zona de luz que emanaba del porche.

—No necesitas una linterna para ver que soy yo.

—No, aun en una noche oscura sabría que eras tú. —Apagó la linterna y se me acercó más. Su rostro tenía una expresión salvaje—. Maldito seas. Ojalá no hubieras vuelto nunca. ¿En qué infiernos estabas pensando? Bastardo asqueroso.

—Escucha —dije—, sé que parece chusco, pero...

Me di cuenta de que por lo que a la ira se refería yo no era más que un aficionado. El rostro de Duane parecía estar hinchándose.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Piensas que parece chusco? Escúchame *tú* ahora. Si tenías que hablar de esa maldita casa, ¿por qué tenías que hablar de ella con mi hija?

Quedé demasiado aturdido para responder.

Continuó mirándome ferozmente unos momentos y, luego, se volvió y dio un puñetazo contra uno de los postes del porche.

Es entonces cuando hubiera debido empezar a preocuparme..., cuando recibí un trato especial.

—¿No respondes? Eres un cerdo, Miles. Todo el mundo se ha olvidado ya de la casa. Alison nunca se hubiese enterado de nada. De todos modos, la maldita casa no tardaría en derrumbarse. Ella nunca hubiera sabido nada. Y entonces vienes tú y le hablas de mi «casa soñada». Así ella puede acudir a uno de los borrachos y vagos de Arden para que le cuente todo lo referente a la casa, verdad? Supongo que querías que ella se riera de mí, como soliais hacer tú y tu prima.

—Ha sido un error, Duane. Lo siento. Creía que ella ya lo sabía.

—Un carajo, Miles. Mi casa soñada, ¿no es así como la llamaste? Querías que ella se riera de mí. Querías humillarme. Debería molerte a puñetazos.

—Tal vez debieras hacerlo —dije—. Pero, si no lo vas a hacer, escúchame. Fue un accidente. Creía que todo el mundo lo sabía.

—Sí, eso me consuela. Debería aplastarte.

—Si quieres pelear, inténtalo. Pero te estoy presentando mis excusas.

—No puedes excusarte de eso, Miles. Quiero que te mantengas, alejado de mi hija, ¿lo oyes? Mantente alejado de ellas, Miles.

Quizá no se hubiera fijado en los muebles que nos rodeaban si su mano no hubiera tropezado con el sofá. Una expresión de furioso asombro sustituyó a la de cólera.

¿Qué infiernos estás haciendo? —gritó.

—Estoy volviendo a poner los antiguos muebles —dije, experimentando una sensación de abatimiento al comprender la necesidad de mi proyecto—. Cuando me vaya, puedes cambiarlos otra vez. Tengo que hacerlo, Duane.

—Estás volviendo... Nada es bastante bueno para ti, ¿verdad, Miles? Tienes que echar a perder todo lo que tocas. ¿Sabes una

cosa? Creo que estás loco, Miles. Y no soy el único que lo cree por aquí. Creo que eres peligroso. Deberían encerrarte. El pastor Bernlsson tenía razón acerca de ti. —Encendió de nuevo la linterna y me la enfocó a los ojos—. Estamos en paz, Miles. No te voy a echar de la casa, no te voy a moler a golpes, pero ten la seguridad

de que no te voy a quitar el ojo de encima. No podrás hacer nada sin que yo lo sepa.

La luz se apartó de mi rostro e iluminó varios de los muebles que aún permanecían en el césped.

—Estás completamente loco. Alguien debería echarte de aquí.

Por un momento, pensé que probablemente tenía razón. Dio media vuelta sin molestarse en mirarme. Tras dar cuatro o cinco

pasos, volvió a apuntarme con la linterna, pero esta vez le fue imposible mantener la luz sobre mi cara.

—Y recuerda, Miles —dijo—. Mantente alejado de mi hija. Mantente alejado de ella.

Se parecía demasiado a lo que me había dicho tía Rinn.

Arrastré el otro sofá hasta ponerlo sobre el abismo y lo empujé con violencia. Se estrelló satisfactoriamente contra el que ya estaba abajo. Me pareció oír el ruido de madera al romperse. Cerré las puertas de un par de patadas. Tardé otra media hora en llevar los viejos muebles al interior de la vieja casa. Los dejé allí, tal como fueron quedando. Luego, abrí una botella y la llevé arriba.

V

Toda la vida he estado dedicado a tareas propias de Sísifo, y, dado el dolor y el temblor de mis músculos, no es extraño que soñara en que estaba empujando cuesta arriba a mi abuela, sentada en una silla de ruedas, a través de un oscuro territorio. Nos hallábamos rodeados por una brillante luz. Mi abuela era extraordinariamente pesada. Yo sentía un gran temor. El olor a humo de leña me llenaba la nariz. Yo había cometido un asesinato, un atraco, algo, y las fuerzas se estaban acercando. Eran imprecisas aún, pero sabían lo que había hecho y me encontrarían.

—Habla con Rinn —dijo mi abuela.

Repitió: Habla con Rinn.

Y de nuevo: Habla con Rinn.

Dejé de empujar la silla de ruedas. Mis músculos no soportaban ya la tensión; parecía que llevábamos horas subiendo la pendiente. Le puse la mano sobre la cabeza y me incliné. Abuela, dije, estoy cansado, necesito ayuda. Tengo miedo. El olor a humo de leña se elevó en un remolino ocupando los espacios en el interior de mi cráneo.

Cuando se volvió hacia mí, su rostro estaba negro y podrido.

Oí tres secas y cínicas palmadas.

Me despertaron mis gritos..., daos cuenta, un hombre solo en un dormitorio blanco gritando en su cama. Un hombre solo, perseguido únicamente por él mismo. Mi cuerpo parecía pesado e incapaz de movimiento. Me ardía la boca y notaba la cabeza llena de trapos grasientos. Resultado del abuso de sustancia mágica. Saqué suavemente las piernas de la cama y me incorporé, inclinando la espalda y apoyando la frente en las palmas de las manos. Toqué el lugar en que antes me empezaba el pelo, piel lisa y aceitosa ahora en vez de suave pelo. Mi pie encontró la botella. Arriesgué una mirada. Estaba más que medio vacía. A mi alrededor había pruebas de mortalidad. Me levanté sobre unas piernas insensibles. A excepción de las botas, llevaba todavía las prendas del domingo, manchadas ahora por la suciedad del sótano. Sentía el sabor de mis gritos.

Las escaleras eran navegables siempre y cuando apoyase las manos en las paredes.

Los muebles me sobresaltaron al principio. Eran los muebles equivocados en los lugares equivocados. Recordé entonces la escena de la noche anterior. Duane y la linterna enfocándose la cara. también eso parecía poseer la calidad de la embriaguez. Los efectos pueden filtrarse hacia atrás y hacia delante en el tiempo, mancillando acontecimientos de otra manera inocentes. Me senté pesadamente en el viejo sofá. Temía ir a caer a través de él en otra dimensión. El domingo me había dicho a mí mismo que conocía con exactitud el emplazamiento adecuado de todas las

cosas de mi abuela. Ahora veía que aquello era una ilusión. Tendría que experimentar hasta que todo encajara perfectamente en la habitación y ésta volviese por fin a ser ella misma.

En el cuarto de baño. Agua caliente. Agua para beber. Aparté a un lado el sofá, sorteé los dispersos muebles y entré en la cocina.

Alison Updahl estaba apoyada contra la repisa, masticando algo. Llevaba una camiseta de manga corta (amarilla) y pantalones vaqueros (marrones). Estaba descalza, y me pareció sentir el frío del suelo, como si penetrara hasta mis propios pies.

—Lo siento —dije—, pero es demasiado temprano para tener compañía.

Finalmente, dejó de masticar y tragó.

—Tengo que verte —dijo. Sus ojos eran grandes.

Me volví, consciente de la presencia de una complicación que no me encontraba en condiciones de manejar. Sobre la mesa había un intocable plato de huevos revueltos congelados y tocino correoso.

—Supongo que eso te lo ha preparado la señora Sunderson. Echó un vistazo en la otra habitación y dijo que limpiaría ahí cuando hubieras decidido cómo querías los muebles. Y dijo que has destrozado ese viejo cofre. Dijo que era una antigüedad muy valiosa. Su familia tiene uno igual, y un hombre de Minneapolis dijo que valía doscientos dólares.

—Por favor, Alison —aventuré otra mirada hacia ella. Bajo la ajustada camiseta amarilla, sus grandes pechos pendían pesadamente, confortablemente. Parecían torpedos «*Claes Oldenburg*». Sorprendentemente, sus pies eran pequeños, blancos, ligeramente gordezuelos, hermosos—. Estoy demasiado reventado para estar en compañía de nadie.

—He venido por dos razones. La primera es que sé que hice una estupidez al hablarle a mi padre de esa casa. Se puso hecho una furia. Zack me lo advirtió, pero yo fui y se lo pregunté a pesar de todo. Fue una estupidez, desde luego. Por cierto, ¿qué te pasa? ¿Tienes resaca? ¿Y por qué estás volviendo a poner arriba todos esos muebles viejos? —Hablabla con una rapidez enorme.

—Estoy trabajando en un proyecto.

Eso la dejó boquiabierta de sorpresa. Me senté a la mesa y aparté el plato antes de que me llegara su olor.

—No tienes que preocuparte por papá. Está hecho un basilisco, pero no sabe que estoy aquí. Él ha salido a los campos, carretera abajo. No se entera de muchas cosas que hago.

Me di cuenta de que tenía ganas de hablar.

Empezó a sonar el teléfono.

—Mierda —dije, y me puse en pie con un esfuerzo.

Cuando descolgué el auricular, esperé a que quien llamaba dijese algo. Silencio.

—¿Quién es?

No obtuve respuesta.

—¿Diga, diga?

Oí un ruido como de alas, como el susurro de un abanico, como aire agitado. Hacía frío en la estancia. Colgué de golpe el auricular.

—¿No han dicho nada? Es extraño. Zack dice que los teléfonos pueden encerrarte en esas ondas de energía procedentes del espacio exterior, y que si todo el mundo descolgara su teléfono exactamente en el mismo momento en todo el Globo, se podría recibir por el auricular oleadas de energía especial pura. Otra idea que se le ocurrió es que si todos los habitantes del mundo llamaran al mismo número exactamente en el mismo instante, se produciría una especie de explosión de energía. Dice que la electrónica y cosas como los teléfonos nos están preparando para el Apocalipsis y las revelaciones. —Había una gracia juvenil en todo esto.

—Necesito un vaso de agua —dije—. Y un baño. Es una indirecta.

Fui hasta la fregadera y permanecí junto a ella mientras contemplaba cómo caía agua fría en un vaso. Lo bebí de dos o tres Brandes tragos, sintiendo cómo el agua parecía relampaguearme por las venas del pecho. Un segundo vaso no reprodujo ya esas sensaciones.

—¿Has recibido alguna vez una de esas llamadas en plena noche?

—No. Y no contestaría si se produjese.

—Me sorprende. Parece como si mucha gente de por aquí no ir tuviera mucha simpatía. Hablan de ti. ¿No te ocurrió alguna vez algo malo hace mucho tiempo? Sí que te ocurrió algo, ¿verdad? Algo que todos los viejos saben.

—No sé de qué estas hablando. Mi vida ha sido ilimitadamente feliz desde la infancia. Y ahora voy a darme un baño.

—Papá lo sabe, ¿verdad? Hace un par de noches le oí decir algo por teléfono, bueno, en realidad no *dijo* nada, estaba hablando de ello sin decirlo claramente. Creo que estaba hablando con el padre de Zack.

—Cuesta imaginar que Zack tenga padres —dije. Es más bien del tipo Zeus. Y ahora lárgate, por favor.

No se movió. El agua había despertado un dolor agudo y flagrante en mi cabeza, a la altura de la frente. Percibí la tensión existente en la muchacha, más fuerte ahora que mi resaca. Alison cruzó los brazos sobre el estómago, apretándose conscientemente los pechos uno contra otro. Capté el olor de su sangre.

—He dicho que tenía dos razones. Quiero que hagas el amor conmigo.

—Cristo —dije.

—No volverá hasta dentro de dos horas, por lo menos. De todas formas, no tardaremos mucho —añadió, dándome un conocimiento mayor de lo que yo quería sobre la vida sexual de Zack.

—¿Qué pensaría de ello el bueno de Zack?

—Es idea suya. Dijo que así podría yo aprender disciplina.

—Alison —dije—, ahora me voy al baño. Podemos hablar de esto más tarde.

—Podríamos acomodarnos los dos en la bañera.

El tono de su voz era desenfrenado; la expresión de su rostro, angustiada. Yo me sentía terriblemente consciente de sus muslos en los ajustados vaqueros marrones, de los grandes y suaves pechos, de los pies gordezuelos y bellos sobre el suelo frío. Si Zack hubiera estado allí, le habría pegado un tiro.

Con voz suave, dije:

—Creo que Zack no es muy justo contigo.

Se volvió bruscamente y salió, cerrando de golpe la puerta.

Después del baño recordé lo que la conversación sostenida con Duane el domingo me había decidido a hacer, y fui inmediatamente a coger la guía de teléfonos, con su portada en la que aparecían los dos niños suspendidos sobre la fría agua. Paul Kant vivía en la calle Madison de Arden, pero cuando descolgó el teléfono su voz sonaba tan lejana y débil que podría haber estado en el Tibet.

—Paul, soy Miles Teagarden. Llevo una semana o cosa así por aquí, y he intentado verte hace unos días.

—Las mujeres me lo dijeron —respondió—. Oí que estabas en la ciudad.

—Bueno, yo oí que *tú* estabas en la ciudad —dije—. Creía que te habrías marchado hacía tiempo.

—Las cosas no sucedieron así, Miles.

—¿Has vuelto a ver a *Oso Polar*?

Soltó una risita extraña y amarga.

—Lo menos posible. Escucha, Miles, tal vez sea mejor... Tal vez sea mejor que no intentes verme. Es por tu propio bien, Miles. Y por el mío también, probablemente

—¿Qué diablos? ¿Estás en dificultades?

—No sé cómo responder a eso.

Su voz era tensa y muy débil.

—¿Necesitas ayuda? No puedo imaginar qué está pasando, Paul.

—Ya somos dos. No empeores las cosas, Miles. Lo digo por tu propio bien.

—Cristo, no entiendo a qué viene todo ese misterio. ¿No éramos amigos? —Aún a través del teléfono pude detectar una emoción que había empezado a reconocer como miedo—. Si necesitas ayuda, Paul, trataré de ayudar. Lo único que tienes que hacer es pedirlo. Deberías haberte marchado de esa ciudad hace años. No es el lugar adecuado para ti, Paul. Voy a ir hoy a Arden. Podría pasarme por la tienda para verte.

—Ya no trabajo en «Zumgo's».

—Estupendo.

No sé por qué, pero pensé en el *Hombre de Hojalata*.

—Me han despedido. —Su voz era monótona y desesperanzada.

—Entonces, estamos los dos sin trabajo. Y yo pensaría que es un honor ser despedido de un mausoleo como «Zumgo's». No quiero ser inoportuno, Paul, estoy metido en algo que probablemente me va a llenar casi todo mi tiempo, pero creo que

debería verte. Éramos amigos antes.

—No puedo impedirte que hagas lo que estás decidido a hacer —dijo—. Pero, si vas a venir, será mejor que vengas de noche.

—¿Por qué...?

Oí un clic, un instante del silencio que Zack había dicho a la hija de mi primo que estaba cargado de ondas de energía procedente del espacio exterior y, luego, el neutro zumbido del tono de llamada.

Mientras empujaba los viejos muebles de madera tratando de reconstruir el cuarto de estar tal como había sido veinte años antes, recibí noticias del segundo de mis amigos de Arden. Dejé la silla que había estado moviendo por la habitación y contesté al teléfono.

Un hombre preguntó:

—¿Miles Teagarden?

—Yo soy.

—Un momento, por favor.

Al cabo de unos segundos se levantó el otro teléfono.

—Hola, Miles. Soy el jefe Hovre.

—¡*Oso Polar!*

Se echó a reír.

—Pocos se acuerdan ya de eso. La mayoría de la gente me llama Galen.

Nunca había oído su verdadero nombre. Prefería *Oso Polar*.

—¿Nadie se atreve a llamarte *Oso Polar*?

—Oh, tu primo Duane acaso. Tengo entendido que has estado produciendo alguna que otra conmoción desde que has venido aquí.

—Nada importante.

—No, nada importante en absoluto. Freebo dice que si tú fueras todos los días a su bar no tendría que pensar en venderlo. ¿Estás trabajando ahora en otro libro, Miles?

O sea que Freebo había hecho circular mi improvisada historia sobre el libro de Maccabee.

—En efecto —dije—. He venido aquí en busca de paz y tranquilidad.

—Y te has tropezado de lleno con todos nuestros problemas. Miles, estaba pensando si podría verte pronto. —¿Cómo de pronto? ¿Hoy, por ejemplo?

—¿Para qué?

—Sólo para una charla amistosa, podríamos decir. ¿Ibas a venir aquí hoy?

Tuve la turbadora impresión de que había escuchado telepáticamente mi conversación con Paul Kant.

—Creía que estarías muy ocupado estos días, *Oso Polar*.

—Siempre hay un rato libre para un viejo amigo, Miles. ¿Qué te parece?

¿Podrías pasarte por aquí esta tarde para charlar? Seguimos estando detrás del Palacio de Justicia.

—Supongo que puedo ir.

—Me agradará mucho, Miles.

—Pero me pregunto qué pasaría si dijese que no puedo.

—¿Por qué crees que pasaría algo, Miles?

Pero *¿por qué?* Parecía casi como si *Oso Polar* (Galen, si debo decirlo así) hubiera estado observando mis movimientos desde que llegué al valle. ¿Me había visto uno de los enemigos de Paul apropiarme fraudulentamente del libro de Maccabee? En tal caso, me habrían detenido, sin duda, antes de salir de la tienda.

Pensando todavía en esto, y un poco turbado por el tono grave que había empleado *Ojo Polar*, subí la escalera y entré en el cuarto de trabajo, donde me senté ante la improvisada mesa. Parecía todo increíblemente remoto, como si otro hombre hubiera desmontado los tallados pomos y colocado la puerta sobre los caballetes. Mis lastimosas notas, mis lastimosos borradores. Abrí una carpeta y leí una frase. «En la obra de Lawrence aparece de forma recurrente un momento de elección sexual que es la elección de la muerte (o semivida) con preferencia a una vida personalizante y plenamente comprometida.» ¿Había escrito yo realmente esta frase? ¿Decía cosas de éstas ante mis alumnos? Me agaché y cogí al azar varios libros del suelo. Los até con una cuerda y salí de la casa y subí por el sendero.

—Nunca leeré esos libros —me dijo Alisen Updahl—. No tienes que darme nada.

—Lo sé. Tampoco tú tienes que darme nada a mí. —Me miró con expresión turbada—. Pero, al menos esto ha sido idea mía.

—¿Te importaría..., te importaría que se los diese a Zack? Él es el gran intelectual, no yo.

—Haz lo que quieras con ellos —dije—. Me estás ahorrando la molestia de tirarlos. Y empecé a alejarme.

—Miles —dijo ella.

—No es que no me sintiera tentado —dije—. Te encuentro sumamente tentadora. Pero soy demasiado viejo para ti, y todavía soy huésped de tu padre. Y creo que deberías alejarte de Zack. Es un tipo raro. Nunca hará nada más que herirte.

—No entiendes —replicó ella. Parecía terriblemente desgraciada, de pie ante la puerta, sobre los peldaños de cemento y sosteniendo el pequeño montón de libros.

—No, supongo que no —dije.

—No hay nadie como él por aquí. Lo mismo que tampoco hay por aquí nadie como tú.

Me pasé la mano por la cara. Estaba sudando como el encargado de tocar el bombo en una banda una noche calurosa.

—No estaré aquí mucho tiempo, Alison. No hagas de mí algo que no soy.

—Miles —dijo, y se detuvo, azorada. Su hábito de autoafirmación le ayudó—. ¿Algo marcha mal?

—Es demasiado complicado de explicar.

No respondió. Y cuando miré su rostro vi en él la expresión de otra persona cuyos problemas eran demasiado complejos como para encajar fácilmente en pautas verbales. Sentí deseos de cogerle la mano, y casi lo hice. Pero no podía pretender la falsa autoridad de la edad que eso implicaría.

—Ah... —dijo, mientras yo me volvía para irme.

—¿Sí?

—En parte fue idea mía. Pero probablemente no me creerás.

—Ten cuidado, Alison —dije, con tanta seriedad como jamás haya dicho nada en mi vida.

Volví a la vieja casa, caminando bajo el sol. Mi resaca se había transformado en una no desagradable sensación de vacío. Cuando llegué al «VW», aparcado ante el garaje, me di cuenta de que el sol me estaba calentando la cara y los hombros. A veinte metros a mi derecha, la yegua pastaba en el maltrecho campo, fingiendo, para llenar la panza, que era una vaca como sus vecinas. Los castaños que se erguían ante mí eran gruesos y corpulentos, símbolos de larga salud. Deseé lo mismo para Alisen Updahl y para mí. Podía sentirla allí atrás en el porche de cemento, mirándome. Deseaba poder hacer algo, algo enérgico y directo, para ayudarla. Un halcón evolucionaba sobre las colinas a lo lejos, al otro lado del valle. Delante, al otro lado de la carretera, se alzaba el buzón del correo sobre su soporte de metal. Tuta S. se había marchado probablemente antes de que llegara el cartero en su polvoriento «Ford».

Del buzón saqué un grueso mazo de sobres y folletos. Una tras otra, fui tirando a la cuneta cartas dirigidas al ocupante. La última de las cartas venía en el mismo sobre que la dirigida a mí y estaba escrita con la misma redondeada letra. Por un momento creí leer mi nombre en ella. Como la carta anterior, había sido cursada en Arden.

Cuando finalmente vi lo que el sobre decía, tendí la vista sobre los maizales hacia el comienzo del bosque. No había allí ninguna figura esperando con desenfadada calma. Volví a mirar el sobre..., no me había equivocado. Estaba dirigido a Alison Greening. En la dirección de (mi nombre) RFD 2, Norway Valley, Arden. El sol parecía penetrar tras mis pupilas. Torpemente, tembloroso todavía, introduje un dedo bajo la solapa del sobre y lo abrí. Sabía lo que iba a encontrar. La solitaria hoja se desplegó en mis manos. Naturalmente. Estaba en blanco. Ni un corazón atravesado por una flecha, ni una mancha negra, ni nada más que papel color crema.

Carretera abajo, con el bolso golpeándole el costado, Tuta Sunderson avanzaba trabajosamente hacia mí. Esperé, conteniendo con emoción el aliento, mientras pude y, luego, eché a correr hacia ella.

—¿Ha llegado algo para usted?

—No, sí —dije—. No sé. Mrs. Sunderson, no puede limpiar aún el cuarto de estar. No he terminado todavía con él. Puede usted irse a casa si quiere. Yo tengo que marcharme.

Recordando la llamada telefónica de la mañana, añadí:

—Si suena el teléfono, no conteste. Y subí por la carretera en dirección a mi coche.

Accionando violentamente la palanca de cambios y haciendo aullar torturadamente al «VW», atravesé el césped, girando el volante en el último momento para sortear los castaños. Salí como un cohete a la carretera del valle en dirección a la carretera 93. La gorda Tuta Sunderson continuaba donde yo la había dejado; con la boca abierta, se quedó mirando estúpidamente mientras yo pasaba a toda velocidad.

Pero no era así como yo quería encontrarme con *Oso Polar*, o podía ser arrastrado a su presencia, esposado, por un insolente policía de Arden, y reduje la velocidad a sesenta mientras descendía la colina por delante del motel «R-D-N». Para cuando llegué a la zona que se extendía junto a la escuela superior, circulaba a la casi legal velocidad de 45. Se veía gente en las aceras, un gato se lavaba en un alféizar, otros coches circulaban delante del mío: Arden no tenía el aspecto abandonado y fantasmal que había tenido en mi visita anterior, sino que era una pequeña ciudad normal en una situación normal de soñolienta animación. Introduje el coche en un hueco que había delante de «Zumgo's» y me detuve tan suavemente como una paloma. Me sentí como un hombre apoyado sobre una cáscara de huevo. El doblado sobre abultaba mi bolsillo. Solamente conocía una forma segura de vencer aquella horrible y expectante sensación. No oyendo batir de alas, sino sonidos de voces, crucé la acera para entrar en «Zumgo's».

Afortunadamente, la tienda estaba llena de clientes. La mayoría, gordas, con los hombros al aire y faldas excesivamente cortas, serían el público de mi autoterapia. Se elevaba de ellas un denso olor a estiércol y patios cerrados, a vasos de cerveza «Leinenkugel» y a galletas saladas. Empecé a moverme por los pasillos y en torno a las mesas con la actitud de hallarme buscando algo concreto. Las mujeres, incluida la arpía de mi visita anterior, apenas si repararon en mí. Yo era algún marido haciendo algún recado. Yo mismo me sentía en este papel.

No soy cleptómano. Tengo una carta de un psicoanalista que lo dice así, en negro sobre blanco y letras tipo pica. Saqué de la cartera un billete de diez dólares y lo doblé entre los dedos segundo y tercero de la mano derecha.

Ha llegado el momento de formular dos observaciones. La primera es evidente. Yo creía conocer la letra de aquel sobre. Pensaba que me lo había enviado Alison Greening. Esto era absurdo. Pero no más absurdo que el que ella fuese a volver el 21

de julio para cumplir su promesa. Quizá me estaba haciendo señales, diciéndome que esperase hasta ese día. La segunda observación guarda relación con el robo. Yo no me considero un ladrón..., salvo quizás a un nivel subconsciente que bombea culpabilidad en mis sueños. Detesto robar. Excepto el libro de Maccabee, no había robado nada desde hacía por lo menos quince años. Pensando en los hurtos de mi juventud, una vez le pregunté a un psicoanalista si creía que yo era cleptómano. Me dijo que desde luego que no. Póngalo por escrito, dije. Él me respondió que eran mis cincuenta minutos y lo mecanografió en una hoja de papel de cartas. Sin embargo, en momentos de gran agitación, sé que solamente puedo serenar mi mente de una manera. Es como comer..., como echarse alimentos por la garganta mucho después de haber saciado uno el hambre.

Así pues, lo que me proponía hacer era una repetición de los gestos del robo: iba a sustraer subrepticamente algún artículo y dejar luego caer los diez dólares en la caja registradora al salir. La tentación me asaltó primero en los artículos domésticos, entre los que vi un sacacorchos sobre una mesa. Junto a él había una fila de navajas. Permanecí junto a la mesa, despreciando una docena de oportunidades para escamotear el sacacorchos y una de las navajas. Todo el asunto parecía de pronto forzado y estúpido.

Me volví. Era demasiado viejo para estas historias. No podía permitirme consentir tan neciamente en ellas. Pero seguía sufriendo. Subí al piso de arriba, donde estaban los libros.

Hice girar lentamente el bastidor: no volverás a robar, me dije a mí mismo, ni siquiera fingirás robar. Predominaban románticas novelas con portadas de muchachas que huían de castillos. No vi ningún otro ejemplar de *El sueño encantado*. Encontrar uno había sido una suerte fantástica. Con fingida indiferencia, escruté los lomos. Nada todavía.

Y entonces vi una segunda opción natural. Allí, embutida en una de las divisiones del fondo, estaba una novela escrita por Lamont Withers, que había sido el miembro más parlanchín y fastidioso de mi seminario sobre Joyce en Columbia y que ahora enseñaba en Bennington, *Una visión de pez*, una novela experimental disfrazada de romance por el dibujo de su portada, que presentaba a dos andróginos abrazándose. Extraje el libro y examiné la contraportada. «Un prodigio de sensibilidad..., *Cleveland Plain Dealer*. Sorprendente e ingenioso avance..., *Library Journal*. Withers es el hombre del futuro..., *Saturday Review*.» Mis músculos faciales se contrajeron; era peor aún que Maccabee. Renació la tentación, y estuve a punto de meterme el libro entre el brazo y el codo. Pero no quería ceder a esta gula; no podía regirme por las reacciones de veinte años atrás. Cogí el libro y acepté las vueltas. Respirando con dificultad, congestionado, en paz, me senté en mi coche. No robar era un sentimiento mucho mejor que robar, o fingir que robaba. No robar, como de hecho sabía hacía años, era la única forma de ir de tiendas. Me sentía como un alcohólico que acabara de rechazar una copa. Era todavía demasiado temprano para

ver a *Oso Polar*, así que palpé la doblada carta que llevaba en el bolsillo y decidí ir —¿adonde si no?— a «Freebo's» para celebrarlo. En medio de la muerte y el desastre, una misión feliz.

Mientras cruzaba la calle, un agudo átomo me dividió limpiamente la espalda entre los dos omóplatos. Oí el ruido de una piedra al chocar contra la superficie de la carretera. Me quedé mirando estúpidamente cómo rodaba y acababa deteniéndose antes de mirar a la acera. Había allí gente, estimulando todavía aquel ajeteo de pequeña ciudad, yendo desde «Zumgo's» hasta los almacenes «De Costa a Costa», mirando los escaparates llenos de pan de la panadería de Myers. Parecía como si rehuyesen mirarme, como si rehuyesen incluso mirar en mi dirección. Un instante después vi a los hombres que, probablemente, habían tirado la piedra. Cinco o seis hombres corpulentos y de mediana edad, dos de ellos ton mono y los otros con andrajosos trajes, se hallaban delante del «Angler's Bar». Esos hombres me estaban mirando con expresión levemente risueña. No pude hacerles bajar la vista..., era como el «Restaurante Plainview». No reconocí a ninguno de ellos. Cuando me volví, una segunda piedra me pasó rozando la cabeza. Otra me golpeó en la pierna derecha.

Amigos de Duane, pensé, y luego me di cuenta de que me equivocaba. Si fueran solamente eso, se estarían riendo. Aquel silencio resultaba más duro que el lanzamiento de piedras. Volví la vista por encima del hombro: continuaban allí, apiñados y con las manos en los bolsillos, ante el oscuro escaparate del bar. Me estaban mirando. Me apresuré a entrar en «Freebo's».

—¿Quiénes son esos hombres? —le pregunté. Freebo acudió presurosamente, secándose las manos en un trapo.

—Parece usted un poco alterado, Mr. Teagarden —dijo.

—Dime quiénes son esos hombres. Quiero sus nombres.

Vi que los clientes que estaban en la barra, dos delgados ancianos, cogían sus vasos y se apartaban.

—¿Qué hombres, Mr. Teagarden?

—Los que están al otro lado de la calle, delante del bar.

—Se refiere al «Angler's». Vaya, no veo a nadie ahí, Mr. Teagarden, lo siento.

Me dirigí al alargado escaparate que daba a la calle y miré al exterior. Los hombres se habían desvanecido. Una mujer con rulos en el pelo empujaba un cochecito de un niño en dirección a la panadería.

—Estaban allí mismo —insistí—. Eran cinco, quizá seis, un par de granjeros y varios otros. Me han tirado piedras.

—No sé, Mr. Teagarden. Podría haber sido alguna especie de accidente.

Le miré con ferocidad.

—Permítame que le invite a una copa por cuenta de la casa —dijo. Se alejó y puso un vaso bajo una de las botellas—. Tenga. Bébase esto.

Obedientemente, me lo bebí de un trago.

—Todos estamos un poco alterados, por aquí, Mr. Teagarden, ya sabe. Probablemente ha sido porque no sabían quién era usted.

—Probablemente ha sido porque sabían quién soy —repliqué. Una ciudad muy amistosa, ¿verdad? No respondas, dame otra copa. Dentro de un rato tengo que ver a *Oso Polar*, a Galen quiero decir, pero voy a quedarme aquí hasta que todo el mundo se vaya a casa.

Parpadeó.

—Lo que usted diga.

Me tomé calmamente seis whiskies. Transcurrieron varias horas. Luego, tomé una taza de café, y, después, otra copa. Los demás hombres que estaban en el bar me miraban subrepticamente, desviando los ojos hacia el espejo cuando yo levantaba mi copa o me apoyaba en la barra. Tras permanecer un insoportable lapso de tiempo en esta situación, saqué el libro de Withers del bolsillo de la chaqueta y empecé a leerlo. Cambié del whisky a la cerveza y recordé que no había comido nada.

—¿Tienes bocadillos?

—Le prepararé uno, Mr. Teagarden. ¿Y otra taza de café?

—Y una taza de café y otra cerveza.

El libro de Withers era ilegible. Era insoportablemente vulgar. Empecé a arrancar páginas. Cuando uno encuentra una pauta,

debe atenerse a ella. Los demás hombres del bar no se molestaban en disimular sus miradas. Reconocí en mí mismo los zumbantes lóbulos frontales de intoxicación.

—¿Tienes una papelera, Freebo? —pregunté.

Me tendió un cubo de plástico verde.

—¿Es otro escrito por usted?

—No. Yo nunca he escrito nada que valiera la pena de ser publicado —respondí.

Arrojé al cubo verde las páginas que había arrancado. Los hombres me estaban mirando como habrían mirado al mono de un circo.

—Está usted alterado, Mr. Teagarden —dijo Freebo—. Mire, no le servirá de nada. Ya ha bebido demasiado, señor Teagarden, y está un poco trastornado. Yo creo que debería salir a tomar un poco de aire fresco. Compréndalo, no le puedo servir nada más. Debería irse a casa a descansar.

Estaba acompañándome hacia la salida del bar, hablándome en voz baja y tranquilizadora.

—Quiero comprar un tocadiscos —dije—. ¿Puedo hacerlo ahora, o es demasiado tarde?

—Creo que acaban de cerrar las tiendas, Mr. Teagarden.

—Lo haré mañana. Ahora tengo que ver a *Oso Polar* Galen Hovre.

—Es una buena idea.

La puerta se cerró a mi espalda. Me encontré solo en una desierta calle Mayor;

el cielo y la luz iban oscureciendo, aunque aún tardaría por lo menos dos horas en hacerse de noche. Me di cuenta de que había pasado casi todo el día en el bar. En las puertas de la panadería y los almacenes comerciales había letreros de CERRADO. Eché un vistazo al «Angler's Bar», que desde fuera parecía estar tan vacío como el «Freebo's». Pasó un solitario coche en dirección al Palacio de Justicia. Una vez más, oí el batir de alas de palomas que describían círculos en lo alto.

En aquel momento, la ciudad parecía encantada. El Medio Oeste es el lugar de los fantasmas, pensé, el lugar más indicado para ellos; podían abarrotar estas anchas y desiertas calles Mayor y poblar los campos. Casi los sentía apiñándose a mi alrededor.

Eché a andar con estos pensamientos en mi mente, cuando oí pasos a mi espalda. Volví la vista por encima del hombro y vi solamente una calle desierta flanqueada de coches que parecían abandonados caparazones de insectos. Cuando volví de nuevo la cabeza, oí otra vez las pisadas, multitud de pisadas. Empecé a caminar rápidamente, y las oí seguirme. La calle se extendía ancha y desierta ante mí, flanqueada de coches vacíos y tiendas cerradas. O el zumbido eléctrico de un anuncio de neón en el escaparate de una tienda de suministros de cocina. La apariencia de realidad parecía a punto de disolverse, incluso el pavimento y las fachadas de ladrillos se estiraban en tensión sobre un palpitante vacío. Volví de nuevo la cabeza, y me sentí casi aliviado al ver un grupo de hombres de gruesa cintura que bajaban por la calle hacia mí.

El Palacio de Justicia estaba a cuatro manzanas de distancia en línea recta calle Mayor arriba, pero yo no tenía ninguna probabilidad de llegar allí antes de que me cogiesen. En la breve ojeada que lancé advertí que algunos de ellos llevaban palos. Torcí por la primera esquina y volví a torcer por un callejón. Cuando llegué a la trasera de «Freebo's» me acurruqué detrás de un montón de cubos de basura; no me daba tiempo a llegar al final del callejón. El grupo de hombres se había dividido, dos de ellos aparecieron por la entrada del callejón y empezaron a trotar hacia mí. Me agaché lo más que pude tras los grandes cubos de basura. Sus pisadas se acercaban, y les oí jadear. Estaban todavía menos acostumbrados que yo a correr.

Uno de ellos exclamó con toda claridad:

—Mierda.

Esperé hasta que les oí volver; pasaron por delante de mi escondite y se dirigieron ruidosamente hacia la entrada del callejón. Cuando asomé la cabeza les vi torcer a la derecha para seguir al resto del grupo. Con la espalda pegada a los edificios y las piernas prontas a saltar, avancé a lo largo del callejón. Miré cautelosamente a la calle Madison. Dos manzanas más allá, estaban sacudiendo y balanceando un viejo coche aparcado delante de un destartado edificio. Uno de ellos se lanzó contra el coche con un largo palo, un mango de hacha o una maza de béisbol. El cristal estalló con un chasquido.

No podía entenderlo. ¿Eran simplemente unos borrachos camorristas en busca

del objetivo más cercano? Con la esperanza de que el ruido que producían mientras destruían el coche les impidiera oírme, atravesé corriendo la calle Madison y entré en el callejón del otro lado. Una explosión de gritos y alaridos me indicó que me habían visto. Estuve a punto de desplomarme de terror. Eché a correr por el callejón y salí a la calle Monroe, torcí a la derecha, seguido del estruendo que producían mis perseguidores, y di la vuelta a la esquina para regresar a la calle Mayor. En el último instante, abrí la portezuela de un coche y me zambullí en su interior. Luego, pasé por encima del asiento me dejé caer en el hueco existente ante el asiento posterior, mientras me latía violentamente el corazón. Un papel de caramelo revoloteó ante mi nariz; del suelo parecía elevarse un polvo acre y maloliente. Me tapé la nariz con los dedos, y al cabo de un rato se me pasaron las ganas de estornudar. Podía oír a los hombres acercarse por la calle, golpeando los coches con los puños o los palos, llenos de frustración.

El borde de una grasienta camisa pasó ante la ventanilla que yo podía ver. Una mano se apretó contra ella, aplastada y blanca como una estrella de mar muerta. Luego no vi más que el cielo, que se iba oscureciendo. Pensé: ¿Y si me muero aquí? ¿Y si mi maquinaria falla y deja mi cadáver abandonado en este oloroso coche? ¿Quién me encontraría? Era ésta una imagen de desesperanza absoluta.

Al cabo de un rato me sentí con fuerzas para arriesgar una mirada por encima del asiento. Estaban a poca distancia, evidentemente desorientados por mi desaparición. Sólo eran cuatro, menos de lo que yo había pensado; no se parecían a los hombres que me habían tirado piedras. Eran más jóvenes. Avanzaron corriendo unos cuantos pasos. Luego, echaron a andar calle arriba, mirando a un lado y a otro, dando golpecitos con sus palos de béisbol en la acera. No había nadie más en la calle. Cuando pasaba un coche, se inclinaban para examinar la cara del conductor. Esperé hasta que estuvieron varias manzanas más allá del Palacio de Justicia y entonces pasé por encima del asiento y salí agachado a la acera.

Los cuatro hombres estaban ahora al otro lado de la calle, muy por delante de mí, cerca del puente sobre el río Blundell. El Palacio de Justicia se hallaba a mitad de camino entre nosotros. Empecé a andar hacia él. Los hombres habían llegado al puente, y les vi apoyarse en él hablando y encendiendo cigarrillos. Encorvado, moviéndome lo más rápidamente posible sin correr, avancé otros veinte metros. Entonces, uno de los hombres tiró su cigarrillo y señaló hacia mí.

Levanté los codos y las rodillas y por primera vez en mi vida descubrí lo que era correr. Es ritmo, todo ritmo, largos y pulsantes latidos realizados por la coordinación de todos los músculos. Les desconcertaba el hecho de que yo corriera hacia ellos, pero cuando llegué al Palacio de Justicia, giré sobre una pierna y me dirigí a toda velocidad en dirección a la parte posterior, se lanzaron gritando hacia mí. Cerré los puños y describí arcos con ellos en el aire, con el pecho sacado y mis

piernas cruzando el asfalto del aparcamiento. Llegué a los coches de la Policía en el momento en que ellos llegaban al aparcamiento. Les oí detenerse, arrastrando los pies y gritándome.

Las palabras eran inaudibles. Un rugiente sonido se elevó en la esquina del aparcamiento, y vi a un hombre de cazadora negra salir en una moto. Me pareció que tal vez fuera Zack; no estaba seguro. El súbito ruido asustó a mis perseguidores. Para cuando llegué a la puerta amarilla de gruesos cristales sobre la palabra POLICÍA, se habían dispersado. Me ardía la garganta.

El hombre uniformado que estaba colocando una hoja de papel en una máquina de escribir volvió hacia mí su regordete rostro. Cerré la puerta y me apoyé contra ella, jadeando. Con el papel todavía en las manos él se levantó a medias, y vi la pistola que llevaba sujeta a la cadera.

—Me llamo Teagarden —dije—, y tengo una cita con el jefe.

—Oh, sí —dijo, y bajó el papel con deliberada lentitud hasta dejarlo sobre la máquina de escribir. Mi pecho se elevaba y descendía convulsivamente.

—Acabo de ganar una carrera. Procure no disparar.

—Quédese ahí.

Dio la vuelta hasta colocarse delante de la mesa, sin apartar los ojos de mí ni separar la mano de una aterradora proximidad a su revólver. Su mano izquierda encontró el teléfono; cuando tuvo el auricular junto al oído, miró brevemente la fila de botones que había en la base del teléfono y pulsó uno y, luego, marcó un único número.

—Teagarden está aquí —y colgó—. Puede pasar. Le ha estado esperando. Salga por esa puerta y entre luego en la que lleva el letrero de «Jefe».

Asentí con la cabeza y me dirigí a la puerta que me había indicado. El despacho de Ojo *Polar* estaba al final del pasillo; sus dimensiones eran de unos diez por doce y estaba en su mayor parte lleno de archivadores verdes y una vieja y gastada mesa escritorio. Casi todo el resto estaba lleno de *Oso Polar*.

—Siéntate, Miles, por amor de Dios —dijo, señalando la silla que había delante de su mesa—. Parece que has tenido un día muy duro.

Al mirarle, percibí con más claridad que nunca la diferencia de edad que nos separaba..., él tenía casi la edad de Duane, aunque sus modales ruidosos y joviales le habían hecho parecer más joven a mis ojos. En este hombre sólidamente macizo y de rostro clave podía ver huellas del chiquillo que había bombardeado con Bolitas de papel el rebaño de Bertilsson. Hasta la razón para su nombre se había desvanecido; su casquete de pelo asombrosamente blanco se había oscurecido y había retrocedido hasta convertirse en una parda mancha desde las orejas hasta el cuero cabelludo.

—Parece como si hubieras tenido una vida muy dura, pero es agradable volverte a ver —dijo.

—Sí, hemos pasado buenos ratos juntos, ¿verdad? Ratos realmente buenos.

—Yo he tenido un rato especialmente bueno cuando venía hacia aquí. Un grupo

de conciudadanos tuyos me perseguían enarbolando palos de béisbol. Me he salvado por los pelos.

Echó hacia atrás la cabeza y frunció los labios.

—¿Será ésa la razón por la que has llegado un poco tarde a nuestra reunión?

—Nuestra reunión es la razón de que yo esté aquí y no apaleado en el callejón que hay detrás de «Frebo's». Sólo han dejado de perseguirme porque he entrado en tu zona de aparcamiento.

—Estabas en «Frebo's». Yo diría que pasas mucho tiempo allí.

—¿Quiere decir eso que no me crees?

—Algunos de los muchachos de la ciudad se están volviendo muy turbulentos. Puedo creerte, Miles. Supongo que no llegarías a estar lo bastante cerca de esos chicos como para poder identificarlos.

—Precisamente lo que yo intentaba era no quedar tan cerca de ellos.

—Cálmate, Miles, No te van a coger. Estarás a salvo aquí, charlando. Cálmate. Esos chicos te dejarán en paz.

—Algunos otros de los chicos de tu ciudad me tiraron piedras este mediodía, cuando les daba la espalda.

—¿De veras? ¿Te han hecho daño?

—De veras. No, no me han hecho daño. ¿Quieres que me olvide también de eso? ¿Sólo porque no me han abierto la cabeza?

—No quiero que te lleves mal rato por un puñado de exaltados. Yo diría que algunas de las buenas gentes han decidido que harías bien en marcharte de la ciudad.

—¿Por qué?

—Porque no te conocen, Miles. Es así de sencillo. Eres el único hombre en cosa de un siglo acerca de quien se haya predicado un sermón. No estabas pensando en verte obligado a huir, ¿verdad?

—No. Tengo que quedarme aquí. Estoy metido en un asunto.

—Aja. Estupendo. ¿Tienes idea del tiempo que te llevará?

—Hasta el 21. Después, no sé.

—Bueno, no falta mucho. Quiero pedirte que consideres la posibilidad de quedarte en casa de Duane hasta que arreglemos ciertas cosas por aquí. ¿De acuerdo?

—¿A qué diablos viene todo eso, *Oso Polar*? ¿No puedo salir de la ciudad hasta que la Policía me lo autorice?

—Yo no lo enfocaría así. Te estoy pidiendo un favor.

—¿Estoy sometido a interrogatorio?

—Diablos, no, Miles. Estamos charlando. Necesito tu ayuda.

Me recosté en la rígida silla. Ya no notaba el alcohol. Galen Hovre me estaba mirando con una fría semisonrisa. Mis sentidos me estaban confirmando una teoría mía, la de que cuando cambia la naturaleza de un hombre, cambia con ella su olor esencial. *Oso Polar* tenía antes un denso y agradable olor a tierra aplastada, más fuerte cuando conducía un coche a cien por hora por las curvas de la carretera 93 o

llenaba de piedras un buzón de correos; ahora, como Duane, olía a pólvora.

—¿Puedo contar con tu ayuda?

Miré a aquel corpulento hombre de cara cuadrada que había sido mi amigo, y desconfié de todo lo que decía.

—Desde luego.

—Ya te habrás enterado de lo de esas chicas que han matado. Gwen Olson y Jenny Strand. Tu vecino Red Sunderson encontró a esa chica Strand, y no constituía un espectáculo agradable. Mi ayudante Dave Lokken, el que está ahí fuera, sufrió una terrible conmoción cuando la vio.

—Todavía está alterado —dije.

—Cualquier hombre normal lo sentiría —dijo afablemente Hovre—. La verdad es que todos estamos alterados por aquí. Ese loco hijo de puta está todavía entre nosotros. Podría ser cualquiera, y eso es lo que les desquicia, Miles. Conocemos bastante bien a todo el mundo, y la gente no sabe qué pensar.

—¿Tienes alguna idea de quién podría ser?

—Oh, estamos vigilando a alguien, pero, tal como yo lo veo, no es muy probable que sea él. El caso es que no quisiera que esto

acabara trascendiendo. Llevo cuatro años de jefe aquí, y quiero ser reelegido para poder seguir manteniendo a mi familia. Tú eres nuevo aquí. Podrías ver cosas en las que nosotros no reparamos. Tienes una buena formación, eres observador. Me pregunto si habrás visto u oído algo que me pueda ser útil.

—Espera un momento —dije—. ¿Creían esos que me perseguían que yo había hecho esas cosas? ¿Los asesinatos?

—Tendrías que preguntárselo a ellos.

—Cristo —dije—. Apenas si he pensado siquiera en esas muertes. He estado demasiado ocupado con mis propios problemas. No he venido aquí por eso.

—Me parece que también a ti te sería útil que se te ocurriera algo.

—No lo necesito. Yo no tengo que ayudarme con nada de eso.

—No creo que eso importe.

Tenía razón.

—De acuerdo, lo entiendo. No creo haber notado nada especial. Sólo mucha gente portándose de forma extraña, como con miedo. Algunas personas parecían hostiles. He conocido a un chito bastante raro, pero... —El «pero» era que yo no quería decir nada que provocara sospechas sobre Zack o Alison. Zack no era más que un chiflado teorizante. Ojo *Polar* levantó las cejas en un gesto de distraída paciente espera—. Pero era sólo un crío. No quiero mencionarle siquiera. No sé qué podría decir yo que fuese de utilidad.

—Todavía no, quizá. Pero podrías recordar algo. Sólo tenlo en mente, ¿eh, muchacho?

Asentí.

—Bien. Podríamos tener todo esto resuelto para el 21, así que no hace falta que

te preocupes demasiado. Y ahora hay otras cuestiones de las que quería hablar contigo.

Se puso un par de gruesas gafas que le daban aire de intelectual melancólico y sacó una hoja de papel de un montón.

—Al parecer, tuviste alguna pequeña complicación en Plainview hace algún tiempo. Ayer mismo recibí un informe sobre ello. Un tipo llamado Frank Drum te tomó el número de la matrícula.

—Cristo —exclamé, pensando en el escurridizo empleadillo que habían hecho salir del restaurante.

—Eso fue después de un incidente en ese restaurante «Grace's». ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Eran como tu pandilla de alegres gamberros que querían partirme la cabeza con sus palos de béisbol.

—Que te perseguían —levantó bruscamente la vista del papel.

—Es lo mismo. Lo que sucedió fue ridículo. Vi a esos tipos escuchando la radio, y tenían aire de que hubiera pasado algo malo y pregunté de qué se trataba. No les gustó mi cara. No les gustó que yo viniera de Nueva York. Así que me echaron después de tomarme el número de la matrícula. Eso fue todo. Era alrededor de la una del día en que alguien encontró a la primera chica.

—Sólo para constancia, ¿sabes dónde pasaste la noche anterior?

—En un motel de alguna parte. No sé.

—¿No tienes un recibo o una matriz de cheque?

—Era un piojoso cuchitril al borde de la carretera. Pagué en metálico. ¿Para qué diablos quieres saberlo?

—Yo no quiero saberlo. Hay allá un policía llamado Larabee que quería que te lo preguntase, eso es todo.

—Bueno, pues dile a Larabee que se lo meta por el culo. Estuve en un piojoso motel de Ohio.

—Muy bien, Miles, muy bien. Estupendo. No hace falta que te enfades. ¿Cómo te heriste la mano?

Bajé la vista, sorprendido, hacia mi vendada mano. La venda estaba sucia y empezando a deshilacharse. Por debajo de ella, asomaban algunos hilos de la gasa. Casi me había olvidado del vendaje de Duane.

—Tuve un accidente con el coche. En el coche. Me corté.

—Dave Lokken te puede poner una venda nueva antes de que te vayas. Se siente realmente orgulloso de sus habilidades curativas. ¿Cuándo ocurrió ese accidente?

—Ese mismo día. Después de salir del restaurante.

—Según otro de los que estaban en el restaurante, un tipo llamado Al Service, que es el chismoso oficial de esa parte de la comarca, hiciste una curiosa observación antes de marcharte. Según Service, dijiste que esperabas que matasen a otra chica.

—No quería decir eso. Yo estaba furioso. Entonces ni siquiera sabía que habían

matado a nadie. Dije algo así como: «Sea lo que sea, se merecen que vuelva a ocurrir.» Y me largué a toda velocidad.

Se quitó las gafas. Apoyó una mejilla en su carnosa mano.

—Es comprensible, Miles. Te enfurecieron. Eso le ocurre a todo el mundo. Bueno, tú mismo le acabaste irritando a Margaret Kastad, según tengo entendido.

¿A quién?

—A la mujer de Andy. Me llamó por teléfono después de que ni saliste de la tienda. Dijo que estabas escribiendo pornografía y que debía expulsarte de aquí.

—No perderé el tiempo hablando de eso —dije—. Ella mantiene unos cuantos errores contra mí. Soy una persona diferente ahora.

—Todos lo somos, supongo. Pero eso no significa que no podamos ayudarnos unos a otros. Tú podrías hacer algo por mí ahora poner por escrito lo que ocurrió en ese restaurante, fecharlo y firmarlo, para que yo le mande una copia a Larabee. Es por tu propio bien.

Rebuscó sobre su mesa y empujó hacia mí una hoja de papel y una pluma.

—En términos generales, Miles. No hace falta que te extiendas.

—Como quieras.

Cogí el papel y escribí lo que había sucedido. Le devolví el papel.

—¿Me llamarás siempre que recuerdes u observes algo?

Me metí la mano en el bolsillo y toqué un papel doblado.

—Espera un momento. Tengo aquí algo en lo que me puedes ayudar. ¿Quién crees que me habrá enviado esto? Había dentro una hoja de papel en blanco.

Saqué el sobre y lo alisé sobre su mesa. Me temblaban las manos.

—Es el segundo. El primero iba dirigido a mi nombre.

Volvió a ponerse las gafas y se inclinó sobre la mesa para coger el sobre. Cuando vio el nombre, levantó la vista hacia mí. Era la primera reacción sincera que recibía de él.

—¿Tienes otro de éstos?

—Dirigido a mí. Con una hoja de papel en blanco dentro.

—¿Me dejas que me lo quede?

—No, quiero tenerlo yo. Lo que puedes hacer es decirme quién lo envió.

Experimenté la sensación de estar corriendo un gran riesgo, de cometer un enorme error. Fue lo bastante intensa como para hacer que me flaquearan las rodillas.

—Detesto decirlo, pero parece tu letra, Miles.

—¿Qué?

Levantó mi declaración juntamente con el sobre y, luego, los volvió para que yo pudiera verlos. Había una cierta semejanza superficial.

—No es mi letra, *Oso Polar*.

—No queda ya mucha gente que recuerde ese nombre.

—Basta con uno —dije—. Devuélveme el sobre.

—Como quieras. Sólo que los expertos son los que realmente pueden decidir sobre estas cuestiones de letras. ¡Dave! —gritó en dirección a la puerta—. ¡Trae el botiquín de urgencia! ¡Rápido!

—Le he oído llamarle *Oso Polar*. Ya nadie le llama así.

Lokken y yo caminábamos por la calle Mayor en la húmeda oscuridad. Se habían encendido las escasas farolas; pude oír de nuevo el zumbido del letrero de neón. Las luces que brillaban en el escaparate del «Angler's» proyectaban un rectángulo amarillo sobre la acera. Yo llevaba la mano envuelta en una resplandeciente venda blanca.

—Somos viejos amigos.

—Tienen que serlo. Ese nombre de *Oso Polar* le saca de sus casillas. Por cierto, ¿dónde está su coche? Yo creo que ya no hay peligro.

—No quiero correr el riesgo. Él me ha dicho que me acompañe hasta el coche, y eso es lo que quiero que haga.

—Mierda, no hay nada que temer. No hay nadie afuera.

—Eso es lo que yo creía la última vez. Si no le llama usted *Oso Polar* ¿cómo le llama?

—¿Yo? —Lokken soltó una risotada—. Yo le llamo señor.

—¿Cómo le llama Larabee?

—¿Quién?

—Larabee. El jefe de Plainview.

—Perdóneme, pero ha debido de perder usted la chaveta, Mr. Teagarden. En Plainview no hay nadie que se llame Larabee, y si lo hubiera no sería jefe, porque Plainview no tiene jefe de Policía. Hay un sheriff llamado Larson que es primo segundo mío. El jefe Hovre suele visitarle una o dos veces a la semana. Es jurisdicción suya, lo mismo que todas esas pequeñas localidades de los alrededores, Centerville, Liberty, Blundell. Él es el jefe de todo. ¿Dónde está su coche?

Yo estaba de pie en medio de la ancha y oscura calle, inmóvil, mirando al «VW» y tratando de asimilar lo que Lokken había dicho. El estado en que se encontraba mi coche lo hacía difícil.

Lokken dijo:

—Dios mío, ¿no será ése el suyo?

Moví afirmativamente la cabeza, con la garganta demasiado seca como para poder articular palabra.

Las ventanillas estaban destrozadas y la carrocería presentaba numerosas abolladuras. Uno de los faros sobresalía como un globo ocular colgando de un fino músculo. Me acerqué corriendo para examinar los neumáticos delanteros y, luego, los traseros. Estaban mi actos, pero la ventanilla posterior estaba hecha añicos.

—Esto es un delito de daños contra la propiedad. ¿Quiere volver para

contárselo al jefe? Debería presentar una denuncia. Yo también tengo que hacerlo.

—No. Cuénteselo usted a Hovre. Esta vez me creerá.

Noté que la ira estaba empezando a crecer de nuevo en mi interior, y le agarré a Lokken del brazo y se lo apreté con fuerza, haciéndole soltar un grito.

—Dígale de mi parte que quiero que Larabee se encargue de ello.

—Pero acabo de decirle que mi segundo primo... Yo me encontraba ya en el coche, accionando violentamente la llave de contacto.

El colgante faro acabó cayendo con estruendo sobre el pavimento antes de que hubiera recorrido una manzana, y mientras remontaba la primera de las colinas, justo por delante de la escuela superior, oí cómo un tapacubos rodaba hasta las hierbas que crecían en la cuneta. A través del estriado parabrisas, solamente podía ver una cuarta parte de la carretera, y aun eso quedaba difuminado y borroso por el estado del cristal. Mi único faro oscilaba cutre iluminar la línea amarilla y las hierbas, y mi estado emocional giraba violentamente en torno a una gigantesca sensación de traición. Larabee, ¿no? ¿Era Larabee quien quería saber cómo me había cortado la mano? ¿Era Larabee quien quería ser reelegido?

Yo sospechaba que era Larabee quien no pondría mucho empeño en encontrar a los hombres que habían intentado atacarme y que, en su frustración, habían destrozado mi coche.

Mientras enfilaba el retemblante coche por una cerrada curva ascendente, me di cuenta de que estaba sonando la radio: yo había rozado accidentalmente el botón unas millas antes, y ahora estaba desgranando toda una serie de variedades: «...y para Kathie y Jo y Brownie, de los Chicos Audaces, supongo que sabéis lo que eso significa, una pieza estupenda, *Buenas Vibraciones*.» Empezaron a berrear unas voces adolescentes. Reduje un poco la velocidad, tratando de atisbar la curva de la carretera a través de la telaraña del parabrisas mientras el locutor introducía un comentario como fondo a la música. Unos faros se precipitaron en mi dirección y pasaron velozmente a mi lado al tiempo que sonaba el claxon.

El siguiente coche hizo parpadear dos veces sus luces, y me di cuenta de que mi único faro tenía puesta la luz intensa y larga; oprimí con el pie el botón amortiguador.

«Demasiado, realmente demasiado. Aquéllos sí que eran buenos tiempos. Ahora, para Frank, de Sally, una pieza dulce y cariñosa, supongo que ella te quiere, Frank, así que no dejes de llamarla. Algo de Johnny Mathis.»

En las cuestas no podía ver más que el negro y vacío aire más allá de la carretera; mantenía el acelerador pisado a fondo, soltándolo sólo cuando tenía que cambiar de marcha o cuando empezaban a retemblar los remaches de la carrocería. Pasé como una bala ante el termómetro gigante, viéndolo sólo durante un instante a la luz del faro. Toda la hermosa verde panorámica no era más que una negra masa unidimensional.

«Eh, Frank, más vale que te andes con cuidado con esa muñequita. La tienes

loquita perdida, así que no pierdas la calma. Y ahora, un cambio de ritmo..., para el primer curso de gimnasia y la señorita Tite, una ráfaga de la espiritual Tina Turner, de parte de Rosie B..., *Río profundo, alta montaña.*»

Rechinaron mis neumáticos cuando frené de pronto al ver delante de mí una alta pared de madera en lugar de la negra carretera; cogí con fuerza el volante, y el coche dio un bandazo y luego se enderezó de una forma tal que parecía sugerir que un automóvil se halla construido de un material mucho más elástico que el metal. La lámpara de petróleo brilló un instante y se extinguió. Todavía a velocidad peligrosamente elevada, con la mente centrada en la mecánica de la conducción, traspuse la última colina y empecé a descender hacia la carretera general en un profundo pozo de música que no oía.

Sin molestarme en frenar, entré en la carretera. La música latía en mis oídos como la sangre. Pasé sobre el puente bajo y blanco, más allá de donde Red Sunderson debió de encontrar el cadáver de la segunda chica; luego, un brusco giro a la izquierda por la carretera del valle. Jadeaba tan intensamente como si hubiera estado corriendo.

«¡Decídselo a cualquiera, pero no se lo digáis a vuestro profesor de gimnasia! Todos los duendes andan por ahí sueltos esta noche, muchachos, así que cerrad bien las puertas. Aquí hay algo para los perdidos, desde la A a la Z. Van Morrison y *Escucha al león.*»

Adquirí por fin conciencia del ruido de la radio. Reduje la marcha al pasar ante el estrecho camino de acceso a la casa de Rinn. La oscuridad creció a ambos lados..., parecía como si estuviese entrando en un túnel de tinieblas. ¿Desde la A hasta la Z? ¿Alison y Zack? *Escucha al león*, ése era el título de la canción. Un inexperto barítono resbalaba a través de palabras que yo no podía distinguir. La canción parecía carecer de toda melodía especial. Apagué la radio. Sólo quería llegar a casa. El «VW» pasó veloz ante las ruinas de la vieja escuela y, momentos después, ante la alta y pomposa fachada de la iglesia. Oía el arrítmico sonido del motor, pulsé el botón para aumentar de nuevo la intensidad del faro.

Delante de la granja de los Sunderson, la carretera describe una cerrada curva en torno a un rojo montículo de piedra arenisca, y me incliné hacia delante sobre el volante, poniendo toda mi atención en los diez centímetros cuadrados de cristal entero. El haz de luz amarilla voló sobre el maíz. Vi entonces algo que me hizo arrimar el coche a la cuneta y frenar. Salí apresuradamente y me subí al reborde existente junto al asiento para mirar por encima del coche hacia el final del campo.

No había sido un error; la esbelta figura estaba allí de nuevo, entre el campo y la negra masa del bosque.

Oí el ruido de una puerta al cerrarse detrás de mí y volví la cabeza, sobresaltado. Las luces de la casa Sunderson mostraban a un hombre corpulento que se recortaba sobre las altas hierbas de la colina. Miré de nuevo hacia el campo, y allí estaba todavía. La elección era sencilla porque no había elección en absoluto.

Salté a la carretera y eché a correr por delante del coche.

—¡Eh! —gritó un hombre.

Un instante después, pasaba por encima de la cuneta y me encontraba ya corriendo por el costado del maizal, en dirección al bosque. Quienquiera que estuviese allí me estaba observando, pensé, dejando que me acercase.

—¡Para! ¡Miles! ¡Espera!

No le hice caso. El bosque estaba a cuatrocientos metros de distancia. Casi podía oír música. A mi espalda, la voz dejó de gritar. Mientras corría hacia ella, la figura retrocedió hacia el bosque y desapareció.

— ¡Te veo! —gritó el hombre.

No me molesté en volverme: el desvanecimiento de la figura en el bosque me hizo correr más velozmente aún, más torpemente aún, olvidando la técnica que había aprendido en el aparcamiento de la Policía. El terreno era duro y seco, cubierto por un leve rastrojo, y continué corriendo sin apartar la vista del lugar en que había estado la figura. Junto a mí, el maíz era más alto que yo, una sólida masa oscura más allá de las primeras filas.

La linde de la primera fila de sembrados, desde la carretera hasta la granja situada al otro lado de la de Duane, está formada por un riachuelo, y fue esto lo que me deparó mi primera dificultad. La tierra arada y cultivada terminaba a unos dos metros y medio de ambos lados del riachuelo; cuando llegué al final del maizal, miré a mi izquierda y vi una zona de hierbas aplastadas por la que, al parecer, acostumbraba Duane a conducir el tractor hasta los campos altos. Cuando corrí allí y empecé a aproximarme al riachuelo, vi que el terreno había sido revuelto por el tractor, de tal modo que la zona entera se hallaba convertida en una fangosa ciénaga. El arroyo tenía allí uno o dos metros de anchura más que en otros puntos, ya que el agua se extendía sobre la depresión que había formado el tractor. Retrocedí a lo largo de la orilla; pájaros y ranas anunciaron su presencia, uniéndose a los ruidos de los grillos que me habían acompañado desde que abandoné la carretera. Tenía las botas cubiertas de blando barro.

Aparté con los brazos las altas y fibrosas hierbas y vi un estrechamiento del riachuelo. Dos hermosos montículos de tierra formaban un interrumpido puente sobre el agua; ambas prominencias, separadas metro y medio entre sí, estaban sostenidas por las raíces de dos de los chopos que crecían a lo largo de la orilla. Di la vuelta a uno de los árboles, esquivé el abultamiento de la raíz y salté, golpeándome la frente y la nariz contra el tronco del árbol del otro lado. Varios cuervos levantaron el vuelo en ruidosa alarma. Agarrado todavía al árbol con los dos brazos, volví la vista hacia el maizal y vi el «VW» aparcado en la carretera del valle delante de la casa de Sunderson. Una brillante luz se derramaba tanto de la casa como del coche..., había olvidado apagar el motor. Peor aún, me había dejado puesta la llave de contacto. La señora Sunjerson y Red estaban en una de las ventanas, mirando al exterior con las manos formando pantalla sobre los ojos.

Salté de la maraña de raíces y, tras cruzar trabajosamente otra zona de espesas hierbas, empecé a atravesar el sembrado siguiente.

Podía ver el lugar donde creía que la figura se había escabullido en el bosque y coroné con esfuerzo una loma en la que la alfalfa alejaba nuevamente sitio al maíz. A los pocos minutos me encontraba en el lugar donde comenzaban los árboles.

Parecían más separados, formando una masa menos homogénea de lo que había parecido desde la carretera. La luz de la luna me permitía ver por dónde iba una vez que empecé a correr por entre los árboles. Mis pies encontraban los bordes de grandes rocas y la mullida blandura del mantillo y de lechos de agujas de pino. Al adentrarme más en el bosque, la impresión de distanciamiento entre los árboles disminuyó rápidamente; quedaron a mi espalda los fantasmales pinos y abedules y me encontré avanzado entre robles y olmos, veteranos de rugosas cortezas que impedían casi por completo el paso de la luz. Acorté el paso y, luego, me detuve, oyendo un excitado crujir de hojas a mi izquierda.

Volví la cabeza a tiempo para ver un ciervo que huía en busca de refugio, levantando las ancas como una mujer al saltar de un trampolín.

Alison. Me lancé ciegamente a la derecha con movimientos diicultados por mis pesadas botas. Ella se me había aparecido, me había hecho una señal. En algún lugar, ella me estaba esperando. En algún lugar de la oscura profundidad.

Mucho tiempo después y tras haber entrado en un círculo de árboles, admití que me había perdido. No perdido definitivamente, porque la pendiente del suelo del bosque me indicaba la dirección en que estaban los campos y la carretera, pero sí lo suficiente como para no saber si había estado caminando en círculos. Y, lo que era más inquietante, después de haber caído al suelo y rodado contra una roca cubierta de líquen, había perdido la certeza de la dirección lateral. El bosque estaba demasiado oscuro para que viera las luces de alguna granja en la distancia..., de hecho, parecía no existir distancia en absoluto, excepto como una infinidad de grandes y oscuros árboles cercanos. Yo había acabado llegando a un claro, quizás unos ochocientos metros más atrás; pero tal vez hubiera sido *arriba*, no *atrás*, y era por lo menos una cierta distancia más arriba, pues yo había bajado la cuesta antes de volver a caminar derecho. En total creía haber estado buscando durante casi una hora, y los árboles que veía en derredor me parecían familiares, como si hubiera estado antes en ese mismo lugar. Era sólo el pequeño claro, ennegrecido en su centro por las frías cenizas de una fogata, lo que demostraba que había ido realmente a alguna parte y que no había estado dando vueltas y vueltas en el mismo sitio delante de los mismos árboles hasta quedar desorientado y aturdido.

Porque, realmente, parecían familiares..., el gigantesco saliente de un tronco que tenía delante había estado antes delante de mí, yo había visto una rama curvada y gruesa idéntica, me había arrodillado sobre un astillado leño idéntico. Grité el

nombre de mi prima.

En aquel momento, yo tenía una experiencia esencialmente literaria del pánico que se transformaba rápidamente en miedo, obtenida de Jack London, de Hawthorne, de Cooper, de Shakespeare, de los hermanos Grimm y de los dibujos animados de Disney. El pánico era a perderse, pero el miedo que brotaba tras él era simplemente al bosque mismo, a la gigantesca naturaleza exterior. Quiero decir que los árboles parecían habitados por una vida amenazadora. La malevolencia me rodeaba. No sólo la famosa indiferencia darwiniana de la Naturaleza, sino una verdadera hostilidad activa. Era la más primitiva percepción del mal que jamás había conocido. Yo era una frágil vida humana a punto de ser aplastada por fuerzas inmensas, por fuerzas de un mal enorme e impersonal. Alison formaba parte de esto y me había arrastrado a ello. Yo sabía que si, no me movía, las horribles manos de las ramas me apresarían y me harían pedazos sobre el musgo. Moriría como habían muerto las dos chicas. Los líquenes me llenarían la boca. ¡Qué necios habíamos sido al dar por supuesto que unos simples seres humanos habían matado a las chicas!

Fue el terror lo que finalmente me liberó de este helado encuentro con el espíritu, y corrí ciegamente, precipitadamente, en cualquier dirección que podía encontrar, y dominado por un miedo mucho mayor que el que había experimentado cuando huía de los matones de Arden. Ramas bajas me golpeaban en el estómago y me hacían caer, resbalaban las piedras bajo mis pies, pequeñas ramitas se me enganchaban en los pantalones. Algunas hojas me susurraban a la altura de los ojos. Yo corría simplemente, contento de correr, y el corazón me daba saltos en el pecho y mis pulmones pugnaban por tomar aire.

Caí muchas veces. La última, atisé por entre las enredaderas, las ortigas y vi que la malevolencia había desaparecido; el dios se había marchado; la luz humana estaba penetrando en la vegetación, la luz que representa nuestra victoria sobre la sinrazón, y forma mi dolorido cuerpo a adoptar una postura agachada para ver de dónde procedía la luz. Notaba en el bolsillo la carta de Alison. Mi personalidad empezó a recomponerse. La luz artificial es un poema a la racionalidad, la bombilla ahuyenta a los demonios, habla en estrofas rimadas, y mi cuerpo se estremeció de alivio, como si hubiera ido a parar a los majestuosos jardines de Versalles.

Hasta recuperé mi estado de ánimo normal, y me arrepentí de mi momentánea creencia en una traición. Era una traición a Alison y una traición al espíritu. Yo me había sentido espantado, y espantado además por la literatura.

Mientras este sentimiento de culpabilidad característicamente mío se apoderaba de mí, vi finalmente dónde estaba y reconocí la casa desde la que se derramaba la luz. Sin embargo, mi cuerpo seguía temblando de alivio cuando me incorporé y caminé por entre los domesticados robles.

Ella apareció en el porche. Las mangas de una masculina chaqueta de mezclilla colgaban bajo las puntas de sus dedos. Llevaba todavía las botas altas de goma.

—¿Quién anda ahí? ¿Miles? ¿Eres tú?

—Sí —respondí—. Me he perdido.

—¿Estás solo?

—Siempre me preguntas eso.

—Pero yo os he oído a dos.

Me la quedé mirando.

—Entra, Miles, y te prepararé un café.

Cuando subí al porche, ella me escrutó con su ojo sano.

—¡Estás en un estado terrible, Miles! Te encuentras todo lleno de barro. Y tienes desgarrada la ropa. —Bajó la vista—. Y tendrás que quitarte esas botas antes de entrar en mi cocina.

Me quité suavemente las embarradas botas. Notaba numerosos y pequeños dolores e irritaciones en la cara y las manos, y algo me había golpeado en la pierna en el mismo lugar que cuando acompañé a la silla escaleras abajo del sótano.

—¡Pero si estás cojeando, Miles! ¿Qué hacías ahí fuera de noche?

Me senté cuidadosamente en una silla, y ella me puso delante una taza.

—Tía Rinn, ¿estás segura de haber oído a alguien más en el bosque? ¿A alguien además de mí?

—Probablemente era una de las gallinas. Salen y meten un ruido terrible.

Estaba sentada frente a mí, al otro lado de la vieja mesa de madera, y sus largos cabellos blancos le caían sobre los hombros de la gris chaqueta de mezclilla. El vapor de las tazas se elevaba en rizadas ondas entre nosotros. —Deja que te cure la cara.

—No te molestes —dije, pero ella se había puesto ya en pie y estaba junto a la fregadera, humedeciendo un trapo. Luego, cogió de un estante un bote tapado y volvió hacia mí. El paño me produjo en los pómulos una sensación calmante y refrescante.

—No me agrada decirte esto, Miles, pero creo que debes marcharte del valle. Tuviste problemas cuando viniste aquí por primera vez, y ahora tienes más todavía. Si vas a insistir en quedarte, quiero que dejes la casa de Jessie y vengas a alojarte aquí.

—No puedo.

Introdujo los dedos en el bote y me aplicó sobre las heridas un espeso ungüento verde que me hizo sentir palpitaciones en la cara. Percibí un fragante olor a bosque.

—Esto es sólo un ungüento de hierbas para tus heridas, Miles. ¿Qué estabas haciendo ahí afuera?

—Buscar a alguien.

—¿Buscando a alguien en el bosque, de noche?

—Sí, alguien me rompió casi todos los cristales del coche y me pareció verle correr en esta dirección.

—¿Por qué temblabas?

—No estoy acostumbrado a correr.

Sus dedos continuaban aplicándome en la cara el ungüento verde.

—Yo puedo protegerte, Miles.

—No necesito protección.

—Entonces, ¿por qué estabas tan asustado?

—Era sólo en el bosque. La oscuridad.

—A veces es bueno temer a la oscuridad —Me miró ferozmente—. Pero nunca es bueno mentirme, Miles. No estabas buscando a un vándalo ¿verdad?

Yo era consciente de los árboles que se inclinaban sobre la casa, de la oscuridad que se espesaba fuera de su círculo de luz.

Ella dijo:

—Debes recoger tus cosas y marcharte. Vente aquí o vuelve a Nueva York. Ve a Florida con tu padre.

—No puedo.

Aquel fuerte olor pendía sobre mi rostro.

—Serás destruido. Por lo menos debes venir a alojarte aquí conmigo.

—Tía Rinn —dije. Había empezado a temblarme de nuevo todo el cuerpo—. Algunas personas creen que yo he matado a esas chicas..., por eso es por lo que atacaron a mi coche. ¿Qué podrías hacer tú contra ellos?

—Nunca vendrán aquí. Nunca subirán por mi camino.

Recordé cómo me aterrorizaba de niño, con aquella expresión en el rostro y frases como aquélla en la boca

—Sólo son gente de ciudad. No tienen nada que ver con el valle.

La pequeña cocina parecía intolerablemente calurosa, y vi que la estufa de leña estaba encendida y ardía con crepitantes llamas.

—Quiero decirte la verdad. Sentía que había algo monstruoso ahí afuera —dije—, algo puramente hostil, y por eso es por lo que estaba asustado. Supongo que era la presencia del mal lo que sentía. Pero todo era salido de los libros. Varios matones me persiguieron por Arden, y luego *Oso Polar* me sermonó, como diría él. Conozco la literatura acerca de todo esto. Conozco todo lo de los puritanos en el desierto, y me alcanzó a mí. He estado reprimido, y no soy yo mismo.

—¿Qué estás esperando, Miles? —preguntó, y comprendí que ya no podía continuar con más evasivas.

—Estoy esperando a Alison —dije—. Alison Greening. Pensé que era ella a quien vi desde la carretera, y me interné en el bosque para encontrarla. La he visto tres veces.

—Miles... —empezó ella, con expresión de enfado.

—Ya no estoy trabajando en mi tesis, eso es algo que me trae ni cuidado. Voy sintiendo cada vez con más intensidad que todo eso es muerte para el espíritu, y he estado recibiendo señales de que Alison vendrá pronto.

—Miles...

—Esta es una de ellas —dije, y saqué del bolsillo el arrugado sobre—. Hovre piensa que me lo envié yo mismo, pero lo envió ella, ¿verdad? Por eso es por lo que

la letra se parece a la mía.

Iba ella a hablar de nuevo, pero yo levanté la mano.

—Ella nunca te agradó, nunca agradó a nadie, pero los dos éramos muy parecidos. Éramos casi la misma persona. Yo no he amado jamás a ninguna otra mujer.

—Ella era tu cepo. Era una trampa esperando que tú entraras en ella.

—Entonces, lo sigue siendo, pero no lo creo.

—Miles...

—Tía Rinn, en 1955 prometimos reunimos aquí, en el valle, y fijamos una fecha. Es dentro de unas semanas. Ella va a venir, y yo voy a reunirme con ella.

—Miles —dijo tía Rinn—, tu prima está muerta. Murió hace veinte años, y tú la mataste.

—Yo no creo eso —respondí.

TERCERA PARTE

I

—Miles —dijo—, tu prima murió en 1955, mientras nadábais los dos en la vieja presa de Pohlson. Murió ahogada.

—Se ahogó ella sola —dije—. Yo no la maté. No podría haberla matado. Significaba para mí más que mi propia vida. Habría preferido morir yo. Aquello fue el fin de mi vida.

—Tal vez la mataras por accidente..., tal vez no supieras lo que estabas haciendo. No soy más que una vieja campesina, pero te conozco. Te amo. Siempre has tenido problemas. Tu prima también los tenía, pero los suyos no eran inocentes como los tuyos. Ella eligió el sendero pedregoso, ella deseaba confusión y mal, y tú nunca cometiste ese pecado.

—No sé de qué estás hablando. Sé que ella era más complicada que yo, pero eso formaba parte de su belleza. Para mí, al menos. Nadie más la comprendía. Y yo no la maté, ni accidentalmente ni de otra manera.

—Sólo vosotros dos estabais allí.

—Eso no es seguro.

—¿Viste a alguna otra persona aquella noche?

—No lo sé. Tal vez sí. Creí verla en varias ocasiones. Alguien me golpeó hasta hacerme perder el conocimiento.

—Fue Alison con sus forcejeos. Casi te lleva al fondo con ella.

—Ojalá lo hubiera hecho. No he tenido vida desde entonces.

—No una vida plena. No una vida satisfecha. Por culpa de ella.

—*¡Basta!* —grité.

El calor de la cocina se iba espesando en torno a mí y parecía aumentar a cada palabra. El ungüento de mi cara empezaba a producirme una sensación ardiente. Mi grito la había asustado; parecía más pálida y más pequeña dentro de todas aquellas arrugas y de la floja chaqueta de hombre. Sorbió lentamente su café, y sentí un inmenso y triste remordimiento.

—Lo siento. Siento haber gritado. Si me quieres, debe de ser como amarías a un pájaro herido. Estoy en una situación terrible, tía Rinn.

—Lo sé —dijo ella, con voz tranquila—. Por eso es por lo que tengo que protegerte. Por eso es por lo que tienes que abandonar el valle. Es demasiado tarde ya para ninguna otra cosa.

—Porque Alison va a volver, quieres decir. Porque está volviendo.

—Si está volviendo, entonces no hay nada que hacer. Es demasiado tarde para todo. Ejerce sobre ti un influjo demasiado fuerte para que yo pueda liberarte.

—Gracias a Dios. Ella significa libertad para mí. Ella significa vida.

—No. Significa muerte. Significa lo que tú has sentido ahí afuera esta noche.

—Eso eran nervios.

—Eso era *Alison*. Quiere reclamarte.

—Me reclamó hace años.

—Miles, te estás sometiendo a fuerzas que no comprendes. Yo tampoco las comprendo, pero las respeto. Y las temo. ¿Has pensado en qué pasará cuando ella vuelva?

—Lo que pase no importa. Ella estará de nuevo en este mundo. Ella sabe que yo no la maté.

—Quizás es eso lo que no importa. O quizás importa menos de lo que tú crees. Háblame de aquella noche, Miles.

Incliné la cabeza hasta casi tocar el pecho con la barbilla.

—¿De qué serviría?

—Entonces te lo diré yo. Esto es lo que la gente de Arden recuerda acerca de ti, Miles. Recuerdan que fuiste sospechoso de asesinato. Ya tenías mala reputación..., eras conocido como ladrón, como un muchacho turbulento y desordenado que no controlaba sus sentimientos. Tu prima era..., no sé cuál es la palabra adecuada. Una bromista sexual. Era depravada. Horrorizaba a la gente del valle. Era calculadora y tenía poder..., cuando ella no era todavía más que una niña me di cuenta de que era una persona destructiva. Odiaba la vida. Odiaba todo lo que no fuera ella misma.

—Nunca —dije.

—Y los dos os fuisteis a la presa a bañaros, sin duda después de que Alison engañara a vuestras madres. Ella te estaba haciendo caer más profundamente en la trampa. Entre dos personas puede existir una especie de profunda relación, Miles, una especie de voz entre ellas, una llamada, y si la persona dominante es depravada, la relación es insana y depravada.

—Déjate de preámbulos —dije—. Sigue con lo que quieras decir.

Yo deseaba salir de la excesivamente caldeada cocina; deseaba atrincherarme en la vieja granja Updahl.

—Está bien. —Su rostro tenía una expresión dura y gélida—. Alguien que pasaba por la carretera de Arden oyó gritos procedentes de la presa y llamó a la Policía. Cuando el viejo Walter Hovre llegó allí, te encontró inconsciente sobre la cornisa rocosa. Te sangraba la cara. Alison estaba muerta. Apenas si pudo ver su cuerpo, atrapado en un saliente rocoso bajo el agua. Los dos estabais desnudos. Ella había sido..., había sido violada. —Empezó a enrojecer—. La conclusión era evidente.

—¿Qué crees que sucedió?

—Yo creo que ella te sedujo y murió accidentalmente. Que murió por tu mano, pero que no fue un asesinato. —Su rubor se había acentuado ahora: el efecto resultaba extraño, como si se hubiera dado carmín en las mejillas—. Nunca he conocido el amor físico, Miles, pero imagino que se trata de algo muy turbulento.

Levantó la barbilla y me miró fijamente a los ojos.

—Eso es lo que pensaba todo el mundo. No había que formular acusación

formal contra ti..., de hecho, muchas mujeres de Arden pensaban que tu prima había recibido lo que se merecía. El instructor, que entonces era Walter Hovre, dijo que se trataba de una muerte accidental. Era un hombre bueno, y había tenido sus problemas con su propio hijo. No quería echar a perder tu vida. Ayudó el hecho de que fueses un Updahl. La gente de por aquí siempre ha tenido en mucha estima a tu familia.

—Dime sólo una cosa —exclamé—. Cuando todo el mundo estaba condenándome en silencio, al tiempo que se me dejaba hipócritamente en libertad, ¿no se preguntó nadie quién había hecho aquella llamada telefónica?

—El hombre no dio su nombre. Dijo que estaba asustado.

—¿Crees realmente que unos gritos lanzados en la presa se pueden oír desde la carretera?

—Claro que sí. Y en estos tiempos, Miles, la gente recuerda tu vieja historia.

—Al diablo —dije—. ¿Crees que no lo sé? Hasta la hija de

Duane ha empezado a oír rumores sobre eso. Y también el chiflado de su amigo. Pero yo estoy ligado a mi pasado. Ésa es la razón de que esté aquí. De lo otro, soy inocente. Mi inocencia tiene que salir a la luz.

—Espero de todo corazón que así sea —dijo ella. Yo podía oír al viento haciendo sonar las ramas y las hojas en el exterior, y me sentía como un personaje de otro siglo..., un personaje de cuento de hadas refugiado en una casa de pan de jengibre—. Pero eso no es suficiente para salvarte ahora.

—Yo sé qué es mi salvación.

—La salvación es el trabajo.

—Esa es una buena teoría noruega.

—Bien, pues trabaja. ¡Escribe! ¡Ayuda en los campos!

Sonreí ante la idea de Duane y yo segando hierba codo a codo.

—Creía que me estabas aconsejando que me fuera del Estado. En realidad, *Oso Polar* no me dejaría marchar. Y yo tampoco querría, de todas formas.

Me dirigió una mirada que reconocí como de desesperanza. Dije:

—No renunciaré al pasado. Tú no comprendes, tía Rinn. —Me sorprendí a mí mismo bostezando al final de esta frase.

—Pobre muchacho cansado.

—Estoy cansado —admití.

—Duerme aquí esta noche, Miles. Rezaré por ti.

—No —dije automáticamente—, no, gracias. —Y pensé luego en la larga caminata de regreso al coche. Para entonces, las baterías se habrían agotado ya probablemente, y tendría que hacer andando todo el camino hasta la granja.

—Puedes marcharte tan temprano como quieras. No le molestarás a una viejecita como yo.

—Quizás un par de horas —dije, y bostecé de nuevo. Esta vez logré taparme la boca con la mano por lo menos a la mitad del espasmo—. Eres demasiado buena

conmigo.

La vi dirigirse afanosamente a la habitación contigua; al cabo de un momento, salió con una brazada de sábanas y el mullido bulto de un edredón de confección casera.

—Vamos, jovenzuelo —ordenó, y la seguí al salón.

Colocamos juntos las sábanas sobre el estrecho sofá. El salón era sólo algo más frío que la cocina, pero le ayudé a extender el edredón sobre la sábana superior.

—Yo te diría que ocupases la cama, Miles, pero ningún hombre ha dormido jamás en mi cama, y es ya demasiado tarde para cambiar mis costumbres. Pero espero que no me consideres inhospitalaria.

—Inhospitalaria, no —dije—. Sólo testaruda.

—No bromeaba con lo de rezar. ¿Decías que la has visto?

—Tres veces. Estoy seguro. Ella va a volver, tía Rinn.

—Una cosa segura voy a decirte. Yo no viviré para verlo.

—¿Por qué?

—Porque ella no me dejará.

Para una solitaria anciana próxima a los noventa años, Rinn era una experta en decir la última palabra. Se dio la vuelta, apagó las luces de la cocina y cerró a su espalda la puerta de su dormitorio. Oí roce de telas mientras se desvestía. El immaculado y diminuto salón parecía lleno del olor a humo de leña, pero debía de proceder de la vieja estufa de la cocina. Rinn empezó a murmurar por lo bajo.

Me quité los pantalones y la camisa, me senté para despojarme de los calcetines, oyendo todavía su cascada voz latir rítmicamente como una máquina a punto de pararse, y me tendí entre las rígidas sábanas. Mis manos encontraron un parche tras otro, y comprendí que habían sido remendadas muchas veces. A los pocos segundos, con el acompañamiento de la áspera música de su voz, me sumí en el primer sueño ininterrumpido y pacífico que había tenido desde que salí de Nueva York.

Varias horas después, me despené al oír dos ruidos distintos. Uno era lo que parecía un increíble repiqueteo de hojas encima de mí, como si el bosque hubiera avanzado hacia la casa y hubiera empezado a atacarla. El segundo resultaba más turbador aún. Era la voz de Rinn, y al principio pensé que su rezo se había convertido en una actividad maratoniana. Cuando capté su lento e insistente ritmo, me di cuenta de que estaba diciendo algo en sueños. Una sola palabra, repetida. El sibilante estruendo de los árboles sobre la casa ahogaba la palabra, y yo permanecí tendido en la oscuridad, con los ojos abiertos, escuchando. El olor a humo de leña pendía inmóvil en el aire. Cuando oí lo que Rinn estaba diciendo, retiré la sábana y busqué a tientas los calcetines. Ella estaba pronunciando una y otra vez en su sueño el nombre de mi abuela.

—*Jessie. Jessie.*

Eso era demasiado para mí. No podía soportar oír, mezclada con el estruendo del bosque, la evidencia *de* lo mucho que yo había turbado a la única persona del valle que quería ayudarme. Me vestí apresuradamente y entré en la cocina. Los dorsos de las hojas, venosos y blancos, se apretaban como manos contra la ventana trasera. De hecho, como la mano carnosa de uno de mis frustrados asaltantes de Arden. Encendí una pequeña lámpara. La voz de Rinn continuaba desgranando ásperamente la invocación a su hermana. El fuego de la estufa se había extinguido hasta convertirse en un resplandeciente imperio de cenizas, me salpiqué de agua la cara y sentí la capa del ungüento de hierbas de Rinn. No se levantaba: mis dedos resbalaban simplemente sobre ella como sobre los parches de la sábanas. Introduje una uña bajo el borde de una de las costrosas capas y la despegué como una ventosa. Una fina escama oscura cayó en la fregadera. Fui quitándome el resto de las costras hasta que cubrieron el fondo de la fregadera. Un espejo de afeitarse colgaba de un clavo junto a la puerta, y doblé las rodillas para mirarme en él. Mi blando rostro me devolvió la mirada, salpicado de manchitas rosadas en la frente y las mejillas, pero sin ninguna marca aparte de eso.

Dentro de un escritorio de puerta enrollable, abarrotado con las cuentas de su negocio de huevos, encontré un lápiz y un papel y escribí: *Algún día comprenderás que tengo razón. Volveré pronto para comprar algunos huevos. Gracias por todo. Besos, Miles.*

Salí a la susurrante noche. Mis embarradas botas pisaban las nudosas raíces de árboles que asomaban a través de la tierra. Pasé ante el alto edificio lleno de gallinas dormidas. Poco después, había salido ya de debajo del tupido techo de ramas y se desplegaba ante mí la estrecha carretera. Cuando crucé el riachuelo, volví a oír el croar de ranas que anunciaban su territorio. Caminaba rápidamente, resistiendo el impulso de mirar hacia atrás. Sentía como si algo o alguien me estuviera observando, era sólo la única estrella que brillaba en el cielo, Venus, enviándome una luz vieja ya de millares de años.

Sólo cuando la brisa lo hubo disipado sobre los largos campos de maíz y alfalfa, advertí que el olor a humo de leña había permanecido conmigo hasta que cubrí la mitad de mi recorrido y salí de los terrenos de Rinn.

Venus, ilumina mi camino con luz muerta hace tiempo.

Abuela, Rinn, bendícime las dos.

Alison, ven y deja que te vea.

Cero lo que veía mientras bajaba por el camino del valle era solo el «Volkswagen», que parecía su propio cadáver, que semejaba algo visto en un montón de herrumbrosas carrocerías desde la ventanilla de un tren. Era una deformada figura a la débil luz de las estrellas, tan patética y siniestra como la casa soñada de Duane, y mientras avanzaba hacia él vi la destrozada ventanilla trasera y las abolladuras de la carrocería. Me di cuenta finalmente de que Las luces estaban apagadas; se había agotado la batería.

Solté un gemido, abrí la portezuela y me dejé caer en el asiento. Me pasé las

manos por las sonrosadas manchas de la cara, que estaban empezando a picarme.

—Maldita sea —exclamé, pensando en la dificultad de conseguir que viniera desde Arden un camión-remolque. Lleno de frustración, di con la mano un leve golpe sobre el claxon. Vi entonces que había desaparecido la llave de contacto.

—¿Para qué es eso? —preguntó un hombre que bajaba por la empinada cuesta que descendía de la casa de Sunderson.

Cuando cruzó la carretera vi que tenía un vientre prominente y una cara aplastada y de expresión grave. Su gruesa y redondeada nariz delataba su relación familiar con Tuta Sunderson. Como el pelo de la mayoría de los hombres llamados «Red», el suyo tenía un color anaranjado y polvoriento. Cruzó la carretera y apoyó una mano enorme sobre la abierta portezuela.

—¿Para qué tocas el claxon?

—Por pura alegría. Por pura y radiante felicidad. Se me ha gastado la batería, así que el coche no puede moverse, y la maldita llave ha desaparecido, yendo probablemente a parar a algún lugar de esa cuneta. Y tal vez te hayas fijado en que unos cuantos caballeros de Arden decidieron trabajar sobre el coche esta tarde. Así que por eso es por lo que estoy tocando el claxon.

Levanté la vista hacia su rostro, y me pareció ver una leve chispita de regocijo.

—¿No me oíste llamarte antes? ¿Cuando saltaste de este cacharro y echaste a correr hacia el bosque?

—Claro que sí —respondí—. No tenía tiempo que perder.

—Bien, he estado esperando en el porche a verte volver. Incluso he echado una cabezadita..., no creía que tardaras tanto. Pero, por si acaso, cogí la llave de tu cacharro. Y apagué las luces para ahorrar tu batería.

—Gracias. Gracias de veras. Pero dame las llaves. Y luego podemos irnos los dos a la cama.

—Espera. ¿Qué estabas haciendo allí? ¿O estabas sólo huyendo de mí? Desde luego, corrías como una liebre. ¿Qué estabas tratando de conseguir, Miles?

—No sabría decirte, Red. La verdad es que no creo que estuviese tratando de conseguir nada.

—Aja. —El regocijo se tornó más ácido—. Según mi madre, has estado haciendo cosas bastante extrañas en la granja Updahl. Dice que la chica de Duane ha estado rondando por allí más de lo que debiera. Especialmente teniendo en cuenta el problema que últimamente tenemos aquí. Se te da bien el hacer daño a las chicas, ¿verdad, Miles?

—No. Y nunca lo he hecho. Deja de hacerme perder el tiempo y dame las llaves.

—¿Qué es lo que hay en el bosque para que hayas ido allí?

—Está bien, Red —respondí—. Te diré la verdad. Estaba visitando a Rinn. Puedes preguntárselo tú mismo. Allí es donde estaba.

—Supongo que tú y esa vieja bruja estáis tramando algo.

—Puedes suponer lo que te dé la gana. Deja que me vaya a casa.

—Esto no es tu casa, Miles. Pero supongo que puedes volver a la de Duane. Toma tus llaves para esa basura que conduces.

Me las tendió, alargando hacia mí un grueso dedo introducido en el anillo del llavero, de tal modo que llaves y llavero parecían empequeñecidos, como juguetes. Era un gesto oscuramente obsceno.

Fragmento de la declaración de Leroy («Red») Sunderson:

16 de julio

No me gustaba nada que madre tuviera que estar trabajando en la misma casa que ese Miles Teagarden... Le diré una cosa: en el lugar de Duane, yo no habría dejado que mi hija anduviese por ahí con un hombre de esa reputación. Y algunos dicen que aprendió. Yo lo que habría hecho primero de todo, habría sido largarle una buena descarga de perdigones. Así que pensé, vamos a ver lo que tenemos aquí, y empecé a bajar por el camino para hablar con él en cuanto vi que su coche comenzaba a disminuir la marcha delante de nuestra casa. Bueno, pues va Miles y salta de su coche y mira a lo lejos como si estuviese viendo cosas y echa luego a correr como un loco. Yo le grité, pero siguió corriendo.

Bueno, pues hay dos formas de ver eso. O tenía una prisa de todos los diablos por descubrir algo en ese bosque, o estaba huyendo de mí. Yo diría que las dos cosas. Le aseguro que estaba mortalmente asustado cuando volvió. Y eso significa con toda seguridad que estaba planeando lo que iba a suceder en ese bosque..., ¿comprende?

Yo me dije a mí mismo: Red, espérala. Volverá. Bajé y apagué las luces de ese cacharro suyo. Luego le esperé. Madre y yo estuvimos un rato mirando a ver si venía, y luego ella se fue a la cama y yo me quedé en el porche. Tenía sus llaves, así que sabía que no iba a ir a ninguna parte sin mí.

Bien, pues al cabo de mucho tiempo, vuelve. Andando con pasos ligeros y sueltos, como un negro de ciudad. Cuando me acerqué a él estaba manipulando en el coche, soltando juramentos y tocando la bocina. Entonces le vi la cara. Parecía completamente quemada, con grandes manchas rojas por todas partes. Igual que Osear Johnstad cuando tuvo aquella intoxicación de alcohol hace unos años. Quizás alguien le había arañado.

Le dije: Bueno, Miles, ¿qué infiernos has estado haciendo?

He estado haciéndome feliz, dice.

¿En el bosque?, dije.

Sí, dice, he ido allá a hacerme feliz. He estado viendo a Rinn.

¿Cómo sabemos qué tramaban esos dos? Hay cosas muy extrañas con esos viejos noruegos de estos valles..., yo mismo soy noruego, y no diré una palabra contra ellos, pero algunos de esos viejos se dedican a las más extrañas locuras. Y esa Rinn ha estado loca de remate toda su vida. Ya lo creo que sí. Ella era casi el único amigo que Miles tenía por aquí. ¿Se acuerda usted del viejo Ole, el de Four Forks? Bien, pues estaba emparentado con la

mitad de los habitantes del valle, incluido yo mismo, y cuando empezó a volverse loco ató a aquella hija tonta que tenía a una viga del desván y empezó a utilizar a su otra hija como esposa. Los domingos, se quedaba en la parte de atrás de la iglesia con el aire de un irritado emisario de Dios que hubiera acabado cayendo en las cercanías de Arden. Eso era hace veinte o treinta años, pero siguieron ocurriendo cosas extrañas. Yo nunca confié en Rinn. Ella podía lanzar contra uno las fuerzas del mal. Dicen algunos que Osear johnstad empezó a darse a la bebida porque ella le echó mal de ojo a una ternera suya y él temía ser el siguiente.

La otra cosa que da que pensar es en lo de Paul Kant. Poco después de esto, no más de un par de días después, es cuando vio a Paul. Y luego intentó suicidarse, ¿no?

Yo creo que quería largarse y rápido..., quizás Rinn le dijo que lo hiciera, loca como estaba. Quizá lo hizo también el pequeño Paul. Bien, si no lo hizo seguro que se arrepintió después. Quiero decir que, fuera lo que fuese lo que Paul Kant hizo para lograr ser feliz, no se fue de noche al bosque del valle para ello.

Yo me siento afectado por todo esto, ¿sabe'? Yo encontré a aquella pobre chica Strand y hablé con ustedes un par de horas aquel día. Y cuando la vi estuve a punto de vomitar... comprendí que nada normal había actuado sobre aquella chica. Su cuerpo estaba casi partido en dos. Bueno, usted estuvo allí. Usted lo vio.

Así que después de averiguar lo que sucedió después, recibí una llamada de uno de los muchachos que frecuenta el «Angler's» acerca de la idea del coche, y yo le dije adelante, te daré toda la ayuda que quieras. Empiézalos y yo te ayudaré.

Para cuando llegué al camino de acceso a mi casa, la cara me había empezado a arder y a picar; me lloraban los ojos y dejé el coche justo más allá de los nogales y eché a andar diagonalmente a través del césped apretándome contra la cara la palma de mi mano no vendada. Resultaba tan fresca y calmante como el agua. Me ardía la cara. El aire nocturno parecía salir de un horno y estar compuesto por un millón de punzantes agujas. Yo caminaba despacio para que el cálido y gelatinoso aire no me raspase la cara.

Cuando me aproximaba a la casa se encendieron de pronto todas las luces.

Parecía un barco de placer sobre aguas oscuras, pero me hizo sentir frío. Retiré la mano de la cara y caminé lentamente hacia la puerta del porche. La yegua que estaba en el campo situado a mi izquierda empezó a relinchar y a encabritarse.

Esperaba casi recibir una sacudida del picaporte de metal. Casi deseaba estar de nuevo en aquel lecho de mantillo, bajo aquellos árboles gigantescos y oscuros.

Crucé el porche, sin oír ningún ruido en el interior de la casa. A través de la redecilla de la puerta, vi por el rabillo del ojo a la yegua que se movía de un lado a otro, dispersando las desconcertadas vacas. Luego, abrí la puerta del cuarto de estar y miré dentro..., vacío. Vacío y frío. Los viejos muebles permanecían desordenadamente en la estancia, sugiriendo un orden perfecto todavía no determinado. Todas las luces, controladas por un único interruptor situado junto al

marco de la puerta, estaban encendidas. Pulsé el interruptor, consciente de que la yegua había dejado de relinchar. Las luces se apagaron y, luego, se encendieron, funcionando normalmente al parecer.

En la cocina, la bombilla que colgaba del techo con su pantalla iluminaba la evidencia del trabajo de Tuta Sunderson: la bandeja de comida fría había sido retirada de la mesa, los platos lavados y guardados. Cuando accioné el interruptor de la luz, funcionó también de la forma acostumbrada.

La única explicación era que se había producido alguna avería en los circuitos. En el momento en que pensé en esta posibilidad me di cuenta de que algo —algo importante— estaba fuera de lugar en el cuarto de estar. Y de que mi cara estaba reaccionando todavía dolorosamente al contacto con el aire. Volví a la cocina, abrí los grifos de la fregadera y me eché agua en la frente y las mejillas. La febril sensación de escozor empezó a disminuir. El único jabón a mi alcance era líquido para lavar platos. Eché una buena cantidad en la palma de mi mano derecha y me lo apliqué en la cara. Fue como un bálsamo. El escozor desapareció. Me enjuagué con cuidado la cara; sentía la piel tensa, estirada como un lienzo en su marco.

Esta transformación, aunque temporal, pareció hacerme también más sagaz, pues cuando volví al cuarto de estar vi lo que había causado mi anterior sensación de que algo faltaba en la estancia. La fotografía de Alison y yo, la foto crucial, no colgaba ya del clavo sobre la puerta que daba a la escalera. Alguien la había quitado. Paseé la vista por las paredes. Ninguna otra cosa había cambiado. Era un atropello inconcebible, una violación de mi espacio privado. Me precipité al antiguo dormitorio.

Evidentemente, Tuta S. había estado trabajando. El desordenado montón que yo había dejado en el suelo había sido vuelto a guardar en el cofre, y las astillas de madera arrancadas de la tapa yacían junto a él como gigantescos palillos de dientes. Me arrodillé junto al cofre y levanté la tapa para encontrarme con el agrio semblante de Duane que me miraba ceñudo. Bajé suavemente la tapa. La caja de Pandora.

A menos que hubiese sido robada, solamente había un lugar donde podía estar la fotografía, y fue allí donde la encontré..., de hecho, ya mientras subía la estrecha escalera sabía dónde la encontraría. Apoyada entre la mesa y la pared, junto a la anterior fotografía de Alison.

Y comprendí —si es que puede decirse que se comprende lo incomprensible— quién la había puesto allí.

Siguiendo lo que parecía ser una regla general respecto a las noches pasadas en la vieja granja Updahl, mi descanso nocturno fue interrumpido por una sucesión de turbadores sueños, pero todo lo que pude recordar de ellos cuando desperté —demasiado tarde, observé, para presenciar la despedida de los amantes en la carretera y la atlética y cómica entrada de Alison por la ventana— era que me habían

hecho despertar varias veces durante la noche. Si uno no puede recordarlas, las pesadillas pierden todo su poder. Yo estaba más hambriento de lo que recordaba haber estado jamás, otra señal de renovada buena salud.

Me sentía tan seguro de que era Alison Greening quien había cambiado de sitio la fotografía como si ella misma hubiera dejado una nota diciéndomelo, y la información de que había influido a otra mano para que lo hiciese en su lugar no alteró mi convicción.

—No le importará que haya cambiado de sitio esa foto, ¿verdad? —dijo Mrs. Sunderson cuando bajé a desayunar—. He pensado que, como tenía la otra arriba, tal vez quisiera tener juntas las dos. No he tocado nada de ese cuarto de trabajo suyo, sólo he puesto la foto sobre la mesa.

La miré sorprendido. Ella estaba maniobrando con una sartén. Saltaron unas gotas de aceite y brotó una pequeña llamarada. Su rostro tenía una expresión de hosca obstinación.

—¿Por qué lo hizo?

—Por la otra foto, ya se lo he dicho.

Estaba mintiendo. Había sido agente de Alison; estaba claro también que le había desagradado tener aquella fotografía a la vista.

—¿Qué pensaba de mi prima? ¿Se acuerda de ella?

—No, prácticamente no.

—¿No quiere hablar de ella?

—No. Lo pasado, pasado.

—En cierto sentido —dije, y me eché a reír—. Sólo en cierto modo, mi querida Mrs. Sunderson.

El «mi querida» le hizo volver hacia mí unos ojos como platos, sumió de nuevo en reflexivo y desconcertado silencio mientras seguía ocupándose de la sartén.

¿Por qué ha roto esa foto de la hija de Duane? La vi cuando ordenaba las cosas en el dormitorio delantero.

—No sé de qué está hablando —dije, y, luego, añadí—: Oh, ya me acuerdo. Realmente no sabía lo que era. Fue un gesto casual. Un reflejo.

Eso dirían algunos —declaró con gravedad mientras me traía los huevos fritos—. Quizás algunos dirían lo mismo respecto a ese coche suyo.

Sentía todavía el sabor de aquellos huevos dos horas más tarde, mientras estaba en pie sobre el asfalto de la estación de servicio de Alden, junto a un joven que llevaba el nombre *Hank* estampado en su mono de trabajo y le oía gemir acerca del estado del «VW».

—Menudo desastre —dijo—. Espero que lo tenga asegurado. En primer lugar, estamos últimamente sin nadie que le pueda negar esas abolladuras. Y todas éstas son piezas extranjeras. Este Histal, y ese faro, y el tapacubos que falta. Puede que

tardemos mucho en recibirlas. Va a costar mucho dinero.

—No tiene que traerlas desde Alemania —señalé—. Seguramente habrá una agencia «VW» por aquí, en alguna parte.

—Es posible —asintió de mala gana el joven—. He oído hablar de una en alguna parte, pero no puedo recordar dónde. Y tenemos un trabajo enorme. No podemos dar abasto.

Paseé la vista por la desierta estación de servicio.

—No puede usted verlo todo —dijo defensivamente Hank.

—No puedo ver nada. —Estaba pensando en que debía de ser aquella la gasolinera en que había trabajado el amante polaco de la novia de Duane—. Quizás esto te ayude a hacerme un hueco en tu programa de trabajo.

Saqué del bolsillo un billete de diez dólares y se lo metí en la mano.

—¿Vive usted aquí, señor?

—¿Tú qué crees? —Se limitó a mirarme fríamente—. Soy un visitante. He tenido un accidente. Mira, olvídate de las abolladuras, no son demasiado importantes, y repara sólo los cristales y los faros. Y échale un vistazo al motor, a ver si necesita algo. Ha estado cometiendo excesos.

—Muy bien. Necesito un nombre para la nota.

—Greening —dije—. Miles Greening.

—¿Ese judío?

El muchacho se separó de mala gana de uno de los coches que el garaje tenía para prestar a los clientes, un «Nash» de 1957 que parecía una camioneta al conducirlo; en Arden, tomé la precaución de aparcar en una calle lateral en una zona en la que las casas parecían ser al menos moderadamente prósperas.

Hora y media después, le estaba escuchando a Paul Kant decirme:

—Nos estás metiendo a los dos en un lío al venir aquí, Miles. Traté de advertírtelo. Deberías haberme hecho caso. Aprecio tu amistad, pero sólo hay dos personas que las buenas gentes de aquí consideran capaces de haber cometido esos crímenes, y aquí estamos los dos juntos. Si no estás asustado, deberías estarlo. Porque yo estoy aterrorizado. Si ocurre alguna otra cosa a una niña quiero decir, creo que soy hombre muerto. Anoche la emprendieron contra mi coche con palos de béisbol, sólo para que supiera que están vigilando.

—Y también contra el mío —dije—. Y les vi actuar con el tuyo, pero no sabía de quién era.

—De modo que aquí estamos, esperando que caiga el otro zapato. ¿Por qué no te largas mientras tienes todavía la oportunidad?

—No puedo, por varias razones. Una de ellas es que *Oso Polar* me ha pedido que me quede hasta que todo haya terminado.

—¿Por el asunto de Alison Greening?

Asentí.

Dejó escapar un enorme suspiro, demasiado grande para su menudo cuerpo.

—Desde luego. Desde luego. No necesitaba preguntarlo. Ojalá mis pecados estuvieran tan lejos en el tiempo como lo están los tuyos.

Levanté los ojos, asombrado, y le vi tratar de encender un cigarrillo con mano temblorosa.

—¿No te ha aconsejado nadie que no te relaciones conmigo, Miles? Soy un personaje muy notorio. —Y por ende el ritual.

—Ha pasado mucho tiempo desde que alguien en Arden utilizara una palabra como «ende», pero sí, por ende el ritual.

Yo había ido a casa de Paul pasando por la calle Mayor, donde me detuve primero a comprar un tocadiscos portátil. El empleado miró el nombre de mi cheque y desapareció con él en una oficina que había al fondo de la tienda. Noté que mi presencia causaba una ligera conmoción entre los demás clientes..., fingían no mirarme, pero se movían con esa exagerada despreocupación de personas que tratan de captar todos los matices. Al cabo de un rato, volvió el empleado, acompañado por un hombre nervioso vestido con un traje marrón y corbata de seda. Me informó de que no podían aceptar mi cheque.

—¿Por qué no?

—Verá, Mr. Teagarden, este cheque está extendido contra un Banco de Nueva York.

—Evidentemente —dije—. En Nueva York también usan dinero.

—Pero sólo podemos aceptar cheques locales.

—¿Y tarjetas de crédito? No rechazarán tarjetas de crédito, verdad?

—Ah, no, normalmente no —dijo.

Saqué de la cartera toda una serie de tarjetas.

—¿Cuál quiere? ¿MasterCharge? ¿American Express? ¿Diner's Club? ¿Mobil? ¿Sears? Vamos, usted elige. ¿Firestone?

—Mr. Teagarden, esto no es necesario. En este caso...

—En este caso, ¿qué? Estas cosas son tan buenas como el dinero, ¿no? Aquí hay otra. BankAmericard. Elija.

Los demás clientes habían dejado ya de fingir que no escuchaban, y varios de ellos amenazaban acercarse para ver mejor. Decidió aceptar MasterCharge, cosa que yo podría haber vaticinado, y esperé mientras sacaba uno de los tocadiscos portátiles y se ocupaba de los trámites necesarios para el abono por tarjeta. Para cuando terminó, estaba sudando.

Pasé un rato buscando en las estanterías de discos de «Zumgo's» y de los almacenes «De Costa a Costa», pero no pude encontrar lo que necesitaba para lograr una ambientación adecuada a Alison. En una pequeña librería situada a una manzana de distancia de «Freebo's» encontré varios de los libros que recordaba le habían gustado a Alison: *Ella, la guardia blanca*. Kerouac, Saint-Exupéry. Los pagué en

metálico, ya que había superado definitivamente la otra puerilidad.

Atajé por varias calles secundarias para volver al «Nash», dejé dentro mis compras y regresé a «Freebo's».

—¿Puedo llamar por teléfono? —pregunté al dueño. Pareció aliviado y señaló hacia un teléfono público que había en un rincón al fondo. Me di cuenta por su forma de comportarse de cuáles iban a ser sus próximas palabras antes de que las pronunciara.

—Mr. Teagarden, ha sido usted un buen cliente desde que llegó a la ciudad, pero anoche vinieron a verme varias personas, y me pregunto si...

—¿Si podría largarme? ¿Irme con la música a otra parte?

Estaba demasiado azorado como para asentir.

—¿Qué dijeron que harían? ¿Romperle los escaparates? ¿Quemar el local?

—No, nada de eso, Mr. Teagarden.

—Pero se sentiría usted más a gusto si dejase de venir.

—Quizá sólo una semana, sólo un par de días. No es nada personal, Mr. Teagarden. Pero, bueno, algunos de ellos han decidido..., bueno, tal vez sería mejor esperar algún tiempo.

—No quisiera crearle problemas —dije.

Se volvió incapaz de seguir mirándome a la cara.

—El teléfono está al fondo.

Busqué el número de Paul Kant. Su voz susurrante me saludó con vacilación.

—Deja de ocultarte —dije—. Soy Miles. Estoy en Arden y voy a ir a hablar contigo acerca de lo que nos está sucediendo.

—No —suplicó.

—No tienes que protegerme. Sólo quería prepararte. Si quieres que la gente saque conclusiones al verme aporrear tu puerta, entonces deja que la aporree. Pero quiero averiguar qué está pasando.

—Vendrás aunque te diga que no lo hagas.

—En efecto.

—En ese caso, no aparques cerca de mi casa. Y no vengas a la puerta delantera. Aparca en el callejón que hay entre las calles Comercial y Madison y sube luego andando por el callejón para llegar por detrás. Te abriré la puerta trasera.

Y ahora, en el oscuro y desaseado cuarto de estar, me estaba diciendo que era un personaje notorio. Tenía el aire que uno esperaba encontrar en uno de los pacientes de Freud: asustado, el cuerpo un poco encogido y encorvado, el rostro prematuramente envejecido. Su camisa blanca había sido llevada durante demasiados días; su rostro era pequeño y semiseco. Cuando éramos chicos, Paul Kant irradiaba inteligencia y seguridad en sí mismo, y yo pensaba que era la persona de mi edad a la que más respetaba en Arden. Los veranos, cuando Alison no estaba en la granja, yo dividía mi tiempo entre armar follones con *Oso Polar* y hablar con Paul. El había sido un gran lector. Su madre estaba inválida, y Paul tenía el

comportamiento adulto, responsable, un tanto libres de los niños que deben cuidar a sus padres. Su madre en este caso, pues su padre había muerto. Otra de mis suposiciones había sido que Paul conseguiría una beca y desaparecería de Arden para siempre. Pero aquí estaba, atrapado en una casa vetusta y enmohecida y en un cuerpo que aparentaba diez años más de los que tenía. Si irradiaba algo, era amargura y temerosa incompetencia.

—Echa un vistazo por la ventana —dijo—. Procura hacerlo sin ser visto.

—¿Te vigilan?

Tú mira. —Aplastó en un cenicero la colilla de su cigarro y encendió inmediatamente otro.

Atisbé por el borde de una cortina.

Hacia la mitad de la manzana, un hombre corpulento, que por su aspecto podría haber sido uno de los que me habían tirado piedras, se hallaba sentado en el guardabarros de una furgoneta roja, con los ojos fijos en la casa de Paul.

—¿Está ahí todo el tiempo?

—No es siempre él. Se turnan. Serán cinco, quizá seis.

—¿Conoces sus nombres?

—Claro que conozco sus nombres. Vivo aquí.

—¿No puedes hacer nada al respecto?

—¿Qué sugieres? ¿Telefonar a nuestro bondadoso jefe? Son amigos suyos. Le conocen mejor que yo.

—¿Qué hacen cuando sales?

—No salgo mucho. —Hizo una mueca, y líneas irónicas se le marcaron profundamente en la piel—. Supongo que me siguen. No les importa que les vea. Quieren que les vea.

—¿Has anunciado que te destrozaron el coche?

—¿Por qué iba a hacerlo? Hovre lo sabe de sobra.

—Bueno, ¿por qué, por los clavos de Cristo? —estallé—. ¿Por qué todo este fuego en tu dirección?

Se encogió de hombros y sonrió nerviosamente.

Pero yo creía saber por qué. Era lo que se me había ocurrido cuando Duane sugirió que sería mejor dejar solo a Paul Kant: un hombre con la historia de represión sexual de Duane estaría pronto a reaccionar ante cualquier indicio de anormalidad sexual. Y una ciudad como Arden mantendría un estricto punto de vista decimonónico acerca de la homosexualidad.

—Digamos que soy un poco diferente, Miles.

—Cristo —exclamé—, nadie es ya diferente. Si estás diciendo que eres homosexual, sólo en un lugar atrasado como Arden tendrás problemas por causa de ello. No deberías dejarte aterrorizar. Hace años que hubieras debido marcharte de aquí.

Creo que por primera vez comprendí lo que era una pálida sonrisa.

—No soy un hombre muy valiente, Miles —dijo—. No podría vivir en ningún lugar más que en Arden. Tuve que renunciar a la vida para cuidar a mi madre, y al morir me dejó esta casa. —Oía a polvo y a ruina y a humedad..., Paul no oía a nada. Era como algo que no estuviese allí, que estuviese allí sólo en una dimensión. Dijo—: Nunca he sido realmente... lo que tú das a entender. Creía serlo, supongo, y supongo que otras personas lo creían también. Pero las oportunidades son aquí bastante limitadas.

Recibí de nuevo aquella pálida semisonrisa que era sólo una elevación de las comisuras de los labios. Paul parecía como si estuviera encerrado en una jaula.

—Entonces, ¿por qué te quedaste aquí y has estado soportando a «Zumgo's» y lo que tus vecinos murmuraban acerca de ti?

—Tú no eres yo, Miles. No comprendes.

Paseé la vista por la oscura habitación, llena de anticuados muebles. Pesadas e incómodas sillas con cubiertas protectoras. Baratas figurillas de porcelana: pastoras y perros. Mr. Pickwick y Mrs. Gamp. Pero no había ningún libro.

—No —dije.

—Ni siquiera deseas realmente que confíe en ti, ¿verdad? No nos hemos visto desde niños.

Aplastó su cigarrillo en el cenicero y se pasó los dedos por los negros y ensortijados cabellos.

—No, a menos que seas culpable —dije, empezando a sentirme afectado por el aire de desesperanza que le rodeaba. Supongo que el sonido que emitió era una risa.

—¿Qué vas a hacer? ¿Esperar a que irruman aquí y hagan cualquier cosa de lo que están pensando?

—Lo que voy a hacer es esperar —dijo—. Es lo que mejor sé hacer después de todo. Cuando finalmente capturen al culpable, quizá recupere mi empleo. ¿Qué vas a hacer tú?

—No lo sé —admití—. Creía que podríamos ayudarnos el uno al otro. En tu lugar, yo me escabulliría por la puerta trasera durante la noche y me iría a Chicago o a alguna parte hasta que todo hubiera terminado.

—Mi coche no puede moverse. Y, aunque pudiera, me cogerán en uno o dos días.

Volvió a dedicarme aquella espectral sonrisa.

—¿Sabes una cosa, Miles? Casi envidio a ese hombre. Al asesino. Casi estoy celoso de él. Porque no temió hacer lo que tenía que hacer. Desde luego, es un bestia, un monstruo supongo, pero continuó adelante e hizo lo que tenía que hacer. ¿No te parece?

El pequeño y simiesco rostro estaba dirigido hacia mí, todavía con aquella muerta sonrisa. Mezclado con los olores a polvo y a viejos muebles flotaba el olor a flores marchitas.

—Como Hitler. Parece como si debieras hablar con Zack.

Su expresión se alteró.
—He estado con él.
—¿Le conoces?
—Yo me mantendría alejado de él.
—¿Por qué?
—Puede dañarte. Podría dañarte, Miles.
—Es mi más entusiasta partidario —dije—. Quiere ser como yo.
Paul se encogió de hombros; el tema ya no le interesaba.
—Creo que estoy perdiendo el tiempo —dije.
—Desde luego.
—Si alguna vez necesitas ayuda, Paul, puedes ir a la granja Updahl. Haré todo lo que pueda.
—Ninguno de nosotros puede ayudar al otro. —Me miró inexpresivamente, deseando que me fuera. Al cabo de unos momentos, habló de nuevo—: Miles, ¿cuántos años tenía tu prima cuando murió?
—Catorce.
—Pobre Miles.
—Pobre Miles, mierda —dije, y me marché, dejándole allí sentado, con el humo del cigarrillo elevándose en volutas a su alrededor.

Afuera, el cálido aire se hallaba impregnado de un aroma increíblemente fresco, y noté el pecho oprimido por una emoción demasiado compleja para identificarla. Hice una profunda inspiración mientras descendía los escalones de madera hacia el diminuto patio de Paul. Me parecía oír casi resquebrajarse y desprenderse la pintura de aquella casa lastimosa. Miré a ambos lados, sabiendo que si alguien me veía me encontraría en un apuro, y vi algo en lo que no había reparado al llegar. En un rincón del patio, junto a la baja valla de Paul, había una caseta de perro, vacía y tan necesitada de pintura como la casa. Una cadena sujeta a la parte delantera de la caseta desaparecía entre las hierbas y maleza existentes junto a la valla. La cadena parecía tensa. Se me erizó el vello de la nuca, y adquirí conciencia del tejido de mi camisa junto a la piel. No quería mirar, pero tenía que hacerlo. Avancé dos pasos sobre la hierba. El perro yacía entre la maleza con la cadena en torno a lo que quedaba de su cuello. Los gusanos cubrían como una manta sucia el cuerpo.

La opresión de mi pecho se multiplicó por diez, y me alejé apresuradamente. La horrible cosa permaneció en mi visión aun después de volverle la espalda. Crucé la cancela y eché a andar rápidamente por el callejón. La visita había sido un gesto baldío. Sólo quería alejarme.

Cuando estaba a no más de diez metros del final, un coche de la Policía se situó ante mí, bloqueando el paso del callejón. Un hombre corpulento se hallaba sentado al volante, retorciendo el cuerpo para mirarme. Me encontraba a plena luz, plenamente

visible. Me sentí automáticamente culpable y asustado, y me volví a medias para mirar hacia el otro extremo del callejón, que se hallaba expedito. Miré de nuevo al hombre del coche de la Policía. Me estaba haciendo señas de que me acercara. Caminé hacia el coche, diciéndome a mí mismo que yo no había hecho nada.

Cuando me acerqué más, vi que el hombre era *Oso Polar*, vestido de uniforme. Abrió la portezuela del otro lado y describió un círculo en el aire con su dedo índice, y yo di la vuelta por delante del coche y me senté a su lado.

—Tienes ideas verdaderamente brillantes —dijo—. ¿Y si alguien te viese? Estoy tratando de impedir que te abran la cabeza.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Digamos que ha sido una corazonada. —Me miró con aire bondadoso, casi paternal, que era auténtico como un ojo de cristal—. Hace cosa de una hora recibí una llamada de un muchacho que trabaja en la estación de servicio. Un muchacho llamado Hank Speltz. Estaba un poco alterado. Parece ser que al llevarle ese «VW» le has dado un nombre falso.

—¿Cómo sabía él que era falso?

—Oh, Miles —suspiró *Oso Polar*.

Puso el coche en marcha, y se separó de la cuneta. En la esquina torció por la calle Mayor y pasamos lentamente por delante de «Zumgo's» y los bares y panadería y la fachada de ladrillo de los Laboratorios Dairyland».

—Eres un hombre famoso, ya sabes. Eres como una estrella cinematográfica. Tienes que esperar ser reconocido.

Cuando llegamos al Palacio de Justicia y al Ayuntamiento no entro en el aparcamiento de la Policía como yo había esperado, uno que continuó hacia el puente y lo franqueó. En aquella parte de Arden, las tiendas escasean en cuanto se pasa allá de la bolera, los restaurantes y unas cuantas casas, y hacen nuevamente su aparición los maizales.

—No creo que sea un crimen encomendar el arreglo de un coche bajo nombre supuesto —dije—. Por cierto, ¿adonde vamos?

—A dar una vuelta por el Condado, Miles. No, no es ningún crimen, tienes razón. Pero como casi todo el mundo sabe quién eres, tampoco es muy eficaz. Lo único que consigues es hacerle concebir sospechas a chicos como Hank, que no puede decirse que sea persona de muchos alcances. Y, Miles, ¿por qué *diablos* empleaste ese nombre? —Al decir «diablos», dio un puñetazo sobre el volante—. ¿Eh? Contéstame a eso. De todos los nombres que podrías haber elegido, ¿por qué infiernos elegiste Greening? Eso es lo que no debes recordar a la gente. Estoy intentando impedir que salga a rehuir todo eso. No queremos que vuelva a un primer plano.

—Me parece que salió a relucir en el momento mismo en que aparecí por Arden.

Oso Polar meneó la cabeza con disgusto.

—Está bien, olvidémoslo. Le dije a Hank que lo olvidara. De todos modos, probablemente es demasiado joven para estar enterado del asunto.

—Entonces, ¿por qué te preocupas tanto?

—Olvídate de mis problemas, Miles. Vamos a ver si podemos hacer algo. ¿Has averiguado algo hablando con Paul Kant?

—Él no ha hecho nada. Ciertamente, no ha matado a nadie. Es un pobre hombre asustado. Es incapaz de nada parecido a esos asesinatos. Está demasiado aterrado para hacer nada que no sea ir a comprar sus alimentos.

—¿Es eso lo que te ha dicho?

—Está demasiado aterrado hasta para enterrar a su perro. Lo he visto justo al marcharme. El no podría matar a nadie.

Oso Polar se echó hacia atrás el sombrero y se encorvó más en el asiento. Era demasiado corpulento como para encajar cómodamente detrás de un volante. Nos habíamos internado ya bastante en el campo, y pude ver las amplias curvas del río Blundell entre los árboles.

—¿Es aquí donde encontraron los pescadores el cadáver de la chica Olson?

Ladeó la cabeza y me miró.

—No. Eso fue un par de kilómetros más atrás. Hemos pasado por el lugar hace unos cinco o seis minutos.

—¿A propósito?

—¿A propósito para qué?

Me encogí de hombros: los dos lo sabíamos.

—Creo que quizá nuestro amigo Paul no te haya dicho toda la verdad —dijo *Oso Polar*—. Si salía a comprar alimentos, ¿no podría comprar también comida para perros?

—¿Qué estás diciendo?

—¿Te ofreció algo durante tu visita? ¿Merienda? ¿Un bocadillo? ¿Café?

—No. ¿Por qué? —Entonces comprendí por qué—. ¿Quieres decir que no sale de casa? ¿Quieres decir que su perro murió de hambre?

—Bueno, puede que muriera de hambre o puede que alguien le ayudara a poner fin a sus sufrimientos. No lo sé. Lo que sí sé es que Paul Kant no ha salido de su casa en una semana. A menos que lo haga furtivamente por la noche.

—¿Qué come?

—Muy poco. Supongo que debe tener algunas latas de conserva en su cocina. Por eso es por lo que no te invitó a tomar nada. Está en una situación muy mala.

—Bueno, ¿cómo diablos puedes...?

Levantó una mano.

—Yo no puedo obligar a un hombre a que salga a comprar comida. Y mientras no se muera realmente de hambre, tal vez sea mejor así. Le mantiene libre de problemas. Quizás hayas visto a mío de nuestros vigilantes locales observando su casa.

—¿No puedes echarlos de ahí?

—¿Por qué iba a hacerlo? Así sé lo que están haciendo los más acalorados. Creo que hay ciertas cosas que deberías saber sobre Paul, Miles. Dudo que te lo dijera todo él mismo.

—Todo lo que necesitaba decir.

Oso Polar hizo girar el coche en un cruce y empezó a regresar en dirección a Arden. Habíamos llegado casi hasta la pequeña ciudad de Blundell, y aún no habíamos visto una sola persona. Crepitó la radio de la Policía, pero Hovre hizo caso omiso. Conducía con la misma pausada velocidad, siguiendo la línea del río a través de los valles.

—Estaba pensando en eso. Verás, Paul ha tenido unos cuantos problemas. No es la clase de cosa que un hombre está orgulloso de ser. Ya sabes cómo vivió durante años en esa ruinosa casa con mi madre..., incluso abandonó la escuela para atenderla y ponerse a trabajar para poder pagar las facturas de su médico... Bien, pues cuando la anciana murió, Paul se quedó algún tiempo rondando por la ciudad, como desorientado supongo, pero luego hizo las maletas y se fue a Minneapolis durante una semana. Cosa de un mes después, hizo lo mismo, y acabó tomándolo como costumbre, la última vez que fue, recibí una llamada telefónica de un sargento de Policía de allí. Al parecer, tenía detenido a Paul. Parece ser que incluso le habían estado buscando.

Me miró, saboreando el desenlace. No podía contener la sonrisa.

—Parece ser que tenían un tipo que solía rondar en torno a las reuniones de scouts..., en verano, ya sabes, cuando se reúnen en los patios de las escuelas. Nunca decía nada, sólo miraba a través de la valla. Cuando alguno de los chicos se iba a casa, él lo seguía paseando, sin decir nada, simplemente caminando detrás de él. Al cabo de bastantes veces, una media docena o así, uno de los padres va y llama a la Policía. Y el tipo se quita de en medio... La Policía no pudo encontrarle. No entonces. No, hasta que intentó algo en un parque con montones de madres y niños y policías por todas partes. Casi se exhibió. Y cuando le echaron mano, era el bueno de Paul, con la mano en la bragueta. Era el que buscaban. Había estado yendo a Minnesota para desahogar sus tendencias podríamos decir, y volviendo luego aquí hasta que tenía que hacerlo de nuevo. Confesó, naturalmente, pero no había hecho nada en realidad. Pero estaba asustado. Ingresó voluntariamente en nuestro hospital estatal y permaneció allí siete meses. Luego, volvió. No tenía ningún otro sitio adonde ir. Supongo que olvidó contarte ese episodio de su vida.

Me limité a asentir con la cabeza. Finalmente, dije:

—Tendré que aceptar tu palabra de que lo que me has contado es cierto —Hovre resopló con regocijo—. Pero, aun así, lo que Paul hizo..., lo que no hizo, mejor dicho, está a un millón de kilómetros de la violación. La misma persona no cometería ambas clases de delito. No si yo conozco algo a las personas.

—Es posible. Pero nadie en Arden lo va a excluir, ¿comprendes? Y en esos

asesinatos hay cosas que la generalidad de la gente no sabe. Lo que tenemos aquí no es un simple violador. Ni siquiera un violador que mata. Tenemos algo un poco más complicado. Tenemos un hombre realmente enfermo. Podría ser impotente. Podría incluso ser una mujer. O un hombre y una mujer. Yo soy partidario de la idea de un solo hombre, pero las otras también son posibles.

Pasaba lentamente mirando al suelo balanceando los delgados brazos. Se confesó a sí misma que no le gustaba jugar a bolos y que sólo lo hacía porque todas las demás lo hacían.

Nunca vio la que la agarró..., hubo solamente la percepción de una forma que salía rápidamente de un callejón, y, luego, fue lanzada contra una pared, y el miedo era tan intenso en su mente que le impidió hablar o gritar. La fuerza, que la había levantado y movido no parecía humana: lo que la había tocado, lo que estaba avanzando sobre ella, no parecía la carne de una criatura humana. Rodeándole, se alzaba un acre olor a tierra, como si se encontrara ya en su tumba.

II

Mis brazos y mis pies no podían moverse. Pero en otra dimensión se estaban moviendo, no yacían inmóviles en el suelo de mi cuarto de trabajo, sino que me estaban llevando hacia el bosque. Yo presenciaba imparcialmente ambos procesos, tanto el interno (caminar hacia el bosque) como el externo (yacer en el suelo del cuarto de trabajo), pensando que el único momento en que hasta entonces había tenido una experiencia similar había sido cuando abrí el cofre y miré la fotografía que ella había hecho que fuese colocada sobre mi mesa. Dentro y fuera, el aire poseía una perfumada fragancia. Se habían apagado las luces, y los campos estaban sumidos en la oscuridad. En algún momento de la inconmensurable e incalculable dimensión de tiempo transcurrida desde que me había levantado para ver por qué estaba aterrorizada la yegua, había llegado la noche. Yo atravesaba el oscuro campo en dirección a los chopos; separé la espesa maleza, pisé el herboso montículo de una raíz que emergía del suelo y crucé de un salto el riachuelo. Mi cuerpo era ligero, un cuerpo onírico. No había necesidad de correr. Podía oír el teléfono, lechuzas, grillos. El aire nocturno era suave y fragante, y su aroma parecía quedar prendido en los árboles como si fuera niebla.

Atravesé sin esfuerzo los campos contiguos y penetré en el bosque. Los abedules relucían como muchachas. ¿Quién había apagado las luces? El dedo índice de mi mano derecha registraba la sensación de unas pulidas tablas, pero estaba tocando un espectral arce. Dejándolo atrás, caminé sobre un lecho de hojas. La pendiente empezó a cambiar. Un ciervo se internó más profundamente en el bosque a mi derecha, y me volví en esa dirección. Cuesta arriba. Por entre árboles cada vez más próximos unos a otros, corpulentos robles de corteza rugosa. Toqué el flanco de un arce muerto, atravesado en mi camino como el cadáver de un soldado, y me icé, apoyándome en los brazos para sentarme en él, luego, pasé las piernas por encima y me dejé caer de nuevo sobre el mullido suelo. Mis rodillas absorbieron el choque. Subsistía el problema de la luz, pero yo sabía adonde iba.

Era un claro. Un claro de unos seis metros de diámetro, flanqueado de robles gigantescos y con las cenizas de una fogata en el centro. Ella estaba allí, esperándome.

Mágicamente, supe cómo llegar allí: todo lo que tenía que hacer era dejarme llevar y sería tomado, mis pies me guiarían.

Cuando los árboles se aproximaban demasiado, los apartaba con la mano. Se me enganchaban las ramitas en el pelo y en la chaqueta, estirando de mí como la espinosa zarza que había prendido mi pie delante de la casa soñada. Se movían las hojas en el aire denso y perfumado. Donde se posaban mis pies quedaban luego succionantes agujeros negros. De los troncos de los árboles colgaban relucientes

hongos, blancos y rojos. Yo avanzaba trabajosamente a través de heléchos que me llegaban hasta la cintura, manteniendo los brazos levantados como si llevara en ellos un rifle.

Se produjo un oscurecimiento del espíritu. Al acercarme más a donde tenía que ir, vi reflejarse la luz de las estrellas en la brillante corteza de los árboles y empecé a sentir miedo. Cuando pasaba por un hueco, éste parecía cerrarse tras de mí. La palpitante vida del bosque expresaba una inmensidad de fuerza. Hasta el aire se tornaba tenso. Trepé por encima de un tronco fulminado por el rayo. Cosas vivas se enroscaban en torno a mis botas, doradas raíces proliferaban sobre ellas. Pisé un hongo del tamaño de una cabeza de cordero y lo sentí convertirse en gelatina bajo mi peso.

La áspera mano de un árbol me rozó la cara. Sentí que se me desgarraba la piel a lo largo de la mandíbula y se resquebrajaba como una taza de porcelana. Se cerraban las ramas sobre mi cabeza. La única luz que me guiaba era la procedente de las hojas mismas y de los heléchos, la luz que las plantas producen como oxígeno. Otro árbol cayó a mi espalda, cortándome el camino de vuelta. Rascando en el blando y húmedo suelo del bosque, logré pasar bajo la rama inferior del árbol centinela. Mis dedos tocaron hierba y piedras; me arrastré hasta el claro.

Cuando me puse en pie, tenía la camisa de musgo. La venda de mi mano izquierda había desaparecido. Notaba en el pelo ramitas partidas y hojas secas, casi desmenuzadas. Traté de sacudírmelas, pero mis manos no podían moverse, mis brazos no se podían levantar.

Los árboles se apretujaban y susurraban detrás de mí. La negrura estaba bordeada y taladrada por miles de luces plateadas en los bordes de las hojas y en las curvas de los zarcillos. El claro era un círculo oscuro con un círculo más oscuro en su centro. Pude moverme, y avancé. Toqué las cenizas. Estaban calientes. Percibí olor a humo de madera, y era intenso y penetrante. El denso bosque que se extendía delante y detrás de mí pareció tensarse. Me inmovilicé junto a las calientes cenizas, me incliné hacia delante y caí de rodillas en absoluto silencio.

¿Qué ocurrirá cuando ella vuelva?, me había preguntado Rinn, y experimenté un terror más profundo que el de la primera vez que entré en el bosque. Un agudo sonido sibilante, susurrante, llegaba hasta mí desde el lugar en que más intensa era la luz de las hojas, el murmullo de algo en movimiento. Sentí helármese la piel. El sonido reptaba hacia mí.

Entonces la vi.

Estaba al otro lado del claro, enmarcada entre dos negros abedules. No había cambiado. Si algo hubiera tocado mi fina capa de fría piel, me habría resquebrajado, me habría derrumbado, convertido en un montón de fríos fragmentos blancos. Ella empezó a moverse hacia delante, con un movimiento lento pero imposible de detener.

Pronuncié su nombre.

A medida que se acercaba, se iba incrementando el ruido..., aquel agudo y sibilante sonido me desgarraba los oídos. Ella tenía la boca abierta. Vi que sus dientes eran piedras pulimentadas por el agua. Su rostro era un intrincado entrelazamiento de hojas; sus manos eran de rugosa madera erizada de espinos. Estaba hecha de corteza y de hojas.

Eché las manos hacia atrás y toqué suave madera. El aire reposaba en mis pulmones como si fuese agua. Me di cuenta de que estaba gritando sólo cuando lo oí.

—Tiene los ojos abiertos —dijo una voz. Yo estaba mirando hacia la abierta ventana que había sobre mi mesa; ondeaban las cortinas y pequeños papeles se movían impulsados por la cálida brisa. Era de día. El aire poseía su peso normal, sin perfume—. Tiene los ojos completamente abiertos.

Otra voz dijo:

—¿Estás despierto, Miles? ¿Puedes oír?

Intenté hablar, y un chorro de líquido agrio brotó de mi boca.

La mujer dijo:

—Vivirá. Gracias a ti.

Me incorporé de pronto. Estaba en la cama. Todavía era de día. Abajo, estaba sonando el teléfono. «No te preocupes de eso», dijo alguien. Me volví para mirar; junto a la puerta, con sus pálidos ojos posados reflexivamente en los míos, el *Hombre de Hojalata* estaba cerrando un libro. Era uno de los que yo había dado a Zack.

—Ese teléfono ha estado sonando toda la noche y toda la mañana. Es el jefe Hovre. Quiere hablar contigo sobre algo. ¿Fue un accidente?

Su tono cambió al pronunciar la última frase, e inclinó la cabeza. Vi en sus ojos el miedo a una complicada traición.

—¿Qué ha pasado?

—Has tenido suerte de no estar fumando. Si no, a estas horas habría probablemente pedacitos tuyos en lo alto del granero de Korte.

—¿Qué ha pasado?

—¿Dejaste abierto el gas? ¿A propósito?

—¿Qué? ¿Qué gas?

—El gas de la cocina, hombre. Ha estado abierto casi toda la noche. Mrs. Sunderson dice que si todavía vives es porque estabas aquí arriba. Tuve que romper una ventana de la cocina.

—¿Cómo fue abierto?

—Esa es la gran cuestión, desde luego. La señora Sunderson dice que estabas intentando suicidarte. Dice que ella hubiera debido darse cuenta.

Me froté la cara. No presentaba ningún arañazo. La venda continuaba en mi mano izquierda.

—¿Y la luz piloto? —dije.

—Apagada. O estropeada. Las dos cosas. Bueno, tendrías que haber olido esa cocina. Un olor tan dulzón.

—Creo que lo olí aquí arriba —dije—. Estaba sentado a mi mesa, y para cuando quise darme cuenta estaba tendido en el suelo. Fue casi como si abandonara mi cuerpo.

—Bueno, si no lo hiciste tú, debió de ocurrir por sí solo. —Pareció aliviada—. Hay algo raro en esta casa. Hace dos noches, cuando tú llegabas se encendieron todas las luces de la casa.

—¿Tú también lo viste?

—Claro, estaba en mi dormitorio. Y anoche se apagaron todas a la vez. Mi padre dice que el tendido eléctrico nunca fue nada bueno en este caserón.

—¿No se supone que debes mantenerte alejada de mí?

—Dije que me marcharía en cuanto te pusieses bien. Yo fui quien te encontré. El viejo Hovre telefoneó a nuestra casa. Dijo que no contestabas al teléfono. Que tenía noticias importantes para ti. Mi padre estaba dormido, así que vine yo misma. Estaba todo cerrado, a excepción del porche. Así que levanté la ventana del dormitorio de abajo, y fue entonces cuando olí el gas. Di la vuelta hasta la cocina y rompí una ventana. Para dejar entrar aire. Luego, contuve la respiración, entré, fui corriendo hasta el cuarto de estar y levanté la ventana. Poco después, subí aquí. Estabas tendido en el suelo de la otra habitación. Abrí también esa ventana. Creía que me iba a dar algo.

—¿Qué hora era?

—Hacia las seis de esta mañana. Quizás antes.

—¿Estabas todavía levantada a las seis?

Volvió a ladear la cabeza.

—Acababa de volver a casa. De una cita. El caso es que esperé a ver si estabas vivo, y entonces apareció Mrs. Sunderson. Se fue derecha al teléfono y llamó a la Policía. Ella pensaba que lo habías hecho deliberadamente. Que habías intentado suicidarte. Dice que volverá mañana. Si quieres que venga hoy, tienes que llamarla. Entretanto, le dije a Hovre que le llamarías en cuanto te sintieras mejor.

—Gracias —dije—. Gracias por salvarme la vida, supongo que quiero decir.

Ella se encogió de hombros y, luego, sonrió.

—Si alguien te la ha salvado, ha sido Hovre. Él fue quien me llamó. Y, si no te hubiera encontrado yo, lo habría hecho Tuta Sunderson. No estabas dispuesto a morir.

Enarqué las cejas.

—Estabas venga moverte. Y haciendo ruidos. Sabías quién era yo.

—¿Qué quieres decir?

—Estabas pronunciando mi nombre. Eso parecía, al menos.

—¿Crees realmente que he intentado suicidarme?

—No, no lo creo. —Pareció sorprendida. Se levantó y se metió el libro bajo el

brazo—. Creo que eres demasiado listo como para hacer nada parecido. Oh, casi lo olvido. Zack dice que gracias por los libros. Quiere volver a verte pronto.

Asentí con la cabeza.

—¿Seguro que ya estás bien?

—Seguro, Alison.

Al llegar a la puerta, se detuvo y se volvió hacia mí. Abrió la boca, la cerró y, luego, decidió hablar después de todo.

—Me alegra de veras que estés bien.

Empezó a sonar de nuevo el teléfono.

—No te preocupes en contestar —dije—. Tarde o temprano lo cogeré. *Oso Polar* quiere invitarme a cenar. Y, Alison..., me alegra mucho que estuvieras por aquí.

—Espera a que nos pongamos cómodos antes de empezar a hacer las preguntas serias —dijo Galen Hovre dos noches después, mientras echaba cubitos de hielo en una taza.

Mi intuición había sido al menos parcialmente correcta. Me encontraba sentado en un amplio y cómodo sillón en la sala de estar de *Oso Polar*, en aquella parte de Arden en que yo había aparcado el «Nash». La de Hovre era una casa familiar sin familia. En una de las sillas se apilaban periódicos de varias semanas, y la tela roja del sofá se había vuelto mugrienta con el tiempo; la mesita de café mostraba una hilera de latas de cerveza vacías. La pistola de *Oso Polar* colgaba en su funda del brazo de un viejo sillón. La verde alfombra presentaba varias zonas más oscuras en los lugares en que, al parecer, había intentado lavar otras tantas manchas. En sendas mesitas situadas a ambos extremos del sofá, dos grandes lámparas con pies en forma de ave proyectaban una débil y amarillenta luz. Las paredes eran de color marrón oscuro..., la mujer de Hovre, quienquiera que hubiera sido, había procurado ser original. De ellas colgaban dos cuadros que yo apostaría a que no los había elegido ella: una fotografía enmarcada de *Oso Polar* con camisa a cuadros y sombrero de pescador sosteniendo una ristra de truchas, y una reproducción de girasoles de Van Gogh.

—Generalmente tomo un traguito después de cenar. ¿Quieres whisky, whisky o whisky?

—Estupendo —dije.

—Ayuda a empujar la grasa —dijo, aunque, en realidad, me había sorprendido demostrando ser un buen cocinero. Carne asada, razonablemente bien hecha, acaso no demasiado elegante, pero no era eso lo que yo había esperado de un hombre de 120 kilos de peso y vestido con un arrugado uniforme de policía. Los filetes de venado me habían parecido más propios de él: viriles, pero mal ejecutados.

Una de las razones de la invitación había quedado inmediatamente clara: *Oso Polar* era un hombre solitario, y mantuvo una animada charla durante la cena. Ni una

palabra sobre mi supuesto intento de suicidio ni sobre las muertes de las chicas..., había hablado de pesca. Enseres y equipo, cebos, la pesca en el mar y la pesca de agua dulce, comparación entre la pesca antes y la pesca ahora, lanchas y «la gente del lago Michigan asegura que el salmón es un bocado exquisito, pero a mí que me den una trucha de río», y «desde luego que no hay nada como pescar con mosca, pero a veces me gusta coger mi vieja caña de carrete y sentarme en la orilla a ver si pica algo bueno». Era la charla de un hombre privado, por las circunstancias de su profesión, de una conversación social normal y que la echa terriblemente de menos, y yo había estado saboreando varias rodajas de jugosa carne con su guarnición de verduras en espesa salsa mientras él hablaba y hablaba, y se instalaba un ambiente de relajación.

Le oí dejar una pila de platos en la fregadera y dejar correr el agua sobre ellos; un momento después, volvió a la sala de estar llevando una botella de «Wild Turkey» bajo el brazo, un cuenco de porcelana con cubitos de hielo en una mano y dos vasos en la otra.

—Se me acaba de ocurrir una cosa —dije, mientras él se inclinaba con un gruñido sobre la mesa y depositaba en ella los vasos, el hielo y la botella.

—¿El qué?

—Que los cuatro somos hombres solos..., sin mujer. Los cuatro que nos conocíamos de antes. Duane, Paul Kant, tú y yo. Tú has estado casado, ¿no?

Los muebles y las marrones paredes lo mostraban con evidencia, incluso los patos que subían por una de las paredes laterales; pensé que la casa de *Oso Polar* guardaba una cierta simetría con la de Paul, salvo que la de *Oso Polar* presentaba las señales del gusto de una mujer más joven, de una esposa, no una madre.

—Sí —respondió, y sirvió whisky sobre el hielo y se recostó en el sofá y puso los pies sobre la mesita del café—. Como tú. Ella se largó hace mucho. Me dejó con un chaval. Nuestro hijo.

—No sabía que tenías un hijo, *Oso Polar*.

—Oh, sí. Le he educado yo mismo. Vive aquí, en Arden.

—¿Cuántos años tiene?

—Alrededor de los veinte. Su madre se largó cuando no era más que un crío. Era un desastre la tía. Mi hijo nunca ha recibido mucha instrucción, pero es listo y trabaja en lo que le sale. A mí me gustaría que ingresara en la Policía, pero él tiene sus propias ideas. Pero es buen chico. Él cree en la Ley, no como algunos jóvenes de ahora.

—¿Por qué no os volvisteis a casar ni tú ni Duane? —Me serví una buena ración de whisky.

—Podrías decir que aprendí la lección. El trabajo de policía es duro para una esposa. En realidad, nunca deja uno de trabajar, si entiendes lo que quiero decir. Y, además, nunca encontré otra mujer en la que pudiera confiar. En cuanto a Duane, no creo que le gustaran realmente nunca las mujeres. Tiene su hija para que le haga la comida y se ocupe de la casa, y supongo que eso es todo lo que necesita.

Me di cuenta de que *Oso Polar* me estaba haciendo sentir muy relajado, dándome la falsa sensación de que aquello no era más que una desenfadada velada entre dos viejos amigos, y le miré desde mi sillón. La luz plateaba la gruesa carne de su cabeza. Tenía los ojos medio cerrados.

—Creo que tienes razón. Creo que odia a las mujeres. Quizá sea él tu asesino.

Oso Polar se echó a reír con ganas.

—Ah, Miles, Miles. Bueno, no ha odiado siempre a las mujeres. Hubo una que le cameló hace tiempo.

—Aquella chica polaca.

—No exactamente. ¿Por qué crees que le puso a su hija ese nombre que tiene?

Le miré, boquiabierto, y vi que sus entornados ojos me observaban atentamente.

—En efecto —dijo—. Creo que incluso perdió su virgo con aquella pequeña Alison Greening. Tú no estabas por aquí todos los veranos que estaba ella, ya sabes. Lo tenía atontado, completamente atontado. Naturalmente, ella pudo acostarse con él, o hacerlo de pie junto a un pajar más probablemente, pero ella era demasiado joven para que la cosa fuese pública y se burlaba de él casi todo el tiempo. Siempre he pensado que por eso fue por lo que se comprometió con la chica polaca.

La sorpresa retumbaba todavía en mi pecho.

—¿Has dicho que perdió su virginidad con Alison?

—Sí. Él mismo me lo dijo.

—Pero ella no tendría más de trece años.

—Cierto. Dijo que ella sabía del asunto mucho más que él.

Me acordé del profesor de arte.

—No lo creo. Estaba mintiendo. Ella solía reírse de él.

—Eso también es cierto. Estaba realmente furioso por la forma en que te prefería a ti siempre que estabas por aquí. Celoso —Se inclinó hacia delante sobre su vientre y sirvió más whisky en su vaso, sin molestarse en añadir cubitos de hielo—. O sea que ya comprenderás por qué no debes ir por ahí aireando ese nombre. Duane podría pensar que estabas echándole deliberadamente sal en sus heridas. Por no mencionar el hecho de que debes pensar en protegerte tú mismo. Detesto comportarme como un consejero espiritual, Miles, pero creo que incluso deberías ir a esa iglesia del valle. La gente podría dejar de meterse contigo si te viera portarte como todo el mundo. Siéntate y absorbe un poco de la sabiduría de Bertilsson. Es curioso cómo todos estos noruegos se han sometido a esa pequeña rata sueca. Para mí es pura basura, pero los granjeros le adoran. Me contó una historia acerca de que habías robado en «Zumgo's». Un libro, dijo.

—Ridículo.

—Eso le dije yo. Por cierto, ¿qué me dices de ese asunto de suicidio, Miles? Supongo que no hay nada de verdad en ello.

—Nada en absoluto. O fue un accidente, o alguien intentaba matarme. O

advertirme que abandone.

—Abandonar ¿qué? No estás *en* nada. Me alegro de que no tuviera nada que ver con nuestra conversación de ayer.

—Oso Polar —dije—, ¿llegó a averiguar tu padre quién le llamo por teléfono la noche en que se ahogó mi prima?

Meneó la cabeza, con aire contristado.

—Quítate eso de la cabeza, Miles. Apártalo de tu sistema. Estamos hablando de ahora, no de hace veinte años.

—Bueno, ¿pero lo averiguó?

—Maldita sea, Miles. —Apuró de un trago lo que quedaba en su vaso y se inclinó hacia delante, gruñendo, para servirse más.

—¿No te he dicho que te olvides de eso? No. Nunca lo averiguó. ¿Conforme? O sea que dices que ese asunto del gas ha sido un accidente, ¿no?

Asentí con la cabeza, preguntándome a qué vendría realmente aquella conversación. Tenía que hablar con Duane.

—Es lo que yo pensaba. Ojalá hubiéramos podido mantener a Tuta Sunderson fuera de esto, porque ella va a andar por ahí diciendo a la gente lo que ella cree, y su versión es un poco dura para ti. Y en estos momentos debemos ocuparnos de ti. ¿No vas a beber más de este excelente whisky?

Mi vaso estaba vacío.

—Acompáñame, anda. Yo tengo que tomar unos cuantos tragos por la noche para poder dormir. Si Lokken te detiene por conducir borracho, yo romperé la denuncia —Sonrió.

Eché cuatro dedos de whisky en mi vaso y añadí varios cubitos de hielo. El whisky parecía producirle a *Oso Polar* tanto efecto como la Coca-Cola.

—Mira —dijo—, estoy haciendo todo lo que puedo para mantenerte libre de líos. Me gusta hablar contigo, Miles. Nos conocemos desde hace mucho. Y no puedo permitir que uno de nuestros buenos ciudadanos de Arden entre y se siente aquí y vea a su jefe de Policía emborracharse, ¿verdad? Yo creo que nos entendemos. Perdóname por el asunto de Larabee, y yo escucharé cualquier cosa que tengas que decirme. Te perdono el que hayas robado un libro en «Zumgo's». Probablemente tenías un montón de cosas en la cabeza.

—Como el recibir cartas anónimas en blanco.

—Como ésa. Aja. Muy bueno. Y como la muerte de tu mujer. Y en estos momentos tenemos aquí otro problema. Uno que significa que tienes que procurar no hacerte demasiado visible, muchacho.

—Otro problema.

Tomó un sorbo y deslizó sus ojos hacia los míos por encima del borde del vaso como un jugador de cartas.

—De eso es de lo que estaba tratando de hablarte hace dos noches. Un nuevo caso. ¿Estás empezando a temblar, Miles? ¿Por qué?

—Sigue —dije. Sentía tanto frío como en la vieja cocina de Updahl—. A esto es a lo que querías ir a parar durante toda la noche.

—Eso no es justo, Miles. Sólo soy un policía tratando de resolver un caso. Lo malo es que no cesa de complicarse.

—Hay otra —dije—. Otra chica.

—Tal vez. Tú eres lo bastante listo como para sonsacarme eso, porque estamos tratando de mantenerlo en secreto durante algún tiempo. Este caso no es como los otros. No tenemos un cadáver.

Tosió, tapándose la boca con la, mano cerrada, alargando el suspense.

—Ni siquiera sabemos si hay un cadáver. Una chica llamada Candace Michalski, atractiva y de diecisiete años, desapareció la otra noche. Dos o tres horas después de haberte dejado en el «Nash» a un par de manzanas de aquí. Dijo a sus padres que iba a jugar a bolos en la «Bowl-A-Rama», pasamos por allí al salir de la ciudad, ¿recuerdas?, y no volvió más. Nunca llegó a la «Bowl-A-Rama».

—Quizá se escapó. —Me temblaban las manos y me las puse bajo el cuerpo.

—No le va. Era una magnífica estudiante. Miembro de los Futuros Maestros de América. Tenía una beca para estudiar en River Falls el año que viene. Ahora forma parte del sistema universitario del Estado, ya sabes. Yo seguí allí unos cursillos de ampliación sobre ciencia policial hace unos años. Una buena chica, Miles, no de las que se largan.

—Es curioso —dije—. Es curioso cómo permanece con nosotros el pasado. Hace un momento hablábamos de Alison Greening, que todavía..., de la que aún me acuerdo mucho, y de que tú y Duane y yo la conocíamos, y que la gente está recordando las circunstancias de su muerte...

—Tú y Duane erais mucho más amigos de ella que yo. —Soltó una carcajada—. Pero tienes que quitártela de la cabeza, Miles.

Un estremecimiento sacudió mi cuerpo.

—Y una chica de Arden de nombre polaco abandona la ciudad o desaparece, como aquella novia de Duane...

—Y tú conviertes en un museo la casa de tu abuela —dijo, casi brutalmente—. Sí, pero no sé exactamente adonde nos lleva eso. Te diré lo que pienso. He hablado con los Michalski, que están muy preocupados, naturalmente, y les he dicho que deben guardar silencio. No contarán a nadie lo de Candy. Dirán que ha ido a visitar a su tía a Sparta, o algo parecido. Quiero mantener esto tapado el mayor tiempo posible. Quizá la chica les mande una postal desde una colonia nudista de California. Quizás encontremos su cadáver. Si está muerta, ¡quizá podamos echarle el guante a su asesino antes de que nadie empiece a ponerse histérico! A mí me gustaría una detención sin complicaciones, y supongo que el asesino lo preferiría también. Al menos, con la parte sana de su mente.

Se levantó del sofá, se puso las manos en los riñones y se estiró. Pareció un oso viejo y fatigado al que acabara de escapársele un pez.

—¿Y por qué tenías que ir a robar a «Zumgo's»? Eso fue una maldita estupidez. Cualquiera pensaría que estabas pidiendo que te metieran en chirona.

Meneé la cabeza.

—Bertilson se equivoca. No he robado nada.

—Te confesaré que estoy deseando que ese hombre venga a mí y me diga, yo lo hice, acabemos ya con esto. Él *quiere* hacerlo. El *quiere* que yo lo coja. Le encantaría estar sentado ahí, donde tu estás, Miles. Está completamente torturado en su interior. Está a punto de estallar. No puede apartarme de su mente. Quizá no mató a esa chica Michalski. Quizá la tiene escondida en alguna parte. Quizá no sabe qué hacer ahora que la tiene. Está en un aprieto. Le compadezco al bastardo, Miles, de veras. Si se produce un suicido, yo diré, ése fue. No lo encontré, maldita sea. Pero tampoco él me encontró a mí. ¿Qué hora es?

Miré mi reloj. *Oso Polar* se dirigió a la ventana y se apoyó en el cristal, mirando a la noche.

—Las dos.

—Nunca me acuesto antes de las cuatro o las cinco. Estoy casi tan preocupado como él. —El olor a pólvora parecía particularmente intenso, juntamente con el olor a piel no lavada. Me pregunté si *Oso Polar* se cambiaría alguna vez de uniforme—. ¿Qué tal ese proyecto que me mencionaste? ¿Marcha bien?

—Sí, creo que sí.

—¿Y en qué consiste?

—Investigación histórica.

—Estupendo. Pero sigo necesitando tu ayuda. Espero que te quedarás con nosotros hasta que quede aclarado todo esto.

El estaba mirando mi reflejo en el cristal de la ventana. Yo volví por un instante la vista hacia su revólver, que colgaba en su funda del brazo de un sillón.

Dije:

—¿Qué querías decir el otro día cuando dijiste algo acerca de que el asesino no era un simple violador corriente y que podría ser impotente?

—Bien, consideremos la violación, Miles —dijo *Oso Polar*, moviéndose pesadamente a través de la estancia para ir a apoyarse en el respaldo del sofá—. Yo puedo comprender la violación. Siempre ha estado con nosotros. Voy a decirte lo que no le podría decir a una mujer. Estos casos no tenían nada que ver con la violación. Estas cosas han sido hechas por alguien que no está bien de la cabeza. Tal como yo lo veo, la violación no es una perversión..., es casi una cosa normal. Una chica le calienta a un fulano hasta un punto en que éste no puede ya controlarse, y va gritando luego que la ha violado. La forma en que van vestidas esas chicas es casi una incitación a la violación. Un tipo puede interpretar mal las intenciones de una chavala que va por ahí ondulando las caderas. Se acaba excitando y luego ya no puede contenerse. ¿La culpa? ¡Los dos! Este no es un punto de vista muy popular últimamente, pero es la verdad. Llevo de policía bastante tiempo como para haber

visto cien casos así. Cuestión de poder, dicen. Por supuesto. Toda la vida guarda relación con el poder. Pero estos casos no fueron cometidos por ningún hombre normal. Mira, Miles, esas chicas no fueron objeto de ninguna forma de coito..., el médico encargado de su examen en el hospital estatal de Blundell, el doctor Hampton, no encontró ni rastro de semen. Fueron violadas por otros medios.

—¿Otros medios? —me pregunté, no muy seguro realmente de si quería oír más.

—Una botella. Una botella de «Coca-Cola». Encontramos una rota junto a Gwen Olson y junto a Jenny Strand. Con Strand fue utilizado también otro objeto. Un palo de escoba o algo así. Todavía lo estamos buscando en el campo que hay junto a la 93. Hubo también ciertas maniobras realizadas con un cuchillo. Y ambas habían sido brutalmente apaleadas antes de que empezara la verdadera diversión.

—Cristo —exclamé.

—Así que podría incluso ser una mujer, pero no parece muy probable. En primer lugar, no es fácil que una mujer tenga la fuerza necesaria, y, por otra parte, no resulta propio de una mujer, ¿verdad? —Sonrió desde su posición tras el sofá, inclinándose hacia delante, apoyado en los brazos—. Ahora sabes tanto como nosotros.

—No creerás realmente que Paul Kant hizo esas cosas, ¿verdad? Es imposible.

—¿Qué es imposible, Miles? Quizá lo hice yo. Quizá lo hiciste tú, o Duane. Paul no tiene nada que temer mientras permanezca en casa y no se meta en líos.

Se incorporó y entró en la cocina. Oí un ruido explosivo y gorgoteante, y comprendí que estaba haciendo gárgaras. Cuando volvió a la sala de estar, su uniforme estaba desabrochado, dejando al descubierto una camiseta sin mangas que se tensaba sobre su inmensa barriga.

—Necesitas dormir, Miles. Ten cuidado de no salirte de la carretera mientras regresas a casa. Ha sido una agradable velada. Nos conocemos mejor el uno al otro. Y, ahora, largo.

A través de las grandes lentes de aumento, los ojos de Tuta Sunderson parecían a punto de desorbitarse. Con gesto hosco, metió las manos en los bolsillos de su chaqueta gris de punto. Durante los tres días siguientes a mi conversación nocturna con *Oso Polar*, había llegado malhumorada cada mañana, moviéndose ruidosamente por la cocina, preparando en silencio mi desayuno, y se había dedicado luego a fregar la cocina y el baño mientras yo experimentaba con la colocación de los muebles. El viejo sofá de bambú y tela fue a la pared del fondo, a la izquierda de los pequeños estantes. La vitrina de cristal (yo la recordaba conteniendo Biblias y novelas de Lloyd C. Douglas) miraba a la habitación desde la pequeña pared existente junto a la puerta del porche; la única cosa parecida a una butaca se hallaba al otro lado de aquella puerta; pero las otras sillas y mesitas parecían demasiado

numerosas, imposibles de colocar..., ¿una mesa de patas finas y una rejilla para revistas? ¿Una silla con respaldo de mimbre? No estaba seguro de recordarlas en la habitación, y mucho menos dónde habían estado. Quizás otra media docena de pequeños muebles presentaban el mismo problema. Tuta Sunderson no podía ayudar.

—No estuvo siempre de la misma manera. No hay ninguna manera que sea la correcta.

—Piénselo. Trate de recordar.

—Creo que esa mesita estaba junto al sofá —accedió, no de muy buena gana, a decirme.

—¿Aquí? —La llevé bajo los estantes.

—No. Más afuera.

La empujé hacia delante.

—En el lugar de Duane, yo le habría hecho examinar la cabeza. El se gastó bastante en las rebajas de esos bonitos muebles. Cuando se lo contó a mi hijo, Red fue y me consiguió también varias gangas estupendas.

—Duane puede volver a llevar todo esto al sótano cuando yo me vaya. Esa mesa no tiene buen aspecto.

—A mí me parece bastante bien.

—Porque no entiende.

—Me parece que hay muchas cosas que no entiendo. No conseguirá escribir nunca su libro si se pasa todo el día haciendo esto.

—¿Por qué no me cambia las sábanas o algo? Si no puede ayudarme, al menos podría quitarse de en medio.

Su rostro pareció llenarse de agua, como un saco.

—Supongo que se ha dejado en Nueva York todos sus buenos modales, Miles.

Con eso, renunció visiblemente a mí por el momento y se volvió hacia la ventana.

—¿Cuánto tardarán en arreglarle el coche en la estación de servicio?

—Iré a ver dentro de unos días.

¿Se marchará entonces del valle? —inclinó la cabeza, mirando con atención hacia la carretera.

—No. *Oso Polar* quiere que me quede. Debe de estar aburrido de su compañía habitual.

—¿Son amigos usted y Galen?

—Somos como hermanos.

—Nunca había invitado a nadie a su casa. Galen hace una vida retraída. Es un hombre listo. Tengo entendido que ha ido usted en su coche de la Policía. Eso le dijeron a Red en Arden.

Moví una silla hasta un punto situado junto a la estufa de petróleo, y luego la aproximé a la puerta del dormitorio.

—Parece que no piensa más que en coches hoy.

—Tal vez sea porque acabo de ver a alguien pararse y dejarle algo en el buzón. No el cartero. Era un coche diferente. ¿Por qué no sale ahí afuera que hace calor y mira a ver lo que es?

—Buena idea —dije, y eché a andar hacia el porche.

Salí al sol. Durante los dos últimos días, Tuta Sunderson había dado en llevar jersey mientras trabajaba, en parte para irritarme con la anomalía de una chaqueta de punto en el caluroso tiempo estival, en parte porque la casa era realmente fría y húmeda: era como si penetrara en ella una heladora brisa procedente del bosque. Le oí decir a mi espalda, con voz lo bastante alta para que llegase a mis oídos:

—Otra carta de algún entusiasta.

Y eso es lo que al final resultó ser. Se trataba de una hoja de papel rayado arrancada de un cuaderno escolar en el que se leía, escrito en letras mayúsculas, *TE TENEMOS EN NUESTRO PUNTO DE MIRA*. Sí, una imagen familiar de las películas; casi sentía la cruz de la mirilla sobre mi pecho. Miré a lo largo de la carretera y, como esperaba, no vi nada. Luego, apoyé los brazos en el buzón, tratando de calmar mi respiración. Por dos veces en los dos últimos días había recibido silenciosas llamadas telefónicas que me llevaban desde mi nuevo proyecto a un sonido de apagada respiración en la que podía oler a cebollas, queso, cerveza. Tuta Sunderson decía que la gente hablaba, y yo podía suponer que circulaban rumores acerca de la desaparición de la muchacha polaca. La propia actitud de Tuta, más abrasiva desde mi «intento de suicidio», mostraba que ella había escuchado esos rumores: cuando, al poco, rechazó mi observación sobre los modales de Red.

Mientras regresaba a la casa, pude verla atisbándome por la ventana. Cerré de golpe la puerta del porche, y ella se apresuró a dirigirse a los armarios y fingió quitar el polvo de los estantes.

—Supongo que no habrá reconocido el coche.

Se bambolearon sus flácidos brazos; su grupa osciló en comprensivo movimiento.

—No era del valle. Conozco a todos los coches de por aquí.

Me miró por encima del grueso hombro, muerta de ganas por saber qué había encontrado yo en el buzón.

—¿De qué color era?

—Estaba todo lleno de polvo. No pude verlo.

—¿Sabe, Mrs. Sunderson? —dije, hablando con lentitud para que ella no se perdiera ni una sola palabra—. Si fue su hijo o alguno de sus amigos quien vino aquí aquella noche y abrió la llave del gas, se trataba de un intento de asesinato. La ley es inflexible con esa clase de cosas.

Furiosa, desconcertada, se volvió.

— ¡Mi hijo no es ningún bribón!

—¿Así es como lo llamaría usted?

Se dio de nuevo la vuelta y empezó a quitar el polvo a los platos tan vigorosamente que los hizo chocar entre sí. Al cabo de unos momentos, se decidió a hablar, aunque no a mirarme a la cara.

—La gente dice que ha ocurrido algo más. Dicen que Galen Hovre va a cogerle pronto. Dicen que está allí sentado en su despacho, sabiendo mucho más de lo que dice. —Volvió fugazmente hacia mí sus desencajados ojos—. Y dicen que Paul Kant se está muriendo de hambre en la casa de su madre. Así que si ocurre de nuevo, la gente sabrá que estaba en casa y que él no lo hizo.

—Menudo día tienen —dije—. Se lo están pasando en grande. Les envidio.

Meneó la cabeza con aire irritado, y a mí me habría encantado seguir en ese plan, pero sonó el teléfono. Ella miró al aparato y, luego, me miró a mí, queriendo indicarme que no pensaba contestarlo.

Dejé la hoja de papel sobre la mesa y cogí el auricular.

—Diga.

Silencio, respiración, los olores a cebollas y a cervezas. No sé si realmente eran ésos los olores de quien llamaba o si eran sólo los que yo esperaba en alguien que hacía llamadas telefónicas anónimas. Tuta Sunderson se abalanzó sobre la hoja de papel.

—Miserable patán —dije al aparato—. Tienes estiércol donde deberías tener imaginación.

El que había llamado colgó; me eché a reír de ello y de la expresión del rostro de Tuta Sunderson. Volvió a dejar la nota sobre la mesa. Estaba sorprendido. Reí de nuevo, notando en la garganta el sabor de algo negro y agrio.

Cuando oí cerrarse la puerta del porche esperé hasta que la vi caminando trabajosamente por la carretera, con la chaqueta de punto al brazo y el bolso balanceándose al extremo de su correa. Al cabo de un rato, desapareció del marco visual que me daba la ventana, forcejeando al sol como un escarabajo blanco. Dejé el lápiz y cerré el diario. De pie en el frío porche, miré hacia el bosque..., todo estaba inmóvil, como si la vida se detuviese cuando el sol estaba tan alto. Un ruido me indicó que no era así: carretera abajo, fuera de mi vista, el tractor de Duane hacía llegar el sonido de su motor desde el lejano campo, los pájaros se decían cosas unos a otros. Bajé por las rodadas del camino, crucé la carretera y salté la cuneta.

Al otro lado del riachuelo, podía oír los grillos y los saltamontes y los minúsculos seres que zumbaban entre la hierba. Subí por la bifurcada colina; se elevaron los cuervos de entre la alfalfa, graznando, sus cuerpos como proyectiles, como cenizas en el aire. Me resbalaba el sudor sobre las cejas, y sentía la camisa adherírseme, pegajosa, a los costados. Bajé la hondonada y luego empecé a subir de nuevo, caminando hacia los árboles.

Aquí era adonde ella me había conducido dos veces. Trinaban los pájaros,

volando veloces por entre las altas ramas. La luz se derramaba de esa forma especial con que sólo lo hace en los bosques y en las catedrales. Vi cómo una ardilla gris saltaba a una rama delgada, la doblaba bajo su peso y pasaba luego a otra rama más baja y gruesa como un hombre saliendo de un ascensor. Cuando el suelo empezó a cambiar empezaron a cambiar también los árboles; yo caminaba sobre una esponjosa alfombra gris por entre robles y olmos; bordeaba pinos y coníferas y sentía resbalar finas agujas pardas bajo los pies. Como cuando yacía tendido en el pulimentado suelo, avancé con dificultad por entre altos helechos. Las bayas se estrujaban contra mis pantalones. El tronco de un roble fulminado por el rayo, astillado y hendido, yacía atravesado en mi camino, y salté sobre él, sintiendo la blandura de la madera en putrefacción. Verdes filamentos se enredaron en los ojetes de mis botas.

Avanzando como lo había hecho en sueños aquella noche, pasé ante los gruesos árboles hasta que vi el lugar en que parecían apiñarse como una muchedumbre en torno al escenario de un accidente: me deslicé por una abertura y llegué al claro. La luz del sol, después del filtro de la red de hojas, parecía violentamente amarilla e intensa, leonina, llena de inhumana energía. Las altas hierbas se inclinaban bajo su propio peso. Vibraban los insectos sobre el claro con uniforme sonido rechinante.

En el centro, en el lugar quemado, las cenizas mostraban un núcleo todavía rojo, como las cenizas del viejo fogón de leña de Rinn. Poseía el calor de Alison. Galen Hovre estaba equivocado sobre Duane y mi prima. O Duane había mentido todos aquellos años.

Curiosamente, quizá predeciblemente, cuando yo había soñado que entraba en el bosque, el viaje había tenido una realidad directa, palpable, y cuando realmente estaba allí me daba la impresión de hallarme soñando. Pensé, casi temiéndolo, que experimentaría una mayor proximidad a Alison Greening si me acercaba al claro en que, en mi ensoñación, había visto su terrible aparición; aquel espacio era suyo, y yo pensaba en él como la fuente del frío que penetraba en la vieja granja. Si existe otro mundo, un mundo de Espíritu, ¿quién puede decir que su contacto no puede hacernos estremecer hasta lo más íntimo, que su calor no puede llegar hasta nosotros como el frío del agua de la presa? Pero, aparte de aquella visión de pesadilla de Alison como una criatura hecha de hojas y corteza de árbol, los medios indirectos me acercaban más a ella, la evocaban más satisfactoriamente que una búsqueda directa a través del bosque y el claro. Yo había empezado a escribir una especie de memorias, tarea que ella había motivado (recordaba un día de verano en que subimos a la colina situada al otro lado del valle y, provistos de palas, buscábamos tumbas indias, en que ella me dijo que iba a ser pintora y que yo sería escritor), y eso parecía unirnos más aún, ya que —al nivel más evidente— significaba que pensaba en ella más de lo que en otro caso habría pensado. Ella era el tema de lo que yo escribía. Era como si yo la fuera desgranando frase a frase. Y luego, una mañana, después de soportar un

desayuno presidido por una Tuta Sunderson que había aceptado de mí siete billetes de dólar y, luego, me había devuelto en silencio dos de ellos como si representaran una propuesta inmoral, yo había conducido el «Nash» por el puente de la carretera 35 sobre el Mississippi —un maravilloso paisaje americano, esas islas mostrando sus boscosos lomos como verdes búfalos en las pardas aguas del río— hasta Winona, Minnesota. en busca de los discos necesarios para crear el ambiente evocador de Alison. Los álbumes de discos de los años 50 son ejemplares muy raros. Un primer vistazo a las estanterías de una tienda de discos de Winona no reveló ninguno, pero luego vi el letrero que anunciaba el departamento de segunda mano en el piso bajo, y descendí a un sótano iluminado por una sola bombilla para examinar caja tras caja de álbumes de gastadas fundas y arrugados lomos. Rodeados de viejas obras de Perry Como y Roy Acuff y Roger Williams, dos discos resplandecían como el oro, y lancé un gruñido de aprobación tan sonoro que el dueño apareció en lo alto de la escalera para preguntarme si todo iba bien. Uno era un viejo disco de Dave Brubeck que, según recordaba, Alison me había dicho que le encantaba (*Jazz en Oberlin*) y el otro..., bueno, el otro era un verdadero hallazgo. Era el álbum del cuarteto Gerry Mulligan editado en Pacific que Alison me había instado a que comprase, el que tenía la portada pintada por Keith Finch. Encontrar ese disco era como encontrar un mensaje de ella garrapeado en una página de mi manuscrito. Era el disco que evocaba a Alison por encima de todos los demás, el predilecto de ella. El dueño de la tienda me cobró cinco dólares por los dos discos, pero yo le habría pagado veinte veces más. Al igual que lo que escribía, me acercaban más a Alison.

—¿Qué es eso que estás poniendo continuamente? —preguntó el *Hombre de Hojalata*. Estaba de pie en el porche el sábado por la noche, atisbando a través de la puerta—. ¿Es jazz?

Dejé el lápiz sobre el manuscrito y lo cerré. Me hallaba sentado en el viejo sofá de la planta baja, y las lámparas de queroseno derramaban un mortecino resplandor anaranjado que suavizaba sus facciones, desdibujadas ya por la malla metálica de la puerta. Llevaba camisa y pantalones de algodón, y bajo aquella suave luz parecía más femenina de lo que yo le había visto nunca.

—Escucha —dijo—. No me importa. Quiero decir que papá está en Arden para no sé qué reunión. Red Sunderson le llamó justo antes de cenar. Todos los hombres están hablando de algo, Probablemente seguirán allí durante horas. El otro día te oí poner también ese disco. ¿Es ésa la clase de música que te gusta? ¿Puedo entrar?

Entró en la habitación y se sentó frente a mí en una mecedora de madera. Sus desnudos pies iban calzados con chanclos.

—Bueno. ¿Y qué es?

—¿Te gusta? —Tenía verdadera curiosidad.

Se encogió de hombros.

—¿No suenan todas igual?

—No.

—¿Qué instrumento es el que toca ahora?

—Una guitarra.

—¿Una guitarra? ¿Eso es una guitarra? Venga ya. Eso es..., una especie de trompeta. Un saxofón, ¿no?

—Sí. Es un saxofón barítono.

—Entonces, ¿por qué has dicho que era una guitarra?

Luego, sonrió, comprendiendo la broma.

Me encogí de hombros, correspondiendo a su sonrisa.

—Jo, Miles, menudo frío hace aquí.

—Es por la humedad.

—Sí. Oye, Miles, ¿es verdad que has robado en «Zumgo's»? El pastor Bertilsson anda diciendo a todo el mundo que lo hiciste.

—Entonces, lo habré hecho.

—No lo entiendo.

Paseó la vista por la habitación, meneando la cabeza y mascando chicle.

—Oye, ¿sabes que esta habitación tiene un aire estupendo así? Está igual que antes. Como cuando yo era pequeña y la bisabuela vivía todavía.

—Lo sé.

—Está muy bien —dijo, examinando todavía la habitación—. ¿No había más fotos? ¿Como algunas tuyas y de papá?

Cuando asentí, preguntó:

—¿Y dónde están?

—No las necesitaba.

Hizo sonar el chicle con un chasquido.

—No te entiendo, Miles. Eres realmente superextraño. A veces me recuerdas a Zack, y a veces no dices más que tonterías. ¿Cómo sabías dónde estaba todo?

—He tenido que trabajar en ello.

—Es como una especie de museo, ¿no? Quiero decir que casi parece como si fuera a aparecer la bisabuela.

—Probablemente no le gustaría la música.

Soltó una risita.

—Oye, ¿de verdad robaste en «Zumgo's»?

—¿Roba Zack?

—Claro. —Abrió de par en par sus azules ojos—. Continuamente. Dice que hay que liberar cosas. Y dice que, si puedes arramblar con cosas sin que te cojan, entonces tienes derecho a ellas.

—¿Dónde roba?

—En los sitios en que trabaja. Ya sabes. Cosas de las casas de la gente, de la gasolinera... ¿Quieres decir que tú eres profesor de universidad y todo, y robas cosas?

—Si tú lo dices.

—Ya comprendo por qué le caes bien a Zack. Eso le encantaría. Un tipo

importante del sistema desvalijando tiendas. Cree que podría confiar en ti.

—Creo realmente que eres demasiado buena para Zack —dije.

—Te equivocas, Miles. No conoces a Zack. No sabes qué cosas le interesan.

Se inclinó hacia delante, apoyando cada mano en el hombro opuesto. El gesto era sorprendentemente femenino.

—¿Sobre qué es la reunión de Arden? ¿Ésa a la que han ido tu padre y Red?

—¿Y a quién le importa? Escucha, Miles, ¿vas a ir mañana a la iglesia?

—Claro que no. Debo pensar en mi reputación.

—Entonces procura no emborracharte otra vez esta noche, eh? Tenemos un plan. Vamos a llevarte a un sitio.

Fragmento de la declaración de Tuta Sunderson:

18 de julio

Bueno, lo que mi chico pensaba era que había alguna especie de tapadera. Esa es la palabra que utilizó Galen Hovre, le guste o no. Tapadera. Claro que no la había, ahora lo sabemos, pero mira lo que teníamos entonces..., ¡nada! Después de aquellos dos asesinatos, allí está el pobre Paul Kant escondido en la casa de su madre, y allí está Miles revolviendo en casa de su abuela y yendo por ahí en coches de la Policía y quién sabe qué, convirtiendo esa casa en algo que Duane no quería, y la gente pensando que había que hacer algo. Y todos pensábamos que usted nos estaba ocultando algo. ¡Y así era!

El caso es que uno de los amigos de Red tuvo la idea del coche, y Red le dijo, vamos a esperar basta saber con seguridad qué está pasando y vamos a celebrar una reunión general para hablar de ello. Todos los hombres. Estar juntos, ¿comprende? Para ir encajando los rumores.

Así que se reunieron en la parte trasera del «Angler's». Red dice que eran 34 hombres en total. Todos miraban a Red, porque era él quien había encontrado a Jenny Strand. Bueno, ¿quién ha oído algo?, dice Red. Vamos a contarlo todo para ver lo que sacamos en limpio y dejarnos de chismorreos. Pues resulta que algunos de los hombres habían oído que la Policía estaba encima de alguna pista. Creo que alguno de los agentes le había dicho algo a su novia. Algo así. No digo que fuese eso, ¿eh? Así que uno de los hombres va y dice a ver quién sabía de alguien que se estuviera manteniendo apartado..., sin hacer su vida normal.

Y alguien dice, Román Michalski no ha ido a trabajar esta semana.

¿Enfermo?, preguntan.

No, nadie ha oído que esté enfermo. Está sólo escondido. Él y su mujer.

Y hablando de gente escondida. Yo podría haberles hablado de Miles. Ya lo creo. Se instaló allí después de haber puesto todos los muebles como él quería, como los había tenido su abuela. Y allí estaba metido en aquella vieja y húmeda

casa, bebiendo hasta caerse redondo todas las noches y poniendo esos estúpidos discos todo el día. Parecía como si estuviese continuamente en trance o algo así. Un hombrachón como él y parecía que fuera a pegar un bote si se le dirigía la palabra. ¡Y su lenguaje! Oh, él sabía que no iba a conseguir nada.

Cuando descubrí que había tenido una chica en su cama se lo dije inmediatamente a Red.

De todos modos, como sabe, el lunes por la noche algunos de los hombres le hicieron una visita a Román Michalski.

El domingo por la mañana, después de ducharme, subí al piso alto y me ceñí el albornoz mientras examinaba mis ropas. La señora Sunderson había lavado sin decir nada mis embarrados pantalones y mi camisa y los había dejado doblados encima de la cómoda.

Los pantalones tenían un agujero en una pernera; su vista despertó en mí molestos recuerdos de mi recorrido por el bosque; me aliviaba el hecho de haber vuelto al claro y no haber encontrado más que los restos de una fogata de excursionista. Palpé el agujero del pantalón y, luego, retiré la mano. Recordé una parte del consejo que me había dado *Oso Polar* y me acerqué dubitativo al armario en que había puesto el único traje que había llevado allá. Eran las siete y media; tenía el tiempo justo para vestirme e ir al servicio religioso. Había que hacerlo adecuadamente, debía vestirme correctamente, no podía mostrar nerviosismo, mi actitud debía proclamar mi inocencia. Sólo pensar en ello, mientras miraba el traje guardado en el armario, me puso nervioso. Si no vas, eres como Paul Kant, declaró una voz en mi mente.

Cogí el traje de la percha y empecé a vestirme. Por una razón sin duda estrechamente relacionada con la vanidad, al hacer mi equipaje en Nueva York había metido, juntamente con las prendas apropiadas, para la granja, las prendas más costosas que tenía..., zapatos de ochenta dólares, un traje a rayas de Brooks, varias de las camisas a medida que Joan, irónica ella, había encargado una vez como regalo de Navidad. Ciertamente, yo no había previsto que las llevaría a la iglesia luterana de Getsemaní. Tras anudarme una reluciente corbata y ponerme la chaqueta, me miré en el espejo del dormitorio. Parecía más un abogado de Wall Street que un académico frustrado o un sospechoso de asesinato. Parecía inocente, noble y lisonjero y próspero. Una criatura para la obra del Señor, un hombre que murmuraba distraídamente una oración mientras trataba de lograr un hoyo difícil en el golf.

Al salir de la casa me deslicé en el bolsillo de la chaqueta el ejemplar de *Ella*: una brizna de Alison como compañía.

Detuve el «Nash» en la zona de aparcamiento existente delante de la iglesia y salí al ardiente sol y empecé a caminar sobre la blanca y rechinante grava en dirección a las escaleras de la iglesia. Como hacían todos los domingos, los hombres

permanecían de pie en los anchos escalones superiores y en el piso de cemento, fumando. Los recordaba allí, hablando y fumando, cuando era niño; pero aquellos hombres habían sido los padres y los tíos de éstos, y habían vestido oscuros y mal cortados trajes de sarga y algodón. Como la generación anterior, estos hombres mostraban los emblemas de su profesión, las pesadas manos de enormes y rígidos pulgares y las blancas frentes sobre rostros quemados por el sol, pero el de Duane era el único traje entre ellos. Los demás llevaban camisas deportivas y pantalones cómodos. Caminando hacia ellos, me sentí excesivamente vestido y urbano.

Uno de ellos se fijó en mí, y su cigarrillo se detuvo en medio del arco que describía hacia su boca. Le murmuró algo al hombre que estaba a su lado, y pude leer las tres sílabas de Teagarden en sus labios.

Cuando llegué al camino de cemento que conducía a las escaleras de la iglesia, reconocí aquí y allá algún rostro y saludé al primero de ellos.

—Buenos días, Mr. Korte —dije a un hombre rechoncho con cara de bulldog, pelo cortado al rape y gruesas gafas negras. Bud Korte poseía una granja a dos o tres kilómetros de distancia, valle abajo, de la granja Updahl. Él y mi padre habían solido ir a pescar juntos.

—Miles —dijo, y apartó bruscamente los ojos hacia el cigarrillo que sujetaba entre dos dedos del tamaño de unos plátanos pequeños—. ¿Qué tal? —Estaba tan azorado como un obispo al que acabara de saludar confiadamente una prostituta—. Había oído que habías vuelto.

Volvió a apartar los ojos y los posó con alivio en Dave Eberud, otro granjero al que reconocí, que con su camisa a rayas horizontales y sus pantalones a cuadros parecía que su madre le había vestido con demasiada prisa. La cara de tortuga de Eberud, vuelta levemente en nuestra dirección, se proyectó hacia delante.

—Tengo que hablar con Dave —dijo Bud Korte, y me dejó examinando el brillo de mis zapatos.

Duane, con su traje cruzado y la chaqueta desabrochada, lo que dejaba al descubierto unos anchos tirantes rojos, se hallaba hacia la mitad de la escalera de la iglesia; su postura, con un pie agresivamente plantado en un peldaño superior y los hombros echados hacia delante, indicaba con claridad que no quería reconocermé, pero yo me dirigí hacia él, pasando por entre hombres que se apartaban al verme.

Cuando empecé a subir los escalones pude oír su voz.

—...la última subasta. ¿Cómo voy a esperar? Si la carne baja a menos de 27 la libra, estoy perdido. No puedo producir por mí mismo la totalidad de mi propio pienso, ni aun ahora con esa nueva tierra, y ese viejo M se está cayendo a pedazos.

A su lado estaba Red Sunderson, que me miró, sin molestarse siquiera en fingir que escuchaba las lamentaciones de Duane. A la luz del sol Sunderson parecía más joven y más duro de lo que parecía de noche. Su rostro era una masa de quebrados ángulos.

Dijo:

—Estamos muy elegantes hoy, Miles.

Duane me miró con aire irritado y movió la pierna que tenía levantada sobre el escalón superior. La parte de su rostro quemado por el sol tenía un color extrañamente rojo.

—Pensaba que podríamos verte aquí alguna vez.

Pero ya es demasiado tarde, decía su tono.

—He dicho que estamos muy elegantes hoy.

—Es todo lo que he traído, aparte de los vaqueros —dije.

—Madre dice que ya has terminado de jugar con esos muebles viejos.

Duane chasqueó los labios con disgusto. Detrás de mí, un hombre hizo una sibilante inspiración, como una risa secreta.

—¿Qué es un viejo M? —pregunté.

El rostro de Duane adquirió una tonalidad más intensa de rojo.

—Un maldito tractor, un maldito tractor con una caja de cambios hecha polvo, si quieres saberlo. Y ya que estás destrozando mis muebles, quizá quieras encargarte también de mis tractores, eh?

—¿Has estado en el bosque últimamente, Teagarden? —preguntó Red Sunderson—. ¿Ha estado cogiendo algo en el bosque?

—¿Qué es eso del bosque? —preguntó mi primo.

Red continuó mirándome desde su anguloso rostro incongruentemente coronado por la redonda nariz de su madre.

Alguna señal tribal estaba atrayendo a los hombres hacia los escalones; al principio, pensé que venían hacia mí, pero cuando el primero se ladeó ligeramente y pasó de largo ante mí sin mirarme, comprendí que iban a empezar los servicios religiosos y que había que reunirse con las mujeres. Red se volvió como si no pudiera soportar seguir mirándome, y quedé con Duane, que tenía el rostro congestionado de ira.

—Tengo que hablar contigo sobre algo —dije—. Sobre Alison Greening.

Soltó una exclamación y dijo:

—No te sientes conmigo, Miles. —Y subió los escalones con sus amigos.

Pude oírles cuchichear cuando les seguí al interior de la iglesia. Ya fuera por comunicación directa o por telepatía, todos sabían que yo iba a ser el último en entrar en el edificio, y todas las mujeres estaban torciendo el cuello para mirarme. En varios de sus vulgares rostros campesinos divisé expresiones de horror. Duane tomó por el pasillo de la derecha. Yo fui por el de la izquierda, sudando ya dentro de mi traje.

Hacia la mitad de la nave, me deslicé en un banco y me senté. Podía sentir sus rostros señalándome, blancos y rojos, y examiné el familiar interior. Blanco y abovedado techo de madera, blancas paredes, cuatro vidrieras emplomadas a ambos lados con nombres noruegos al pie: a la memoria de Gunnar y Joron Gunderson, a la memoria de Einar y Florence Weverstad, a la memoria de Emma Jahr. Arriba, en el santuario de Bertilsson tras el altar, un enorme y sentimental cuadro de Jesús

ungiendo a san Juan. Un ave blanca, como una de las palomas del Ayuntamiento, revoloteaba sobre el pálido y simétrico rostro.

Cuando Bertilsson apareció por su puerta como la figura de un reloj alemán en la parte delantera de la iglesia, miró directamente hacia mí primero. La telepatía le había llegado a él también. Después, mucho levantarse y sentarse, muchas lecturas de respuestas, muchos cantos. Una mustia mujer de vestido púrpura proporcionaba un áspero y nada musical acompañamiento en un pequeño órgano. Bertilsson continuaba mirándome con expresión untuosa: parecía rebosar de una emoción generalizada. Sus orejas estaban muy rojas. Las otras cuatro o cinco personas de mi banco se habían ido alejando más y más de mí, aprovechando los movimientos de levantarse y sentarse para irse apartando unos centímetros cada vez.

Notaba la camisa como si fuera de papel y estuviera a punto de deshacerse; una mosca zumbaba airadamente, obsesivamente en algún lugar cerca del techo; cuando me recostaba, me sentía pegado a la madera del banco. Por encima de la madera del banco que tenía delante asomaba la estoica cara de un niño, mirándome con ojos apagados y la boca abierta. Una gota de saliva le colgaba del labio inferior.

Después de «Oh, Dios, ayuda nuestra en los tiempos pasados», Bertilsson nos hizo señas de que nos sentáramos, utilizando el gesto con el que su autor silencia los aplausos, y se dirigió al púlpito. Una vez allí, se sacó lentamente un pañuelo de la manga, se lo pasó por la reluciente frente y lo volvió a guardar. Dedicó también un rato a extraer de entre sus amplias vestiduras su fajo de notas. Durante todo este tiempo, me estuvo mirando directamente.

El texto de hoy —dijo, con voz relajada y confidencial— es Santiago, II, versículos 1 a 5: «Hermanos míos, no entre la acepción de personas en la fe que tenéis en nuestro Señor Jesucristo glorificado. Supongamos que entra en vuestra asamblea un hombre con un anillo de oro y un vestido espléndido, y entra también un hombre con un vestido sucio...»

Prescindí de sus palabras y dejé caer la cabeza hacia delante, deseando no haber seguido el consejo de *Ojo Polar*. ¿Podía salir algo bueno de esto? Me asaltó entonces la consciencia de que *Oso Polar* me había dicho algo mucho más importante..., un hecho que se relacionaba con otro hecho. Era como una espina en mi costado, acosándome. Traté de pasar mentalmente revista a las conversaciones que había tenido con Hovre, pero el sermón de Bertilsson turbaba mis reflexiones.

Se las había arreglado para meter al Buen Samaritano en Santiago, II, según observé, una verdadera hazaña incluso para alguien tan locuaz como Bertilsson. Al parecer, el samaritano no hacía acepción de personas.

—Pero esto funciona a la inversa, amigos míos.

Levanté la vista hacia su odiosa y reluciente cara de luna llena y gemí en silencio. Continuaba con los ojos fijos en mí.

—Sí, amigos míos, no debemos condenar al samaritano a no ver más que una sola cara de la moneda.

Cerré los ojos.

Bertilsson continuó hablando inexorablemente, y sólo sus pausas cuando trataba de encontrar la palabra adecuada me indicaban que estaba improvisando. Levanté la vista y le vi doblar sus notas, alineándolas inconscientemente en pulcros paquetes cuadrados de afilados bordes. El niño que estaba delante de mí dejó caer más aún su barbilla.

Comprendí entonces lo que Bertilsson iba a hacer y lo hizo mientras yo veía la malignidad fluir de los relucientes ojos y la vibrante voz.

—¿No hay entre nosotros uno de espléndido vestido, uno que no puede ocultar su angustia bajo sus ricos ropajes? ¿No hay entre nosotros uno que se halla necesitado del toque del samaritano? ¿Un hombre sufriente? Hermanos, tenemos con nosotros a un hombre dolorosamente turbado, que imagina que la vida no es un don de Dios, como nosotros sabemos que es. La vida de un gorrión, la vida de un niño, todas son preciosas para él. Hablo de un hombre cuya alma entera es un grito de dolor, un grito a Dios en súplica de liberación. Un hombre enfermo, hermanos míos, un hombre dolorosamente enfermo. Amigos míos, un hombre necesitado de nuestro amor cristiano...

Era insoportable. La mosca continuaba zumbando irritadamente contra el techo, queriendo salir. Me puse en pie, salí del banco y volví la espalda a Bertilsson. Podía oír la alegría latente en su voz, muy por debajo del mensaje de amor. Quería estar en el bosque, con las manos extendidas sobre el calor de unas brasas. Una mujer empezó a parlotear como un pájaro. Sentía la sacudida de sorpresa que bulló entre las blancas paredes. Bertilsson continuaba hablando, pidiendo mi sangre. Avancé por el pasillo lateral con la mayor rapidez que me fue posible. Al llegar a la gran puerta, la abrí y salí al exterior. Notaba cómo todos torcían el cuello, mirándome. Una visión de pez.

Crucé de nuevo sobre la grava hasta el pequeño y feo coche y emprendí el regreso bajo el ardiente sol. Me quité la chaqueta y la tiré en el asiento trasero. Quería estar desnudo, quería sentir las hojas y las agujas de pino bajo los pies. A la mitad del camino por la carretera del valle, empecé a gritar.

III

Mientras cruzaba el césped en dirección a la casa oí sonar el tocadiscos. Alguien había puesto la canción *Estoy empezando a ver la luz* del disco de Gerry Mulligan. Mi ira contra la inspiración de Bertilsson me abandonó en seguida: me sentía cansado, sudoroso, desorientado. El olor a tocino asado llegó hasta mí juntamente con el sonido de la trompeta de Chet Baker. Subí al porche y me sentí súbitamente más frío.

Alison Updahl, masticando algo y vestida con su uniforme, apareció en la puerta de la cocina. Su camiseta deportiva era de color azul pálido.

—¿Dónde estabas, Miles?

Pasé de largo ante ella. Cuando llegué al viejo sofá de bambú, me dejé caer en él, haciendo crujir sus juntas.

—¿Te importa que apague la música? No creo que pueda escucharla ahora.

—No te importará que yo...

Señaló hacia el tocadiscos y se encogió de hombros.

—No tiene importancia —respondí. Me incliné y levanté con dedos temblorosos el brazo del tocadiscos.

Eh, has estado en la iglesia —dijo ella, sonriendo. Había reparado en mi corbata y en mis rayados pantalones—. Me gustas con esa ropa. Te da un aire distinguido y anticuado. ¿Pero no es pronto para que haya terminado el servicio?

—Sí.

—¿Y para qué has ido allá? No creo que quieran verte allí.

Asentí con la cabeza.

—Piensan que intentaste suicidarte.

—No es eso todo lo que piensan.

—No les dejes que te fastidien. Tú y el viejo Hovre estáis en buenas relaciones, ¿verdad? ¿No te invitó a su casa?

El telégrafo de la selva.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo he dicho yo?

—Todo el mundo lo sabe, Miles —Volví a recostarme en el sofá—. Eh, eso no significa nada. No realmente. Es sólo que hablan —Estaba tratando de animarme—. No significa absolutamente nada.

—Está bien —dije—. Gracias por el pensamiento positivo. ¿Has venido sólo para darme los discos?

—Ibas a reunirte conmigo, ¿recuerdas?

Echó hacia atrás los hombros, sonriéndome, y se puso las manos en los riñones. Si el vestido que llevaba tenía costuras, se estaba estirando. Su olor a sangre permanecía suspendido entre nosotros, sin aumentar ni disminuir.

—Ven. Vamos a una aventura. Zack quiere hablar contigo.

—Las mujeres harían grandes generales —dije, y la seguí afuera.

Minutos después, pasábamos en el coche por delante de la iglesia. Llegaba hasta la carretera el sonido de los cantos. Ella miró los coches aparcados, miró a la iglesia y, luego, se volvió hacia mí, con una expresión de verdadero asombro.

—¿Te has salido antes de terminar? ¿Te has marchado?

—¿Tú qué crees?

—¿Delante de todo el mundo? ¿Te han visto?

—Todos y cada uno de ellos. —Me aflojé el nudo de la corbata.

Ella se echó a reír.

—Eres un verdadero *cowboy*, Miles.

Rió de nuevo. Era un sonido agradable, humano.

—Vuestro pastor parece pensar que soy un asesino sexual. Estaba clamando por que me apresaran.

Su buen humor se extinguió pronto.

—No, tú no —dijo, casi en un susurro.

Recogió las piernas bajo el cuerpo y permaneció un largo rato en silencio.

—¿Adonde vamos?

—A uno de nuestros sitios —Su voz era inexpresiva—. No deberías haberte marchado. Eso sólo les hace pensar que estás intentando engañarles de alguna manera.

Era mejor consejo que el de *Oso Polar*, pero era demasiado tarde. Se dejó resbalar en el asiento hasta apoyar la cabeza sobre mi hombro.

Yo había experimentado demasiadas y rápidas variaciones de sentimientos y de emociones, y este gesto casi me hizo llorar. Su cabeza permaneció apoyada en mi hombro mientras rodábamos hacia Arden a través de las empinadas colinas calcinadas por el sol. Yo estaba deseando verla entrar en «Freebo's» como si bajo sus pies, calzados con sandalias, no hubiera tablas de madera, sino una alfombra roja. Esta vez, pensé, ambos necesitaríamos una misteriosa protección de «quien era Zack» para entrar en «Freebo's».

Pero no era a «Freebo's» adonde me llevaba. A un poco menos de dos kilómetros de Arden, nos aproximamos al punto en que arrancaba un camino de tierra aplastada en el que yo no había querido fijarme, y ella se enderezó y dijo:

—Frena.

La miré. Tenía la cabeza vuelta, mostrando un romo perfil bajo el rubio mechón de pelo.

—Para aquí.

Detuve el «Nash».

—¿Por qué aquí?

—Porque aquí nunca viene nadie. ¿Qué tiene de malo este sitio?

Lo tenía todo de malo. Era el peor sitio del mundo.

—Yo no voy a subir ahí —dije.

—¿Por qué? Es sólo la vieja presa Pohlson. No tiene nada de particular.
Me miró, con cara de concentración.
—Oh, ya sé por qué. Porque ahí es donde murió mi tía Alison. Aquella cuyo nombre me pusieron después.
Yo estaba sudando.
—Son de ella esas fotos que tienes en tu cuarto de trabajo, verdad? ¿Crees que yo me parezco a ella?
—No —dije en voz baja—. No realmente.
—Era mala, ¿verdad?
Percibí de nuevo su acaloramiento, exhalando aquel olor. Detuve el coche.
Alison dijo:
—Ella era como tú. Era demasiado rara para la gente de por aquí.
—Supongo.
Yo estaba reflexionando.
—¿Estás en trance o algo? —Me dio un golpecito en el hombro—. Despierta. Tuerce por el camino.
—Quiero hacer una prueba. Un experimento.
Le dije lo que quería que hiciese.
—¿Prometes subir después? ¿No te largarás? ¿No es un truco?
—Prometo subir después —dije—. Te daré cinco minutos.
Me incliné y abrí la portezuela de su lado. Ella cruzó la desierta carretera y empezó a subir por el camino de la presa.

Durante dos o tres minutos esperé en el calor del coche, mirando sin ver a lo largo de la carretera. Entró una avispa por la ventanilla y se golpeó varias veces contra el parabrisas antes de enfurecerse y acabar saliendo por casualidad por la ventanilla del otro lado. A mucha distancia carretera abajo, una granja de pollos ocupaba los campos a la izquierda, y blancas motitas, que eran los pollos, se movían a sacudidas sobre la verde extensión, bajo el sol. Levanté la vista hacia un liso cielo azul. Sólo se oía el trinar de un pájaro.

Cuando salí del coche y quedé de pie sobre el pegajoso asfalto de la carretera me pareció oír una débil voz llamando; si era una voz, parecía indistinguible del paisaje, procedente de ningún punto en particular; podría haber sido un soplo de brisa. Monté de nuevo en el coche y subí por el camino hasta la presa.

El día en que volví a la granja Updahl había esperado experimentar una viva emoción, pero no había sido así; en cambio, el acto de salir al terrible calor de la herbosa zona próxima a la presa me causó un impacto sólo a medias anticipado. Me afiancé en el presente, apoyando la palma de la mano en el achicharrante metal del techo del «Nash». Todo parecía casi igual. La hierba era más oscura, debido al seco calor del verano, y las dispersas rocas que asomaban en el suelo parecían más

dentadas y prominentes. Vi el mismo espacio liso y gris donde habían estado los barracones de los obreros. La cortina de matorrales sobre la propia presa se había tornado menos tupida, las pequeñas hojas semejaban breves pinceladas secas y oscuras. Entre ellos y mi coche se hallaba detenida una polvorienta furgoneta negra. Retiré la mano del ardiente metal del coche y caminé por el sendero que llevaba entre los matorrales hasta los rocosos escalones que bajaban hacia el borde de la presa.

Estaban los dos allí. Alison se hallaba sentada con los pies en el agua, mirándome con expectante curiosidad. Zack, con un signo de exclamación blanco en su traje de baño negro, sonreía, chasqueando los dedos.

—Es el hombre —dijo—. Es mi principal hombre.

—¿Has gritado?

Zack soltó una risita.

—Puf —exclamó con un chasquear de dedos.

—¿Qué si he gritado? ¡Con toda mi alma!

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de minutos. ¿No me has oído?

—Creo que no —respondí—. ¿Has gritado todo lo fuerte que podías?

—Estoy prácticamente ronca —contestó ella—. Si hubiera seguido gritando, me habría roto algo.

Zack dobló las piernas y se sentó sobre el negro montón de su ropa.

—Es la verdad. Ha vociferado realmente. ¿Y a qué viene todo esto? ¿Qué te propones?

—Solamente descubrir una vieja mentira —dije.

—Estás demasiado aferrado al pasado, Miles. —Su sonrisa se hizo más intensa—. Cristo, vaya ropa que traes. ¿Qué clase de ropa es ésa para ir a nadar?

—No sabía que iba a nadar.

—¿Qué otra cosa se hace en una presa?

Me senté con las piernas por delante sobre la caliente roca. Miré hacia los matorrales, por encima de mí. Allí habrían estado escondidos, esperando a saltar. Allí era donde habían estado. Sentía deseos de estar en cualquier otro lugar que no fuera aquél. Podía oler el agua, y era el olor de Alison.

Llevo veinte años fuera de aquí —dije—. No sé qué hacéis aquí.

Es un sitio estupendo para madurar ideas —dijo Zack, tendido al sol.

Las costillas se le marcaban como varillas bajo la piel, y sus brazos y piernas eran flacos y cubiertos de un poco tupido vello negro. Su cuerpo parecía obsceno, delgado. Bajo la negra franja del traje de baño resaltaba un prominente bulto sexual.

—He pensado que había llegado el momento de que nos volviéramos a ver —Habla como un general llamando a su ayudante—. Tenía que darte las gracias por los libros.

—Me parece muy bien —dije.

Me quité la corbata y la tiré, así como la chaqueta que había llevado al brazo.

Luego, me saqué la camisa de los pantalones y me la desabroché hasta la mitad para dejar entrar el aire.

—Miles ha ido a la iglesia —dijo Alison desde el borde de la presa—. El viejo Bertilsson ha vuelto a predicar sobre él.

—Ja, ja, ja! —rió estrepitosamente Zack—. Ese viejo imbécil. Debería estar haciendo florecitas de papel, ¿verdad? Odio a ese gruñón. O sea que piensa que eres el *Merodeador Enmascarado*, ¿eh?

—¿Has traído toallas? —preguntó Alison.

—¿Eh? Claro que he traído toallas. No se puede ir a nadar sin toallas. He traído tres.

Zack rodó sobre su vientre y me examinó.

—¿Es verdad? ¿No tengo razón?

—Más o menos.

Hacía demasiado calor para mis pesados zapatos, me desabroché y me los quité.

El *Hombre de Hojalata* dijo:

—Bueno, si has traído toallas, yo me voy a bañar. Me duele la garganta de tanto gritar.

Miró por encima del hombro a Zack, que agitó indulgentemente la mano en un gesto de «haz lo que quieras».

—Voy a hacerlo a pelo —dijo ella, y me miró.

Aún no había superado sus deseos de sorprender.

—No puedes asustarle, es el *Merodeador Enmascarado* —dijo Zack.

Ella se puso en pie, enojada, dejando en la piedra las oscuras huellas de sus arqueados pies, y se sacó por la cabeza la camisa azul. Sus senos colgaban, grandes y sonrosados, contra su pecho.

Se quitó con movimientos bruscos los pantalones, dejando al descubierto la totalidad de su menudo y bien moldeado cuerpo.

—Si eres el *Merodeador Enmascarado*, ¿no has estado muy ocupado últimamente? —preguntó Zack.

Miré a Alison, que se dirigió al borde de la presa y se detuvo allí, juzgando el agua unos momentos. Quería apartarse de nosotros.

—Eso no tiene ninguna gracia —dije.

Ella levantó los brazos y, luego, utilizó los músculos de las piernas para saltar al agua en limpia zambullida. Cuando su cabeza rompió la superficie del agua, empezó a nadar a braza a través de la presa.

—Bueno, ¿y qué te parece ese tipo?

—¿Qué tipo? —Se me tornó confusa la mente por un momento, y pensé que se refería a Alison Updahl.

—El asesino.

Estaba echado de costado, con una expresión alegre. Parecía rebosante de

entusiasmo, como si borbotearan numerosos secretos en su interior. Sus ojos, muy grandes ya, parecían ser todo pupilas.

—Me encanta el tío. Ha hecho algo más, ¿sabes?, algo que la mayoría de la gente no sabe todavía.

—¿Eh?

Si eso era conocido por mucha gente, había fracasado la estrategia de *Oso Polar*.

—¿No aprecias la belleza de eso? Hombre, ese D.H. Lawrence sí la habría apreciado. El tipo que escribió esos libros. Hay mucho en ellos.

—No creo que Lawrence simpatizara jamás con asesinos sexuales.

—¿Estás seguro? ¿Estás realmente seguro? ¿Y si un asesino estuviese del lado de la vida? ¿Eh? Le he echado un vistazo a ese libro *Mujeres enamoradas...*, no lo he leído todo, sólo las partes que tienes subrayadas. Quería conocerte mejor.

—Oh, sí. —Era una idea terrible.

—¿No habla de escarabajos? Dice que algunas personas son escarabajos. ¿Quién debe morir? Tienes que vivir conforme a tus ideas, ¿no? Mira la idea del dolor. El dolor es un instrumento. El dolor es un instrumento para la liberación.

—¿Por qué no dejáis de hablar y venís a nadar? —llamó Alison desde el centro de la presa. Yo tenía el rostro cubierto de sudor.

Los negros ojos de Zack me miraban fijamente, sin parpadear.

—Quítate la camisa —dijo.

—Creo que lo voy a hacer —dije, terminé de desabrochármela y la dejé caer encima de mi chaqueta.

—¿No crees que se debe matar a los individuos que no son más que estúpidos escarabajos? Por eso es por lo que admiro a ese tipo. El va y lo hace.

Habíamos dejado a Lawrence muy atrás, pero yo sólo quería dejarle divagar para que terminase antes.

—¿Ha habido otro? ¿Otro asesinato?

—No lo sé, pero dime una cosa. ¿Por qué iba a parar?

Asentí con la cabeza. De pronto, todo lo que quería era estar en el agua, sentir de nuevo a mi alrededor las frías aguas de la presa.

—Quizá mi parte favorita del libro es lo de la hermandad de sangre —dijo Zack—. Me encanta esa parte de la lucha entre dos hombres desnudos. Tú la tienes subrayada casi entera.

—Es posible —dije, pero él había cambiado de nuevo.

—El es libre, ¿sabes?, quienquiera que sea ese tipo es totalmente libre. Nadie le va a parar. Él ha abandonado todas las viejas represiones. Y si pensara que alguien se iba a interponer en su camino, bang, se desharía de él.

Esta conversación me estaba recordando penosamente la tarde que había pasado con Paul Kant; era incluso peor. Donde Paul Kant se había mostrado apagado y reprimido, este flaco muchacho se manifestaba vibrante de convicción.

—Como le hizo Hitler a Roehm. Roehm se interpuso en su camino, y él le

aplastó, simplemente, con el pie. La noche de los Cuchillos Largos. Bang. Otro escarabajo muerto. ¿No ves la belleza que hay en eso?

—No —dije—. No hay ninguna.

Tenía que alejarme de él, y cuando Alison volvió a gritarnos, dije:

—Hace demasiado calor para esto. Creo que voy a nadar un poco.

—¿Vas a bañarte a pelo? —Sus vehementes ojos me miraban despreciativamente.

—¿Por qué no? —dije irritado, y me despojé del resto de mis ropas.

Zack se puso en pie cuando lo hice y se quitó su escueto traje de baño negro. Nos lanzamos juntos al agua. Yo sentía, más que veía, al *Hombre de Hojalata* mirándonos desde el centro de la presa.

El agua me golpeó como una sacudida eléctrica. El recuerdo de la última vez que había estado en la presa me golpeó también, con mucha más fuerza, y me pareció verla tal como la había visto entonces, fulgurantes sus manos y sus pies. Luego, me di cuenta de que no era *mi* Alison, sino la hija de mi primo, una forma femenina más adulta. Bajo el agua, moví vigorosamente las piernas, deseando experimentar el acceso de emoción lejos de los otros dos. Era como una tenaza en torno a mi pecho, y por un momento, huyendo de las piernas que colgaban en el agua, creí morir de emoción. Me latió violentamente el corazón, agité las piernas unos momentos más y, luego, emergí a la superficie, respirando ruidosamente.

El sonriente rostro de Zack estaba a un metro de distancia, con aire absurdamente joven bajo los chorreantes cabellos negros. Sus ojos parecían no tener esclerótica. Dijo algo inaudible, con voz estrangulada por su propio placer.

Luego lo repitió.

—Aquí es donde sucedió, ¿verdad, Miles? —exudaba un desbocado júbilo.

—¿Qué? —dije, con una helada sensación en el estómago.

—Tú y tía Alison. ¿Eh? —Sus labios se curvaron en una extraña sonrisa.

Di media vuelta y empecé a nadar con todas mis fuerzas hacia el borde de la presa. Su voz estaba llamando, pero no a mí.

El agua estaba siendo agitada detrás de mí. Ahora me estaba llamando.

—¿No hablas, eh? ¿No hablas, eh?

Su voz era estridente y brutal.

A un par de metros de la orilla, sentí que una mano me agarraba del tobillo. Cuando traté de liberarme golpeando por la pierna libre, otra mano me agarró de la pantorrilla, y fui estirado hacia atrás y hacia abajo. Mientras dos manos me agarraban las piernas, otras dos manos presionaban sobre mis hombros, y sentí un pesado cuerpo montado sobre mi espalda que empezaba a oprimirme el pecho. El cuerpo de arriba se inclinó hacia delante para rodearme el cuello con los brazos y unos blandos pechos se apretaron contra mí. Arqueé el cuerpo bajo el agua, pero ella me apretó con más fuerza, expulsando el resto del aire de mis pulmones. Juegos, pensé, y di unas brazadas, pensando que mi aliento duraría más que el de ella. Zack continuaba

agarrado a mis tobillos. Agité displicentemente las piernas, decidido a no darles la satisfacción de una lucha. Luego me di cuenta de que ella estaba lo bastante cerca de la superficie del agua como para sacar la cabeza y respirar, y un acceso de miedo me hizo luchar.

Me revolví violentamente, pero ella me obligó a sumergirme más profundamente en el túnel de agua. Las manos que me sujetaban las piernas soltaron su presa, y comprendí que también Zack estaba subiendo para respirar. Mi pecho pugnaba por inhalar aire. Apareció Zack ante mí bajo el agua, y levantó los brazos hacia mis hombros. Le lancé un puñetazo, pero el golpe quedó ridículamente amortiguado por el agua. El me clavó los dedos en los hombros y me sostuvo boca abajo en el agua. A caballo sobre mí, el *Hombre de Hojalata* apretaba y apretaba.

Si hubiera estado solamente con el *Hombre de Hojalata*, podría haberme desasido de ella, pero mientras Zack me sujetase los brazos no podía hacer más que forcejear, agravando mi problema de aire. Al irme debilitando, Zack se acercó más y me puso las manos en la cintura, haciéndome descender más aún. Me di cuenta, con sorpresa y horror, de que él estaba en erección cuando una carnosa porra me golpeó en la cadera.

Aspiré entonces una bocanada de agua ardiente, y comprendí que iban a matarme.

Luego, sus manos y sus brazos se apartaron, el peso de Alison se desplazó de mi espalda, y fui elevado a la superficie.

Agarré el borde rocoso de la presa, tosiendo penosamente. Un chorro de agua brotó de mi boca, como vomitada. Era imposible salir de la presa; me sostuve con mis débiles manos e incliné la cabeza sobre el hombro. Al cabo de un momento, pude izarme lo suficiente para que mis antebrazos reposaran sobre la ardiente piedra y apoyé en ellos la cabeza. Por entre los entornados ojos, sin reconocer realmente lo que veía, advertí que Zack emergía del agua y se dirigía a la roca con la flexibilidad de movimientos de una anguila. Luego, se inclinó para coger del brazo a la desnuda muchacha. Ese bastardo casi me mata, y eso le ha excitado sexualmente, pensé, y una emoción que era una mezcla de miedo y de ira me dio la energía para subir al reborde de piedra. Permanecí tendido al sol, estremeciéndome, notando en la piel la quemadura de la caliente roca.

Se sentó a mi lado. Vi sólo un delgado flanco con finos pelos negros sobre la blanca piel.

—Eh, Miles. ¿Estás bien?

Rodé sobre mí mismo, alejándome de él. La ardiente piedra me abrasaba. Cerré los ojos, tosiendo todavía. Cuando abrí los ojos, ambos estaban de pie ante mí, tapándome el sol. Sus siluetas se recortaban negras sobre el azul del cielo. Alison se arrodilló para cogerme la cabeza entre las manos.

—Déjame en paz —dije, y me aparté—. ¿Habíais planeado esto?

—Ha sido una broma, Miles —dijo él—. Estábamos jugando.

—El pobre Miles casi se ahoga —dijo con tono mimoso Alison, y se acercó y volvió a apretarse contra mí.

Me sentí envuelto en una fría y húmeda piel. Involuntariamente, miré a Zack.

—Lo siento, hombre —dijo, mientras se manipulaba distraídamente los testículos.

Aparté los ojos, y me encontré mirando los suaves pechos y el firme vientre de Alison.

—Dame una toalla —ordené, y Zack se dirigió hacia el montón de ropa.

Alison acercó más su rostro al mío.

—Es aquí donde sucedió, ¿verdad? Puedes contárselo a Zack. Podrías contarle cualquier cosa. Por eso es por lo que quería reunirse contigo aquí. Oyó hablar del asunto en «Freebo's». Por eso es por lo que sabe que le comprendes. Quiere que seáis hermanos. ¿No has oído lo que decía?

Luché por incorporarme, y al cabo de un momento ella me soltó. Zack se acercaba hacia mí con una toalla rosa en una mano. La otra mano sostenía una navaja abierta. Retrocedí.

Cuando Zack vio la expresión de mi cara, me echó la toalla dijo:

—Eh, hombre. Quiero quitarte la venda. Ya no te sirve del nada.

Tras anudarme la toalla en torno a la cintura, me miré la mano izquierda. Estaba envuelta en un empapado y flojo amasijo de gasa medio separada ya de la palma. Zack cogió mi mano en suya y, antes de que yo tuviera tiempo de retirarla, cortó limpiamente el montón de gasa y, luego, hizo lo mismo con la venda en un rápido movimiento.

Sobre la base de mi dedo pulgar había un rojizo triángulo de piel nueva, definido por una fina línea roja en los tres lados. Me lo toqué cautelosamente con rígidos dedos. La piel era muy fina, pero había curado. Zack tiró a los matorrales el empapado envoltorio de gasa y venda. Le miré, y sus ojos estaban entusiasmados y jubilosos. Su rostro era muy joven, enmarcado por su larga y suave cabellera de indio.

—Eres mi mejor amigo —dijo.

Extendió la palma de la mano izquierda, y se intensificó en mi mente la imagen de él como un indio flaco y de blanca tez. Estaba allí. huesudo, marcándosele las costillas bajo la piel, chorreando, moviéndose a un lado y a otro, resplandeciente. Sus caninos ojos estaban llenos de brillante luz.

—Te lo voy a demostrar, Miles. Podemos ser hermanos.

Levantó la navaja como un escalpelo y se dio deliberadamente un tajo en la palma de la mano izquierda. Luego, dejó caer la navaja y continuó con la palma extendida hacia mí, invitándome a que oprimiera la mía contra ella. Alison lanzó un grito cuando levantó la vista al oír el ruido de la navaja contra la piedra y vio gotear la sangre sobre la roca.

—¡Miles! —chilló—. ¡Ve a la furgoneta! ¡Trae las vendas! ¡Corre!

El rostro de Zack no varió lo más mínimo; continuaba envuelto en su resplandeciente luz.

—Tu lo hiciste —dije, empezando a comprender las dimensiones de lo que había visto—. Eres tú.

Zack permanecía mirándome con expresión radiante y una leve sonrisa. Para escapar a la luz de la sonrisa, eché a correr por delante de él, por delante del *Hombre de Hojalata* que se dirigía apresuradamente hacia Zack, y me precipité, descalzo y con la toalla aleteando, hacia la negra furgoneta.

Cuando estiré de la manilla de las puertas traseras y las abrí, algo que había estado apoyado contra una de ellas cayó sobre el polvo. Miré hacia abajo y vi una forma familiar que terminaba de rodar. Era una de las viejas botellas de «Coca-Cola».

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó ella, todavía desnuda y evaporada ya toda el agua que antes mojaba su cuerpo, a excepción de sus oscuros cabellos, mientras el ejemplar de *Ella* comenzaba a hundirse en el agua de la presa.

Yo notaba la presencia de Zack detrás de nosotros, de pie junto a su navaja sobre la caliente piedra, y me daba cuenta de que tenía demasiadas razones como para poder englobarlas en una sola respuesta. Yo estaba enviando una parte de Alison al lugar en que ella había muerto; me sentía furioso con cos dos y conmigo mismo por no saber cómo habérmelas con lo que había sospechado, pues la vista de la botella de «Coca-Cola» me había traído con toda claridad a la mente lo que me había contado *Oso Polar* Hovre; simplemente, me sentía lleno de ira y disgusto, y arrojar algo que yo estimaba era la forma más sencilla de expresar que había mirado al rostro de la condenación. Cuando subí a la trasera de la furgoneta, vi, brillando entre el revoltijo de piezas de repuesto, uno de los tallados pomos que yo había quitado de mi mesa.

—Apártate de él —dijo Zack—. Ally, lárgate de ahí echando leches.

—¿Por qué?

—No lo comprendes. Nadie lo comprende.

—Hazme caso, por favor —dije, muy consciente, pese a todo, del escultural cuerpo de la desnuda muchacha hacia la que me estaba inclinando.

Aquella noche y la siguiente soñé en que volvía al flotante horror azul, suspendido, muerto, más allá de toda posibilidad de ayuda o perdón. Era la presa, la implacable y profunda agua de la presa, el más grande pecado de mi vida, aquel ante el que más desvalido me había sentido, y el crimen mayor que conocía. El crimen por el que ella nunca podría perdonarme. Aun en sueños, creo que lloré y rechiné los dientes. Ellos habían estado allí, y yo no había sido capaz de expulsarlos, aquellos asesinos de su vida y de la mía. Era una culpa insondable. Solamente con su regreso

quedaría yo liberado. Dos veces me había sumergido en las frías aguas de la presa, dos veces había respirado en ellas y ambas veces había emergido vivo: también eso era un crimen ya que ella no lo logró.

El domingo por la noche desperté con angustia hacia las dos de la madrugada, olfateé el aire como un animal del bosque y bajé las escaleras a tiempo para cerrar las llaves del gas y de la cocina. La repetición demostraba que la causa era un simple fallo mecánico, aunque se trataba de un fallo capaz de provocar fatales resultados. Lo que me había despertado, y por lo tanto me había salvado, era el timbre del teléfono. Le había dicho una vez a Alison que si recibía de noche una de «esas» llamadas no la contestaría. Pero después de cerrar las llaves del gas y abrir una ventana para dejar que entrase el fresco aire del campo, me encontraba en el estado de ánimo perfecto para ocuparme de *Aliento de Cebolla*.

—Apestosa y reptante comadreja —exclamé al teléfono—. Serpiente lisiada y repugnante que te arrastras cobardemente.

Incapaz de sintaxis, pero con una buena provisión de adjetivos, continué hablando hasta que él (ella) colgó. No podía volver a la cama y a aquella dominante pesadilla. Hacía mucho frío en la cocina, agité unos periódicos para disipar el gas y cerré la ventana. Tras echarme sobre los hombros una manta que cogí del dormitorio de la planta baja, regresé a la cocina, encendí una lámpara de queroseno y un cigarrillo y combiné varios elementos más propios de Alison, ginebra, vermut, cascara de limón, hielo. Su bebida, que yo había estado bebiendo todas las noches. Envuelto en la manta, tomé el martini y me senté en una de las sillas de la cocina junto al teléfono. Yo *quería* otra llamada.

Media hora después, cuando la persona podría haber considerado que yo había vuelto a dormirme (pensé), volvió a sonar el teléfono. Lo dejé sonar tres veces, luego cuatro, luego dos más, escuchando cómo se extendía por la fría casa el sonido de la campanilla. Finalmente, levanté el brazo, descolgué el aparato y me lo acerqué a la boca para hablar en él. Pero, en lugar de respiración oí lo que había oído antes una vez, un ruido de palpitantes susurros, inhumano, como el de alas batiendo el aire, y el auricular estaba tan frío como el sudoroso vaso de mi martini, y fui incapaz de pronunciar una sola palabra; no podía mover la lengua. Dejé caer el helado auricular, me envolví más fuertemente en la manta y subí a acostarme de nuevo. La noche siguiente, como he dicho, después del día que fue el primer punto de inflexión, entré en el mismo sueño flotante y surcado de culpabilidad, pero no recibí ninguna llamada anónima, ni de vivos ni de muertos.

El día —lunes— que señaló mi paso al conocimiento y que fue el interregno entre estas dos terribles noches, bajé a comer y pregunté a una impasible Tuta Sunderson cómo se cortaba el gas antes de que llegase a la cocina. Con expresión más desaprobadora aún, se inclinó sobre el fogón y señaló con un obeso dedo a la tubería que bajaba por la pared.

—Está en esa tubería. ¿Por qué?

—Para poder cerrarla de noche.

—No me venga con cuentos —murmuró, o así me lo pareció, mientras se volvía y metía las manos en los bolsillos de su chaqueta de punto. Más audiblemente, dijo—: Armó un buen alboroto ayer en la iglesia.

—Yo no estaba allí para verlo. Confío en que las cosas fueran bien sin mí.

Mordí una hamburguesa y descubrí que no tenía apetito. Mi relación con Tuta Sunderson había degenerado en una parodia de mi matrimonio.

—¿Tenía miedo a lo que estaba diciendo el pastor?

—Por lo que recuerdo, hizo un comentario muy agradable sobre mí traje —dije.

Cuando empezó a dirigirse hacia la puerta, dije:

—Espere. ¿Qué sabe de un chico llamado Zack? Creo que vive en alguna parte de Arden. Alto y delgado, con peinado a lo Elvis Presley. Amigo de Alison. El la llama «Ally».

—No conozco a ese chico. Si va a desperdiciar una buena comida, salga de la cocina para que yo pueda trabajar.

—Santo Dios —exclamé, y me levanté de la mesa y salí al porche. Aquel frío hálito de espíritu que sólo podía sentirse en aquellos veinte metros cuadrados se hallaba intensamente presente, y comprendí con una certidumbre plena, por una vez no de alegría sino de resignación, que Alison aparecería el día que ella había fijado veinte años antes. Su liberación sería la mía, me dije. Solo más tarde me di cuenta de que cuando Tuta Sunderson decía que no conocía a aquel chico, quería decir no que el chico fuese un desconocido para ella, sino que le conocía bien y que le detestaba.

Sin embargo, si mi liberación debía ser total, había cosas que yo necesitaba saber, y una serie de golpes y martillazos procedentes del alargado rectángulo de aluminio del cobertizo me sugirió una oportunidad de averiguarlas. Dejé tras de mí la quejumbrosa voz de Tuta Sunderson, salí del porche y empecé a caminar bajo el sol hacia el sendero.

Los ruidos fueron aumentando mientras me acercaba, y finalmente se unió a ellos el sonido de los gruñidos de esfuerzo de Duane. Pasé por entre el amontonamiento de piezas oxidadas y material abandonado que había ante la puerta delantera del cobertizo y avancé sobre su polvoriento suelo. Bajo el alto techo de metal, Duane estaba trabajando en la semioscuridad, golpeando con una vieja llave inglesa en la base de la caja de cambios de un tractor. Se había quitado antes su picudo gorro, que yacía en el polvo junto a sus botas.

—Duane —dije.

No me oyó. La sordera puede que fuera tanto interna como causada por el terrible estruendo que estaba produciendo, pues en su rostro se hallaba tallada la iracunda y frustrada máscara común a los hombres entregados total e impacientemente a algún trabajo de reparación.

Le llamé de nuevo, y su cabeza se volvió hacia mí. Al avanzar hacia él, apartó la vista y volvió a martillar la base de la caja de cambios.

—Duane, tengo que hablar contigo.

—Lárgate de aquí. Vete al diablo.

Seguía sin mirarme. El martilleo con la llave inglesa adquirió un ritmo más frenético.

Continué avanzando hacia él. Su brazo era una mancha borrosa, y el ruido reverberaba contra las paredes de metal.

—Maldita sea —jadeó cuando hube avanzado media docena de pasos—. Ya salió la jodida de ella.

—¿Qué es lo que va mal? —pregunté.

La maldita caja de cambios, si es que quieres saberlo —dijo, mirándome con el ceño fruncido. Su camisa se encontraba manchada irregularmente de sudor, y un negro tizón de grasa dividía su frente en la línea blanca en que encajaba su gorro—. En primer lugar, está atascada y en estos viejos M hay que ir desde aquí arriba y deslizar un par de planchas alrededor para alinear las ranuras..., pero, ¿a santo de qué te estoy contando esto? Tú no reconocerías una caja de cambios si la vieses fuera de Shakespeare.

—Probablemente no.

—De todos modos, en ésta tengo que quitar el mecanismo entero, porque está todo lleno de herrumbre, pero, para hacerlo, hay que sacar primero las tuercas, ¿comprendes?

—Creo que sí.

—Y luego me encontraré probablemente con que la batería está agotada, y tengo quemados los cables de empalme de la última vez que los utilicé en la furgoneta y el plástico se fundió en las terminales, de modo que probablemente no funcionará.

—Pero, al menos, has sacado las tuercas.

—Sí. Así que, ¿por qué no te vas a romper unos cuantos muebles o algo y me dejas trabajar?

Subió al costado del tractor y empezó a calibrar la llave inglesa para ajustarla al tamaño de la tuerca.

—Tengo que hablar contigo de ciertas cosas.

—No tenemos nada de que hablar. Después de lo que hiciste en la iglesia, nadie de por aquí tiene nada de que hablar contigo —Me dirigió una mirada feroz—. Al menos, no por el momento.

Me quedé mirando cómo quitaba la tuerca, la dejaba caer sobre una grasienta hoja de periódico junto a las ruedas traseras del tractor y, gruñendo en el asiento, levantaba las palancas de cambio y la plancha a que se hallaban unidas. Luego, se agachó y se arrodilló delante del asiento.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Que está todo lleno de grasa y no puedo ver las ranuras, eso es lo que pasa.

—Su rechocho rostro giró de nuevo hacia mí—. Y cuando arreglé este maldito cacharro, volverá a ocurrir lo mismo la semana que viene, y tendré que volver a hacerlo todo otra vez.

Empezó a rascar con la punta de un largo destornillador la grasienta suciedad.

—No debería haber tanta grasa aquí.

Sacó impacientemente un trapo del bolsillo posterior de su mono y empezó a pasarlo por el agujero que había abierto.

—Quiero preguntarte sobre...

Iba a decir sobre Zack, pero él me interrumpió.

—De lo que dijiste en la iglesia, no. No hay nada que decir sobre eso.

—¿Alison Greening?

Se endureció su semblante.

—Nunca te acostaste con ella, ¿verdad? —Viéndole allí arrodillado como un sucio y rechoncho sapo en el tractor, aquello parecía una imposibilidad. Empezó a frotar con más fuerza—. ¿Verdad?

—Sí. Está bien —Sacó el trapo y lo tiró—. ¿Y qué si lo hice? No causé daño a nadie. Excepto a mí mismo, supongo. Aquella putilla me trataba como si yo fuese una novela cómica o algo así. Y sólo lo hizo una vez. Siempre que yo quería hacerlo después, se reía de mí —Me miró de hito en hito—. Tú eras el favorito. ¿Qué te importa? Me hacía sentir como basura. Le gustaba hacer que me sintiera como una basura.

—Entonces, ¿por qué le pusiste su nombre a tu hija?

Empezó a estirar de algo en el interior del tractor. Estaba temblando. Naturalmente. Lo había comprendido el día anterior, cuando levanté la vista hacia los matorrales y vi una blanca camisa pasando fugazmente en el recuerdo entre ellos.

—Tú nos seguiste hasta la presa, ¿verdad? Sé que aquella historia del conductor que oyó gritos era mentira. He comprobado que desde la carretera no se pueden oír gritos lanzados allí arriba.

Su rostro, incluso las partes blancas, se estaba volviendo rojo.

—De modo que había allí alguien, alguien nos sorprendió. Fuiste tú. Luego, fuiste y llamaste a la Policía cuando viste que estaba muerta.

—No. No —Golpeó con los puños el asiento del tractor, haciendo sonar un millón de pequeñas piezas de metal—. Maldito seas, tenías que volver aquí, ¿no? Tú y tus historias.

—Hace veinte años, alguien contó una historia, cierto. Y ha estado contándola desde entonces.

—Espera. —Me miró, con el rostro congestionado—. ¿Quién te ha hablado de mí y de Alison?

No respondí, y vi en su rostro una furiosa luz de comprensión.

—Tú sabes quién me lo ha dicho. La única persona a la que le hablaste tú. Ojo Polar.

—¿Qué más dijo Hovre?

—Que la odiabas. Pero eso ya lo sabía yo. Sólo que no comprendía la razón. Y entonces dijo demasiado.

—¿Habló Hovre de ella?

No realmente —dije—. Sólo dejó caer que...

Miré el rostro de Duane, lleno de preguntas taimadas y de preguntas temerosas, y comprendí. Comprendí al menos una parte de ello. Oí la tos en un lado de la presa, el silbido en la otra.

—Intenta demostrar algo —dijo Duane—. No puedes demostrar nada.

—*Oso Polar* estaba contigo —dije, resistiéndome casi a creerlo—. Fuistéis los dos a la presa. Y saltasteis los dos sobre nosotros. Los dos la deseabais. Recuerdo que *Ojo Polar* venía todos los días, no le quitaba el ojo de encima...

—Tengo que arreglar el tractor. Lárgate de aquí.

—Y todo el mundo cree que fui yo. Hasta mi mujer creía que fui yo.

Duane volvió a colocar estoicamente las palancas de cambios y la placa y empezó a apretar las tuercas. Parecía turbado y rehuía mirarme a los ojos.

—Será mejor que hables con Hovre —dijo—. No pienso decir nada más.

En el sombrío y polvoriento interior del cobertizo sentí lo mismo que había sentido cuando el *Hombre de Hojalata* y Zack me habían sujetado bajo el agua, y me dirigí hacia un barril de petróleo antes de que se me doblasen las piernas. Duane no era lo bastante inteligente como para saber mentir, y su estúpida negativa a hablar era tan buena como una confesión.

—Cristo —musité, y oí temblar mi voz.

Duane había levantado la tapa del motor del tractor. Estaba de espaldas a mí y tenía las orejas teñidas de un vivo color rojo. Como en el restaurante de Plainview, noté que se iba acumulando violencia entre nosotros. Al mismo tiempo, me di cuenta de la fuerza con que las impresiones sensoriales se amontonaban en mi mente y me aferré a ellas para conservar la cordura: el amplio y sombrío espacio abierto por ambos extremos, la espesa capa de oscuro polvo en el suelo, las dispersas piezas de maquinaria, discos y traíllas y cosas que no podía identificar, la mayoría de ellas necesitadas de una buena mano de pintura y con bordes herrumbrosos; en un rincón, el alto tractor; el rápido vuelo de un gorrión mientras me sentaba en el barril de petróleo; la opresión en mi garganta y el temblor de mis manos y la inflamación de mi pecho; las abrasadas paredes de metal y el alto espacio sobre nosotros, como si estuviera reservado para un jurado de observadores; el hombre delante de mí, golpeando algo en las interioridades del tractor más pequeño que el que le había ocupado antes, manchada de sudor la camisa, cubierto el mono de grasa y suciedad y con el olor a pólvora sobreponiéndose a todos los demás olores. El conocimiento de que estaba mirando al asesino de Alison.

—Es absurdo —dije—. Ni siquiera he venido aquí para hablarte de esto. No realmente.

Dejó caer la llave inglesa y se inclinó hacia delante sobre la caja del motor, apoyándose en los brazos.

—Y ya no importa —dije—. Pronto, ya no importará en absoluto.

Él no se movió.

—Es extraño —dije—. En realidad vine aquí para hablarte de Zack. Al suscitar tú la otra cuestión se me ha ocurrido preguntar qué había dicho *Oso Polar*...

Bajó del tractor, y, durante unos tensos instantes, pensé que se iba a lanzar contra mí. Pero se dirigió a un lado del cobertizo y regresó con un martillo. Y empezó a golpear salvajemente, como si no le importase dónde golpeaba o viese bajo el martillo algo además del tractor.

Desde el sendero de casa de mi abuela, oí débilmente el ruido de la puerta del porche al cerrarse. Tuta Sunderson se iba a casa.

Duane lo oyó también, y el sonido pareció relajarse.

—Está bien, hijo de puta, pregúntame acerca de Zack, ¿eh? Pregúntame acerca de él. —Y asestó al tractor un violento y resonante golpe con el martillo.

Volvió por fin su rostro hacia mí, levantando con los pies una nubecilla de polvo. Tenía la cara congestionada.

—¿Qué quieres saber acerca de ese bastardo inútil? Está tan loco como tú.

Oí las llamadas y los silbidos de aquella terrible noche, vi la blanca camisa ondeando fugazmente tras los matorrales, oí la tos de un muchacho escondido detrás de esos matorrales. Mientras miraban con el hambre de una virilidad de veinte años a la desnuda muchacha que refulgía como una estrella en el agua negra. El rápido y silencioso despojarse de la ropa, el salto sobre ella y el muchacho. Luego, dejarle a éste sin conocimiento antes de que viese siquiera lo que había sucedido e izarle hasta el saliente de la roca antes de volverse hacia la chica.

—¿Quieres saber lo que tiene de gracioso la gente como tú, Miles? —dijo Duane, casi gritando—. Siempre pensáis que los temas de que queréis hablar son importantes. Pensáis que lo que queréis decir es como una especie de regalo para tipos como yo, verdad? Creéis que los tipos como yo son unos imbéciles rematados, ¿verdad, Miles?

Escupió en el polvo y asestó otro resonante golpe al tractor.

—Yo odio a los malditos profesores, Miles. A vosotros, jodidos escritores, con vuestras palabras a cincuenta centavos y vuestro «Lo que realmente quería decir era esto, no esto».

Se volvió furiosamente y sacó del interior del tractor un tubo con una abrazadera. Luego, golpeó dos veces con el martillo, y comprendí que algo se había desprendido de la abrazadera. Revolvió los pies con creciente frustración, levantando más polvo.

—Tengo media docena de punzones por aquí, ¿y crees que puedo encontrar uno solo de ellos?

Duane se dirigió a grandes zancadas a la parte más oscura del cobertizo y

rebuscó en un montón de herramientas.

—De modo que quieres saber cosas acerca de Zack, ¿eh? ¿Quieres saber cosas acerca de él? ¿De cuando se atrincheró en su casa y tuvieron que entrar con hachas para sacarlo? Eso fue cuando tenía nueve años. ¿De cuando apaleó a una vieja en Arden porque le miró de forma extraña? Eso fue a los trece años. ¿De todos sus robos? Están luego los incendios a los que solía ir, sí, iba tanto que a veces no esperaba a que otras personas los empezasen...

Se echó de pronto hacia delante, como una garza tras una rana y dijo:

—Ya he encontrado uno, maldita sea. Y está luego Hitler. Yo pensaba que ganamos aquella guerra y que todo había terminado, pero no, supongo que si uno es listo, más listo por lo menos que un patán como yo, sabe que Hitler era el bueno y que realmente ganó porque proporcionó esto y aquello, no sé. Y está el asistente social que dijo que porque no tenía madre crecía y se volvía tan ruin como una serpiente...

Se estaba acercando ahora de nuevo al tractor, cogiendo el tubo..

...tosiendo, detrás de los matorrales, desabrochándose impacientemente la blanca camisa y soltándose los cordones de las botas, oyendo el silbido que indicaba que ahora, dentro de dos minutos, de cinco minutos saltarían sobre la muchacha y pondrían fin a su desprecio de la forma más sencilla que conocían, oyendo su voz decir *¿Tosen los pájaros?*

Le oí emitir un sonido gutural. Cesaron los golpes. Cayó al suelo el martillo y saltó hacia atrás el tubo. Duane bajó de un salto del tractor, agarrándose la mano izquierda con la derecha, y, con sorprendente rapidez, pasó por delante de mí y salió al sol. Le seguí; su cuerpo parecía comprimido por una fuerza de gravedad súbitamente acrecentada. Estaba de pie, con las piernas abiertas, junto a los herrumbrosos ganchos y rollos de metal, examinándose la mano por todos los lados. Se había cortado la piel de la base del pulgar.

—Es sólo un rasguño —dijo, y se apretó la herida contra el mono.

No sabía entonces por qué elegí aquel momento para decir: «Anoche volvió a escaparse el gas», pero ahora comprendo que su accidente me recordó el mío.

—Todo está hecho cisco en esa casa —dijo, apretándose con fuerza la mano contra el sucio mono—. Debería derribarla.

—Alguien me dijo que podría ser un aviso.

—Está dispuesto a recibir todos los avisos que puedas imaginar —dijo, y echó a andar hacia su casa, tras haberme dado otro tan inútil como los demás.

Volví a la casa de mi abuela y llamé a la comisaría de Policía de Arden. Lo que quería no era acusar a *Oso Polar* o buscar una vana venganza maldiciéndole, sino, simplemente, volver a oír su voz teniendo presente mientras la escuchaba lo que ahora sabía o creía saber. Me sentía tan insondable como se decía que era la presa, tan carente de rumbo como la inmóvil agua, y no creo que sintiera ira en absoluto. Podía recordar a *Oso Polar* golpeando con furia el volante y recriminándome el hecho

de que utilizara el nombre de Greening cuando él trataba de impedir que volviera a salir a la luz todo aquello. Eso era trabajo de Larabee, mantener ocultas las cosas, diría, utilizando su faceta de Larabee como había hecho cuando lo defendía, por mi propio bien. Pero Hovre no estaba en su despacho, y Dave Lokken me saludó con una frialdad que justamente le permitió decirme que informaría de mi llamada al jefe.

Arriba, mi cuarto de trabajo presentaba un aspecto muy distinto del día en que lo organicé. Los libros antes apilados en el suelo o se habían caído o permanecían en un rincón, cubriéndose de polvo. La máquina de escribir estaba en el suelo dentro de su estuche, y había prescindido de todos los adminículos del mecanógrafo. Estaba escribiendo mi memoria a lápiz, ya que era demasiado torpe con la máquina como para poder escribir a la velocidad necesaria. Hacía semana y media que había quemado todas las carpetas repletas de notas y borradores, juntamente con mis laboriosamente compilados bloques de fichas. Había leído en alguna parte que los pájaros cagan antes de volar, y yo me hallaba entregado a un proceso paralelo, despojándome de todo para el despegue, haciéndome más ligero.

Yo trabajaba a menudo hasta quedarme dormido en la mesa. Eso fue lo que hice el lunes por la noche, y debí de despertarme hacia la hora en que los hombres de Arden y del valle se dirigieron a la casa de Román Michalski y echaron a perder los planes de Galen Hovre, confirmando los rumores que todos habían oído. Me ardían los ojos, y sentía el estómago como si hubiera estado tragando cigarros, sensación igualmente reproducida en la boca. La habitación estaba helada, y tenía los dedos fríos y rígidos. Me levanté y fui a la ventana. Me di cuenta de que *Oso Polar* no había llamado. En la media luz, la yegua agitaba la cabeza en el campo. Cuando tendí la vista hacia lo lejos, volví a verla, en su vulpina postura, sin molestarse en protegerse entre los árboles y mirando directamente a la casa. Yo no podía apartar los ojos de ella, y permanecí de pie en medio de una ráfaga helada de aire, sintiendo su energía fluir hacia mí, luego parpadeé, y ella se fue.

IV

Después de que el ruido de la moto de Zack al retirarse me sacara por segunda vez de aquel horrible sueño, permanecí tendido en la grisácea luz de la madrugada experimentando lo que parecía ser una desolación total. Por segunda vez, el pensar en Alison Greening no me producía ninguna sensación de alegría ni de expectación. Habían sucedido las cosas indebidas; yo estaba en la habitación indebida, en el lugar indebido; yo era el hombre indebido. Así es como debe de sentirse un joven soldado cuando, después de haberse alistado por una gloriosa mezclanza de ideales, espíritu aventurero y aburrimiento, se encuentra aterido, hambriento, injuriado y a punto de entrar en combate. Simplemente, no se me ocurría qué hacer. Había tenido intención de ir a decirle a *Oso Polar* lo que sabía sobre Zack..., ¿pero lo sabía realmente? (Sí. Lo sabía. Por lo menos, creía saberlo.) Pero mi relación con *Oso Polar* había cambiado irrevocablemente. Recordaba con toda claridad cómo me había dicho que la violación era algo normal. ¿Se lo había estado diciendo a sí mismo durante veinte años?

Comprendía que mi regreso a Arden no debía de haberles hecho ninguna gracia a Duane y a *Oso Polar*. Yo era la última persona a la que querrían volver a ver. Especialmente teniendo en cuenta que había empezado a hablar de Alison Greening casi nada más llegar al valle.

Y pensé luego en la vulpina figura que había visto la noche anterior, dirigido su rostro hacia la casa como si fuese una escopeta cargada, y pensé también en la visión que había tenido cuando el gas había estado a punto de matarme. Y en las luces de la casa de mi abuela encendiéndose todas a la vez y haciendo que el edificio pareciese un barco zarpando de su puerto. No se me había perdonado.

Me pregunté hasta qué punto conocía —había conocido— a mi prima Alison. Volví a ver a aquel rostro hecho de hojas de árbol viniendo hacia mí, y salté apresuradamente de la cama, me puse la bata y bajé.

Pensé: ahora casi te da miedo.

Y pensé: No. Siempre te ha dado miedo.

Tenía helados los descalzos pies.

Cuando sonó el teléfono, vacilé un instante antes de descolgar el aparato. *Oso Polar*, levantado temprano después de una noche de insomnio. ¿*Tosen los pájaros?*, aquella ardiente, aguda y ecléctica voz en los oídos. Pero recibí un olor a grasa de ballena y comprendí que aún no tenía que resolver el problema de qué decir a Galen Hovre. Ella dijo:

—¿Mr. Teagarden? ¿Miles?

—Presente.

—No puedo ir a trabajar hoy. No estaré ahí esta mañana. Estoy enferma.

—Bueno —empecé, y me di cuenta de que ella ya había colgado.

Me quedé mirando estúpidamente el auricular, como si él pudiera explicar el comportamiento de Tuta Sunderson.

La explicación llegó cosa de una hora después, cuando yo me había vestido ya y me encontraba sentado en el piso de arriba, tratando de no pensar mediante la conocida táctica de concentración en el trabajo. Lo había logrado con frecuencia durante mi matrimonio. El trabajo intelectual es una técnica común para evitar pensar. Sin embargo, yo tenía más problemas pugnando por encontrar espacio mental que los que me había creado la infidelidad de Joan con diversos Dribbles, y había escrito menos de media página antes de que apoyara la cabeza sobre la mesa, empapado de sudor el rostro y hundido de nuevo en plena desolación. Gemí. El reconocimiento de que podría sentir —de que sentía— turbación, inquietud, miedo, todas estas cosas a la vez, ante el cumplimiento de la promesa entre mi prima y yo había abierto un enorme agujero psíquico. Recordaba las ásperas palabras de Rinn..., sentía como si estuviese siendo empujado al mundo del sueño del «horror azul», como si el simple estado de vigilia no pudiera separarme de él. Yo seguía siendo un experto en culpabilidad; era ésa un vocación que se sobreponía a la académica.

Alison Greening *era* mi vida; su muerte me había expulsado para siempre de toda significación, de toda felicidad; pero supongo que Rinn tuviera razón y que la significación y la felicidad hubieran sido ilusorias desde el principio. ¿Y si al regresar al valle había llevado la muerte conmigo? ¿O, si no la muerte, su mancha? Me asaltó de nuevo el terror que había sentido en el bosque, me levanté de la mesa y salí del estudio. Mientras bajaba la escalera me sentí todo el tiempo perseguido por aquella pequeña figura, aquél átomo del bosque.

Al llegar abajo, fui devuelto violentamente al presente. Comprendí por qué Tuta Sunderson no había venido a trabajar. Estaban allí, en la carretera, esperando como buitres.

Porque eso era lo que parecían, buitres, sentados en sus coches, justo más allá de los nogales. No podía ver sus caras. Habían apagado los motores. Los imaginé reuniéndose a la hora concertada, deteniéndose cada uno en la carretera delante de la casa, procedentes de todo Arden, y de las partes alta y baja del valle. Se habían enterado de la desaparición de Candace Michalski. Tenía la garganta seca. Desde donde me encontraba, junto a la ventana de la cocina, podía ver unos veinte de ellos cada uno solo en su coche, todos hombres.

Al principio, pensé, como un niño, en llamar a Rinn..., en invocar esa seguridad.

Tragué saliva, fui al cuarto de estar y abrí la puerta que daba al porche. Ahora podía verlos a todos. Sus coches llenaban la carretera. Algunos de ellos debían de haber ido hasta la casa de Duane para dar la vuelta, porque estaban agrupados, mirando todos en la misma dirección, tres de frente, en lugares en que yo podía ver solamente los techos de los coches más lejanos reflejando la luz. De ellos se elevaban

onduladas líneas de calor. La amenaza brotaba de ellos como una fuerza física. Retrocedí a la oscuridad de la habitación y continué mirándolos, enmarcados por el portal. Los hombres de los coches visibles para mí se hallaban sentados de lado en los asientos, mirando hacia el porche.

Uno, más impaciente que los demás, hizo sonar su claxon.

Y entonces comprendí que no saldrían de sus coches, pues nadie contestó con el suyo a aquel único claxon; simplemente, iban a permanecer allí.

Salí al porche, donde sería visible. Otro coche hizo sonar la bocina, uno de los más cercanos a la casa. Era una señal: *ha salido*: y pude ver cómo varias de las encorvadas figuras de los coches volvían de lado la cabeza para mirarme.

Volví a la cocina y marqué el número del despacho de *Oso Polar*. Me contestó una voz que reconocí como la de Lokken.

—No, no está aquí. Se ha desatado el infierno desde anoche. Ha salido con dos de los otros para buscar a esa chica.

—Se ha divulgado la noticia.

—Ha sido ese maldito Red Sunderson; él y varios de los muchachos fueron a visitar anoche a la familia, y ahora están todos alborotados, corriendo por ahí y preguntando cosas, y llevamos trabajando..., eh, por cierto, ¿quién habla?

—Póngase rápidamente en contacto con él y dígame que llame a Miles Teagarden. Tengo algunas dificultades aquí —y sé a quién se deben, dije en silencio—. Y quizá tenga alguna información para él.

—¿Qué clase de información sería, Teagarden?

—Yo había dejado de ser señor Teagarden.

—Pregúntele si se pudo usar un pomo de puerta sobre esas dos chicas —dije, y oí latir con fuerza mi propio corazón.

—¿Ha perdido usted un pomo, Teagarden. —Preguntó Lokken con su insufrible voz de paleta—. ¿Por qué no llama a su amigo Larabee y le pide que se lo busque? El jefe no le va a hacer ningún favor, Teagarden. ¿no lo sabe?

—Hágale venir aquí —dije.

Algunos de los hombres podían verme telefonear, y yo sostuve el auricular durante unos momentos después de haber colgado Lokken y me situé directamente delante de la ventana con el negro cono de plástico junto al oído. Dos de los coches situados al frente de la columna volvieron a la vida y se marcharon después de que sus conductores hubieran hecho sonar sus bocinas. Otros dos avanzaron para ocupar su puesto. Pulsé el gancho y, luego, marqué el número de Rinn. Vi que el hombre más próximo a mí observaba el movimiento de mi brazo. También él tocó la bocina y se puso en marcha en dirección a la carretera general. En el hueco que dejó libre apareció el morro de una furgoneta azul. El teléfono de Rinn sonaba y sonaba. De todos modos, yo no sabía muy bien qué esperaba de ella. Colgué.

Oí el ruido de coches poniendo en marcha sus motores y de neumáticos rechinando en la carrera. Se alivió la opresión de mi garganta. Saqué un cigarrillo del

paquete que tenía en el bolsillo de la camisa y lo encendí con una cerilla de cocina. Los coches seguían poniéndose en marcha y dando la vuelta para salir a la carretera general, y, mientras exhalaba una bocanada de humo, vi pasar ante el marco de la ventana la furgoneta azul, luego dos coches a la vez, de color canela uno y azul oscuro el otro, y después un coche gris con espectaculares abolladuras en un costado. Durante dos o tres minutos esperé, fumando, oyendo el ruido que hacían al retroceder hasta el césped, saltar el bordillo del camino que llevaba al garaje, dar la vuelta y alejarse.

Cuando creía que se habían ido todos vi el morro de un «Ford» oscuro aparecer en el marco de la ventana y detenerse.

Salí al porche. Tres de ellos se habían quedado allí. Cuando abrí la puerta del porche, sin saber realmente qué iba a hacer, dos de ellos se bajaron de sus coches. El tercero, cuya furgoneta se hallaba más próxima al camino, hizo retroceder su vehículo en torno al último de los robles y avanzó unos cinco metros por el camino. Cuando se apeó, vi que era Hank Speltz, el muchacho del garaje. Delante de la casa, el césped había quedado hollado por fangosas rodadas.

—Sigue por ahí, Hank, y nosotros saltaremos la cuneta —exclamó uno de los otros dos hombres. El muchacho empezó a avanzar por el camino, con las manos extendidas, cautelosamente.

Uno de los hombres saltó la cuneta y comenzó a avanzar a través de la línea de robles, seguido a poca distancia por el otro. Se parecían a los hombres que yo había visto delante del «Angler's Bar», los hombres que me habían tirado piedras..., rudos y corpulentos, de mediana edad, con barrigas que les desbordaban por encima de los cinturones y camisas a cuadros abiertas dejando al descubierto las clavículas. Un círculo rojo justo bajo el cuello y, luego, la piel absolutamente blanca de ordinario tapada por la camiseta.

—Hovre va a venir aquí —grité—. Será mejor que os vayáis con los otros.

Un hombre al que no reconocí respondió:

—Hovre no vendrá aquí a tiempo para impedirnos hacer lo que vamos a hacer.

—¿Dónde tienes a la Michalski? —gritó el hombre que avanzaba en segundo lugar.

—No la tengo en ninguna parte.

Empecé a moverme de lado en dirección al garaje y al camino que llevaba a la casa de Duane. Hank Speltz, con la boca abierta como un luchador, continuaba acercándose. Tiré al destrozado césped los cinco centímetros de cigarrillo que me quedaban y me acerqué más al garaje.

El hombre de la camisa a cuadros que había hablado primero dijo:

—Vete a él despacio.

Y Hank Speltz redujo la marcha, arrastrando los pies a un lado y otro como un oso.

—Date prisa, Roy —dijo—. ¿Dónde la tienes?

—La tiene ahí dentro, en alguna parte, estáte seguro.

—Nunca la he visto aquí. —Continué moviéndome hacia un lado.

—Va a ir a ese garaje.

—Déjale ir. Le cazaremos ahí.

Tenía un rostro colorado y nariz ganchuda y profundos pliegues, un rostro de matón..., el rostro del matón de escuela que no había crecido. Los dos avanzaban lentamente hacia mí a través del césped.

—Vigíladle por si echa a correr hacia ese «Nash» —gritó el hombre de la gorra.

—¿De quién ha sido esta idea? —pregunté.

—Nuestra, so mamón.

Estaba ya lo bastante cerca del garaje, y levanté la aldabilla y abrí la puerta. Miré a la columnita de humo que se elevaba de mi cigarrillo y supuse lo que iba a intentar hacer.

—Si entras ahí te tendremos acorralado —exclamó el que parecía dirigir la acción.

Consciente de que cualquier movimiento brusco les haría precipitarse sobre mí, entré de espaldas en el oscuro garaje. Las tres latas de gasolina de cuarenta litros estaban donde yo las recordaba del día en que había forzado la tapa del cofre. Cogí una de ellas: estaba llena. De espaldas a ellos, me agaché y desenrosqué el tapón. Cuando salí llevando la pesada lata, uno de ellos dijo, con una risotada:

—¿Vas a ponerle gasolina al coche, Teagarden?

Sólo el hombre de la camisa a cuadros se dio cuenta de lo que iba a hacer.

—*Mierda* —gritó, y echó a correr hacia mí.

Arrojé con todas mis fuerzas la lata de gasolina hacia la columnita de humo. Suponía que no tenía menos probabilidades que si hubiera apostado a un caballo. El líquido empezó a brotar en todas direcciones.

Por un momento, permanecimos todos inmóviles, viendo cómo se derramaba por el aire la gasolina de la lata, pero cuando se produjo la explosión yo estaba ya corriendo sendero arriba en dirección a la casa de Duane. Les oí gritar a mi espalda. Un trozo de metal me pasó silbando muy cerca de la cabeza. Uno de ellos estaba gritando.

Tenía justo el tiempo suficiente para llegar al costado de la casa de Duane; cuando volví la vista por encima del hombro, les vi pasar a través de la llamas, a dos de ellos. El hombre de la gorra estaba rodando por el suelo. Pequeñas llamas se hallaban dispersas por todo el césped hasta la hilera de robles. Se estaban inclinando ahora para arrodillarse junto al hombre de la gorra.

Sí no me equivocaba al suponer que el sótano de Duane era como el de mis abuelos, podría entrar en él desde fuera.

—¡Duane no te va a ayudar, hijo de puta! —llegó una voz aullante y distorsionada.

Pasé corriendo por delante del cornejo y la mata de habas y entré en el césped

de Duane.

No sé qué estaba imaginando: esconderme allí, encontrar una madriguera, defenderla con un hacha. Mientras atravesaba a toda velocidad la breve extensión de hierba, vi que no me había equivocado. Las tablas pintadas de blanco de la trampa de entrada —el antiguo acceso al sótano— se extendían desde la base de la casa, justamente visibles a la vuelta de la esquina en el lado que daba a la carretera. Patinando, di la vuelta a la esquina, y la puerta de la que estiré, giró rápidamente hacia arriba.

Caí por los escalones de tierra aplastada y rodé bajo las hachas colgadas de la pared. Entonces, recordé. La pared del fondo, donde había estado mi mesa, enfundadas como momias. Me incorporé apresuradamente y eché a correr, agachado, hacia las escopetas.

Cogí una, con funda y todo, metí la mano en la caja de los cartuchos y volví hacia los escalones de tierra. Como salir del agua a la luz, volviendo hacia el oblicuo rectángulo de aire azul y luz solar.

Saqué de la funda la escopeta, del calibre 12, mientras los hombres y Hank Speltz pasaban corriendo junto al cornejo y la mata de habas. Doblé el cañón e introduje dos cartuchos en las recámaras.

—Quietos ahí —dije, y levanté la escopeta y apunté al pecho del hombre de la camisa a cuadros.

Luego, me levanté de los escalones de tierra y salí del sótano. Tenía la respiración tan agitada que apenas si podía formar las palabras. Dejaron caer los brazos y permanecieron momentáneamente inmóviles, con expresión de sorpresa e ira.

—Largaos de aquí —dije.

Estaban empezando a moverse en círculo. Cautelosos como animales.

—Nunca he visto a esa chica —dije—. Nunca vi a ninguna de ellas. Sólo sabía lo de la Michalski porque Ojo *Polar* me dijo que había desaparecido.

Me llevé la escopeta al hombro y la apunté a la abertura de la camisa a cuadros. Me preparé para el retroceso.

—Juntaos y permaneced juntos. Dejad de moveros así.

Obedecieron. Pude ver al hombre de la gorra cojeando detrás de ellos, con las manos en el aire. Su camisa estaba moteada de puntos negros, y le salía sangre de algunos de los agujeros. También las manos las tenía ennegrecidas. Se detuvo junto al cornejo con las manos en alto.

—Caminad hacia atrás —dije—. Todo el camino hasta los coches.

Hank Speltz dio un paso hacia atrás y tropezó con el cornejo, miró aturdidamente a su alrededor y, luego, empezó a caminar de lado por el sendero. Los otros se movieron con él, siguiéndole con los ojos.

—Si eres tan inocente, ¿cómo es que estás por aquí? preguntó el hombre de la camisa de cuadros.

Moví la escopeta.

—A joder a esa vieja loca del bosque —dijo Hank Speltz—. A eso ha venido. ¿Y qué hay de Gwen Olson y Jenny Strand?

—Os estáis equivocando de hombre —dije—. Y ahora quiero que empecéis a retroceder hacia los coches.

Al ver que no se movían, dirigí la escopeta hacia la derecha, quité el seguro y apreté uno de los gatillos. El retroceso casi me hace saltar la escopeta de las manos. El sonido fue más fuerte que el de la explosión de la lata de gasolina. Los tres se apresuraron a alejarse del cornejo. Vi que había destrozado las hojas de los arbustos y echado a perder los capullos, dejando por todas partes ramitas rotas y un olor a pólvora en el aire.

—Casi le matas a Roy —dijo el hombre de la camisa a cuadros.

—¿Y qué me iba a hacer él a mí? Andando.

Levanté la escopeta, y empezaron a retroceder por el sendero.

Por encima de sus hombros podía ver el destrozo causado en la parte delantera del césped. A diez metros del camino, un irregular círculo negro mostraba el lugar en que había estallado la lata de gasolina. Otras zonas quemadas más pequeñas, de color amarillo aceitoso, aparecían dispersas por todo el césped, revuelto y marcado con las huellas de sus neumáticos. Un gran agujero había aparecido en la rejilla del porche. Los animales habían huido hacia el extremo del campo lateral.

—Aún no hemos terminado —dijo el hombre cuyo nombre no conocía.

—Hank, sube a tu furgoneta y vete —dije—. Iré a recoger mi coche dentro de poco, y espero que no haya ninguna complicación.

—No —respondió, y echó a correr hacia la furgoneta.

Los tres nos quedamos mirando cómo se alejaba el vehículo, levantando una nube de polvo al girar hacia la carretera del valle.

—Ahora tú, Roy.

El hombre de la gorra me miró sombríamente, bajó las manos y caminó pesadamente por la hierba para pasar entre los nogales. Apagó a pisotones las pequeñas llamas que lamían la base de uno de los árboles.

—Ahora te toca a ti —dije al hombre que quedaba.

—¿Por qué no nos matas? —preguntó beligerante—. Te gusta matar. Todos te conocemos. No estás bien de la cabeza.

—Si no te largas de aquí ahora mismo —dije—, no vas a dar crédito a lo que te ocurrirá. Probablemente vivirás uno o dos minutos, pero te alegrarás de morir cuando hayan pasado.

Le apunté con la escopeta al cinturón. Y entonces hice algo sorprendente..., algo que me sorprendió. Me eché a reír. Sentí una repugnancia tan grande de mí mismo, que por un momento temí que iba a vomitar.

Fragmento de la declaración de Hank Speltz:

15 de julio

Yo estaba allí mirando a Miles y voy y me digo, muchacho si sales de ésta prometo ir a la iglesia todos los domingos, rezar todas las noches, no decir más obscenidades y ser bueno siempre, porque nunca ha visto usted nada como el aspecto que tenía ese Miles, tenía un aire de loco, como si fuera a ponerse a masticar cristales o a comer pólvora, eso es lo que parecía. Sus ojos eran dos hendiduras. Tenía el pelo flotando en todas direcciones. Cuando disparó con uno de los cañones de la escopeta, pensé, el siguiente es para mí. Porque él me conocía de la gasolinera. Y la cosa es que al principio yo no quería ir, sólo fui porque Red Sunderson dijo, dice, aparcaremos todos delante de su casa y le meteremos el miedo en el cuerpo a ese Miles. Y seguro que le hacemos derrumbarse. Tiene a esa chica escondida en alguna parte. Así que le dije, digo, cuenta conmigo. Luego, cuando se fueron todos los demás, vi que Roy y Don se quedaban, así que pensé quedarme yo también para no perderme la diversión.

Él era como una rata atrapada. Como algo malo acorralado en un rincón. Hizo volar todo por los aires con aquella lata de gasolina..., no le importaba lo que ocurrió. Podría haberse matado también él mismo.

Así que cuando me dejó ir, yo me largué zumbando, y pensé que busque otro a esa chica. Pero cuando volví a la ciudad le hice un pequeño trabajito extra a ese «VW» suyo. Lo arreglé de maravilla. Lo arreglé de modo que no podía ir más que a 45 por hora y tampoco podía rodar mucho tiempo seguido. Otra cosa no sé, pero buen mecánico sí que soy.

Pero yo sabía que aquel loco lo había hecho. Y, si me lo pregunta, él estaba pidiendo que le echaran el guante. Si no, ¿por qué dio ese nombre de Greening para el resguardo de la reparación? Contésteme a eso.

Una voz gritando:

—¡Miles, bastardo! ¡Bastardo!

—Duane.

—¡Cálmate! —Otra voz, más baja, más profunda.

—¡Lárgate de aquí! ¡Ahora mismo!

—Tranquilízate, Duane. Vendrá.

—¡Maldito seas! ¡Maldito seas! ¿Te has vuelto loco?

Abro cautelosamente la puerta y veo que Duane enfurecido parece reducido de tamaño, una pequeña masa de ira reconcentrada en la que destaca su rostro congestionado.

—¡Te lo dije, maldita sea! ¡Te dije que te mantuvieras apartado de mi hija! ¿Y qué infiernos es todo esto?

Gira en redondo con una agilidad nueva que le da su cólera, y el gesto de sus

brazos abarca además de las manchas negras y amarillentas en el destrozado césped y de las huellas de la explosión —el agujero abierto en la rejilla, los retorcidos fragmentos de la lata de gasolina—, la figura de *Oso Polar*, de uniforme detrás de él, y de Alison Updahl caminando apresuradamente en dirección a su casa. Cuando ya casi ha llegado, vuelve la cabeza y me dirige una mirada medio de miedo y medio de advertencia.

—Sólo sentados en sus coches, maldita sea..., sólo allí sentados..., sin meterse con nadie... ¿Y qué infiernos les has hecho? ¿Tirarles una bomba? ¡Mira mi césped! —Mueve pesadamente los pies, demasiado furioso para seguir hablando.

—Intenté llamarte —le digo a *Oso Polar*.

—¡Tienes suerte de que no te mate ahora! —grita Duane.

—Tengo suerte de que no me hayan matado antes.

Oso Polar apoya firmemente una mano en el hombro de Duane.

—Espera un momento —dice—. Dave Lokken me dijo que habías llamado. No esperaba que hubiera problemas, Miles. Creía que podrías habértelas con un puñado de campesinos mirándote desde la carretera.

—Sentados allí..., sólo sentados allí —dice Duane, en voz baja ahora que *Oso Polar* le está agarrando el hombro.

—No creía que fueras a declararles la guerra.

—Y yo no creía tampoco que anduvieras rondándole a mi hija —dice Duane con voz sibilante, y veo tensarse los dedos de *Oso Polar*—. Te avisé. Te dije que te mantuvieras apartado.

—No estaban sólo allí sentados. La mayoría de ellos se fueron cuando me vieron llamar por teléfono, pero tres de ellos decidieron venir contra mí.

—¿Viste esta vez quiénes eran, Miles?

—Aquel chico del garaje, Hank Speltz, un hombre llamado Roy y otro que no conocía. Uno de los que me tiraron las piedras en Arden.

—*Piedras..., piedras* —resopla Duane, con un desprecio tan grande que es casi desesperación.

—¿Como has hecho todo esto? —Levanta la barbilla en dirección al césped, machacado por las huellas de neumáticos y surcado por fangosas rodadas.

—La mayor parte lo hicieron ellos mismos. Pasaron con sus coches por encima de la hierba. Supongo que tenían prisa por largarse antes de que aparecieras tú. Lo demás lo hice yo. Tiré una lata de gasolina del garaje encima de una colilla encendida. Ni siquiera creía que fuera a dar resultado. Tú sabías que iban a venir aquí, ¿verdad?

—Claro que lo sabía. Imaginaba que te ayudaría a mantenerte...

—Libre de líos. Como Paul Kant.

—Sí. —Su sonrisa casi expresa orgullo en mí.

—¿Estabais juntos tú y Duane? ¿Con Alison?

—No pronuncies ese nombre, maldita sea —dice Duane.

—Sólo tomando una cerveza en el «Bolwl-A-Rama».

—Sólo tomando una cerveza. No trabajando en tu historia.

—Ni siquiera un policía trabaja todo el tiempo, Miles —dice, y yo pienso: No. Tú trabajas todo el tiempo, y por eso es por lo que eres peligroso.

Retira su garra del brazo de Duane y se encoge de hombros.

—Quería explicarle aquí, a Duane, que tú y yo nos estamos ayudando el uno al otro en el asunto de estas muertes. Esa es una gran ventaja para ti, Miles. No deberías desear perderla. Tengo entendido que le has estado hablando a Duane de alguna idea absurda que se te ha ocurrido. Has estado hablando exactamente de lo que no deberías hablar, Miles. Y eso me hace dudar de tu buen juicio. Sólo quiero cerciorarme de que has comprendido tu error. Duane no te ha dicho que tuvieras razón, ¿verdad? Cuando le expusiste esa absurda idea, quiero decir. —Me mira, con expresión cordial y amistosa—. ¿Se lo dijiste, Duane?

—Le dije que debía hablar contigo.

—Bien, ya ves, le pusiste receloso y turbado.

—En realidad, lo supe en la presa. Le dije a la chica que gritara. No se le podía oír desde la carretera.

Duane mueve furioso los pies.

—Desnudos. Estabais desnudos.

—Calma, Duane, vas a empeorar las cosas. El bueno de Miles acabará sacando conclusiones erróneas si te pones a desvariar. Vamos a ver, Miles, Duane dice que nunca te dijo que tuvieras razón en tus ideas. Vamos a preguntárselo a él. ¿Estuviste allí aquella noche?

Duane meneaba la cabeza, mirando con expresión furiosa al suelo.

—Claro que no estuviste. Figura en las actas de las diligencias que practicó mi padre. Saliste por la 93 y torciste en la otra dirección, hacia Liberty, ¿no?

Duane asiente.

—Estabas furioso con aquella chiquilla Greening y sólo querías librarte de ella, ¿verdad? Claro. —Cuando Duane vuelve a asentir—. Mira, Miles, si le dices a una chica simplemente que grite, sin que ella sepa por qué, no es probable que lo haga con mucha fuerza, como haría una chica al ser atacada. ¿Comprendes el error? Bien, pues no quiero que sigas hablando de esto, porque solo conseguirás cavarte un agujero más profundo, Miles.

No tiene sentido prolongar esta charada. «Aquella chiquilla Greening»? la figura que he visto dirigiendo la mirada hacia la casa? ¿Aquella chiquilla Greening, la hoguera en el bosque y el soplo de viento helado? Me parece percibir el olor de agua fría a mi alrededor.

Pienso lo que no deseo pensar; y recuerdo las palabras de Rinn. Mi culpabilidad me ahoga.

Duane, por razones diferentes, tampoco desea continuar.

—Al diablo con eso —dice.

Luego, se yergue y me mira, con el rostro congestionado.

—Pero te advertí que no volvieras a ver a mi hija.

—Ella me pidió que la acompañase.

—¿Sí? ¿Sí? Eso es lo que tú dices. Eres capaz de decir que no te desnudaste delante de ella.

—Era sólo para bañarme. Ella se desnudó primero. Y el chico lo hizo también.

Delante de Duane no puedo contarle a *Oso Polar* mis temores respecto a Zack. Ya he dicho demasiado, pues Duane parece a punto de perder de nuevo los estribos.

Estoy temblando. Noto un viento frío.

—Sí, muy bien —dice Duane—. Desde luego. Lo que tú digas.

Vuelve el busto hacia mí.

—Si andas por ahí con ella, Miles, no esperaré a que nadie te coja. Yo mismo te cogeré.

Pero no hay verdadera convicción en su amenaza, no le importa lo suficiente; de las mujeres no espera sino traición.

Oso Polar y yo nos quedamos mirando mientras se aleja con pesados pasos por el sendero. Luego, se vuelve hacia mí.

—Oye, tienes mala cara, Miles. Debe de ser por todos esos baños que te das por ahí.

—¿Quién de los dos la violó?

—Basta.

—¿O quizás os turnasteis?

—Estoy empezando a dudar otra vez de tu buen juicio, Miles.

—Yo estoy empezando a dudar de todo.

—¿Me has oído mencionar ese agujero qué podrías estar cavándote?

Oso Polar avanza hacia mí, sólido, corpulento y lleno de grave preocupación, y veo oscuras manchas de sudor en su camisa de uniforme, oscuros y azulados círculos bajos sus ojos.

—Cristo, tienes que estar loco para andar tirándoles bombas a los ciudadanos, metiéndote en líos...

Se mueve con pasos cautelosos, muy lentamente, y pienso: *Ya está, va a estallar, va a atacarme*. Pero se detiene y se pasa la mano por la cara.

—Muy pronto terminará todo esto, Miles. Muy pronto.

Retrocede un paso, y la agria combinación de sudor y pólvora que me envuelve como humo, retrocede con él.

—Cristo, Miles, ¿Qué le decías a Dave Lokken sobre algo parecido al pomo de una puerta?

No puedo responder.

Aquella noche y todas las noches apagué el gas donde me había enseñado Tuta

Sunderson. Por las mañanas, cuando ella entraba en la cocina y empezaba a toser y a golpear el suelo con los pies y a arrastrarlos y a carraspear y a producir toda la gama de ruidos expresivos de hosco desagrado con que había acabado familiarizándome, entre ellos estaba siempre el áspero gruñido de recelosa desaprobación —¿y desprecio?— que acompañaba a su descubrimiento de que lo que había hecho así. Yo la habría despedido de no haber sido por la certeza de que, como Bartleby, habría venido de todas maneras. Al día siguiente de la visita de Hank Speltz y los otros, oí las toses, el arrastrar de pies, etcétera, y bajé para preguntarle si había sabido lo que iba a suceder. Estúpido de mí. «Si sabía ¿qué? ¿Qué iba a suceder? ¿Qué había sucedido?» No había hecho ningún comentario sobre el estado del césped ni sobre el agujero de la rejilla del porche. Le dije que imaginaba que había estado implicado su hijo. «¿Red? Red no se mete en nada. Bueno, ¿cuántos huevos quiere tirar hoy?»

Durante varios días no hice nada más que trabajar; y trabajé sin que nadie me molestara, pues parecía que nadie quería hablarme. Aparte de sus demostraciones matutinas de cuánto ruido era capaz de producir, Tuta permanecía silenciosa; Duane se mantenía apartado, volviendo, incluso, la cabeza para no tener que mirarme las raras veces que pasaba por delante de la vieja granja. Su hija, presumiblemente golpeada o advertida en tal sentido de una manera menos física, me rehuía también. En ocasiones, podía verla desde la ventana de mi dormitorio atravesar una y otra vez el sendero para ir al cobertizo del material o al granero, con aire apresurado e inexpresivo, pero nunca apareció en la cocina ni en el porche, mordisqueando algo cogido de mí despensa. Por la noche, era despertado con frecuencia de mi sueño sobre la mesa, con el vaso de martini al lado y el lápiz todavía en la mano, por el sonido de la moto de Zack al pasar a mi altura. Yo escribía, dormitaba, bebía. Acumulaba culpabilidad. Esperaba que los Michalski recibirían pronto una tarjeta postal de su desaparecida hija. Esperaba que *Oso Polar* tuviera razón y que todo terminase pronto. Con frecuencia, sentía deseos de marcharme.

Rinn había renunciado a contestar al teléfono y yo seguía diciéndome a mí mismo que la visitaría al día siguiente. Pero también eso me daba miedo. Cesaron las llamadas anónimas, tanto de *Aliento de Cebolla* como del... de lo que fuese la otra cosa. Quizás el viejo teléfono tenía una avería.

No recibí más cartas en blanco, y sólo una más de amenaza. Iba escrita en papel rayado, con perforaciones en un lado, y decía TE COGEREMOS, ASESINO. La metí en un sobre y se la envié con una nota a *Oso Polar*.

Me parecía como si me hubiera muerto.

Muchas veces pensaba: te equivocaste en la presa. El hecho de que tuviera botellas de «Coca-Cola» en su furgoneta no es ninguna prueba; el pomo de puerta cogido de dondequiera que yo lo dejara no es ninguna prueba. Y pensaba luego en el momento en que se dio el corte en la mano.

Decía: no es problema tuyo. Y pensaba luego en él dedicando un disco «a los perdidos».

Y pensaba en Alison Greening viniendo hacia mí, una criatura de corteza de árbol y hojas cosidas. Pero los pensamientos que seguían a eso no podían ser verdad.

Era imposible hablar con *Oso Polar*. No respondía a mi nota ni a la carta de amenaza.

Cuando finalmente sonó el teléfono un lunes por la tarde, pensé que sería Hovre, pero cuando fui saludado por otra voz que pronunciaba mi nombre, pensé en un hombre encorvado y hambriento de rizado pelo negro y rostro avejentado.

—Miles —dijo—. Me dijiste que te llamara si alguna vez necesitaba ayuda. —Su voz sonaba seca y quebradiza.

—Sí.

—Tengo que salir de aquí. Estoy sin comida. Te mentí aquel día... Dije que salía, pero no lo había hecho desde hacía tiempo.

—Lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho? —El miedo le hizo temblar la voz.

—No importa.

—No, probablemente no. Pero no puedo permanecer más tiempo en la ciudad. Creo que van a hacer algo. Ahora son más los que están vigilando mi casa, y a veces los veo hablar, planear algo. Creo que están planeando irrumpir en mi casa. Temo que me maten. Y desde hace dos días que no he probado bocado. Si..., si consigo salir, ¿puedo ir ahí?

—Desde luego. Puedes alojarte aquí. Puedo hacerme con una escopeta.

—Todos tienen escopetas, las armas no sirven para nada... Sólo tengo que huir de ellos.

Durante las pausas, le oía jadear.

—Tu coche no funciona. ¿Cómo puedes llegar aquí?

—Iré andando. Me esconderé en las zanjas o en los campos si veo a alguien. Esta noche.

—¡Son quince kilómetros!

—Es la única forma en que puedo hacerlo. —Y, con aquel espectral decaimiento, aquel apagado tono en su voz, añadió—: No creo que nadie se preste a llevarme.

Hacia las nueve y media, cuando la luz empezó a debilitarse, me dispuse a esperar su llegada, aunque sabía que aún tendría que tardar muchas horas. Paseé en torno a la vieja casa, escrutando desde las ventanas del piso alto par verle cruzar los campos. A las diez, cuando ya era noche cerrada encendí una sola luz —la de mi estudio— para que no se le viera cruzando el césped. Luego, me senté en la mecedora del porche y esperé.

Tardó cuatro horas. A las dos, oí un crujido en la zanja, detrás de los nogales, y levanté la cabeza y le vi moverse a través del destrozado césped.

—Estoy en el porche —susurré, y le abrí la puerta.

Aun en la oscuridad, pude ver que estaba exhausto.

—Mantente apartado de las ventanas —dije, y le llevé a la cocina.

Encendí la luz. Él se dejó caer sobre la mesa, jadeando, con la ropa cubierta de manchas de barro y briznas de paja.

—¿Te ha visto alguien?

Negó con la cabeza.

—Voy a prepararte un poco de comida.

—Por favor —murmuró.

Mientras le preparaba unos huevos fritos con tocino, él permaneció en aquella postura de abatimiento, con los ojos parpadeantes, la espalda encorvada y las piernas extendidas. Le di un vaso de agua.

—Me duelen terriblemente los pies —dijo—. Y el costado. Me he caído contra una roca.

—¿No te ha visto nadie salir?

—No estaría aquí si me hubiesen visto.

Le dejé recuperarse mientras se freían los huevos.

—¿Tienes tabaco? A mí se me terminó hace seis días.

Le eché mi paquete.

—Cristo, Miles... —dijo, y no pudo continuar—. Cristo...

—Guárdalo para luego —dije—. Tu comida ya está casi lista. Come un poco de pan mientras tanto.

Había estado demasiado cansado para fijarse en la hogaza que había en medio de la mesa.

—Cristo... —repitió, y empezó a partir pedazos de la hogaza.

Cuando le puse delante los huevos con tocino, comió ávidamente, silenciosamente, como un recluso evadido.

Cuando terminó, apagué la luz, pasamos al cuarto de estar y nos dirigimos a tientes hasta las sillas. Yo podía ver la punta de su cigarrillo ardiendo en la oscura estancia, balanceándose de atrás adelante mientras él se movía en la mecedora.

—¿Tienes algo de beber? Perdóname, Miles. Me estás salvando.

Creo que empezó a llorar y me alegré de que la luz estuviera apagada. Volví a la cocina y regresé con una botella y dos vasos.

—Es bueno —dijo cuando hubo bebido el suyo—. ¿Qué es?

—Ginebra.

—Nunca la había probado. Mi madre no dejaba que entrase alcohol en la casa, y yo nunca quise ir a los bares. Nunca tuvimos nada más fuerte que cerveza. Y eso sólo una o dos veces. Ella murió de cáncer de pulmón. Fumaba sin parar. Como yo.

—Lo siento.

—Fue hace mucho.

—¿Qué vas a hacer ahora, Paul?

—No lo sé. Ir a alguna parte. Esconderme. Intentar llegar a alguna ciudad. Volver cuando todo haya terminado.

La brasa del cigarrillo reluciendo con sus inhalaciones, moviéndose hacia adelante y hacia atrás con su balanceo.

—Hay otra, otra chica. Desapareció.

—Lo sé.

—Por eso es por lo que iban a venir por mí. Hace más de una semana que desapareció. Lo oí por la radio.

—Michael Moose.

—Ése es. —Emitió una risa breve y carente de humor—. Probablemente no conoces a Michael Moose. Pesa 150 kilos y masca chicle de menta. Es grotesco. Lleva el pelo aplastado y tiene ojos de cerdo y un bigotito estilo Oliver Hardy. Parece salido de *Babbitt*. Imita la voz de Walter Cronkite, y nunca encontraría trabajo más que en Arden, y los crios se ríen de él en la calle, pero es mejor de lo que yo soy. Para Arden. Piensan que tiene un aspecto ridículo, y hacen chistes a cuenta de él, pero le respetan. Bueno, quizá no tanto. Pero sí le toman como a uno de ellos. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

Su voz tenía un intenso deje de amargura.

—Porque cuando era joven sabían que salía con chicas, chicas que ellos conocen, y porque se casó. Porque saben, o dicen, que tiene una mujer en Bundell que es telefonista. Pelirroja.

Osciló el cigarrillo en el aire, y pude ver borrosamente a Paul Kant llevándose el vaso de ginebra a los labios.

—Ésa es la cuestión. Él es uno de ellos. ¿Y sabes cuál es mi delito? —Contuve el aliento—. Nunca salía con una chica. Nunca tuve un plan. Nunca conté un chiste verde. Ni siquiera tuve una novia muerta como tú, Miles. Así que pensaba que yo era..., lo que pensaban. Diferente. No como ellos. Como algo malo que conocían.

Permanecimos largo rato allí sentados, en silencio, siendo cada uno de nosotros sólo una vaga forma para el otro.

—Pero no empezó así. No importaba que yo fuese menos... digamos, robusto, cuando éramos niños. En la escuela primaria. La escuela primaria era un paraíso..., cuando pienso en ella, era un paraíso. Las cosas se pusieron mal solamente en la escuela superior. Yo no era *majo*. No era como *Oso Polar*. No tenía nada de atleta. No perseguía a las chicas. Así que empezaron a hablar de mí. Observé que la gente no quería que yo anduviera cerca de sus hijos en la época en que tuve que dejar la escuela.

Se inclinó y buscó a tientas algo en el suelo.

—¿Te importa que tome otro trago?

—Está a tu lado, en el suelo.

—Por eso, ahora que ese admirable personaje anda por ahí destripando chiquillas, suponen que soy yo. Oh, sí, Paul Kant. Nunca fue trigo limpio, ¿verdad? Un niño de mamá. No muy normal, en una sociedad que hace de ser normal la

cualidad más virtuosa de todas. Y había luego otra cosa..., un pequeño problema que tuve. Una estupidez. Me llevaron a una comisaría. Me pegaron sin haber hecho nada. ¿Te han hablado de ello?

—No —mentí—. No me han dicho ni palabra.

—Tuve que ir al hospital. Siete meses. Pildoras todos los días. Sin haber hecho nada. Cuando salí, todo el mundo se me quedaba mirando. El único trabajo que pude encontrar fue en «Zumgo's». Con esas recelosas mujeres. Cristo. ¿Sabes cómo he llegado aquí esta noche? He tenido que salir a hurtadillas de mi propia casa. Deslizarme por las calles como un perro. ¿Sabes lo de mi perro, Miles? Le mataron. Uno de ellos lo hizo. Fue de noche y lo estranguló. Le oía gritar. Al perro.

Podía imaginar el pequeño y simiesco rostro contorsionándose. En la oscura habitación flotaba un olor a ginebra y cigarrillos.

—Cristo.

Pensé que quizás estuviera llorando otra vez.

Luego:

—¿Y qué dices tú, Miles Teagarden? ¿O te limitas a quedarte sentado y escuchar? ¿Qué dices?

—No sé.

—Tu eras rico. Podías venir aquí los veranos y volver luego a uno de tus colegios particulares y luego ir a alguna costosa Universidad y fumar pipas e ingresar en una fraternidad y casarte y obtener una licenciatura y vivir en apartamentos de Nueva York, e ir a Europa y destrozar coches y comprar trajes de Brooks Brothers y, no sé, hacer lo que te diera la gana. Enseñar inglés en una Facultad. Voy a tomar otro poco de tu ginebra.

Se inclinó, y oí el ruido de la botella al chocar contra el vaso.

—Oh, he derramado un poco.

—No importa —dije.

—No te importaría, ¿verdad? Me estoy emborrachando. ¿Eres tú. Miles? ¿Eres tú? Dime.

—Si soy ¿qué? —pero ya lo sabía.

—¿Eres tú el admirable personaje? ¿Te has tomado unas vacaciones de tu vida de *Atlantic Monthly* para venir aquí a destripar unas cuantas chicas?

—No.

—Bueno, pues yo tampoco soy. ¿Quién es, entonces?

Miré al suelo. Antes de que hubiera decidido hablarle de Zack. él estaba hablando de nuevo.

—No, no soy yo.

—Lo sé —dije—. Yo creo...

—No soy yo, de ninguna manera soy yo. Ellos quieren que sea yo. O tú. Pero yo no sé nada de ti. Pero te estás portando bien conmigo, ¿verdad, Miles? Probablemente, nunca ha estrangulado alguien a tu perro. ¿O tenéis perros las

personas como tú? Perros lobos, alanos. O un lindo cachorro de tigre atado con una correa.

—Paul, estoy tratando de ayudarte —dije—. Tienes una idea ridículamente errónea de mi vida.

—Oh, lo siento, no te ofendas. Sólo soy un pobre campesino, lo sé. Un pobre, necio y despreciable paleta. Te diré por qué no puedo ser yo. Por lo siguiente. Yo nunca iría tras una chica. Por eso. ¿Oyes lo que estoy diciendo?

Le oía, y esperaba que no se torturase a sí mismo insistiendo en el tema.

—¿Has oído eso?

—Lo he oído.

—¿Entiendes?

—Sí.

—Sí. Porque yo lo haría con chicos, no con chicas. ¿No tiene gracia? Por eso es por lo que no soy yo. Eso es lo que siempre he deseado, pero tampoco lo hice nunca. Nunca he tocado ni a uno siquiera. Pero nunca le haría daño a ninguno. Nunca.

Permaneció allí, derrumbado en la mecedora, con el cigarrillo brillando en su boca.

—¿Miles?

—Sí.

—Déjame solo.

—¿Es importante para ti estar solo ahora?

—Lárgate de aquí, Miles.

Estaba llorando otra vez.

En lugar de salir de la habitación, me levanté, pasé ante él y miré por la ventana que daba al porche y a la carretera. No pude ver nada más que la oscura masa de mi propio rostro reflejado en el cristal y la desgarrada rejilla del otro lado. Más allá, todo estaba negro. Su boca hacía ruidos en su vaso.

—Está bien —dije—, te dejaré solo, Paul. Pero volveré.

Subí la escalera en la oscuridad y me senté ante mi mesa. Eran las tres y cuarto. Debía pensar en la mañana. Si los hombres de Arden irrumpían en la casa de Paul y descubrían que se había marchado, la noticia, sin duda, llegaría casi inmediatamente a conocimiento de *Oso Polar*. Y, si iban a irrumpir en su casa, ello solamente podía significar que, de alguna manera, habían llegado a la conclusión de que era él y no yo el responsable de la muertes de las chicas. Pero entonces podrían pensar en buscar a Paul en mi casa..., y yo no podía imaginar sino consecuencias desastrosas si una banda de matones de Arden entraba al asalto en la casa y nos encontraba a los dos. Una escopeta del sótano de Duane no podría volver a salvarme. Oí el sonido de un coche poniéndose en marcha y me levanté de un salto. El sonido se desvaneció.

Transcurrieron quince minutos. Tiempo suficiente, pensé, para que Paul se hubiera recuperado. Me puse en pie y me di cuenta de lo cansado que estaba.

Bajé la escalera y entré en la oscura habitación. Vi la brasa de un cigarrillo

reluciendo en el borde del cenicero. Los olores a humo y ginebra parecían muy densos en el aire de la pequeña y fría estancia.

—¿Paul? —dije, yendo hacia la mecedora—. Paul, deja que te dé una manta. Tengo un plan para mañana.

Y entonces me detuve. Podía ver la parte superior de la mecedora recortándose contra la ventana, y en ésta no aparecía la silueta de su cabeza. La mecedora estaba vacía. Él ya no estaba en la habitación.

Comprendí inmediatamente lo que había sucedido, pero encendí de todos modos una de las luces y lo confirmé. El vaso y la botella, vacía en sus tres cuartas partes, estaban en el suelo junto a su silla, el cigarrillo había ardido casi hasta el borde del cenicero. Entré en la cocina y, luego, abrí la puerta del cuarto de baño. Se había marchado de la casa poco después de haber subido yo la escalera. Solté una maldición, en parte enfadado conmigo mismo por haberle dejado, en parte desesperado.

Crucé el porche y salí al césped. No podía haber ido muy lejos. Y recordé el sonido del coche que había creído oír desde el piso alto y eché a correr a través del césped.

Cuando llegué a la carretera, torcí por puro reflejo a la derecha y corrí hacia la granja Sunderson, en dirección a Arden, durante unos cuarenta segundos. Pero podía haber ido hacia el otro lado, adentrándose más en el valle..., yo ni siquiera sabía qué había en aquella dirección; y comprendí que también podía haber penetrado en los campos, como había hecho horas antes viniendo de Arden. Me lo imaginé escondido tras un edificio o agazapado en un campo, lleno de miedo y de aborrecimiento de sí mismo, y me dije que no tenía ningún sitio adonde ir, realmente ninguno. Volvería antes de que amaneciese.

Di media vuelta en la oscura carretera y empecé a regresar lentamente a casa. Cuando llegué al camino que llevaba a la casa de mi abuela, vacilé y, luego, continué andando un poco más por la carretera en esa dirección. Era inútil, no se veía nada. Solamente podría encontrarle si él me lo permitía. Retrocedí, subí por el camino y me senté en el columpio del porche para esperar. Una hora, me dije: ni siquiera llegará a una hora. Me sentaría a esperar. Aun con lo cansado que estaba, era inimaginable que pudiera quedarme dormido.

Pero una hora después fui despertado por un sonido que no pude identificar al principio. Un agudo y agitado gemido, un sonido de furia mecánica, de pánico mecánico, llegaba desde algún lugar a mi derecha, pero era lo bastante intenso y próximo como para distorsionar mi sentido de la situación: por un momento, creí estar en Nueva York, despierto antes del amanecer en Nueva York. Era un sonido de Nueva York, y, mientras localizaba gradualmente el lugar en que me encontraba, localicé también el sonido. Era la sirena de un coche de bomberos.

Me encontré de pie en el porche, a la grisácea luz de la incipiente madrugada, escuchando un coche de bomberos. La niebla se extendía a través de los campos y la alfombraba la carretera del valle. Mientras escuchaba tratando de situar el sonido de la sirena, éste cesó bruscamente. Di media vuelta y abrí la puerta del cuarto de estar. La botella y el vaso en el suelo, la colilla en el borde del cenicero. Paul Kant seguía ausente.

Con torpes movimientos, sabiendo que debía apresurarme, bajé el solitario escalón del porche. La niebla yacía en las rodadas del césped y ocultaba sus zonas quemadas. Me dirigí dando tumbos hacia el camino, olvidando por completo el coche ante el que debía de haber pasado, y salí a la carretera. Luego, empecé a correr. Apenas visible carretera abajo, en dirección a la autopista, una tonalidad roja bañaba el aire gris.

Para cuando llegué a la granja Sunderson, había dejado ya de correr, y caminé lo más rápidamente que me era posible sin aumentar el dolor que sentía en el pecho hasta que llegué a las ruinas de la escuela; luego, troté hasta la iglesia. El muro de arenisca roja ocultaba la rojez del cielo. *Es la casa de Andy*, pensé, y meforcé a correr otra vez. Oía movimientos de hombres y el ruido de máquinas en funcionamiento. Cuando di la vuelta al muro, empecé a correr más aprisa. El coche de bomberos estaba aparcado junto a la casa de Andy, y un coche de Policía se había detenido un poco más adelante, junto a los surtidores de gasolina. Oí el terrible y devorador ruido del fuego. Pero no era la casa de Andy la que se estaba quemando. Pude ver las llamas que se elevaban por detrás de la alta fachada de los almacenes.

Pensé, recordando: quizá fuera una moto lo que oí, y no un coche. Había estado demasiado aturdido para poder distinguir.

Di la vuelta a la casa de Andy.

Al principio, sólo vi la llameante fachada de la Casa Soñada, precipitándose en la destrucción, como con tanta frecuencia debía de haberlo deseado Duane. Parecía transparente, esquelética. Los marcos de las puertas y las ventanas pendían oscuramente suspendidos en las llamas rojoanaranjadas. Tres bomberos con botas de goma y casco de hierro dirigían sobre las llamas una inútil manguera. Una nube de vapor se elevaba con el humo. Luego vi a *Oso Polar* que me observaba calmosamente desde un lado del coche; iba sin uniforme, con una deformada chaqueta deportiva y pantalones marrones, y con sólo mirarle me di cuenta de que no se había acostado. Su insomnio le había mantenido levantado dándole a su botella de «Wild Turkey» hasta que se produjo la llamada del servicio de bomberos. Estaba todavía lo bastante oscuro como para que las llamas enrojeciesen el suelo y la trasera de la tienda de Andy, y, al acercarme más sentí el calor. Dave Lokken, de uniforme, hablaba con Andy y su mujer, vestidos ambos en bata y mirando a la trasera del establecimiento. El fuego ponía una tonalidad sonrosada en sus rostros. Los tres me vieron al mismo tiempo y me miraron como si yo fuese un fantasma.

Oso Polar echó a andar hacia mí. Yo seguí mirando el fuego; las primeras tablas

se derrumbaron hacia dentro, despidiendo una gran lluvia de chispas.

—¿Te ha despertado la sirena de los bomberos? —preguntó. Asentí con la cabeza.

—Has venido en seguida. ¿Estabas durmiendo vestido?

—No estaba acostado.

—Yo tampoco —dijo él, y me dirigió una de sus tristes y paternales sonrisas—. ¿Quieres oír la historia? Tendré que contártela de todos modos. Te interesará.

Yo estaba mirando en silencio un montón de grises mantas del ejército que había a mitad de camino entre la incendiada Casa Soñada y la parte trasera del local de Andy, y accedí.

—Naturalmente, estos chicos no van a conseguir nada con esa manguera —dijo—, pero quizá puedan impedir que las llamas pasen a la tienda de Andy Kastad. Será lo más que puedan hacer. La llamada llegó demasiado tarde para que salvaran ese aborto de tasa de Duane, pero supongo que nadie va sentir su destrucción, y Duane menos que nadie. Hace tiempo que debían haberla derribado. Lo que sucedió fue que Andy y su mujer se despertaron a tiempo para ponerse a salvo..., aseguran haber oído un ruido y, *después*, el fuego. Saltaron de la cama, miraron por la ventana y se llevaron el susto de su vida.

Miré a Andy y su mujer y pensé que, probablemente, era verdad.

—Así que Margaret llama a los bomberos mientras Andy sale corriendo para hacer algo..., no sabe qué. Mear encima quizás. Y ve algo. ¿Adivinas qué?

—No. —*Oso Polar* estaba utilizando su truco favorito para crear suspense.

—No, claro. Oye, a propósito, Miles, ¿no habrás visto esta noche a tu amigo Paul Kant?

Tenía la cabeza inclinada, las cejas levantadas y aire de absoluta naturalidad. Otro truco favorito.

—No.

—Aja. Estupendo. Bueno, como iba diciendo, Andy sale a todo correr por su puerta trasera, dispuesto a echar cerveza o algo encima del fuego, y ve ese objeto en la puerta de la casa. Pero es como tú. Tampoco puede adivinar lo que es. Y piensa que debe mirarlo más de cerca. Así que se aproxima, lo agarra y lo suelta. La mitad está en llamas. Y cuando lo ve bien vuelve a entrar en la casa y me llama también a mí, sólo que Dave y yo estamos viniendo ya a toda marcha.

—¿A qué viene toda esta charla, *Oso Polar*?

El calor del fuego parecía intensificarse, tostándome un lado de la cara.

—Creía que lo adivinarías. —Me puso una mano en el brazo y empezó a conducirme hacia la tienda—. La cuestión es que ya no tienes nada más de qué preocuparte, Miles. Todo ha terminado. Elegí el caballo equivocado, pero tú estás libre de toda sospecha a partir de ahora. Es como te dije. Yo le fallé, pero él me falló a mí también.

Me detuve y le miré a la cara y, muy por debajo de su tono y su aire

confidencial, percibí desconcierto e ira. Me empujó hacia delante, forzándome a unirme a su charada. Me tambaleé, y él me agarró con más fuerza el brazo.

—Estamos a 16 de julio, muchacho, así que, si no tienes nada que te retenga aquí después del 21, supongo que nos dejarás. Eso será dentro de menos de una semana. Tiempo suficiente para que mantengas la boca cerrada, supongo.

—*Oso Polar* —dije—, no sé de qué estás hablando, pero creo que sé a quién estás buscando.

—A quién estaba buscando —dijo él.

Estábamos casi junto al montón de mantas, y me di cuenta de que Lokken instaba a Andy y Margaret Kastad a que se alejaran. Se apresuraron a apartarse a algún lugar por detrás de mí, aparentemente contentos de marcharse.

—Y fue un hombre lo que encontró ahí —dijo *Oso Polar*, y se agachó como alguien que se dispone a coger una moneda del suelo.

—¿Un hombre?

En silencio, *Oso Polar* retiró el borde de la manta.

Yo tenía delante su cara. Tenía parte del pelo quemada y ensangrentada la mejilla. Sus ojos estaban abiertos todavía. Sentí que se me doblaban las rodillas, y sólo con gran esfuerzo conseguí mantenerme en pie. *Oso Polar* me tocó en la espalda, y sentí de nuevo su contenida ira. Salía de él como el contacto de un hierro de marcar. Le oí decir: «Ese es tu salvoconducto para salir de aquí, Miles», y miré sus facciones enrojecidas por el fuego y, luego, de nuevo el cuerpo de Paul.

—¿Qué es eso que tiene en el lado de la cabeza? —Pregunté y oí temblar mi voz—. Parece como si le hubieran dado un garrotazo.

—Le cayó una tabla.

—No han empezado a caer hasta después de haber llegado yo aquí.

—Entonces se cayó él. Me aparté.

—Una cosa más, Miles —dijo *Oso Polar*, a mi lado. Volvió a agacharse, extendió de nuevo el borde de la manta, se incorporó y utilizó el pie para apartar otro pico de manta.

—Mira. Otra cosa que sacó Andy.

Me agarró del brazo y me hizo girar como a un muñeco. Tardé unos instantes en reconocer lo que quedaba al descubierto junto a la retirada manta, porque el metal había resultado ennegrecido por el fuego. Era la segunda lata de cuarenta litros que había en el garaje de la granja.

—Así es como provocó el incendio —dijo *Oso Polar*—. Está tan claro como el agua.

—¿Qué es? Esa lata de gasolina es de mi casa.

—Claro. Se escabulló, robó esa lata de gasolina, volvió aquí, la derramó y prendió fuego. Es como si hubiera confesado. Ya no podía soportarlo más.

—No, no, no —dije—. Estuvo en mi casa antes, *Oso Polar*. Intentaba escapar de esa pandilla de rufianes antes de que le diesen una paliza o le matasen. No era

culpable, no tenía nada que confesar.

—No te esfuerces, Miles —dijo Hovre—. Ya me has dicho que le habías visto. Es demasiado tarde para mentir al respecto.

—No estoy mintiendo ahora.

—Estabas mintiendo antes, pero ahora no. —Su voz era átona e incrédula.

—Salió de mi casa poco después de las tres. Alguien debió de estarle siguiendo todo el tiempo. Alguien le rrjó. Eso es lo que él temía. Por eso es por lo que huyó. Incluso oí el coche. —Mi voz se iba elevando

Oso Polar se separó unos pasos, arrastrando los pies. Vi que estaba haciendo esfuerzos por dominarse.

—Mira, Miles —dijo, dirigiéndose de nuevo hacia mí—. Volviendo a la realidad, a mí me parece que el instructor podría seguir uno de los dos caminos en este asunto. ¿Me escuchas? Podría considerar que se trata de un suicidio o que se trata de una muerte accidental con ocasión de la comisión de un delito, según el grado en que quisiera proteger la reputación de Paul Kant. En cualquiera de los dos casos, tiene que apoyarse en la evidencia de esa lata de gasolina.

—¿Son éstos los dos únicos veredictos que crees que podría considerar?

—Sí.

—No, si yo puedo evitarlo.

—No podrás hacer nada aquí, Miles. Será mejor que termines esa investigación tuya y te largues.

—¿Quien es el instructor aquí?

Oso Polar me dirigió una mirada triunfal y airada.

—Yo.

Me lo quedé mirando, sin saber qué decir.

—En un Condado tan pequeño como éste, era absurdo tener a dos hombres cobrando sueldos públicos.

Me volví para mirar al fuego. Su intensidad había decrecido, y el marco de la puerta y todo el techo se habían desplomado en el rugiente interior del edificio. Sentía medio quemada la piel de la cara y de las manos. Notaba los pantalones calientes en los puntos en que me rozaban las piernas. Advertí que los Kastad se alejaban de mí y del fuego.

—Estuvo en mi casa —dije. Ya no podía soportarlo por más tiempo. Empecé a avanzar hacia él—. Estuvo en mi casa, y tú violaste a mi prima. Tú y Duane. La matasteis. De forma accidental, probablemente. Pero con ésta, son ya dos muertes sobre las que quieres arrojar basura. Esta vez no será así.

Su furia era más aterradora que la de Duane porque era más serena.

—Dave —dijo, mirando por encima de mi hombro.

—No puedes colgárselo todo a un hombre inocente porque esté convenientemente muerto —dije—. Yo sé quien es el culpable.

—Dave.

Lokken se me acercó por detrás. Oía sus pasos sobre la grava.

—Es ese Zack —dije—. Hay otra culpabilidad, pero es demasiado disparatada..., así que tiene que ser Zack. —Oí a Lokken murmurar algo en tono de sorpresa a mi espalda—. El tenía esas botellas de «Coca-Cola» en su furgoneta, y un pomo de puerta...

—¿Sabes quién es Zachary, Miles? —me interrumpió *Oso Polar*, con voz inexpresiva.

—También a él le gustan los incendios, ¿no? —dije—. Duane dijo que le gustaban tanto que a veces no esperaba que los empezase otro.

Dave Lokken me agarró de los brazos.

—Sujétale, Dave —dijo *Oso Polar*—. Sujétale bien.

Se me acercó, y Lokken me dobló los brazos a la espalda, sujetándolos con tal fuerza que no podía moverme.

—¿Sabes quién es Zachary?

—Ahora lo sé —traté de decir.

—Es mi hijo —dijo *Oso Polar*—. Mi hijo. Y ahora voy a enseñarte a tener la boca cerrada.

En el segundo que precedió inmediatamente a su golpe vi su rostro inflamado de ira y tuve tiempo de preguntarme si Duane me habría contado el detalle final si no se hubiera herido en la mano. Luego, no pude pensar en nada más que en el dolor. Después, dijo a Lokken que me soltase, y me desplomé sobre la grava. No podía respirar. Le oí respirar: «Lokken, largarte inmediatamente de aquí» y abrí los ojos y vi sus zapatos. Uno de ellos se levantó y descendió sobre mi cara. Oí marcharse a Lokken. El olor de *Oso Polar* se derramó sobre mí. El pie se levantó de mi rostro. Su voz me llegó directa al oído.

—Te habría ido mucho mejor si nunca hubieras venido aquí, Miles. Y creo que será mejor que te portes como si lo supieras.

Le oía respirar con fuerza. «Wild Turkey» se mezclaba con el olor a pólvora.

—Miles, maldita sea, como digas una palabra más acerca de esas malditas botellas de «Coca-Cola» o de esos malditos pomos, te parto en dos.

Su respiración se tornó agitada, y su vientre se le tensaba contra el cinturón.

—Y tu prima murió hace veinte años, Miles. Di una palabra más acerca de ella y estás terminado. Recuerda ahora esto, y recuérdalo bien. Quienquiera que fuese el que estuvo allí cuando murió tu prima, te salvó la vida al llevarte a la roca. Quizá no repitieran el favor. Quizás ahora te dejen caer al agua.

Luego, soltó un gruñido mientras se incorporaba y se marchó. Cerré los ojos. Oí el ruido de neumáticos sobre la grava.

Cuando volví a abrir los ojos, me toqué la cara. Tenía sangre. Me incorporé. Estaba solo. La Casa Soñada de Duane no era más que un ardiente amasijo de tablas coronado por un penacho de humo negruzco. El cuerpo de Paul había desaparecido, y también el montón de mantas. Me encontraba absolutamente solo, tendido sobre la

blanca grava junto a un moribundo incendio.

V

Comenzaba la fase final.

Cuando llegué a casa, me lavé la sangre de la cara, me metí en la cama y permanecí acostado treinta y seis horas. Estaba sin amigos..., Paul había muerto, Duane me odiaba y *Oso Polar* se había revelado como un enemigo demasiado complejo como para ver con claridad. Sentía su contacto quemándome como un hierro de marcar, y aquel contacto era peor que sus golpes. Mi única protección era Rinn, una mujer de más de noventa años. Sin embargo, si *Oso Polar* y Arden en general me habían absuelto de sospechas, ¿por qué necesitaba protección? ¿Frente a Zack? Me había equivocado terriblemente en eso. Me revolví bajo las húmedas sábanas, gimiendo. Estaba aterrorizado.

Sé que esperaba, sin oír nada más que el sonido de mi propia voz diciéndole a *Oso Polar*, por encima del cadáver de Paul Kant, que había otra posibilidad pero que era demasiado disparatada y sabiendo que era allí donde se originaba mi verdadero terror..., y permanecí rígido de tensión. Pero nada sucedió. No hay otra posibilidad, me dije a mí mismo. Me fui calmando poco a poco y, finalmente, volví a dormirme.

Desperté, consciente del olor a agua fría que inundaba la habitación.

—Alison —dije.

Una mano tocó mi hombro. Esto sucedió. Me di la vuelta, alargué la mano y toqué..., toqué el cuerpo de una muchacha. Un cuerpo esbelto y frío, mucho más frío que mis manos. Yo me encontraba en ese estado de vigilia sólo parcial en que más tenue es el aspecto conque se aparece la realidad. Yo tenía consciencia solamente de haber sido perdonado, y de su presencia. Mis manos se dirigieron, por propio impulso, a su cara y palparon lo que yo no podía ver, los tensos pómulos enmarcando aquel contradictorio y mágico rostro y, luego, sus suaves cabellos. La sentí sonreír bajo la palma de mi mano, y no había duda de que era la sonrisa de Alison Greening. Una inmensa sensación general de beatitud invadió todo mi cuerpo. Toqué sus delgadas piernas, abracé su cintura, acurruqué la cabeza en la carnosa depresión de la base de su cuello. Nunca he experimentado tanto gozo.

En realidad, he sentido exactamente ese gozo, y por la misma razón: durante los años de nuestro matrimonio, medio me despertaba a veces y me apretaba contra Joan y pensaba en *Alison*, y la abrazaba, sintiendo en su cuerpo mientras hacíamos el amor los rasgos físicos de la chica muerta que yo necesitaba. En esos momentos experimentaba el mismo entumecido éxtasis, la misma beatitud; pero esta noche las sensaciones eran más específicas aún, y, mientras abrazaba sus hombros y penetraba en ella, las pequeñas manos en mi espalda y el cuerpo más esbelto tendido bajo el mío eran, indudablemente, los de Alison. Todo lo demás, toda la desventura de la pasada semana, se desvaneció. Si hubiera estado en un campo de batalla, no habría

percibido los cañonazos ni las explosiones de las granadas.

Mientras su cuerpo se calentaba, comenzó la sensación de extrañeza, de alejamiento. No era que su cuerpo cambiase —no era nada tan tosco como eso—, sino que durante la noche parecía a veces como si fuera objeto de una doble exposición, cambiando imperceptiblemente de forma, de tal modo que durante una mitad de un segundo era el cuerpo que yo había visto fulgurar en el agua, y en la otra mitad era más grueso, de tal modo que una pierna levantada contra mi costado parecía aumentar de peso, presionar con mayor urgencia. Los pechos oprimidos contra mi pecho era pequeños, luego voluminosos, luego pequeños; la cintura, esbelta, luego ancha; pero es más exacto decir que ambos se hallaban presentes al mismo tiempo y que cuando tomé conciencia de esta doble exposición, imaginé que se trataba de una oscilación entre las dos mitades de un segundo.

Una vez, durante sólo un momento que quedó profundamente sumergido bajo una impetuosa sucesión de momentos más largos —un momento como la pequeña fracción contenida dentro de una fracción—, mis manos parecieron tocar algo además de carne.

Horas después, abrí los ojos y vi piel joven a mi lado, una curva de carne que se resolvía en un hombro. Unas manos me amasaban la espalda, una redonda rodilla se elevaba entre mis piernas. La cama era un baño de olores. Perfume sexual, aquel olor crudo y repugnante, polvos de talco, piel joven, cabellos recién lavados. Y el olor a sangre. Levanté la cabeza y vi que la muchacha que estaba debajo de mí, y que deslizaba la mano para excitarme otra vez, era Alison Updahl.

Me retiré.

—Tú.

—Mnnn.

Se me acercó. Sus ojos era pálidos e inexpresivos como siempre, pero su rostro era suave.

—¿Cuánto hace que estás aquí?

Ella rió.

—Quería sorprenderte. Pero anoche no te portaste como si estuvieras sorprendido. Sólo hambriento. Realmente, le haces a una sentirse bien recibida.

—¿Cuánto hace que estás aquí?

—Desde anoche. Tienes la cara toda cortada donde te pegó el señor Hovre. ¿Sabes ese estúpido ayudante que tiene, Dave Lokken? Se lo ha estado diciendo a todo el mundo. Hará unos dos días. De cómo te pegó el señor Hovre. Cómo el culpable era Paul Kant. Así que pensé ayudarte a celebrarlo. Aunque tú intentaste hacerle creer que era Zack. Pero eso fue una idiotez.

—Quiero que te vayas.

—Oh, no hay peligro. Quiero decir que él no se enterará de nada. Es jueves por la mañana, y los jueves por la mañana va a la Cooperativa. Ni siquiera sabrá que estoy fuera de casa. La miré atentamente. Parecía por completo a sus anchas, ajena a

cualquier rareza.

—¿Has estado aquí toda la noche?

—¿Eh? Claro que he estado.

—¿No has notado nada extraño?

—Solo tú —rió y me pasó un brazo por el cuello—. Eres bastante extraño. No deberías haberle dicho eso acerca de Zack al señor Hovre. Zack te aprecia realmente. Incluso ha leído alguno de esos libros que le diste, como te dijo. De ordinario sólo lee libros sobre crímenes, ya sabes, asesinatos y esas cosas. ¿Lo dijiste por lo de la presa? ¿Por lo que hicimos? Sólo estábamos bromeando. Te portaste bien entonces. Incluso después, cuando te enfadaste, me mirabas..., ya sabes. Porque no llevaba nada encima. Como ahora.

Hizo una mueca, al parecer porque se había arañado con algo que había en la cama, y se pasó la mano por la cadera; el gesto dejó al descubierto su compacto busto, y sentí una involuntaria llamarada de interés sexual. Ella tenía razón. Yo había estado hambriento. Sentía todavía como si no hubiera hecho el amor en varios meses. Alargué la mano y le agarré uno de los pechos. El olor a sangre empezó a brotar de nuevo. Mi única excusa es que estábamos juntos en la cama y ella se estaba mostrando deliberadamente seductora. Fue una experiencia por completo distinta de la de la noche anterior. Su cuerpo me resultaba totalmente extraño, nuestros ritmos no armonizaban, y me desconcertaban sus repentinos espasmos y sacudidas. Finalmente, rodé de lado y dejé que ella dirigiera las cosas, como evidentemente deseaba hacer. Fue una torpe actuación, a lo que supongo que contribuyeron mis dudas sobre mi estado mental. Yo había estado seguro de que mi pareja era mi prima; cuando traté de recordar la sensación de «doble exposición», me pareció algo vago. Pero una cosa era segura,

Alison Updahl era una extraña sexual para mí, menos melódica con su cuerpo.

Cuando todo hubo terminado, ella se sentó en la cama.

—Bueno, esta vez no has puesto el corazón en ello.

—Alison —dije, sintiendo la necesidad de preguntarlo—, ¿hizo Zack esas cosas..., los asesinatos? Porque Paul Kant no lo hizo, pese a lo que crea *Oso Polar*.

Su ternura se había desvanecido antes de que yo terminara de hablar. Pasó las piernas por el borde de la cama, impidiéndome verle la cara. Me pareció que le temblaban los hombros.

—Zack sólo habla de esas cosas, nunca las hace. —Levantó la cabeza—. Eh, ¿y qué tienes en esta cama? Me ha estado arañando toda la mañana.

Se puso en pie, volvió la cara hacia mí y retiró la sábana. Sobre la sábana bajera se veían esparcidas varias diminutas ramitas oscuras..., en cantidad suficiente como para cubrir la palma de una mano.

—Ya es hora de que cambies las sábanas —dijo, recuperando el dominio de sí misma—. Están empezando a germinar.

Con la garganta seca, miré los pequeños objetos que había a mi lado en la

arrugada sábana. Ella se apartó.

—Alison —dije—, contéstame una cosa.

—No quiero hablar de esas cosas.

—No. Escucha. ¿Dedicasteis Zack y tú una canción por la radio hará unas dos semanas? ¿De A y Z, a todos los perdidos?

—Sí. Pero no puedo hablar de eso..., por favor, Miles.

Naturalmente, Alison no tenía ni idea de lo que significaban para mí aquellas ramitas semejantes a dedos, y cuando me levanté apresuradamente de la cama ella me ignoró al principio mientras se vestía.

—No estás muy charlatán, ¿verdad? Salvo para hacer preguntas estúpidas —dijo, pasándose una camiseta por la cabeza—. No tienes ganas de hablar, ¿eh, Miles? —Se introdujo en los ajustados pantalones vaqueros—. Te gusta echar a perder cosas. Bueno, no tienes que preocuparte. No volveré a invadir tu intimidad.

Luego, como yo no protestara, me miró más atentamente.

—Eh, Miles, ¿qué está pasando? Parecías tan espantado como aquel primer día que volviste.

—No me sorprende —dije—. Tengo la misma razón. Por tu propio bien, será mejor que te vayas.

—¿Por mi propio bien? Jesús, eres un caso.

—Sin duda —dije, y ella metió los pies en sus chancletas y bajó ruidosamente la escalera sin despedirse.

Otras explicaciones..., tenía que haber otras explicaciones. Las ramitas se me habían quedado prendidas en la ropa a mi paso por el bosque, o simplemente cuando caminaba por los alrededores de la granja. O se me habían adherido cuando *Oso Polar* permitió que Dave Lokken me dejara caer. Me puse en pie y las sacudí de las sábanas. Finalmente, alisé la cama, me vestí, entré en mi estudio y cogí un lápiz, varias hojas de papel y bajé la escalera para intentar trabajar en la mesa de la cocina. Tuta Sunderson apareció poco después, y le pedí que cambiara las sábanas.

—He oído que estuvo en la tienda de Andy la otra mañana —anunció, con las manos en las caderas—. Creo que pasaron muchas cosas allí.

—Hum —dije.

—Supongo que se sentirá agradecido a alguna de ellas.

—No hay nada como una buena paliza.

—Red dice que Paul Kant hubiera debido marcharse hace mucho tiempo.

—Muy propio del bueno de Red.

—Yo creo que se suicidó. Ese Paul siempre fue un tipo débil.

—Sí, ésa es una de sus teorías favoritas, ¿verdad?

Fragmento de la declaración de Tuta Sunderson:

Tal como yo lo veo, no iba yo a lanzarme a pensar algo sólo porque lo pensaban todos los demás. No había ninguna prueba, ¿no? Yo creo que Paul Kant estalló, simplemente..., era demasiado débil para soportar la presión, y se derrumbó. Nunca confesó, ¿verdad? No. Y usted no había encontrado aún a la otra chica. Yo no tengo prejuicios.

De todos modos, yo iba a seguir vigilando a Miles. Por si decidía huir o algo. Así que fui a su casa el miércoles por la mañana, como siempre, y le diré en qué iba pensando..., en aquella fotografía rota de la hija de Duane que encontré. Lo tenía metido en la cabeza y era algo que me intrigaba. Quiero decir que ¿qué es lo que pasa por la mente de un hombre cuando rompe la foto de una chica? Piense en eso.

Así que, como he dicho, vi a la chica salir de la casa de él aquella mañana justo cuando yo subía por la carretera. Me dije, has estado donde no deberías estar, muchacha, y me quedé un rato allí, en la carretera, para que él no supiera que había visto, y cuando me dijo que le cambiara las sábanas comprendí lo que habían estado haciendo. Puede uno mentir todo lo que quiera, como hacen algunos, pero no se puede engañar a la persona que le lava a uno las sábanas.

Decidí contárselo a Red. Sabía que se pondría furioso, pero quería que él decidiese si debíamos contárselo a Duane. El es ahora el hombre.

Ese día estuve media docena de veces a punto de salir, meterme en el coche y marcharme a alguna parte, no importaba adonde. Pero aún no tenía mi coche y aún creía que podría haber otras explicaciones distintas de la que se había infiltrado en mi consciencia la noche en que había mirado por la ventana de mi habitación y había visto aquella esbelta figura fulminando contra mí una fría e inquietante energía desde la linde del bosque. Era entonces cuando había comenzado el miedo consciente.

Y subsistía, rehusando ser aliviado por teorías. Me seguía escaleras arriba y escaleras abajo, estaba conmigo mientras engullía mi comida, y cuando me sentaba a escribir permanecía detrás de mí, atravesándome la ropa con su helado soplo.

Ella es tu cepo, había dicho Tía Rinn. Mi vida entera había demostrado la exactitud de esa afirmación.

Lo cual volvía a situarme donde había empezado, con el invencible recuerdo del terror que había sentido aquella noche en el bosque. Traté de reconstruir aquellos momentos. Más tarde, me lo había explicado a mí mismo como una fantasía literaria, pero *en el momento* había sido importante, en el momento yo no había percibido nada literario, sino el puro e invencible terror del mal. Mal es lo que llamamos a la fuerza que podemos descubrir cuando hacemos volar nuestra mente todo lo lejos que puede ir: cuando la mente se desmorona ante algo más grande, más duro que ella misma,

incognoscible y hostil. ¿No había cortejado yo al mal, deseando que mi prima volviera a la vida? Pensando de nuevo en la figura de la linde del bosque, comprendí que ella no prometía consuelo ni bienestar; ella no prometía nada que yo pudiera comprender.

Aún no podía reconocermé a mí mismo lo que había empezado a imaginar. Aquella noche, la noche que lo cambió todo, yo había mordisqueado distraídamente en la cocina una amplia variedad de cosas —nueces, un par de zanahorias, un poco de queso— y había salido luego al jardín. La noche era cálida y estaba llena de los aromas del heno y la hierba segada y podía oír el chirriar de los grillos y el sonido de los pájaros invisibles que levantaban el vuelo entre los nogales. Me froté la cara y bajé a la carretera. No podía ver el bosque, pero sabía que estaba allí. Desde el centro de la cálida noche, un frío tentáculo avanzó y me tocó el rostro. Ahora que los habitantes de Arden y del valle habían decidido que yo era inocente de la muertes de las chicas, me sentía más vigilado, más sometido a observación, que antes.

Pensé en las ramitas de mi cama, y volví a subir por el camino.

Acerqué mi silla a la mesa. Mecánicamente, empecé a escribir de nuevo. Al cabo de unos minutos percibí una intensificación de la atmósfera: el aire de la habitación parecía cargado, atestado de una actividad invisible. En lo alto, la luz parecía oscilar, oscureciendo la sombra que yo proyectaba sobre la página que tenía delante. Parpadeé y erguí el cuerpo. Notaba olor a agua fría a mi alrededor.

Una palmada de frío viento me arrancó el lápiz de la mano, un codo de viento se hincó en mi cuerpo.

Se oscureció la luz como se había oscurecido mi sombra, y noté inmediatamente que la presencia de Alison pugnaba por penetrar en mí. Mis manos y mi cara estaban heladas. Me incliné hacia atrás en la silla, moviendo violentamente los brazos, como aspas de molino. Ella estaba entrando a través de la nariz y los ojos y la boca; grité, aterrorizado. Un montón de hojas de papel saltó en el aire y se fragmentó. Sentí que mi mente se tornaba elástica, deslizante, y se estiraba fuera de control. Ella estaba dentro de mi mente, dentro de mi cuerpo: por debajo de mi terror animal, sentía su odio y sus celos. Mis pies golpearon la mesa, y la puerta cayó de los caballetes que la sostenían. La máquina de escribir retumbó en el suelo. Golpeó mi cabeza contra el suelo de madera. Cuando mi brazo derecho encontró una pila de libros, éstos saltaron por el aire como un surtidor. Percibía su odio en todos mis sentidos: la oscuridad, el frío abrasador de mi boca y de las yemas de mis dedos, el penetrante olor a agua, un ruido susurrante, el sabor a fuego en mi boca. Era el castigo por la última y triste copulación, aquella insípida unión animal. Ella estaba hirviendo dentro de mí, y mis brazos se agitaban y mi espalda se arqueaba y golpeaba contra la madera. Yo arrojaba papeles hacia la ventana, hacia la bombilla. Mi cuerpo fue lanzado rodando por el suelo. Saliva, mocos, lágrimas, me corrían por la cara. Por un instante, me hallé por encima de mi cuerpo, viéndolo agitarse y retorcerse sobre el abarrotado suelo, contemplando cómo se retorció mi manchado rostro y mis brazos

arrojaban libros y papeles, y luego retorné a la mesa hirviente y convulsa, sufriendo como un animal presa de espasmódico ataque. Sus dedos parecían deslizarse en el interior de los míos, sus ligeros y violentos huesos superponerse a los míos. Mis orejas fueron estiradas hacia adelante, la nariz se me llenó de líquido, me estalló el pecho.

Cuando abrí los ojos, todo había terminado. Me oía a mí mismo jadear, no gritar. No había notado su marcha, pero ella se había ido. Yo estaba mirando el sereno perfil de la luna a través de la ventana, por encima de mi derribada mesa.

Luego, el estómago se me desató de pronto, y justamente logré bajar a tiempo. Un amargo y oscuro líquido coloidal ascendió violentamente a mi boca. En ese momento, yo estaba sentado en el retrete, sintiendo que un líquido acuoso brotaba con igual fuerza del otro extremo de mi cuerpo, y volví la cabeza hacia el lavabo, con los ojos cerrados y el rostro bañado en un sudor frío.

Cuando salí del baño y entré en la cocina, tuve que sostenerme apoyándome en la fregadera mientras bebía vaso tras vaso de agua fría. Agua fría. El olor saturaba la casa.

Ella me quería muerto. Ella quería tenerme consigo. Aquella noche que parecía de hacía un siglo, Rinn me había advertido. *Ella significa muerte.*

¿Y las otras cosas..., las muertes de la chicas? Por primera vez, miré de frente aquel horror. Me hallaba sentado en la habitación que me había esforzado en preparar para ella y trataba de aceptar lo que antes había rehusado pensar: la otra posibilidad que le había mencionado a *Oso Polar*. Yo había despertado al espíritu de Alison, aquella terrible fuerza que había sentido en el bosque, y sabía ahora que el espíritu rebosaba de envidia de la vida. Ella aparecería el día 21 —y ahora comprendía que lo habría hecho de todos modos, aunque yo me hubiera esforzado en reconstruir el viejo interior de la granja—, pero a medida que se aproximaba la fecha ella iba aumentando en fuerza. Ella podía arrebatar la vida.

Había podido hacerlo desde el día en que yo empecé a aproximarme al valle.

Permanecí sentado en la fría habitación, totalmente paralizado. Alison. Pensé: El día 21 empieza a medianoche del 20. Un día después del que estaba empezando a aparecer con franjas de oscura púrpura sobre los bosques que ennegrecían las colinas.

Al aproximarse la mañana, salí al porche. Las franjas de púrpura se hicieron más anchas; los espaciosos campos, rayados en bandas verdes y amarillas, se iban haciendo visibles con más detalle. Una leve niebla permanecía suspendida sobre ellos, mechones de algodón se enredaban en el maíz.

Me despertaron unos pasos. Tenía frías las manos y los pies. El cielo había

adquirido una pálida y uniforme tonalidad azul, y la niebla había desaparecido de todas partes menos de los bordes mismos de los bosques. Iba a ser uno de esos días en que la luna se mantiene visible toda la mañana, colgando de un firmamento azul como una piedra blanca. Tuta Sunderson avanzaba pesadamente por el camino, andando con trabajosos movimientos, como si sus zapatos estuviesen embutidos en cemento. El bolso se le balanceaba al costado. Cuando me vio, cerró la boca con fuerza y se le endureció el rostro. Esperé a que abriera la puerta del porche y entrara.

—Ya no tiene que venir más aquí —dije—. El trabajo ha terminado.

—¿Qué quiere decir?

Vi cómo la sospecha oscurecía sus saltones ojos.

—Su empleo ha terminado. Ya no la necesito más. El trabajo es *finito*. *Kaput*. Acabado. Concluido. Finalizado.

—¿Ha estado aquí sentado toda la noche? —Cruzó los brazos sobre su pecho, operación que requería una impresionante cantidad de esfuerzo—. ¿Bebiendo ginebra?

Por favor, váyase a casa, Mrs. Sunderson.

—¿Teme que yo vea algo? Bueno, pues ya lo he visto.

—Usted no ha visto nada.

—Parece enfermo. ¿Qué ha hecho, tragarse un frasco de aspirinas o algo así?

—No sé cómo puede arreglarse sin usted el suicidio.

—Por derecho, debo cobrar el salario de toda la semana.

—En efecto. De hecho, debería cobrar el salario de dos semanas. Perdóneme. Le ruego que acepte catorce dólares.

Metí la mano en el bolsillo, saqué varios billetes, conté dos de cinco dólares y cuatro de uno y se los entregué.

—Le he dicho una semana. Eso son cinco dólares. Me paga hoy, viernes, y el sábado, además de los tres días que he trabajado.

Cogió uno de los billetes de cinco dólares y dejó el resto del dinero a mi lado, en el columpio del porche.

—Espléndido. Váyase, por favor, y déjeme sólo. Comprendo que he sido terrible para usted. No he podido evitarlo. Lo siento.

—Sé lo que está haciendo —dijo—. Es usted tan inhumano como cualquier animal del campo.

Eso era muy elocuente. Cerré los ojos. Al cabo de un rato, el ruido de su respiración cambió y la oí volverse. Me sentía mejor. Ahora olía ira. Gracias, Alison. La puerta del porche se cerró de golpe. Mantuve los ojos cerrados mientras la oía caminar por el sendero.

¿Quienes durmieron juntos?

Uno aplastó un hormiguero.

Uno rompió una silla.

*Uno tenía miedo.
Uno nadaba en sangre.
Uno tenía manos frías.
Uno tenía la última palabra.*

Cuando abrí los ojos, ella se había ido. Un polvoriento «Ford» de color oscuro, el coche del cartero, se acercó por la carretera y pasó sin frenar ante el empalado receptáculo de metal. No había más cartas de amenaza ni más misivas de mi prima. Sí. Era lógico. Su cuerpo —su esqueleto, después de veinte años— se hallaba en un cementerio de Los Ángeles, bajo una lápida que yo no había visto nunca. Así que tenía que darse forma a sí misma utilizando los materiales disponibles. O ser sólo un viento, el frío hálito del espíritu. Hojas, grava, espinos. Espinos para desgarrar.

Me puse en pie y bajé del porche. Dije mentalmente: espinos para desgarrar. Sentía como si estuviera caminando en sueños. La portezuela del lado del conductor del «Nash» estaba desencajada y se torció con un chirrido cuando la abrí.

Por un momento, no pude recordar adonde iba y me limité a avanzar lenta y serenamente por la carretera, como Duane en el tractor grande. Luego, recordé. La última, la única ayuda. Pisé el acelerador, y el coche rechinó y cogió velocidad mientras pasaba por delante de la casa Sunderson. La señora Sunderson estaba en una de sus ventanas, viéndome pasar. Luego el esqueleto de la escuela, la iglesia, la cerrada curva junto al muro de arenisca. Pasé por delante de la casa de Andy y le vi bombeando gasolina. Su cara tenía un color blancuzco. Detrás de él había una amplia extensión de tierra yerma. Su lechoso rostro giró, siguiéndome mientras pasaba.

Cuando llegué al angosto sendero que subía por entre los campos hacia los árboles, hice girar nuevamente el volante, y el coche empezó a botar sobre el irregular suelo, avanzando en dirección al sol. Unas cuantas mazorcas de maíz de la fila más próxima a la carretera habían sido derribadas, rotas por el tallo, y yacían extendidas al borde del campo. Aquí y allá, habían sido pisoteadas filas enteras; tallos de maíz tan gruesos como un bastón aparecían violentamente inclinados. No tardé en llegar al primero de los árboles, y los campos se desvanecieron entonces a mi espalda y me encontré avanzando entre corpulentos robles. Los rayos del sol se filtraban a través de las ramas y las hojas. Detuve el coche en la pendiente, junto al alto gallinero rojo. Al bajar del vehículo pude oír la algarabía de las aves. Unas cuantas aterrorizadas gallinas huían hacia el bosque, dando bandazos de un lado a otro.

Miré primero en el gallinero. Abrí las puertas y entré, asaltado de nuevo por el hedor. Parecía más intenso aún que el día en que yo le había ayudado torpemente a recoger los huevos. Dos o tres aves batieron sus alas, encaramadas en sus nidos. Giraron las cabezas provistas de picos, ojos como botones clavarón en mí sus miradas. Retrocedí lentamente, fijos en mí aquellos ojos que me miraban desde los lados de las cabezas de ancianos. Cerré la puerta con la suavidad con que ella me

había enseñado.

Dos gallinas se habían encaramado en la capota del «Nash». Subí por el camino hacia la casa. La luz del sol no lograba penetrar aquí directamente, y había sólo un dorado resplandor en lo alto, donde las hojas formaban otro firmamento. La pequeña casa parecía oscura y vacía.

Uno tenía manos frías. Uno tenía la última palabra.

Sobre una repisa de la cocina había una bandeja llena de algo envuelto en un paño a cuadros rojos y blancos. Toqué el paño. Estaba seco. Lo retiré y vi que la pieza superior de *lefsa* aparecía punteada a trechos por un moho verdoso.

Ella estaba en el dormitorio, tendida en el centro de la cama de matrimonio. Una sábana amarillenta y una colcha de retales multicolores la cubrían. Mi nariz captó un olor penetrante. Supe que estaba muerta antes de tocarla y sentí la rigidez de sus dedos. Los blancos cabellos se extendían sobre la bordada funda de la almohada. Dos, tres días muerta, pensé. Podría haber muerto mientras el cuerpo de Paul Kant estaba siendo apartado de las llamas de la Casa Soñada, o mientras yo encajaba mi cuerpo dentro del de un fantasma. Solté su mano rígida y volví a la oscura cocina para telefonar a la Policía de Arden.

—Oh, maldita sea —dijo Lokken, una vez que yo hube expresado dos frases de explicación—. ¿Está usted allí ahora? ¿Con ella?

—Sí.

—¿Dice que la ha encontrado?

—Sí.

—¿Presenta... alguna marca? ¿Alguna señal de... ataque? ¿Alguna indicación de las causas de su muerte?

—Tenía unos noventa y cuatro años —dije—. Supongo que eso servirá como causa de muerte.

—Bien. Maldita sea. Maldita sea. ¿Dice que la ha encontrado ahora? ¿Y qué diablos estaba usted haciendo allí?

Buscar la última protección.

—Era hermana de mi abuela —dije.

—Oh, razones familiares —dijo, y comprendí que lo estaba anotando—. ¿O sea que está ahora allí, en aquel bosque? Es ahí donde está su granja, ¿verdad?

—Es ahí donde estoy.

—Bien, maldita sea. —No se me alcanzaba por qué estaba tan agitado a causa de mi información—. Escuché, Teagarden, no se mueva de ahí. Permanezca ahí hasta que pueda llegar yo con una ambulancia. No toque nada.

—Quiero hablar con *Oso Polar* —dije.

—Bueno, pues no puede. ¿Comprende? El jefe no está aquí ahora. Pero no se preocupe, Teagarden, pronto estará hablando con el jefe.

Colgó sin despedirse.

Lokken había sido como un ser de otro mundo, más furioso, y yo volví al dormitorio de Rinn y me senté junto a ella en la cama. Me di cuenta de que aún me estaba moviendo con el entumecimiento que se había adueñado de mí durante la casi insomne noche pasada en el cuarto de estar que había preparado para Alison Greening, y estuve a punto de tenderme en la cama junto al cuerpo de Rinn. Su rostro parecía más suave en la muerte, menos chino y arrugado. Yo tenía conciencia de los huesos que le abultaban la piel de la cara. La toqué la mejilla y, luego, traté de echarle sobre la cabeza la sábana y la colcha. Pero quedaban sujetas por sus brazos, y recordé que Lokken me había dicho que no tocara nada.

Pasó más de una hora antes de que oyera aproximarse unos vehículos. Salí al porche y vi que un coche de la Policía se detenía junto al «Nash», seguido por una ambulancia.

El rechoncho Dave Lokken saltó del coche de la Policía e hizo iracundas señas a los dos hombres de la ambulancia. Éstos descendieron, cruzaron los brazos y se apoyaron contra el costado de su ambulancia. Uno de ellos estaba fumando, y la nube de humo de su cigarrillo se elevaba, ondulante, hasta la espesa fronda de los árboles.

—Usted, Teagarden —gritó Lokken, y volví la cabeza para mirarle.

Vi entonces al hombre de aspecto desaliñado que estaba junto al ayudante. Tenía el pelo cortado casi al rape y llevaba gafas de gruesos cristales.

—¡Largo de aquí, Teagarden! —gritó Lokken.

El hombre que estaba a su lado suspiró y se frotó la cara, y vi la cartera negra que llevaba en la mano.

Bajé del porche. Lokken estaba casi dando saltos de rabia y de impaciencia. Vi cómo se le marcaban los pechos en la camisa de uniforme.

—Muy bien. ¿Cuál es su historia, Teagarden?

—La que le he dicho.

—¿Está ella en la casa? —preguntó el médico. Parecía muy cansado y como si Dave Lokken hubiera empezado a hartarle.

Asentí con la cabeza, y el médico empezó a caminar por el sendero.

—Espere. Primero tengo que hacer unas cuantas preguntas. Dice que la encontró usted. ¿Es cierto eso?

—Eso es lo que he dicho, y es cierto.

—¿Tiene algún testigo?

Uno de los hombres de la ambulancia soltó una risita, y Lokken empezó a enrojecer.

—¿Y bien?

—No. Ningún testigo.

—Dice que acababa de llegar aquí esta mañana, ¿a qué hora?

—Poco antes de llamarle.

—Supongo que ella estaba muerta cuando usted llegó.

—Sí.

—¿De dónde venía usted? —Puso gran énfasis en la pregunta.

—De la granja Updahl.

—¿Le vio alguien allí? Espere, doctor. Quiero terminar aquí antes de que entremos. ¿Bien?

—Tuta Sunderson me vio. La he despedido esta mañana.

Lokken pareció desconcertado y enfurecido por este detalle, pero decidió ignorarlo.

—¿Tocó usted de alguna manera a la vieja?

Asentí. El médico me miró por primera vez.

—¿Sí, eh? ¿La tocó? ¿Cómo?

—Le cogí la mano.

Se le oscureció el rostro, y el hombre de la ambulancia volvió a soltar otra risita.

—¿Y cómo es que decidió venir aquí esta mañana?

—Quería verla.

—Sólo quería verla.

Su fofo e incompetente rostro mostraba bien a las claras que le encantaría darme un puñetazo.

—He tenido una mañana muy agitada —dijo el médico—. Terminemos con esto, Dave, para que pueda ir a redactar mis informes.

—Está bien —dijo Lokken, sacudiendo violentamente la cabeza—. Teagarden, esta luna de miel suya podría acabarse de pronto.

El médico me miró con curiosidad casi profesional, y, luego él y Lokken echaron a andar hacia la casa.

Yo me los quedé mirando y luego volví la vista hacia los hombres de la ambulancia. Los dos estaban mirando fijamente al suelo. Uno de ellos me miró un instante y luego se quitó el cigarrillo de la boca y lo contempló con el ceño fruncido, como si estuviera pensando en cambiar de marca. Al cabo de unos momentos, volví a entrar en la casa.

—Causas naturales —estaba diciendo el médico—. No parece que haya problemas con ésta. Simplemente, se quedó sin vida.

Lokken asintió con la cabeza, escribiendo una libreta, y, luego, levantó la vista y me vio.

—¡Eh! Fuera de aquí, Teagarden. ¡No puede estar aquí!

Salí al porche. Un minuto después, Lokken salió también para llamar con un gesto a los hombres de la ambulancia, que desaparecieron un instante tras el vehículo y reaparecieron luego llevando una camilla. Los seguí al interior de la casa, pero no entré en el dormitorio. No necesitaron más que unos segundos para colocar a Rinn sobre la camilla. Las sábanas y la colcha habían sido sustituidas por una manta blanca, echada sobre su cara.

Mientras permanecíamos viendo cómo la llevaban a la ambulancia, Lokken era una sinfonía de pequeños movimientos: daba golpecitos en el suelo con un pie, se frotaba el zapato en la pernera del pantalón, repiqueteaba con las yemas de los dedos en su grueso muslo, se ajustaba la pistolera. Comprendí que todo eso expresaba su repugnancia por estar tan cerca de mí. Cuando salió el médico, diciendo: «Vamonos, me esperan cuatro horas de trabajo con la otra», Lokken se volvió hacia mí y dijo:

—Muy bien, Teagarden. Pero tenemos personas que dirán que le vieron a usted entrar en ese bosque. No vaya a ninguna parte, más que a su casa. ¿Me ha entendido? ¿Eh, profesor? ¿Me ha entendido?

Todo lo cual quedó explicado por una visita que recibí horas después, ese mismo día. Yo había estado recogiendo los papeles de mi estudio, recogéndolos simplemente a brazadas y dejándolos caer en cestos. La máquina de escribir estaba inutilizada ahora; el carro estaba tan doblado que el rodillo no giraba, y tiré la máquina al sótano.

Cuando oí el ruido de un coche aproximándose a la casa, miré por la ventana: el coche se había detenido ya demasiado cerca de la casa para que pudiera verlo. Esperé a que sonara una llamada, pero no se produjo ninguna. Bajé la escalera y vi un coche de la policía detenido justamente delante del porche. *Oso Polar* estaba sentado en el guardabarros delantero, enjuagándose la frente con un gran pañuelo moteado.

Me vio salir al porche, bajó la mano y desplazó ligeramente el cuerpo para quedar frente a mí.

—Sal, Miles —dijo.

Me situé delante de la puerta del porche, con las manos en los bolsillos.

—Siento lo de Rinn —dijo—. Supongo que debo excusarme también por el comportamiento de Dave Lokken. El doctor Hampton, el forense del Condado, dice que mi ayudante se mostró un poco áspero contigo.

—No, según lo que tú estilas. Sólo se mostró estúpido y pomposo.

—Bueno, no es ningún gigante mental —dijo *Oso Polar*. Había en sus modales una cualidad serena y vigilante —una contención— que no le había visto antes. Permanecimos donde estábamos y nos miramos mutuamente durante un rato antes de que él hablara de nuevo. Me importaban un rábano él y cualquier cosa que él dijese.

—Pensé que te gustaría saberlo. El forense dice que murió hace cuarenta y ocho, quizá sesenta horas. Por lo que deduce, ella se dio cuenta, probablemente, de lo que estaba sucediendo, y se metió en la cama y se murió. Ataque al corazón. Pulcro y sencillo.

—¿Lo sabe Duane?

—Sí. La ha hecho trasladar esta tarde a la funeraria. El entierro será pasado mañana.

Tenía ladeada la cabeza y me miraba con los ojos entornados. A su lado, su sombrero estaba dirigido hacia mí, de tal modo que yo podía ver la luz que reflejaba la estrella prendida en su copa.

—Bueno, gracias —dije, y me volví para entrar de nuevo.

—Otra cosa.

Me detuve.

—¿Sí?

—Debo explicarte por qué Dave Lokken se estaba comportando con demasiada rudeza.

—No me interesa —dije.

—Oh, sí que te interesa, Miles. Verás, hemos encontrado esta mañana a esa chica Michalski. —Me dirigió una de sus inexpresivas sonrisas—. Una curiosa coincidencia. Estaba muerta, naturalmente. Pero no creo que eso sea una sorpresa para ti.

—No. Ni para ti tampoco.

Sentí de nuevo el terror, y me apoyé contra la puerta del porche.

—No. Lo esperaba. La cosa es, Miles, que ella estaba ahí mismo, en ese bosque..., a menos de trescientos metros de la casita de Rinn. Empezamos a trabajar desde la 93 —dijo señalando con un brazo— y continuamos a través de ese bosque, mirando cada ramita, y esta mañana la encontramos enterrada bajo tierra suelta en una especie de claro que hay allá arriba.

Tragué saliva.

—¿Conoces ese claro, Miles?

—Tal vez.

—Aja. Muy bien. Pues por eso se mostró un poco brusco contigo el bueno de Dave..., tú estabas allí con un cadáver, y nosotros habíamos encontrado otro tan cerca que casi se podía escupir de un sitio a otro. Es un pequeño claro natural, tiene en el centro los restos de alguna fogata de campamento. Por su aspecto, ha sido bastante utilizado.

Asentí con la cabeza. Continué con las manos en los bolsillos.

—Podría ser que tú acostumbraras a subir allá. Ahora eso ya no importa, salvo por un detalle. Oh, y ella lo pasó peor que las otras dos, Miles. Tenía los pies quemados. Ahora que lo pienso, tenía quemado también el pelo. Y déjame ver... Oh, sí. Ella fue retenida allí. Ese amigo nuestro la ató a un árbol o algo y..., es sólo una suposición, subía de noche para trabajar sobre ella. Durante más de una semana.

Pensé en la esbelta figura atrayéndome hacia el claro y en cómo había considerado las calientes cenizas como una señal de su presencia curadora.

—No tendrás por casualidad idea de quien haría una cosa así, ¿verdad?

Iba a decir *sí*, pero, en lugar de ello, dije:.

—¿Tú crees que fue Paul Kant?

Oso Polar movió la cabeza como un orgulloso maestro.

—Muy bien. Muy bien. Mira, eso trae a colación el detalle que he mencionado antes. ¿Qué necesitamos saber?

—Cuánto tiempo llevaba muerta.

—Deberías haber sido policía, Miles. Verás, no creemos que muriese a consecuencia de..., de los experimentos de nuestro amigo. Fue estrangulada. Tiene unas grandes magulladuras en el cuello. Ahora bien, nuestro amigo el doctor Hampton no está todavía seguro de cuándo podría haber sucedido eso. Pero supongamos que fue después de haberse suicidado Paul Kant.

—No soy yo, *Oso Polar* —dije.

Él se limitó a permanecer allí sentado, parpadeando, fingiendo una cortés atención. Como yo no continuara hablando, entrelazó las manos sobre los muslos.

—Bien, los dos sabemos quién no es, ¿verdad, Miles? Ayer tuve una conversación con tu principal sospechoso. Me dijo que esas botellas de «Coca-Cola» procedían del sótano de Duane, donde tú podías cogerlas con toda facilidad, y que ese pomo de puerta lo tiraste tú mismo. Eran de Duane. Dice que no sabe cómo llegaron a su furgoneta. Y sé que no ha estado de noche en el bosque, porque me confesó lo que ha estado haciendo por las noches. —Sonrió de nuevo—. Él y la hija de Duane solían ir a ese caserón que había detrás de la tienda de Andy. A darse la juerga toda la noche. Paul Kant les echó a perder la diversión.

—Tú no quieres a nadie vivo —dije.

Entornó los ojos, emitió un gruñido de disgusto y volvió a encasquetarse el sombrero.

—Miles, si te vuelves contra mí, vas a echar a perder la diversión. ¿Por qué no vienes a dar una vuelta conmigo?

—¿Una vuelta?

—Una excursión. Quiero enseñarte una cosa. Sube a mi coche. Se puso las gafas de sol. Se levantó del guardabarros. Parecía algo de lo que uno escaparía en una noche oscura. Le miré, tratando de adivinar sus intenciones. —Te he dicho que subas al coche, Miles. Obedecí.

Hizo girar el coche patrulla y enfiló la carretera sin pronunciar palabra, con una expresión de repugnancia grabada en el rostro. Empezaron a acumularse todos aquellos desagradables olores. Nos dirigíamos hacia Arden a más de treinta kilómetros por encima de la velocidad máxima permitida.

—Me llevas a casa de sus padres —dije.

No respondió.

—Cállate —dijo.

—Has decidido finalmente detenerme.

Pero no nos detuvimos en la Comisaría de Policía. *Oso Polar* atravesó Arden a toda velocidad y aceleró aún más cuando salimos de la ciudad. Restaurantes, la bolera, campos. Las granjas y el maíz se adueñaron nuevamente del paisaje. Estábamos ahora en la misma región por la que me había llevado la tarde en que yo

había hablado con Paul Kant: amplios campos verdes y amarillos, y el río Blundell reluciendo a través de una pantalla de árboles. Finalmente, Ojo Polar se quitó el sombrero y lo echó sobre el asiento trasero. Se pasó la mano por la frente. —Hace demasiado calor —dijo.

—No lo entiendo. Si me ibas a dar una paliza, podrías haberlo hecho varios kilómetros más atrás.

—No quiero oír tu voz —dijo. Luego, me miró—. ¿Sabes qué hay en Blundell? Meneé la cabeza.

—Bien, lo vas a averiguar.

Vacas de aspecto fatigado volvían la cabeza para vernos pasar.

—El hospital del Estado?

—Sí, está allí —y no dijo más.

Hovre apretó aún más el acelerador, y pasamos a toda velocidad ante el cartel que anunciaba el comienzo de la ciudad de Blundell. Era una ciudad muy parecida a Arden, una calle principal flanqueada de tiendas, casas de madera con porches en una cuadrícula de calles. Una hilera de bombillas y varias banderas colgaban ante un solar destinado a la venta de coches usados, las banderas demasiado flácidas para ondear. Unos cuantos hombres con sombrero de paja y ropas de trabajo se hallaban sentados en la cuneta.

Oso Polar tomó por la primera carretera, fuera de la ciudad, y, luego, guió el coche patrulla hacia lo que parecía un parque. La carretera se estrechó. Se hallaba bordeada por una extensión de verde césped.

—Terrenos del hospital del Estado —dijo inexpresivamente—. Pero tú y yo no vamos ahí.

A mi izquierda, por entre los árboles, vi aparecer los grandes edificios grises del complejo hospitalario. Poseían una lejanía marciana. Varias sombrillas moteaban el césped, pero no había nadie sentado bajo ellas.

—Voy a hacerte un verdadero favor —dijo—. La mayoría de los turistas nunca ven lo que te voy a enseñar.

La carretera se bifurcaba, y Oso Polar tomó por el ramal de la izquierda, que terminó pronto en una zona de aparcamiento ante un edificio bajo y gris que semejaba un cubo de hielo. En torno a los lados del cubo varios arbustos pugnaban por sobrevivir en la dura arcilla. Comprendí dónde estaba medio segundo antes de ver la placa de metal plantada en el suelo, entre los arbustos.

—Bien venido al depósito de cadáveres del Condado de Furniveau —dijo Oso Polar, y salió del coche.

Echó a andar por el viscoso asfalto del aparcamiento sin volver la vista hacia mí.

Llegué a la puerta justo en el momento en que él la cerraba a su espalda. La abrí y penetré en un interior blanco y frío. Tras las paredes se oía un zumbido de maquinaria.

—Este es mi ayudante —estaba diciendo *Oso Polar*.

Al cabo de unos momentos me di cuenta de que se refería a mí. Se había quitado las gafas de sol y tenía las manos apoyadas en las caderas. El antiséptico y frío interior del depósito olía como un búfalo. Un hombre menudo y vestido con una chaqueta blanca se hallaba sentado a una destartada mesa en un rincón y levantó la vista hacia él. La mesa estaba vacía, a excepción de una radio portátil y un cenicero.

—Quiero que eche un vistazo a la nueva.

El hombre me miró. A él le daba igual. Todo le daba igual.

—¿Qué nueva?

—Michalski.

—Aja. Ha vuelto de la autopsia. No sabía que tenías ningún ayudante nuevo.

—Es un voluntario —dijo *Oso Polar*.

—Bueno, qué diablos —dijo el hombre, levantándose.

Franqueó unas puertas verdes de metal que había al final del pasillo.

—Tú primero —dijo *Oso Polar*, haciéndome seña de que pasara.

Era inútil protestar. Seguí al empleado a lo largo de una fila de armarios metálicos. Hovre venía detrás de mí, tan cerca que casi me pisaba los talones.

—¿Estabas preparado para esto? —me preguntó.

—No le veo la punta —dije.

—Pronto la verás.

El hombre se detuvo ante uno de los armarios, sacó del bolsillo un llavero y abrió la puerta.

—Boca arriba —dijo *Oso Polar*.

El hombre sacó la larga bandeja del armario. Sobre ella yacía el cadáver desnudo de una muchacha. Yo había pensado que las cubrían con sábanas.

—Dios —exclamé, al ver sus heridas y las cicatrices de la autopsia.

Oso Polar estaba esperando, muy quieto. Miré la cara de la muchacha. Luego, empecé a sudar en la helada estancia.

Sonó la voz de *Oso Polar*.

—¿Te recuerda a alguien?

Intenté tragar saliva. Aquello era prueba más que suficiente, si es que necesitaba alguna prueba más.

—¿Se le parecían las dos primeras?

—Mucho —respondió *Oso Polar*—. La Strand se le parecía tanto que podría ser su hermana.

Recordé la violencia del odio que había sentido cuando ella había parecido penetrar en mí. Ella había vuelto y había matado a tres chicas que presentaban una semejanza accidental con ella. Yo sería el siguiente.

—Interesante, ¿verdad? —dijo Hovre—. Guárdala, Archy.

El hombrecillo, que había permanecido con los brazos apoyados contra el frente del armario como si estuviera dormido de pie, volvió a empujar la bandeja al interior

del armario.

—Volvamos al coche —dijo *Oso Polar*.

Le seguí al ardiente y luminoso exterior. Él me llevó de nuevo a la granja Updahl sin pronunciar palabra.

Tras torcer por el camino de acceso, detuvo el coche patrulla delante del porche y salió al mismo tiempo que yo. Vino hacia mí, convertido en una grande e intimidante presencia física.

—Supongo que estamos de acuerdo en no hacer nada hasta que reciba el informe final del forense.

—¿Por qué no me metes en la cárcel?

—Hombre, Miles, eres mi ayudante en este caso —dijo, y volvió al coche—. Mientras tanto, duerme un poco. Tienes mal aspecto.

Mientras hacía girar de nuevo el coche, vi en sus labios la sombría y satisfecha sonrisa.

Desperté bien avanzada la noche. Alison Greening se hallaba sentada en la silla a los pies de la cama. Podía distinguir su rostro y la forma de su cuerpo a la luz de la luna. Temí..., no sé qué temía, pero temí por mi vida. Ella no hacía nada. Me senté en la cama: me sentía terriblemente desnudo y desprotegido. Ella tenía un aspecto completamente normal; parecía una muchacha corriente. Me estaba mirando fijamente, con expresión plácida y desprovista de emoción, abstraída. Por un momento pensé que tenía un aspecto demasiado vulgar para haber causado todos aquellos trastornos en Arden y en mí. Su rostro parecía de cera. Luego, retornó de golpe todo mi terror, y abrí la boca para decir algo. Antes de que pudiera formar ninguna palabra, ella desapareció.

Salté de la cama, toqué su silla y me dirigí luego a mi estudio. Había todavía papeles esparcidos por el suelo, papeles derramados de los cestos. Ella no estaba allí.

Por la mañana, me bebí media pinta de leche, pensé con repugnancia en comer algo y reconocí que tenía que marcharme. Rinn había tenido razón. Tenía que abandonar el valle. La vista de Alison sentada serena e impassible en la silla a los pies de la cama, bañado su blanco rostro por la luz de la luna, era más aterradora que el frenético asalto en mi habitación. Podía ver aquel rostro, desangrado por la pálida luz, y no había en él ningún sentimiento que yo reconociera; las complicaciones de la emoción habían sido borradas. No había más vida de la que había en una máscara. Dejé a un lado la botella, comprobé que llevaba las llaves y dinero en el bolsillo y salí al exterior. Sobre la hierba brillaba el rocío.

Por la carretera 93 hasta Liberty, pensé luego continuar hasta donde pudiese coger la autopista a La Costa, y después cruzaría el río y me dirigiría a una pequeña ciudad, donde dejaría el «Nash» y telegrafiaría a la New York Chemical en petición de dinero y compraría un coche de segunda mano y me iría a Colorado o Wyoming,

donde no conocía a nadie. Retrocedí a la carretera del valle y aceleré, dirigiéndome a la carretera general.

Cuando miré por el espejo retrovisor al pasar por delante de la iglesia, vi que me seguía otro coche. Aceleré, y el otro mantuvo invariable la distancia que nos separaba. Era como el preludio de aquella horrible noche en que yo la había perdido, la noche en que habíamos hecho la promesa. Cuando el otro coche aumentó su velocidad y se acercó más, vi que era blanco y negro y comprendí que era un coche de la Policía. Si es *Oso Polar*, pensé, le atacaré con las manos desnudas. Pisé a fondo el acelerador y estiré del volante al pasar la curva junto al muro de arenisca, el «Nash» empezó a vibrar. El coche patrulla me alcanzó sin esfuerzo y empezó a obstruirme el paso, forzándome a echar a un lado de la carretera. Torcí junto a la casa de Andy y pasé en torno a los surtidores de gasolina. El coche patrulla se me anticipó y se adelantó para bloquearme la salida. Yo miré a mí alrededor, considerando la posibilidad de retroceder y dar la vuelta por el aparcamiento, pero su coche habría alcanzado en treinta segundos al viejo «Nash». Apagué el contacto.

Salí del coche y me puse en pie. El hombre que estaba al volante del coche patrulla abrió la portezuela y salió. Era Dave Lokken. Echó a andar hacia mí, con la mano derecha en la pistola.

—Bonita carrera.

Estaba imitando a *Oso Polar*, incluso en su lenta forma de andar.

—¿Adonde cree que iba?

Me apoyé en el caliente metal del «Nash».

—De compras.

—Espero que no estaría pensando en marcharse. Porque por eso es por lo que llevo dos días vigilándole, para cerciorarme de que ni siquiera piensa en ello.

—¿Me estaba vigilando?

—Por su propio bien —respondió, sonriendo—. El jefe dice que necesita usted mucha ayuda. Voy a ayudarle a quedarse donde podamos tenerle a la vista. El forense no tardará ya en llamar al jefe.

—Yo no soy el que busca —dije—. Le estoy diciendo la verdad.

—Supongo que me va a decir que fue el hijo del jefe Hovre, Zack. Le oí decir eso hace un par de noches. Lo mismo podría ponerse una pistola en la cabeza. Su hijo es toda la familia que tiene el jefe. Y ahora vuélvase y váyase a casa.

Recordé la pálida máscara mirándome desde los pies de la cama; y luego levanté la vista hacia las ventanas de la casa de Andy. Andy y su mujer estaban allí mirándonos, un rostro lleno de horror, el otro de desprecio.

—Venga a ayudarme a dar la vuelta a mi coche —dije, y le volví la espalda.

Tras dar un par de pasos, me detuve.

—¿Qué diría si yo le dijese que su jefe violó y asesinó a una chica? —pregunté—. Hace veinte años.

—Diría que estaba usted buscando que le volaran la cabeza. Como ha estado

haciendo desde que llegó aquí.

—¿Qué diría si yo le dijese que la chica que violó...?

Me di la vuelta, miré su encolerizada cara de paleta y renuncié. El hombre olía a goma quemada.

—Me voy a Arden —dije—. Sígame.

Le vi conducir detrás de mí durante todo el camino hasta Arden, hablando a veces por el micrófono de su radioemisor, y cuando me puse a discutir con Hank Speltz él se quedó el coche y aparcó al otro lado de la calle frente al garaje. Al principio, el muchacho me dijo que las «reparaciones» en el «VW» me costarían quinientos dólares, y yo me negué a pagar esa suma. Él se metió las manos en los bolsillos de su mono y me miró hoscamente. Le pregunté qué había hecho.

—He tenido que reconstruir casi todo el motor. Remendar lo que no podía reconstruir. Montones de cosas. Correas nuevas.

—Supongo que estás de broma —dije—. No creo que tú puedas reconstruir ni un cigarrillo.

—O paga, o no hay coche. ¿Quiere que llame a la Policía?

—Te daré cincuenta dólares y nada más. Ni siquiera me has enseñado un parte de reparación.

—Quinientos. Nosotros no usamos parte de reparación. La gente de por aquí confía en nosotros.

Era mi día temerario. Crucé la calle, abrí la portezuela del coche de Lokken y le hice a éste seguirme hasta el garaje. Hank Speltz tenía aspecto de haberse arrepentido de su observación sobre llamar a la Policía.

—Bueno —dijo Speltz después de que le hube obligado a Lokken a escuchar un resumen de nuestra conversación—. Le estaba cargando un anticipo a cuenta del trabajo sobre la carrocería.

Lokken le miró con disgusto.

—Te daré treinta pavos —dije.

—¡Dijo cincuenta! —protestó Speltz.

—He cambiado de idea.

—Hazle una factura por treinta —dijo Lokken.

El muchacho entró en la oficina del garaje.

—Es curioso —le dije a Lokken—, no se puede hacer nada malo en este país si se tiene un poli al lado.

Lokken se alejó lentamente sin responder, y Speltz reapareció gruñendo que las ventanillas nuevas le habían costado más de treinta dólares.

—Y ahora lléname el depósito —dije—. Tengo tarjeta de crédito.

—No aceptamos tarjetas de crédito de fuera del Estado.

—¡Agente! —grité, y Lokken nos miró ceñudamente desde atrás del volante de

su coche.

—Cállese —dijo el muchacho.

Cuando llevé el maltratado coche junto a los surtidores, llenó el depósito y volvió con el aparato de la tarjeta de crédito.

En la calle, Lokken situó su coche junto al mío y se inclinó hacia mí.

—He recibido una noticia por la radio hace unos momentos. Probablemente, ya no le voy a vigilar más.

Luego, puso marcha atrás, dio media vuelta y se alejó por la calle Mayor en dirección a la comisaría de Policía.

Descubrí lo que Hank Speltz había querido decir al hablar de reconstrucción del motor cuando pisé el acelerador al subir la colina por delante del motel «R-D-N». El motor se paró, y tuve que arrimar el coche a la cuneta y esperar varios minutos antes de que volviera a arrancar. Esto mismo se repitió cuando subía la cuesta hacia el termómetro y la panorámica italiana, y una vez más cuando descendía la última colina hacia la autopista. Se paró por cuarta vez cuando entré en el camino de acceso a mi casa, y lo dejé que se siguiera moviendo por inercia hasta detenerse sobre el césped.

Otro coche de Policía se hallaba estacionado en mi lugar habitual delante del garaje. Vi la estrella del jefe en la portezuela.

Empecé a andar hacia la figura que se hallaba sentada en el columpio del porche.

—¿Ha ido todo bien en la estación de servicio? —preguntó *Oso Polar*.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Buena pregunta. ¿Qué tal si entras y habíamos de ello? —Había abandonado parte de su fingimiento: su voz era átona y fatigada.

Cuando entré en el porche vi que *Oso Polar* se hallaba sentado junto a un montón de ropas mías.

—Una brillante idea —dije—. Quítale a un hombre su ropa, y no podrá ir a ninguna parte. Muy ingenioso.

—Hablaemos luego de la ropa. Siéntate.

Era una orden. Me dirigí a una silla situada en el extremo del porche y me senté frente a él.

—El forense ha telefoneado su informe hace un par de horas. Cree que la Michalski murió el jueves. Quizás hasta veinticuatro horas después de haberse suicidado Paul Kant.

—Un día antes de queja encuentres.

—En efecto. —Le costaba ahora disimular su ira—. Llegamos un día demasiado tarde. Podríamos no haberla encontrado nunca, si alguien no hubiera decidido decirnos que a ti te gustaba ir a ese bosque. Quizá Paul Kant estuviera todavía vivo si hubiéramos ido antes allá.

—Quieres decir que quizás uno de tus vigilantes no le habría matado.

—Muy bien —Se levantó y caminó hacia mí, haciendo crujir las tablas con sus pasos—. Muy bien, Miles. Te has estado divirtiendo mucho. Has estado haciendo un montón de absurdas acusaciones. Pero la diversión se ha terminado. ¿Por qué no lo sueltas todo y me haces una confesión? —Sonrió—. Es mi trabajo, Miles. Estoy siendo realmente amable y cuidadoso contigo. No quiero que ningún astuto abogado judío de Nueva York venga aquí diciendo que he pisoteado tus derechos.

—Quiero que me metas en la cárcel —dije.

—Lo sé. Te lo dije hace mucho tiempo. Sólo hay una cosa que tienes que hacer antes de que tu conciencia encuentre descanso.

—Creo... —dije, y mi garganta estaba tan tensa como el rostro de Galen Hovre—. Sé que suena absurdo, pero creo que Alison Greening mató a esas chicas.

Empezaron a hinchársele las venas del cuello.

—Ella escribió, envió, quiero decir, aquellas cartas en blanco. La que te enseñé y la otra. Yo lo he visto, *Oso Polar*. Ha vuelto. La noche en que murió habíamos prometido reunimos en 1975, y yo he venido aquí por eso, y... y ella está aquí. Yo la he visto. Quiere llevarme consigo. Ella odia la vida. Rinn lo sabía. Ella...

Advertí con sorpresa que *Oso Polar* estaba furioso. Al instante, se movió con más rapidez de la que yo habría imaginado posible en un hombre de su corpulencia y dio una patada a la silla en que yo estaba sentado. Caí de lado y rodé contra la mampara. Él alargó el pie, y su zapato me alcanzó en la cadera.

—Maldito idiota —dijo.

El olor a pólvora se derramó sobre mí. Me dio una patada en la boca del estómago, y me doblé sobre mí mismo. Se me clavaron en la mejilla unas astillas sueltas de las tablas del suelo. Como la noche de la muerte de Paul, *Oso Polar* se inclinó sobre mí.

—¿Crees que te vas a librar de esto haciéndote el loco? Yo te voy a hablar de la zorra de tu prima, Miles. Claro que estuve allí aquella noche. Estábamos los dos. Duane y yo. Pero Duane no la violó. Yo lo hice. Duane estaba demasiado, ocupado dejándote fuera de combate —Yo forcejeaba por respirar—. Le pegué en la cabeza justo después de que Duane te golpeó a ti con una piedra. Luego, la poseí. Era lo que ella quería..., solamente se resistía porque estabas tú allí.

Me agarró del pelo y golpeó mi cabeza contra el suelo.

—Ni siquiera sabía que estaba sin conocimiento hasta que todo terminó. Aquella putilla se había estado riendo de mí todo el verano. Quizás incluso quería matarla. Ya no sé. Pero sí sé que cada vez que tú pronunciabas el nombre de esa zorra te habría matado, Miles. No hubieras debido andar sacando a relucir el pasado, Miles —Volvió a golpear mi cabeza contra las tablas—. No debiste andar revolviendo.

Retiró la mano de mi cabeza e inhaló ruidosamente.

—Es inútil que intentes contarle esto a nadie, porque nadie te creerá. Lo sabes, ¿verdad? —Podría oír su respiración— ¿Verdad?

Su mano descendió y golpeó de nuevo sobre mi cabeza contra el suelo. Luego, dijo:

—Vamos adentro. No quiero que nadie vea esto.

Me levantó, me arrastró al interior y me dejó caer sobre el suelo. Sentí un agudo y estallante dolor en la nariz y los oídos. Seguía costándome respirar.

—Arréstame —dije, y oí gorgotear mi voz— Ella me matará —Mi mejilla descansaba sobre una alfombra de nudos.

—Tú quieres las cosas demasiado fáciles, Miles.

Oí sus pies moverse por el suelo y me puse tenso, esperando otra patada. Luego, le oí entrar en la cocina. Chapoteo de agua. Abrí los ojos. Volvió bebiendo un vaso de agua.

Se sentó en el viejo sofá.

—Quiero saber una cosa. ¿Qué sentiste al ver a Paul Kant la noche en que murió? ¿Qué sentiste al mirar a aquel desventurado marica y saber que él estaba en el infierno por causa de lo que tú habías hecho?

—Yo no lo hice —dije, con voz todavía gorgoteante.

Hovre lanzó un enorme suspiro.

—Me lo estás poniendo todo muy difícil. ¿Qué hay de la sangre de tu ropa?

—¿Qué sangre?

Descubrí que podía incorporarme y sentarme en el suelo.

—La sangre de tu ropa. He registrado tu armario. Tienes unos pantalones manchados de sangre, un par de zapatos con lo que podrían ser manchas de sangre en la parte de arriba. —Dejó el vaso en el suelo—. Ahora tengo que llevarlos al laboratorio de Blundell para ver si encuentran el tipo de sangre de alguna de las chicas. Candace Michalski y Gwen Olson eran AB, Jenny Strand tenía el grupo O.

—¿Sangre en mi ropa? Oh. Sí. Fue cuando me corté la mano. El día en que llegué aquí. Me goteó en los zapatos mientras conducía. Probablemente, también sobre el pantalón.

Hovre meneó la cabeza.

—Y soy AB —dije.

—¿Cómo es que lo sabes, Miles?

—Mi mujer era donante. Todos los años dábamos medio litro cada uno al banco de sangre de Long Island City.

—Long Island City. —Meneó de nuevo la cabeza—. ¿Y eres AB?

Se levantó del sofá y salió al porche, pasando por delante de mí.

—Miles —exclamó—, si eres tan inocente, ¿por qué esa prisa para que te meta en la cárcel?

—Ya te lo he dicho —respondí.

—Cristo.

Regresó trayendo mis ropas y mis zapatos. Sentí rebrotar el dolor en mi cabeza al acercárseme.

—Te voy a explicar la cruda realidad —dijo—. Va a circular la noticia. Yo no voy a hacer nada por impedirlo. Ni voy a hacer que Dave Lokken permanezca vigilando en la carretera. Si alguien viene a buscarte aquí, por mí perfecto. Un poco de justicia de la selva no me importaría lo más mínimo. Casi preferiría tenerte muerto que en la cárcel, muchacho. Y no creo que seas lo bastante estúpido como para pensar que puedes escapar de mí. No podrías ir muy lejos en ese coche, ¿verdad? —Su pie avanzó hacia mí y se detuvo a un par de centímetros de mis costillas—. ¿Verdad?

Asentí.

—Tendré noticias tuyas, Miles. Tendré noticias tuyas. Los dos vamos a recibir lo que queremos.

Tras permanecer una hora en un baño caliente, dejando que el dolor se fuera esfumando en el vapor, me senté a la mesa de mi estudio y escribí durante varias horas..., hasta que vi que había empezado a oscurecer. Oí a Duane gritarle a su hija. Su voz se elevaba y descendía monótonamente, airadamente, insistiendo en alguna cuestión inaudible. La voz de Duane y el crepúsculo me hacían imposible continuar trabajando. Pasar otra noche en la granja era casi imposible: me parecía verla todavía, sentada en la silla a los pies de la cama, mirándome inexpresivamente, incluso estoicamente, como si lo que yo veía fuese sólo una reproducción en cera de su rostro y de su cuerpo, un caparazón de un milímetro de grosor tras el que giraban estrellas y gases. Dejé el lápiz, cogí una chaqueta de mi saqueado armario, bajé la escalera y salí al exterior.

Estaba comenzando la noche. Las oscuras formas de las nubes se deslizaban bajo un inmenso firmamento. Por encima de ellas colgaba una descolorida luna. Una solitaria flecha de fría brisa parecía llegar directamente hacia la casa desde el negro bosque. Me estremecí y subí al maltrecho «Volkswagen».

Al principio, pensé en pasear simplemente por las carreteras comárcales hasta que me sintiera demasiado cansado para continuar y pasarme luego el resto de la noche durmiendo en el automóvil; luego, pensé que podría ir a «Freebo's» y acelerar el olvido comprándolo. El olvido no podría costar más de diez dólares y era la mejor compra de Arden. Pasé a la 93 y enfilé el coche hacia la ciudad. Pero, ¿qué clase de recibimiento podía esperar en «Freebo's»? Para entonces todo el mundo conocería el informe del forense. Yo sería un horrible paria. O un ser inhumano al que someter a caza. En ese momento, se me paró el coche. Maldije a Hank Speltz. Yo carecía por completo de la competencia mecánica necesaria para arreglar lo que el muchacho había hecho. Me imaginé regresando a Nueva York a una velocidad constante de cincuenta kilómetros por hora. Necesitaría otro mecánico, lo que significaba que tendría que gastar la mayor parte del dinero que me quedaba en cuenta. Pensé luego en el rostro de cera que ocultaba estrellas y gases, y comprendí que tendría suerte si conseguía volver jamás a Nueva York.

Esa noche hice un llamamiento a la compasión, un segundo llamamiento a la

violencia.

Finalmente, hice arrancar de nuevo el coche.

Al pasar por una de las calles secundarias de Arden vi una figura familiar que pasaba ante una ventana iluminada, y me arrimé a la cuneta y salté del coche antes de que se apagara el motor. Corrí sobre el negro asfalto del centro de la carretera y crucé su jardín. Pulsé el timbre de Bertilsson.

Cuando abrió la puerta, vi la sorpresa alterar sus facciones. Su rostro, como el de ella, era una máscara. Ignoró las preguntas de su mujer de «¿Quién es? ¿Quién es?» a su espalda.

—Bien —dijo sonriéndome—. ¿Vienes a pedir mi bendición? ¿O tenías algo que confesar?

—Quiero que me deje entrar. Quiero que me proteja.

El rostro de su mujer apareció por encima de su hombro, en alguna oculta abertura de su casa, un rincón o una puerta. Empezó a aproximarse.

—Hemos oído los terribles detalles de la muchacha Michalski —dijo—. Tienes un gran sentido del humor al venir aquí, Miles.

—Por favor, déjeme entrar —dije—. Necesito su ayuda.

—Yo creo que mi ayuda está reservada para los que saben usarla.

—Estoy en peligro. En peligro de muerte.

Su mujer me miró ahora ceñuda por encima del hombro de él.

—¿Qué quiere? Dile que se vaya.

—Creo que va a pedir que se le permita pasar aquí la noche.

—¿No tiene usted un deber? —pregunté.

—Tengo un deber hacia todos los cristianos —dijo—. Tú no eres cristiano. Tú eres una abominación.

—Dile que se vaya.

—Se lo suplico.

La cabeza de Mrs. Bertilsson se irguió, y en su rostro había una expresión fría y dura.

—Fuiste demasiado altivo para seguir nuestro consejo cuando te vimos en la ciudad, y no tenemos ninguna obligación de ayudarte ahora. ¿Nos pides que te dejemos quedarte aquí?

—Sólo por una noche.

—¿Crees que podría dormir estando tú en mi casa? Cierra la puerta, Elmer.

—Espere...

—Una abominación.

Cerró de un portazo. Un instante después, vi correrse las cortinas en el centro de la ventana.

Desvalido. Sin posibilidad de ayudar ni de ser ayudado. Esta es la historia de un hombre que no podía hacer que le detuviesen.

Fui al centro y detuve el coche en medio de una calle desierta. Toqué el claxon

una vez, luego dos veces. Por un momento, apoyé la frente en el borde del volante. Luego, la abrí la portezuela. Oí el zumbido de un letrero de neón, el fugaz batir de alas en lo alto. Quedé parado en pie junto al coche. A mí alrededor, nada se movía, nada revelaba la presencia de vida. Todas las tiendas estaban a oscuras; a ambos lados de la calle, había coches aparcados con el morro hacia la cuneta, como reses dormidas. Grité. Ni siquiera un eco me respondió. Hasta los dos bares parecían desiertos, aunque iluminados por letreros que centelleaban en sus escaparates. Caminé por el centro de la calle hacia «Freebo's». Sentía el flotante azul congregarse en torno a mí.

Una piedra del tamaño de una patata había quedado retenida en la rejilla de un desagüe, junto a la cuneta. Podía ser una de las que me habían tirado a mí. La cogí y la sopesé en mi mano. Luego, la lancé contra el alargado escaparate rectangular de «Free

bo's». Me acordé de cuando arrojaba vasos contra la pared de mi apartamento, allá en los apasionados días de mi matrimonio. Se oyó un ruido terrible, y el cristal se hizo añicos contra la acera. Y luego todo quedó igual que antes. Yo seguía en la calle desierta; las tiendas continuaban sin luz; nadie gritaba, nadie corría hacia mí. El único ruido era el zumbido del letrero de neón. Le debía a Freebo unos cincuenta dólares, pero nunca podría pagárselos. Percibí un olor a polvo y a hierba, olores transportados por el viento desde los campos. Imaginaba a los hombres dentro del bar, apartados de las ventanas, conteniendo el aliento hasta que yo me marchase. Dentro, con las mesas y la gramola automática y los centelleantes anuncios de cerveza, todos esperando que yo me fuera. La última de las últimas oportunidades.

En la mañana del día 21 desperté en el asiento posterior del coche. Se me había permitido sobrevivir a la noche. Gritos, voces airadas desde la casa de Duane. Sus problemas con su hija parecían terriblemente remotos, problemas ajenos en un mundo ajeno. Me incliné sobre el asiento y accioné el seguro de la puerta, empujé el asiento hacia delante y salí. Me dolía la espalda; sentía un dolor agudo y persistente entre los ojos. Cuando miré un reloj vi que faltaban trece horas para el anochecer: no huiría de ello. No podía. El día, mi último día, era cálido y despejado. A veinte metros de distancia, la yegua zaina apoyó la cabeza sobre la valla y me miró con sedosos ojos. El aire estaba inmóvil. Un enorme tábano, de verde iridiscencia, empezó a revolotear sobre el coche, concentrándose en los excrementos de pájaros. Todo a mí alrededor parecía una parte de la llegada de Alison, pistas, piezas de un rompecabezas que encajarían antes de medianoche.

Pensé: si entro de nuevo en este coche y trato de marcharme, ella me detendrá. Hojas y ramas cubrirían el parabrisas, las enredaderas trabarían el acelerador. Mi sensación visual de todo esto fue demasiado poderosa... Por un instante, vi el sencillo interior del «VW» henchido de una asfixiante profusión de follaje, y experimenté

náuseas ante el olor a savia... y separé la mano del techo del coche.

No veía cómo iba a poder soportar la tensión de las próximas horas. ¿Dónde estaría yo cuando ella viniese?

Con la desesperada temeridad de un soldado que sabe que la batalla se producirá, esté él o no preparado para ello, decidí lo que haría al anochecer. Realmente, sólo había un lugar en el que debería estar cuando sucediese. Lo había esperado durante muchos años, y sabía adonde ir a esperar el momento final, adonde tenía que ir, y tenía que ser cuando llegara el sonido del fuerte viento y se abriera el bosque para liberarla y liberarme violentamente a mí. No había más últimas oportunidades.

Pasó el tiempo. Yo me movía aturdidamente por la casa, preguntándome vagamente a veces por qué no habría aparecido Tuta Sunderson y recordando luego que la había despedido. Me senté en los viejos muebles y caí físicamente en el pasado. Mi abuela introducía una cazuela en el horno, Oral Roberts declamaba por la radio, Duane daba palmadas desde una silla en un rincón oscuro. tenía veinte años, y el pelo se le elevaba sobre la frente en ondulado tupé. Alison Greening, de catorce años, mágicamente vibrante, apareció en la puerta (camisa de hombre abotonada, pantalones pardo amarillentos, una promesa sexual haciendo restallar el aire a su alrededor) y entró deslizándose sobre sus pies calzados con zapatillas de goma. Mi madre y la suya hablaban en el porche. Sus voces eran cansadas y tranquilas. Vi a Duane mirar a mi prima con una expresión de odio.

Luego me encontré en el dormitorio, sin recordar haber subido la escalera. Estaba mirando la cama. Recordé la sensación de unos pechos apretados contra el mío, primero pequeños, luego exuberantes, y cómo me había introducido en el cuerpo de un fantasma. Ella estaba todavía bajando por la escalera; oí sus leves pisadas atravesando el cuarto de estar, la oí cerrar de golpe la puerta del porche.

Volviste a meterte en líos el año pasado. Había sentido abrasarme la cara. *El verano se está esfumando, querido.* Fui a mi estudio y vi papeles rebosando de los cestos. *¿Tosen los pájaros?* Solo veía una conclusión. Yo estaba en jaque. Sin embargo, en el recuerdo, ella descendía la escalera. Sentía como si un algodón absorbente me envolviese, como si estuviera pisando melaza, una gruesa capa de polvo...

Volví al dormitorio y me senté en la silla situada frente a la cama. Lo había perdido todo. Notaba el rostro como una máscara, como si pudiera desprendérmela como había hecho con el bálsamo de Rinn. Incluso cuando empecé a llorar, advertí que mis facciones se habían tornado tan inexpresivas y vacías como las de ella la

noche en que la había visto mirándome abstraídamente desde aquella misma silla. Ella ha entrado de nuevo en mí, está abajo, bebiendo Kool en la burbuja de tiempo que es 1955, está esperando.

Pocas horas después, estoy sentado a mi mesa y mirando por la ventana cuando oigo gritar a Alison Updahl. Un momento después, mientras mis sentidos despiertan de su bruma, la veo cruzar el sendero en dirección al cobertizo. Tiene la camisa rasgada por la espalda, como si alguien hubiera intentado hacerla volverse, y el jirón aletea con su movimiento. Cuando llega al cobertizo, no se detiene, sino que lo rodea corriendo, salta una cerca de alambre de espino para pasar al campo contiguo y continúa corriendo por sus pendientes y sus herbosas eminencias hacia la línea del bosque en ese lado del valle. Ese es el bosque en que Alison y yo, provistos cada uno con una pala, habíamos buscado tumbas indias. Cuando llega a una pequeña loma y empieza a descender a una hondonada llena de abundantes flores amarillas, se arranca el pedazo de tela rasgada y lo tira tras de sí. En ese momento, sé que está llorando.

Luego, otro movimiento más próximo: veo a Duane, vestido con su ropa de trabajo, bajar por el sendero con aire titubeante. Lleva una escopeta bajo un brazo, pero parece incómodo con ella. Avanza unos tres metros, con la escopeta apuntando hacia el camino, y luego se detiene, la mira y me vuelve la espalda. Unos pasos sendero arriba, y luego se da de nuevo la vuelta y reanuda la marcha en mi dirección. Vuelve a mirar la escopeta. Avanza otros tres pasos. Luego, suspira —veo sus hombros elevarse y descender— y tira la escopeta entre las hierbas que crecen junto al garaje. Veo su boca formar la palabra *puta*. Mira por un momento hacia la vieja granja, como si deseara poder verla también en llamas. Luego, levanta la vista hacia la ventana y me ve. Inmediatamente, huelo a pólvora y a carne quemada. Él dice algo, sacudiendo el cuerpo, pero sus palabras no atraviesan el cristal, y abro la ventana.

—Vete de aquí —dice—. Dios te maldiga, vete de aquí.

Bajo la escalera y salgo al porche. Él está paseando de un lado a otro sobre el destrozado césped, con las manos en los bolsillos del mono y la cabeza inclinada. Cuando me ve, da una violenta patada en un reborde de barro dejado por un neumático al patinar. Me mira furiosamente y, luego, vuelve a bajar la cabeza y hace girar el pie en el barro.

—Lo sabía —dice. Su voz es ronca y estrangulada—. Malditas mujeres. Maldito tú.

Tiene el rostro descompuesto. Su furia no es como la que yo había visto antes, sino más bien como la rabia contenida que había presenciado en el cobertizo, cuando golpeaba al tractor con un martillo.

—Eres basura. Basura. Tú la has hecho inmunda. Tú y Zack.

Salgo del porche a la desfalleciente luz del sol. Duane parece a punto de estallar. Tocarle sería quemarse las manos. Incluso en mi nebuloso estado, concentrado en lo que sucederá dentro de cuatro o cinco horas, me siento impresionado por la elevada carga de confusión emocional de Duane. Su odio es casi

visible, pero como si se hallara sofocado cual un fuego bajo una manta.

—Te he visto tirar la escopeta —digo.

—Me has visto tirar la escopeta —repite con tono burlón—. Me has visto tirar la escopeta. Maldito cabrón. ¿Crees que no podría matarte con las manos? —Con un diez por ciento más de presión, su rostro estallaría y saldría volando en mil pedazos—. ¿Eh? ¿Crees que te vas a quedar tan ancho?

Quedarme tan ancho con qué, podría preguntar, pero su desesperación centra toda mi atención.

—Bueno, pues no va a ser así —dice. No puede controlar su voz, que adquiere un tono agudo de falsete—. Sé lo que os pasa en la cárcel a los monstruos sexuales. Te harán picadillo. Desearás estar muerto. O quizá te metan en un manicomio. En cualquier caso, estás perdido. Perdido. Cada día que pase lamentarás un poco más seguir con vida. Y eso está bien. Porque no mereces morir.

La dimensión de su odio me impresiona.

—Oh, va a suceder, Miles. Va a suceder. Tenías que volver aquí, ¿verdad? ¿A pasarme por las narices tu maldita cara, tu maldita educación? Bastardo. He tenido que vapulearla, pero me lo ha contado. Lo ha confesado.

Duane avanza hacia mí, y veo los colores alternando en su rostro.

—Los tipos como tú se figuran que pueden quedarse tan anchos haciendo cualquier cosa, ¿verdad? Tú crees que las chicas nunca hablarán de ello.

—No hubo ningún «ello» —digo, comprendiendo por fin.

—Tuta la vio, Tuta la vio salir. Ella se lo dijo a Red, y mi amigo Red me lo dijo a mí. Así que lo sé, Miles, lo sé. Tú la hiciste inmunda. Ni siquiera puedo aguantar mirarte.

—Yo no violé a tu hija, Duane —dijo, sin dar crédito a que realmente esté sucediendo esta escena.

—Entonces dime qué sucedió. Tú eres bueno con las palabras, tú dominas el idioma, dime qué sucedió.

—Ella vino a mí. Yo no le pedí que lo hiciera. Ni siquiera deseaba que lo hiciera. Ella se metió en mi cama. Estaba siendo usada por otra persona.

—Otra persona...

—Estaba siendo usada por Alison Greening.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea. —Y saca las manos de los bolsillos y se golpea a ambos lados de la cabeza—. Cuando te encierren, voy a quemar esta casa, voy a destruirla por completo, y todos los tipos de la ciudad podéis iros al infierno, voy a...

Está más calmado. Se separa los puños de las sienes y me mira con ojos llameantes. Me doy cuenta por primera vez de que los tiene del mismo color que los de su hija, pero tan llenos de luz abstracta como los de Zack.

—¿Por qué has decidido no disparar contra mí?

—Porque eso es demasiado fácil para ti. Tú no viniste aquí a revolverlo todo

sólo para que te peguen un tiro. Te van a ocurrir las peores cosas del mundo. —Le llamean los ojos—. No creas que no sé lo de ese cabrón de Zack. Estoy enterado de sus salidas. Tú no sabes nada que yo no sepa, aunque les invites a beber y todo eso. Tengo oídos. La oigo volver a su cuarto por las mañanas..., es una basura, como todas las demás. Empezando por aquélla cuyo nombre le puse. Todas son basura. Animales. Una docena de ellas no haría un hombre bueno. No sé por qué me casé. Después de aquella zorra polaca, ya conocía a todas las mujeres. Basura, como tú. Sabía que no podía manteneros separados a ella y a ti. Todas las mujeres son iguales. Pero tú vas a pagar.

—¿Me odias tanto por causa de Alison Greening? —pregunto—. Pagar, ¿por qué?

—Por ser tú. —Lo dice con tono inexpresivo, como explicándoselo a sí mismo—. Todo ha terminado para ti, Miles. Hovre te va a encerrar. Acabo de hablar con él. Veinticuatro horas como máximo. Si intentas huir, te cazarán.

—¿Has hablado con Hovre? ¿Vas a detenerme? Es lo que quiero.

—Cristo —dice Duane, en voz baja.

—Alison Greening va a regresar esta noche. No es lo que era antes..., es algo horrible. Rinn trató de avisarme. —Miro el incrédulo rostro de Duane—. Y ella es quien ha matado a esas chicas. Yo creía que era Zack, pero ahora sé que fue Alison Greening.

—Deja de pronunciar ese nombre —dice Duane, mordiendo las palabras.

Doy media vuelta y echo a correr hacia la casa. Duane grita detrás de mí, y yo le respondo, también a gritos:

—Voy adentro para llamar a Hovre.

Me sigue al interior y me mira suspicazmente mientras marco el número de la Comisaría.

—No te va a servir de nada —murmura, moviéndose de un lado a otro en la cocina—. Lo único que puedes hacer ahora es esperar. O subirte a ese cacharro tuyo y tratar de huir. Pero según Hank no puedes ir a más de sesenta en él. Antes de llegar a Blundell, Hovre ya te habría cogido.

Está hablando para él mismo tanto como para mí; está vuelto de espaldas.

Yo escucho la señal de llamada, esperando que conteste Dave Lokken; pero en su lugar la voz de Hovre.

—Aquí, Hovre.

—Soy Miles.

Duane:

—¿Con quién hablas? ¿Es Hovre?

—Soy Miles, *Oso Polar*. ¿Por qué no estás viniendo hacia aquí?

Hay una pausa. Luego, dice:

—Vaya, Miles, acaban de darme noticias tuyas. Parece ser que no podías detenerte. Tengo entendido que tu primo Duane está ahí contigo.

—Sí. Aquí está.

—Y un carajo estoy —dice Duane.

—Bien. Oye, tenemos resultados sobre esa sangre. Es AB, sí. Los chicos del laboratorio dicen que hará falta otro día para determinar si es de hombre o de mujer.

—Yo no dispongo de un día más.

—Miles, mi viejo amigo, me sorprendería que dispusieras de cinco minutos más. ¿No lleva una escopeta del calibre 12? Le dije que llevase una cuando fuese a verte. La Ley puede pasar por alto

ciertas cosas que podría hacer un hombre si se le somete a demasiada presión.

—Te estoy pidiendo que me salves la vida, *Oso Polar*.

—Algunos quizá dijese que estarías mucho más seguro muerto, Miles.

—¿Sabe, Lokken, lo que estás haciendo?

Oigo el jadeo de su tos.

—Dave ha tenido que ir al otro extremo del Condado.

—Dile que venga aquí ahora —dice Duane—. No puedo soportar tenerte por más tiempo en la casa.

—Dice Duane que debes venir ahora.

—¿Por qué no continuáis Duane y tú vuestra conversación? Me parece que está resultando muy fructífera. —Y cuelga.

Me vuelvo, con el auricular todavía en la mano, y veo que Duane me está mirando con ojos estólidos y rostro congestionado.

—No va a venir, Duane. Cree que tú me vas a pegar un tiro. Quiere que lo hagas. Ha enviado a Lokken a desempeñar alguna misión inventada para que nadie sepa cómo arregla las cosas.

—Estás diciendo tonterías.

—¿Te dijo él que trajeses una escopeta?

—Claro. Él piensa que tú mataste a esas chicas.

—Es más tortuoso que todo eso. Me contó lo de Alisen Greening. Me contó lo que ocurrió. Preferiría verme muerto antes que en la cárcel. Si estoy muerto, sigo siendo culpable de los asesinatos, pero no puedo hablar con nadie.

—Cállate —dice, con los brazos balanceándose a los costados—. No digas ni una sola palabra acerca de eso.

—Porque detestas pensar en ello. No pudiste hacerlo. No pudiste violarla.

—Uf —resopla Duane, con rostro tenso y congestionado—. No he venido aquí para hablar de eso. Sólo quería oírte confesar que has introducido en mi hija la parte más sucia de ti mismo. ¿Crees que me ha gustado pegarle?

—Sí.

—¿Qué?

—Sí. Creo que has disfrutado con ello.

Duane se vuelve y aprieta las palmas de las manos contra un armario de cocina, sosteniendo su peso con los brazos, como le había visto hacer sobre el bloque del

motor de un tractor. Cuando se vuelve de nuevo hacia mí, hace un esfuerzo por sonreír.

—Ahora sé que estás loco. Eso lo explica todo. Quizá debiera matarte, como dices que quiere Hovre.

—Quizá.

Me impresiona su forzado intento de relajación. Tiene ahora el rostro completamente pálido; parece como si pudiera fragmentarse en trozos, cual si fuese de barro. Su personalidad, que yo había creído tan estoica y recia como su cuerpo, parece estar quebrantándose, disgregándose en sus distintas facetas.

—¿Por qué me dejaste venir aquí? —pregunto—. ¿Por qué no me escribiste diciendo que había otra persona ocupando la casa? ¿Y por qué te mostraste amistoso cuando llegué?

No dice nada; simplemente, me mira, y su cuerpo entero manifiesta una ira sorda y hostil.

—Soy tan inocente de las muertes de esas chicas como de la muerte de Alison Greening —le digo.

—Quizás ése fue el primer aviso que tuviste —dice Duane—. Voy a estar al tanto de oír el sonido de ese cacharro tuyo, así que será mejor que te estés aquí quieto hasta que Hovre venga por ti. —Luego, con una sonrisa que parece casi sincera—: Voy a disfrutar con eso.

Su grisáceo rostro se altera, al darse cuenta de una cosa.

—Por Dios, si hubiera tenido mi escopeta te habría partido en dos.

—Entonces, Alison Greening vendría por ti esta noche.

—No importa lo loco que finjas estar —dice Duane—. Ya no.

—No. Ya no.

Cuando salió de la granja, Duane dijo:

—¿Sabes? Mi mujer era tan estúpida como las demás. La muy zorra lo deseaba realmente. Ni siquiera podía fingir que era mejor que eso. Solía quejarse de lo sucio que yo iba a los campos, y yo le respondía que la suciedad que yo llevaba encima no era nada en comparación con la que ella tenía en la mente. Yo sólo esperaba que me diera un hijo.

Cuando el crepúsculo comenzó a devorar el paisaje, comprendí que tenía aproximadamente tres horas para llegar adonde tenía que ir. Tendría que caminar. Duane oiría el coche y telefonearía a Hovre. Ellos no encajaban en el lugar adonde yo iba. La alternativa era esperar en la granja y tomar cada crujido de las tablas como la señal de su llegada. No. Yo tenía que volver solo al lugar de nuestra vieja promesa, a la presa Pohlson, donde había empezado, para verla tal como estaba aquella noche,

sin el *Hombre de Hojalata* y sin Zack, para permanecer en la oscuridad sobre aquellas lisas superficies de piedra y respirar aquel aire. Sentía casi que si me encontrase de nuevo en aquel lugar, podría retornar al comienzo e invertir las cosas: podría encontrar un eco de la muchacha y reclamarme a mí mismo y a ella en esa salvación. Duane y sus furiosas represiones, *Oso Polar* y sus proyectos, quedaban empequeñecidos a la luz de esta inmensa posibilidad. Los olvidé a los dos cinco minutos después de que Duane saliera de la casa. El hambriento Paul Kant había caminado a través de los campos; yo lo haría también.

Me costó poco mas de la cuarta parte del tiempo que le había costado a Paul. Caminé, simplemente, a lo largo del mullido borde de la carretera, yendo bajo la moribunda luz adonde tenía que ir; una vez, pasó un camión, y me metí en un maizal hasta que sus luces rojas desaparecieron tras un recodo. Experimentaba una penetrante sensación de invisibilidad. Ningún tipo montado en un camión podría detenerme; como tampoco podía yo impedir que mi prima afirmara su pretensión. Chispeaba el miedo bajo mi piel; caminaba con pasos rápidos, apenas consciente de la grava sobre la que me movía; en lo alto de la larga y ondulada colina toqué la madera del letrero de la Caja de la comunidad y sentí la humedad de la carcoma. Brillaban unas luces en un granja apenas visible en un negro valle. Por un instante experimenté la sensación de que iba a saltar a la abrupta ladera de la colina e iba a echarme a volar.:., un sueño de lo inhumano, un sueño de huida. Unas manos frías me rozaron los costados y me impulsaron a continuar adelante.

En la base del camino que subía por la pequeña colina que conducía a la presa, me detuve a tomar aliento. Eran poco más de las nueve. En el cada vez más oscuro firmamento permanecía suspendida la blanca e inerte piedra de la luna. Di un paso por el camino: yo era el polo negativo de un imán, el polo lunar. Los pies me palpitaban dolorosamente en sus zapatos de ciudad. La rama de un roble emergía con una claridad sobrenatural, casi vocal; un enorme músculo vibraba bajo su corteza. Me senté en el borde de un saliente de granito y me quité los zapatos. Luego, los dejé caer junto a la roca y, encontrando lo que tenía que encontrar para moverme, me moví.

De puntillas, pisando con cuidado, subí por el camino. Las piedrecillas dejaron paso a hierba seca. Al llegar arriba, apoyé los talones en el suelo. Ante mí se extendía la lisa y oscura superficie, limitada al fondo por la línea de matorrales. El firmamento se iba oscureciendo con rapidez. Me di cuenta de que llevaba la chaqueta en una mano y me la eché por los hombros. El aire me agarrotó la garganta. Alison Greening parecía profundamente incrustada en el paisaje, formando parte de él. Estaba fuertemente impresa en cada roca, en cada hoja. Continué avanzando, el acto más valiente de mi vida, y sentí la invisibilidad rebullir a mi alrededor. Para cuando llegué al otro lado de la lisa extensión, había oscurecido ya por completo. El tránsito

del crepúsculo a la noche fue instantáneo, una fracción de segundo. Mis pies, embutidos en calcetines, encontraron una suave losa de piedra. Una ampolla me ardía en el talón. Su rojez me ascendía por la pierna. Me parecía ver ese color elevándose y manchándose, y continué avanzando sobre la oscura hierba hasta la línea de matorrales. Sentí turbárseme la mente, y volví la cabeza a la derecha y vi un par de pinzones subiendo hacia el firmamento. La luz de la luna los rozó un instante y plateó luego la escasa vegetación. Di otro paso y me encontré en la primera roca, contemplando la taza de agua negra que era la presa. Era el centro de un intenso y apretado silencio.

Y de un gran resplandor. La luna, tan semejante a un medallón como el rostro de Alison, brillaba trémulamente desde el centro del agua. Me temblaban las piernas. Mi mente no era más que una lisa superficie de imágenes. Habría necesitado un minuto para recordar mi nombre. La piedra me hería los pies; bajé al peldaño siguiente y me sentí empujado hacia el resplandor. Aquella lisa superficie de agua con su reluciente centro me atraía, me hacía descender hacia ella. Otro escalón. Parecía como si la presa entera, bordeada de roca, estuviera canturreando..., no, canturreaba realmente, encajada en la divisoria entre el insondable y oscuro fondo del agua y la lisa y reluciente cabeza de la luna. El mundo se inclinó para hacerme resbalar, y yo me incliné con él.

Luego, estaba allí, en el fondo del fondo del mundo. La fría roca empujaba hacia arriba las plantas de mis pies. Me ardían las sienes y se me erizaron los pelillos de la nariz. Por mis muñecas se deslizaba agua. Mis dedos tocaron mis mangas, y estaban secas.

En el fondo del fondo del mundo, con el rostro vuelto hacia la fría efigie de la luna, me encontraba en medio de un irreal resplandor.

Cuando mi cuerpo empezó a temblar, apoyé las palmas de las manos sobre la fría superficie de la roca y cerré los ojos. Las señales de su venida eran inimaginables: me parecía que ella podría emerger del centro de aquel reluciente disco posado en el agua. La roca se deslizaba bajo mis manos; con los ojos firmemente cerrados, yo me estaba moviendo, formaba parte de un elemento en movimiento, la roca que se adaptaba a mis manos y a mi cuerpo como un negativo, como una imagen reflejada. La sensación era muy intensa. Las yemas de mis dedos se introducían en diminutos surcos existentes en la piedra, formas de manos tocaban mis manos, y cuando volví a abrir los ojos creía que me iba a encontrar con una escarpada pared de roca.

Me concentré en mi cuerpo, en medio de la superficie de piedra. Sentía la roca elevarse con mi respiración, las venas de mis manos conectar con otras venas existentes en la piedra, y dejé de moverme. Pensé: soy una mente humana en un cuerpo humano. Vi un irreal resplandor blanco sobre mis rodillas y mis pies enfundados en calcetines. Altos muros me circundaban, el agua permanecía inmóvil, la única cosa existente en el mundo debajo de mí. Sabía que me quedaba muy poco tiempo. La chaqueta se tendía sobre mi hombro como una masa de hojas. Tenía todo

el resto de mi vida para pensar; para esperar.

Pero esperar es pensar, la anticipación es una idea en el cuerpo, y durante un largo rato hasta mi pulso estaba cargado con la energía de mi espera. Pensé en arrojarme a través del tiempo; ya no temblaba. Mis dedos se introducían en los surcos de la piedra. En el cuenco de la presa, la noche permanecía terroríficamente inmóvil. Una vez, abrí los ojos y miré mi reloj, en el que unos puntos junto a los números y unas rayas a lo largo de las agujas brillaban con un verdoso fulgor: eran las once menos cuarto.

Traté de recordar cuándo habíamos empezado a bañarnos. Tenía que ser en algún momento entre las once y las doce. Probablemente, Alison había muerto cerca de la medianoche. Levanté la vista hacia las estrellas y volví a bajarla luego hacia el agua en que flotaba la luna. Podía recordar cada palabra pronunciada aquella noche, cada gesto. Los había tenido presentes en mi mente durante los últimos veinte años. Por dos veces, mientras daba clase a mis alumnos, había retrocedido súbita y vertiginosamente hacia aquellos febriles minutos y había vuelto a verlo todo de nuevo, mientras mi voz desencarnada seguía sonando, haciendo gala de ingenio a costa de la literatura. Era cierto decir que yo había estado atrapado allí, en aquella sección del tiempo, desde entonces, y que lo que me había aterrado en mi clase no era mas que una imagen de mi vida.

Todo estaba sucediendo todavía, en un espacio detrás de mis ojos que le pertenecía, y yo podía volver la vista hacia dentro para verlo y vernos a nosotros. El aspecto que ella tenía, sonriéndome mientras el aire frío se posaba sobre mis hombros. *¿Quieres hacer lo que hacemos en California?* Sus manos en las caderas. Yo podía ver mis propias manos soltando mis botones, mis piernas, las piernas de un muchacho de trece años, colgando pálidas y delgadas sobre la roca. Levanté la vista, y ella era un arco blanco penetrando en aquel momento en el agua, una visión de un pez volador. Eso estaría impreso en otras dos mentes, además de la mía. Hilos nos habían visto: nuestros cuerpos hendiendo el agua, nuestros blancos brazos, sus cabellos convertidos en una brillante masa contra mi rostro. Desde su ángulo visual, seríamos pálidos rostros bajo los cabellos oscurecidos por el agua, dos rostros tan próximos como para estar flotando juntos.

Aleje estos pensamientos. Levanté el brazo y miré mi muñeca: las once. En la nuca se me empezó a contraer un nervio.

Volví a cerrar los ojos, y la energía de la piedra ascendió de nuevo al encuentro de mis manos, mis talones, mis estiradas piernas. Mi respiración parecía insólitamente sonora, amplificadas por los complicados conductos del interior de mi cuerpo. La zona entera de la presa respiraba conmigo, inhalando y exhalando aire. Conté hasta cien, haciendo que cada inhalación y exhalación durase ocho latidos. Muy pronto.

Me veía a mí mismo como me había visto un mes antes, cuando sólo a medias me había atrevido a reconocer que había regresado a la granja para acudir a una cita con un fantasma. Y traía conmigo una hilera de muertes que se arrastraban como una cola tras de mí. Pese a todo el aparato de las cajas de libros y las notas, yo ni siquiera había hecho un trabajo de tres días en mi tesis: había renunciado a ella con el más fútil de los pretextos, el de que las estúpidas ideas de Zack se asemejaban demasiado a las de Lawrence. En su lugar, había vuelto contra mí casi involuntariamente a todo el valle. Y me veía a mí mismo: un hombre corpulento de cabellos ralos, un hombre cuyo rostro expresa inmediatamente cualquier emoción que se apodere de él, un hombre dedicándose a alborotar a una pequeña ciudad. Yo había insultado en cuatro semanas a más personas que en los cuatro últimos años. Contemplaba todo esto como desde fuera, me veía a mí mismo irrumpir en tiendas y dar absurdos mensajes desde taburetes de bar, fingiendo pequeños hurtos y con la repugnancia reflejada en la cara. Hasta Duane había disimulado mejor sus sentimientos. Desde la mañana de mi llegada, yo había sentido el acercamiento de Alison Greening, y ese hecho —la visión de ella en la linde del bosque—, me había empujado a la irracionalidad.

Pronuncié su nombre, y crujió una hoja. La luz de la luna hacía que mi cuerpo pareciese bidimensional, una figura dibujada en un papel.

Tenía que ser casi la hora. Las once y media. Se produjo una súbita presión en mi vejiga; sentía que me ardía la cara. Crucé las piernas y esperé a que cediera la presión. Empecé a balancearme hacia delante sobre mis rígidos brazos. Los nervios de la piedra respondieron a mi movimiento y lo repitieron de tal modo que al principio la piedra se balanceó conmigo y, luego, asumió todo el movimiento y me balanceó ella misma. La necesidad de orinar se convirtió en dolor. Fui balanceado con más fuerza, y se desvaneció. Me tendí de espaldas y dejé que la piedra acomodase un hueco para mi cabeza. Mis manos, estiradas a los costados, encontraron sus verdaderos lugares. Muy pronto.

Una nube ocultó la mitad de las estrellas y se deslizó lentamente sobre el muerto círculo de la luna. Mi cuerpo parecía ya haber renunciado a su vida, y habérsela incorporado la piedra. La fría agua de la presa estaba respirando a través de mí, usándome como su fuelle; creí oírla caminar hacia mí, pero pasó una leve brisa, y todavía las complicaciones de la vida, las complicaciones del sentimiento brotaban de mi cuerpo y se tendían en derredor. Pensé: no puede durar, es demasiado, la muerte es necesaria, necesaria. De pronto me pareció, como un latigazo de oro en el fondo de mi miedo, que había regresado al valle sabiendo que iba a morir allí.

Oí música y comprendí que procedía del eléctrico punto de contacto entre mi cabeza y la roca por encima del agua. Pronto, pronto, pronto. Mi muerte se me acercaba aceleradamente, y sentí hacérseme más liviano el cuerpo. Las tremendas fuerzas que se cernían sobre mí parecieron elevarme dos o tres centímetros por encima de la roca, la música sonaba en mi cabeza, sentí mi alma contraerse en una

zumbante cápsula justo debajo de mi clavícula. Permanecí así largo rato, presto a disgregarme a su contacto.

Contemplé a mi pesada, profana, sarcástica e ingenua persona atravesando Arden, ocultándose en el interior del cuerpo de la casa de mi abuela, titubeando en el suelo de un bosque, medio violando a una acurrucada muchacha; contuve una exclamación porque la sensación de levitación, todas mis células ligadas por la luz de la luna en un contrato por ignorar la ley de la gravedad, había durado mucho.

Todo mi ser me indicó la proximidad de la medianoche. No pude ahuyentar por segunda vez el súbito dolor en mi vejiga, sonó una hoja impulsada por una ráfaga de viento, y un cálido líquido fluyó a lo largo de mis piernas en una deliciosa sensación de liberación. Alargué la mano para cogerla, cada segundo de su tiempo palpitaba a lo largo de mi cuerpo. Solamente pude coger aire.

Y caí de nuevo sobre la yerta piedra. En aquella gigantesca turbación, cesó la música, y tuve consciencia de mis pulmones aspirando aire, de la roca inerte debajo de mí, del agua negra y fría, y me eché hacia atrás para apoyar la espalda contra el muro de la presa. Las húmedas perneras de mis pantalones me colgaban sobre las piernas. Yo me había equivocado respecto a la hora. Debía de haber sucedido más tarde; pero capté el ribete de desesperación que había en el pensamiento y me recliné y miré a través de la luz de la luna hacia la mayor pérdida de mi vida.

Eran las doce y dos minutos. Ella no había venido. El 21 de julio había pasado, y ella no venía. Nunca vendría. Estaba muerta. Me encontraba varado, solo, en el mundo humano. Mi culpabilidad, moviéndose a impulsos de su propio ímpetu, se desplazó en mi interior y estableció una nueva relación con mi cuerpo.

No podía moverme. Lo había intentado todo. No había visto nada en la linde de los campos..., nada más que mi histeria. Me ajusté la chaqueta al cuerpo, obedeciendo a un reflejo que me había quedado de la infancia.

El choque se mantuvo durante horas. Cuando mis pantalones empezaron a secarse, me di cuenta de que se me habían dormido las piernas, y me doblé las rodillas con las manos. Un intenso dolor irradió desde las rodillas. Traté de ponerme en pie.

Durante un rato, sofoqué mi conciencia de dolor, moviéndome torpemente sobre las piernas de otro. Luego, me senté en uno de los escalones de piedra y medité de nuevo en la pérdida que había sufrido. No podía llorar: demasiado de lo que había perdido era yo mismo. Cualquier cosa que en lo sucesivo fuera a ser yo, siempre que pudiera pensar en convertirme en algo que pudiera llamar yo mismo. Sería diferente. Había inventado un yo que confiaba en la posibilidad del retorno de Alison Greening, y me sentía ahora como un hermano siamés cuya otra mitad hubiera sido separada quirúrgicamente. La culpabilidad que había llevado durante veinte años había alterado drásticamente sus dimensiones, pero yo no podía decir si

se había hecho mayor o menor.

Iba a tener que vivir.

Pasé toda la noche junto a la presa, aunque en el momento mismo en que me había parecido caer de nuevo a tierra —aun antes de mirar mi reloj— supe que Alison Greening había desaparecido de mi vida para toda la eternidad.

Durante la última hora que pasé lamentando la segunda y definitiva marcha de Alison de mi vida, pude pensar en Arden y en lo que había estado sucediendo allí. Duane, *Oso Polar*, Paul Kant, yo mismo. Cómo después de veinte años habíamos vuelto a reunimos en un trágico paisaje. Cómo nos habíamos visto todos marcados por mujeres. Vi las pautas que nos unían, como las «líneas de fuerza» de Zack.

Y vi otra cosa.

Comprendí por fin que el asesino de las chicas había sido mi primo Duane. Que odiaba a las mujeres más que ningún otro hombre que yo hubiera conocido jamás, que, probablemente, había planeado los asesinatos de las chicas que se parecían a Alison Greening desde el día en que yo le había escrito diciéndole que iba a Arden. De Duane eran las viejas botellas de «Coca-Cola», las hachas, los pomos: Zack debía de haber robado el que yo había visto de dondequiera que lo hubiese escondido Duane.

Sentado junto a la presa, aturdido todavía por el choque de la pérdida, lo vi con una nítida y cruel claridad. Habiendo descartado a Alison, sólo podía ser Duane. Y vi que su hija lo había temido..., ella había rehuido cualquier discusión sobre las muertes de las chicas. Lo que yo había tomado por un deseo de parecer más insensible (por lo tanto, más adulta, imaginaba ella) de lo que era, se explicaba mejor por el temor a que su padre fuese un asesino. Ella había rechazado cualquier conversación sobre las chicas muertas.

Me puse en pie: podía andar. Me sentí investido de una especie de nueva fuerza. Toda una era de mi vida, como un período geológico, estaba tocando a su fin..., terminaría con lo que yo iba a tener que hacer. No tenía ni la más remota idea de qué haría después de eso.

Bajé por la ladera de la colina y encontré mis zapatos. En una sola noche se habían quedado secos y abarquillados, y cuando introduje los pies en ellos, las plantillas semejabán pieles de lagarto. Parecían no ajustarse, haber sido conformados por otro hombre.

Cuando salí a la carretera, vi un camión que se acercaba hacia mí, procedente de la dirección de Arden. Era primo hermano del camión del que yo había huido la noche anterior; extendí la mano, con el pulgar levantado, y el hombre que iba al volante frenó junto a mí. Del camión emanaba un fuerte olor a cerdos.

—¿Señor? —dijo el viejo que estaba al volante.

—Se me ha estropeado el coche —dije—. ¿Podría llevarme a algún lugar

cercano al valle Norway?

—Suba, amigo —respondió, y se inclinó para abrirme la portezuela.

Subí junto a él. Era un hombre delgado de setenta y tantos años, de pelo blanco cortado a cepillo. Sus manos resultaban enormes sobre el volante.

—Se ha levantado temprano —dijo, sin que ello fuera exactamente una pregunta.

—Llevo mucho tiempo viajando.

Puso de nuevo en marcha el camión, y la parte trasera empezó a crujir y a dar sacudidas.

—¿Realmente va usted al valle?

—Claro —respondió—. Acabo de llevar a la ciudad una partida de cerdos, y ahora vuelvo a casa. Mi chico y yo tenemos un terreno a unos catorce o quince kilómetros valle abajo. ¿Ha estado alguna vez por esa parte?

—No —respondí.

—Es bonita. Bonita de veras. No sé qué hace vagando por la comarca un joven como usted, cuando podría establecerse en las mejores tierras de labor de todo el Estado. El hombre no nació para vivir en ciudades, en mi opinión.

Asentí con la cabeza. Sus palabras hicieron brotar en mí la certeza de que no iba a regresar a Nueva York.

—Supongo que es usted vendedor —dijo.

—En estos momentos estoy entre dos empleos —respondí, y me gané una mirada de viva curiosidad.

—Lo siento. Pero voté a los demócratas y haremos que este país vuelva a ponerse en pie y que jóvenes como usted vuelvan a tener trabajo. —Miró con los ojos entornados a la carretera, iluminada ya por el sol naciente, y de la caja del camión nos llegaba oleada tras oleada de olor a cerdos—. Recuérdelo.

Cuando torció por la carretera del valle, me preguntó adonde quería ir exactamente.

—Podría venirse conmigo todo el camino y nos tomábamos juntos una taza de café. ¿Qué le parece?

—Gracias, pero no. Quisiera que me dejase en casa de Andy.

—Como mande —dijo, con tono de conformidad.

Luego, nos detuvimos ante los surtidores de gasolina de Andy. El sol matutino descendía oblicuamente sobre el polvo y la grava. Al abrir la portezuela, el hombre volvió la cabeza hacia mí y dijo:

—Ya sé que me ha estado mintiendo, joven.

Le miré sorprendido, preguntándome qué habría leído en mi cara.

—Sobre su coche. No tiene coche, ¿verdad? Ha venido todo el tiempo haciendo autostop, ¿verdad?

Correspondí a su sonrisa.

—Gracias por traerme —dije, y bajé de la cabina, dejando atrás el fuerte olor a cerdo. El camión se alejó rechinando, internándose en el valle, y yo me volví, crucé el espacio cubierto de gravilla y subí los peldaños.

La puerta estaba cerrada. Atisé a través del cristal y no vi ninguna luz. En la puerta no había ningún letrero de CERRADO, pero miré el panel inferior del cristal que había tras la rejilla y vi una polvorienta tarjeta en la que ponía: Lunes a viernes, 7.30 a 6.30. Sábado, 7.30 a 9.00. Golpeé la puerta de rejilla. Después de cuarenta segundos de sacudirla violentamente, vi a Andy acercarse por entre las apiñadas mesas, forzando la vista para averiguar quién era.

Cuando estuvo lo bastante cerca como para identificarme, se detuvo.

—Está cerrado.

Le hice seña de que se acercase más. Él meneó la cabeza. —Por favor —grité—. Sólo quiero usar tu teléfono. Titubeó y, luego, se aproximó lentamente a la puerta. Parecía preocupado y confuso.

—Tienes teléfono en casa de Duane —dijo, con voz sofocada por el cristal.

—Tengo que hacer una llamada antes de ir allí —supliqué.

—¿A quién vas a llamar, Miles?

—A la Policía. A *Oso Polar* Hovre.

—¿Qué le vas a decir al jefe?

—Quédate escuchando y lo sabrás.

Dio los dos pasos necesarios y puso la mano en la cerradura. Se le contrajo un músculo de la cara, y, luego, descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

La puerta de rejilla está todavía cerrada, Miles. Supongo que si vas a llamar a la Policía, bueno..., pero, ¿cómo sé que es eso lo que vas a hacer?

—Puedes quedarte detrás de mí. Puedes marcar tú mismo el número.

Hizo girar la aldabilla.

—No hagas ruido. Margaret está atrás, en la cocina. No le gustará.

Le seguí al interior. Él volvió la cara hacia mí; parecía preocupado. Estaba acostumbrado a tomar decisiones equivocadas.

—El teléfono está en el mostrador —susurró.

Mientras se dirigía hacia el aparato, su mujer llamó desde la parte de atrás de la tienda.

—¿Quién era?

—El viajante —respondió Andy.

—Por amor de Dios, dile que se vaya. Es demasiado temprano.

—Un momento. —Señaló el teléfono; luego, susurró—: No. Yo marcaré.

Cuando obtuvo el tono de llamada, me pasó el aparato y cruzó los brazos sobre el pecho.

El teléfono sonó dos veces, y luego oí la voz de Lokken.

—¿Policía?

Pregunté por *Oso Polar*. Si quiere coger al asesino, iba a decirle *haga lo que yo le*

diga. Estará en su granja o enredando con alguna maquinaria.

—¿Teagarden? —sonó la aguda y asombrada voz del ayudante—. ¿Dónde diablos se ha metido? Tenía que estar aquí esta mañana. ¿Qué diablos pasa?

—¿Qué quiere decir con eso de que tenía que estar ahí?

—Bueno, veré..., el jefe me mandó ayer por la tarde a ese maldito recado. No encontré lo que se suponía que debía encontrar porque no estaba allí, nunca estuvo allí, supongo que él solo quería quitarme de en medio. El caso es que cuando volví era ya casi la medianoche y él estaba furioso. Duane le llamó y le dijo que usted había ido a alguna parte. Y el jefe va y dice, no pierdas los estribos, yo sé dónde está. Creo que fue a recoger a Duane para que le ayudase a traerle a usted aquí. ¿Y dónde está usted ahora? ¿Y dónde está el jefe?

—Estoy en la tienda de Andy —dije, y miré por encima del hombro a éste. Estaba mirando con aire preocupado hacia la trastienda de la tienda; temía que su mujer apareciese y me encontrase allí—. Escuche, Lokken. Sé quién debe ser detenido y creo que sé adonde ha debido de ir el jefe. Pase a recogerme a casa de Andy.

—Ya lo creo que voy a pasar por ahí.

—Cogerá al asesino —dije, y le devolví el auricular a Andy.

—¿Cuelgo? —preguntó, perplejo.

—Cuelga.

Depositó el auricular en su soporte y se me quedó mirando, dándose cuenta cada vez más de mi cara sin afeitarse y de mis arrugadas ropas.

—Gracias —dije, y di media vuelta, serpenteé por entre las mesas y salí, dejándole con la mano sobre el teléfono. Bajé los escalones y salí a la luz de la mañana para esperar a Lokken.

Al cabo de ocho minutos, lo que debía de ser un récord, el coche patrulla del ayudante bajaba a toda velocidad por la carretera del valle. Agité la mano, y Lokken frenó en seco, levantando una gran nube blanca de polvo. Saltó del coche mientras yo cruzaba la carretera hacia él.

—Bueno, ¿qué es todo esto? —preguntó—. Es sencillamente absurdo. ¿Dónde está el jefe Hovre?

—Creo que imaginó que yo volvería al claro en que encontraron a la Michalski. Quizá Duane fue con él.

—Quizá sí, quizá no —dijo Lokken. Tenía la mano en la culata de la pistola—. Quizá vayamos nosotros allí, quizá no. ¿Por qué diablos ha llamado usted a la Comisaría?

—Ya se lo he dicho. —Su mano se cerró en torno a la culata—. Sé quien mató a esas chicas. Vamos al coche y hablamos de ello por el camino.

Recelosamente, se separó del costado del coche y me permitió pasar por delante. Entramos al mismo tiempo. Yo me recosté contra el caliente plástico del asiento.

—Bien —dijo Lokken—. Será mejor que empiece a hablar. Si lo que dice vale la

pena, tal vez le escuche.

—Duane Updahl lo hizo —dije.

Su mano, que sostenía la llave de contacto, se detuvo en el aire, como petrificada, y volvió la cabeza para mirarme con sorpresa.

—Yo ni siquiera estaba en la ciudad cuando murió Gwen Olson —dije.

—Por eso es por lo que le estoy escuchando —dijo Lokken. Le sostuve la mirada—. Esta mañana hemos recibido noticias de la Policía estatal de Ohio. El jefe les pidió que comprobaran su historia de que se había alojado en un motel tan pronto como usted se lo dijo. Finalmente han encontrado a un tipo llamado Rolfshus que ha reconocido su foto. Regenta un motel situado junto a la carretera general. Bueno, pues ese Rolfshus dice que usted podría ser alguien que se alejó allí aquella noche.

—¿Quiere decir que *Oso Polar* estaba buscando ese motel desde la noche en que yo le hablé de él?

—También ha tomado declaraciones —dijo Lokken—. Usted le cae mal a mucha gente de aquí. —Puso el coche en marcha—. No sé qué diría el jefe, pero estoy convencido de que no tuvo usted nada que ver en la muerte de esa Olson. Así que, ¿por qué diablos dice que fue Duane?

Le di mis razones mientras rodábamos por la carretera. Su odio a las mujeres, su odio hacía mí. La evidencia física.

—Yo creo que él lo tramó todo para que me impusieran una condena a perpetuidad en un manicomio —dije—. Y *Oso Polar* confiaba en que me pegara un tiro, para que yo no pudiera decir nada sobre cómo murió realmente Alison Greening. Él le envió a usted al otro extremo del Condado para que no estuviera presente cuando sucediese todo.

—Cristo, no sé —dijo Lokken—. Es absurdo. ¿Qué hay de esa Alison Greening? Así que le conté eso también.

—Y yo creo que Duane ha estado medio loco desde entonces —terminé—. Cuando le escribí diciendo que volvía, yo creo que, simplemente, estalló.

—Es terrible.

—A mi también me ocurrió. Si no, me habría dado cuenta antes. Tenía una teoría magnífica, pero anoche se reveló equivocada.

—Todo esto es absurdo —dijo Lokken, con tono de abatimiento.

Detuvo el coche a un lado de la carretera, junto a las hileras de maíz. El coche de *Oso Polar* se hallaba aparcado al otro lado de la carretera, apuntando en dirección contraria a la nuestra.

—Pero me da la impresión de que tiene razón en lo del jefe. ¿Cree que están los dos allí arriba?

—Yo creo que Duane iría con *Oso Polar* —dije—. Sería demasiado arriesgado para él no ir.

—Vamos a echar un vistazo. Diablos, vamos a echar un vistazo.

Salimos del coche y saltamos la cuneta.

El no dijo nada, la caminata cuesta arriba hacia el bosque le hacía perder el resuello, pero cuando hubimos vadeado el arroyo, Lokken habló de nuevo.

—Si lo que usted dice es cierto, Duane podría intentar algo contra el jefe.

—No creo que lo hiciera —dije.

—Ya, pero podría intentarlo —dijo, y sacó su pistola—. No recuerdo exactamente dónde estaba ese maldito claro.

—Sígame —dije yo, y empecé a trasponer la cresta de la colina, en dirección al comienzo del bosque.

Cuando llegué al primero de los árboles, empecé a trotar cuesta arriba, en dirección a la vieja cabaña de Rinn. No tenía ni idea de cómo se desarrollarían las cosas. Por una vez, me sentía agradecido a la presencia de Lokken. No tenía sentido que *Oso Polar* hubiera pasado toda la noche en el claro. Gradualmente, los nudosos árboles fueron haciéndose más próximos unos a otros. Aflojé el paso. En algunos trechos tenía que apartar ramas y altas hierbas con las manos.

—¿No nota algo raro? —pregunté al cabo de un rato.

—¿Eh? —La voz de Lokken llegó desde bastante distancia detrás de mí.

—No hay ningún ruido. Ni pájaros, ni ardillas. No hay ruidos de animales.

—Uf —dijo Lokken.

Era cierto. Otras veces que había ido al bosque, había habido a mí alrededor un constante parloteo. Ahora era como si todas las aves y animales hubiesen muerto. En aquel sombrío lugar, rodeado por los corpulentos árboles, el silencio resultaba decididamente espectral.

—La pistola les asusta —dijo Lokken—. Quizás algo haya ido mal.

Su voz delataba tanta aprensión como la que yo sentía, y comprendí que llevaba la pistola en la mano.

—Estamos bastante cerca del claro ya —dije—. Pronto lo sabremos. Pocos minutos después, vi el anillo de árboles en torno al claro.

—Ahí está —dije, y volví la vista hacia Lokken. Su rostro estaba congestionado a consecuencia del esfuerzo.

—Sí, ahora lo recuerdo. —Hizo bocina con las manos en torno a la boca—. Jefe! ¿Está ahí?

No recibió ni siquiera un eco como respuesta; gritó de nuevo:

—Jefe! Jefe! ¡Hovre!

Me miró, con aire iracundo y frustrado, mientras le corría el sudor por la cara.

—Maldita sea, mueva el culo, Teagarden.

Aunque tenía frío, yo también había empezado a sudar. No podía decirle a Lokken que me daba miedo entrar en el claro. El bosque parecía muy poderoso en aquellos momentos.

—Vamos, hemos visto el coche, sabemos que está ahí —dijo Lokken.

—Hay algo raro —dije. Me pareció percibir olor a agua fría. Pero no era posible.

—Venga. Vamos. Adelante.

Oí el choque de la pistola contra un árbol cuando la agitó en mi dirección. Avancé hacia el círculo de árboles; flotaba la luz en el claro, más allá de ellos.

Crucé luego por entre los árboles centinelas y entré en el claro. El deslumbramiento de la súbita luz me impidió casi ver al principio. Una columna de humo se elevaba de las brasas en el centro del claro. Avancé otro paso. Me pasé la manos por los ojos. No se oía el habitual y vibrante zumbido de los insectos.

Entonces los vi. Me detuve. No podía hablar.

Lokken irrumpió ruidosamente en el claro detrás de mí.

—Eh, ¿qué pasa? Eh, Teagarden, ¿están ahí? ¿Ha...?

Su voz cesó, como cortada con un hacha.

Comprendí por qué había vomitado Lokken cuando vio el cuerpo de Jenny Strand.

Oso Polar estaba delante, Duane detrás de él sujeto a un árbol. Estaban clavados en sus árboles, desnudos los dos, con los cuerpos ennegrecidos y colgando como frutos despachurrados.

Lokken se me acercó por detrás, emitiendo unos roncos y guturales sonidos. Yo no podía apartar los ojos de ellos. Era la cosa más salvaje que jamás había visto. Oí el ruido de la pistola al caer al suelo.

—¿Qué...? —empezó Lokken—. ¿Qué...?

—Estaba equivocado —murmuré—. Cristo, estaba equivocado. Ella ha vuelto, después de todo.

—¿Qué...? —El rostro de Lokken había adquirido una terrosa tonalidad blanca.

—No fue Duane, después de todo —dije—. Fue Alison Greening. Vinieron aquí anoche, y ella los mató.

—Cristo, mire su piel —gimió Lokken.

—Ella me estaba reservando. Sabía que podía cogerme en cualquier momento.

—Su piel...

—Ella les ha castigado por violarla y matarla —dije—. Oh, Dios mío.

Lokken medio se sentó, medio se cayó sobre la alta hierba.

—Ahora irá por la hija de Duane —dije, comprendiendo de pronto que otra vida estaba probablemente pérdida—. Tenemos que ir inmediatamente a la granja.

Lokken estaba empezando a vomitar en la hierba.

—¿Cómo pudo alguien..., alguien levantarles así a los dos...?

—Mi teoría disparatada era cierta —le dije—. Tenemos que ir inmediatamente a la granja. ¿Puede correr?

—¿Correr?

—Entonces, sígame lo más rápidamente que pueda. Baje y vaya en coche a la casa de Duane.

—...de Duane —dijo—. Luego, los ojos se le aclararon un poco, y cogió la pistola

y la agitó en mi dirección—. Espere. Usted no va a ninguna parte, ¿me oye?

Me incliné y aparté la pistola.

—Yo le he traído aquí, ¿recuerda? ¿Y cree que soy lo bastante fuerte como para levantar a esos dos y clavarles de esa manera en los árboles? Vamos, dése prisa. Si no es demasiado tarde, debemos impedir que esto vuelva a suceder.

—¿Cómo...?

—No lo sé —respondí, y me volví, alejándome de él, pero luego se me ocurrió una idea y me volví otra vez—. Déme sus llaves. Puede hacerle un puente al coche de *Oso Polar*.

Cuando llegué a la carretera entré en el coche patrulla e hice girar la llave de contacto de Lokken. El motor arrancó al instante. Me separé del coche de *Oso Polar* y mantuve a fondo el acelerador todo el tiempo.

Un tractor avanzaba lentamente por la carretera delante de la iglesia de Bertilsson; iba por el centro, ocupando parcialmente los dos carriles. Toqué la bocina, y el corpulento hombre del tractor, tocado con un sombrero de paja, agitó la mano sin mirar hacia atrás. Busqué el botón de la sirena y lo encontré. El granjero se volvió con un respingo, vio el coche y de un golpe de volante arrimó el tractor a un lado de la carretera. Toqué la bocina y le adelanté a toda velocidad.

Cuando llegué a la vieja granja, no vi nada desacostumbrado. La yegua pastaba entre las vacas, el césped permanecía destrozado y quemado. No se veía a Alison. Tragué saliva y enfilé el coche por el camino de acceso, temiendo encontrarla como había encontrado a su padre y a *Oso Polar*. Frené al llegar al césped y salté antes de que el coche hubiera dejado de moverse.

Podía olería..., podía oler a agua fría, como si acabara de dejar de llover. Mis piernas se negaban a moverse, y sentía como si el miedo hubiera depositado un bloque de hielo sobre mi estómago.

Empecé a correr por el sendero que llevaba a la casa de Duane. Sonó un portazo. Comprendí que Alison Updahl había visto llegar el coche patrulla. Apareció corriendo por el costado de la casa. Cuando me vio a mí en lugar de a *Oso Polar* o Dave Lokken, dejó de correr y permaneció vacilante en el sendero, con aire preocupado, complacido y confuso a la vez. El aire pareció tensarse, como en mi primera noche en el bosque: parecía espeso e impenetrable, cargado de malevolencia.

—¡Corre! —grité a la muchacha. Agité los brazos—. ¡Sigue!

El olor de la presa se derramó sobre nosotros, y esta vez ella lo captó, pues se volvió a medias y levantó la cabeza.

—¡Peligro! —grité, y eché a correr hacia ella.

Una ráfaga de viento me derribó al suelo con la misma facilidad con que una brisa derriba un naípe.

—Miles —dijo ella—. Mi padre no...

Antes de que pudiera decir *ha vuelto a casa*, vi a otra mujer, una mujer más pequeña, aparecer momentáneamente en el sendero detrás de ella. Se me heló el

corazón. La nebulosa segunda muchacha estaba en pie, con las manos en las caderas mirándonos a los dos. Se desvaneció al instante. Alison Updahl debió de haber sentido alguna partícula de la fuerza de la otra, y volvió el busto para mirar hacia atrás. Vi cómo comenzaba a brotar el terror en ella..., era como si la vida y la voluntad la hubiesen abandonado súbitamente. Había visto algo, pero yo no sabía qué. Me levanté del polvo y las piedras del sendero.

—¡Huye! —le grité.

Pero era demasiado tarde. Estaba demasiado aterrada por lo que había visto, fuera lo que fuese, y no podía moverse.

—¡Alison! —grité, y no me estaba dirigiendo a la muchacha viva—. ¡Déjala en paz!

Se oyó un zumbido, semejante al que produciría un tifón, producido por una súbita y violenta ráfaga de viento. Me volví en la dirección del ruido y noté que Alison Updahl, aturdida como un pájaro ante una serpiente, se volvía también lentamente. En las largas y aplastadas hierbas próximas a la carretera, el viento estaba tallando grandes círculos. Hojas y ramitas empezaron a volar juntas. En la carretera, piedras y trozos de asfalto se elevaron y volaron hacia los círculos de la hierba.

Llamé a Alison Updahl.

—Ven hacia mí.

Ella dio un paso con espasmódico esfuerzo. Tropezó. El aire estaba lleno de diminutos trozos de madera volantes, de hojas que giraban vertiginosamente.

Corrí hacia ella por entre la turbonada de hojas. Se había caído en el sendero, y una lluvia de hojarasca y piedras se derramaba en cascada sobre ella. La cogí de la mano y la hice ponerse en pie.

—He visto algo —murmuró.

—Yo también lo he visto. Tenemos que huir.

El vertiginoso torbellino estalló. La mayoría de las hojas y las ramitas que llenaban el aire fueron dispersadas súbitamente y cayeron a tierra por toda la zona que se extendía entre las dos casas. Sólo permaneció una alta y esquemática superestructura, un vago esbozo de marrón y verde, y, luego, se dispersó también. Unas cuantas piedras chocaron entre sí a nuestro alrededor. El ruido de aire ululante, como si nos encontráramos en medio de un huracán, continuó con nosotros. Grandes círculos comenzaron de nuevo a marcarse en la hierba.

Alison Updahl abrió la boca, pero no podía hablar.

La cogí más firmemente de la mano y eché a correr. Mientras bajábamos apresuradamente por el sendero, llegó Dave Lokken en el coche de *Oso Polar*. Tenía todavía el aspecto de un hombre emergiendo de una borrachera de tres días. Nos miró a la muchacha y a mí mientras corríamos en dirección a él.

—Eh —dijo—. Tenemos que recoger esos cadáveres...

El círculo que giraba sobre la hierba se movió hacia él. Luego, vi la figura de la

chica que había visto aparecer en el sendero, todavía nebulosa, junto a su coche. Inmediatamente, saltaron hechos añicos los dos parabrisas. Lokken lanzó un grito y se tapó la cara con las manos. Una fuerza que yo no podía imaginar le arrancó del asiento del coche y le precipitó al exterior por la abierta ventanilla. Rodó sobre la gravilla del camino. Estaba sangrando por la nariz.

Traté de llevar a Alison Updahl hacia el campo lateral, ya que veía la inutilidad de intentar ocultarnos en la casa. Habíamos avanzado tres pasos, yo estirando y ella tropezando, cuando nuestras manos fueron violentamente separadas, y un viento que hedía a tumba y a carne putrefacta me arrojó a un lado y me golpeó contra el árbol en que mi abuelo solía colgar su guadaña. Algo empezó a moverse a través de la hierba en dirección a Alison Updahl.

Era como si la corteza del mundo hubiera sido arrancada, como si se hubiera desprendido con todo lo que contenía, casas, árboles, perros, personas, empleos, luz, y sólo quedara la vida más oscura y primitiva, lo que permanece cuando todo lo comprensible y habitual, la corteza, ha sido arrancado y lo que emerge es lo que se ve al levantar una piedra ancha y lisa en el bosque. Lokken, tendido en las gruesas enredaderas detrás de mí y sangrando aún por la nariz, vio lo que yo veía y volvió a gritar. Me di cuenta de que se estaba tapando los ojos.

Alison llegó al porche y se precipitó en el interior. Lo que la seguía fuera lo que fuese, se desvaneció como un tiznón en una lámina de cristal.

Un surtidor de objetos —hierba, hojas, guijarros— se elevó del césped y se estrelló contra el costado de la casa.

Quedaba una lata de gasolina en el garaje. La vi mentalmente y sentí la forma en que el asa encajaría en mi mano, y, sin saber qué haría con ella ni en qué me podría servir, corrí al interior del garaje y la levanté. Estaba llena, como ya sabía yo que estaría. El peso del líquido pareció arrastrarme de nuevo afuera, como si me empujara por una pendiente.

Caminé hacia la casa. Ya has hecho esto una vez, me dije, lo hiciste anoche: pero sabía que junto a la presa yo había estado dispuesto a morir y ahora no lo estaba. Volví la vista hacia Lokken; estaba agachado entre las hierbas en que había caído, emitiendo sonidos guturales. Tenía la camisa de uniforme cubierta de sangre. No llegaba ningún sonido de la casa. Tuve una súbita visión mental del pobre Duane, del pobre *Oso Polar*, prendidos como frutas en los árboles, con la piel blanca y negra, y una obligación con el pasado —un sentimiento semejante al amor— me impulsó hacia delante.

El olor era como el del agua de las tumbas y cubría el porche. La lata de gasolina me pesaba en la mano. Entré en el cuarto de estar. Todo parecía diferente. Estaba todo allí, nada había sido movido, pero la habitación que yo había preparado para Alisen Greening era ahora más oscura, más sórdida, más desaliñada; manchas de agua cubrían las paredes. El olor era dentro más intenso que en el porche. Alison Updahl estaba acurrucada en una silla, con las piernas recogidas ante el pecho, como

si se dispusiera a rechazar a patadas a cualquier cosa que se le acercase demasiado. Creo que no me vio. Su rostro era un escudo blanco y hermético. Lo que ella había visto al volverse en el sendero era lo que habíamos visto Lokken y yo cuando nos dirigíamos hacia la casa.

—No dejaré que te coja —dije—. Voy a sacarte.

Era sólo ruido. Oí romperse las ventanas de toda la casa. La muchacha que tenía delante se encogió convulsivamente, desorbitados los ojos.

—Levántate —dije.

Ella bajó las piernas e intentó levantarse de la silla. Viendo que podía moverse, me volví y empecé a regar gasolina por la habitación. *Si tenemos que ir por aquí, pensé, será mejor que...* Vi los cuerpos clavados en los árboles. Regué los muebles y salpiqué también de gasolina la pared trasera.

Ella estaba allí, lo sabía; percibía su presencia en la casa. Esta percepción de una fuerza hostil era la que había tenido aquella primera noche en el bosque. Alison Updahl estaba en pie, con los brazos extendidos ante sí como los de una ciega. El suelo de la habitación se hallaba cubierto de una capa de suciedad; vi un triángulo de musgo brotando en un rincón del techo.

Luego, vi una sombra dibujarse en la pared rociada de gasolina. Pequeña, informe, pero esencialmente humana. Dejé caer la vacía lata de gasolina, que repiqueteó en el suelo. Afuera, una rama golpeó contra las blancas tablas.

—Miles —dijo Alison Updahl en voz muy baja.

—Estoy aquí. —Inútiles palabras de consuelo.

Las hojas presionaron contra la rota ventana de la cocina y penetraron en el interior. Las oí agitarse en el aire corrompido.

La sombra dibujada en la pared se iba tornando más oscura. Cogí el extendido brazo de la muchacha y la atraje hacia mí. Sus párpados se agitaban espasmódicamente, pero pude verle las pupilas.

—Ese olor...

Estaba al borde de la histeria, se le notaba en la voz. Movié la cabeza y vio la sombra, marcada cada vez con más intensidad en la pared. El suelo se movía en círculos.

—Voy a encender una cerilla —dije—. Cuando lo haga, quiero que salgas corriendo al porche y saltes a través de la rejilla. Está llena de agujeros, es débil. Luego, sigue corriendo.

Ella estaba contemplando con horror cómo se oscurecía paulatinamente la mancha. Abrió la boca.

—Una vez desenterré una vaca... después de haberla enterrado...

La sombra era tridimensional y sobresalía de la pared como un relieve. El podrido aire estaba lleno del susurro de hojas. Con una parte de mi mente pensé que parecía como si la habitación hubiera sido sacada de las aguas de un río desbordado. Tensé mi brazo en torno a los hombros de Alison Updahl. Ella parecía no respirar

apenas.

—Sal ahora —dije—. Rápido.

La empujé hacia el porche. Me temblaban los dedos. Arranqué cinco o seis cerillas del estuchito y logré rascarlas contra la lija. Se encendieron, y las arrojé hacia la trasera de la habitación.

Se produjo allí una explosión de luz y calor. Por debajo del sibilante sonido de la gasolina ardiendo, oí el ruido de la rejilla del porche al atravesarla Alison.

Frente a mí, al otro lado de la habitación, no había ningún círculo móvil sobre la hierba, ninguna alta estructura de ramas, ninguna cosa oscura surgida de debajo de la corteza del mundo, sino

una persona viva. De haber estado más cerca de ella quizás hubiera podido ver las vetas y las imperfecciones, la tosca nervadura de una hoja o la decoloración en el blanco de un ojo, pero desde donde me encontraba ella ofrecía el mismo aspecto que había tenido en 1955, una perfecta muchacha de carne y hueso. Aun entonces, me cortó el aliento, mientras el fuego avanzaba hacia nosotros. Era aquel rostro compuesto de mil mágicas complicaciones. Ni un hombre entre cincuenta podría haberla mirado sin aflicción... por el dolor que conocería, por el dolor que causaría.

Ella no sonreía, pero era como si lo hiciese. Su gravedad, la grave compostura de su rostro semejante, puede lograrlo. Tras su figura menuda y esbelta, el fuego ascendía a lo largo de la pared. El calor me abrasaba la piel.

Con inmóvil fascinación, vi que el fuego prendía en las yemas de los dedos de una de sus manos. Sin pasión, con una serena gravedad que prometía más de lo que yo podía conocer o comprender, ella me retenía con los ojos y con el rostro.

Arriba, la casa cedió con un ruido como un suspiro. El fuego ascendió en una llameante columna anaranjada por la estrecha escalera. Retrocedí, alejándome de las llamas. Tenía las cejas chamuscadas; sabía que mi rostro estaba quemado como por la acción del sol.

Mientras ella, o lo que parecía ella, me miraba, comprendí que estaba siendo concluido un contrato. Comprendí que ella preferiría tenerme muerto, pero que la hija de Duane, su tocaya, era la razón por la que yo viviría. Ahora estaba ardiendo ya toda su mano, perdida en el centro de un fulgurante círculo de luz. Sí, había un contrato: yo no lo comprendí plenamente, nunca lo comprendería, pero estaba ligado a él.

Me dejó retroceder hasta la puerta. La expresión del rostro, tan semejante a su rostro, no había variado lo mas mínimo. El calor era insoportable, letal; me volví y eché a correr, huyendo de la sensación de sometimiento tanto como del fuego.

Como la Casa Soñada de Duane, la vieja granja estaba ardiendo a mi espalda, y cuando me volví para verla consumirse vi que también era una casa soñada. Sentía como si una parte de mí continuara en su interior. Estaba ligado a ella, ligado de por

vida a ella, como lo había estado durante veinte años. Siete horas antes yo creí haber llegado a una nueva acomodación, y ahora veía —todavía comprendiéndolo sólo a medias— que todas las acomodaciones son la misma acomodación. Me sentía simultáneamente más pesado y más ligero, con el rostro abrasado y recuperada nuevamente la vida con las responsabilidades que siempre había tenido, porque yo era, simplemente, la persona que las tenía. La hija de mi primo se hallaba en pie delante de los nogales, mirándome con incredulidad. Cuando advertí la expresión de sus ojos, empecé a temblar más perceptiblemente. Me volví hacia la casa. Dave Lokken yacía sollozando detrás de nosotros.

Pensé en ella allí dentro. Toda la parte superior y la trasera de la casa estaban distorsionadas por las llamas. Yo me había reído de Duane sin darme cuenta de que también yo tenía una casa soñada; y él había pagado por mis ilusiones la noche en que más fuertes eran en mí.

—Había una..., una persona ahí dentro —jadeó Alison Updahl—. Creía que ibas a morir.

—Y yo creía que ibas a morir tú —respondí—. No sabía que podía realmente hacer algo para impedirlo.

—Pero has podido.

—Estaba aquí. Eso era suficiente.

La casa entera se hallaba ahora envuelta en llamas, que crepitaban con vasto y devorador sonido. Ella se me acercó.

—He visto algo horrible —dijo—. Miles...

—Nosotros también lo hemos visto —le dije, interrumpiendo su entrecortada exclamación al recordarlo—. Por eso está ése así.

Miramos los dos a Lokken, que estaba ahora arrodillado y mirando a la casa con ojos enrojecidos y estupefactos. Tenía la camisa cubierta de sangre y vómito.

—Si no hubieras llegado tan a tiempo...

—Habrías muerto. Y yo también. Eso era lo que ha estado pasando.

—Pero ahora esa... *persona*... no volverá.

—No lo sé —dije—. Creo que no. Por lo menos, nunca volverá así.

La casa entera se hallaba próxima a desplomarse, y yo notaba el calor quemándome la cara. Tenía que sumergirme en agua fría. Se me estaban formando ampollas en las palmas de las manos. Tras las llamas, el viejo edificio era tan esquelético que parecía como si pudiera flotar.

—Cuando desenterré a nuestra vaca era el mismo olor —dijo Alison—. El mismo olor de ahí dentro.

Tablas y vigas comenzaron a desplomarse. El porche entero se inclinó contra el muro de llamas, suspiró como un niño cansado y se derrumbó en silencio.

—Si no vuelve así, ¿como volverá?

—Como nosotros— respondí.

—Tu padre y yo la amábamos —dije—. Supongo que él la odiaba también, pero te puso a ti su nombre porque primero la amó, antes de odiarla.

—Y la mató él ¿verdad? —preguntó—. Y te echó la culpa a ti.

—El solamente estaba allí. En realidad fue el padre de Zack. Él la mató.

—Sabía que no eras tú. Quería que me lo dijese, allí en la presa. Creía que era mi padre. —Vi que le temblaba la garganta—. Me alegro de que no fuera él.

—Sí.

—Me siento... entumecida. No puedo sentir nada aún.

—Lo sé —dije.

Los lados de la casa estaban todavía en pie, enmarcando dos espacios abiertos de rugiente fuego. En el centro de una cortina de llamas permanecía inmóvil una sombra, una breve columna de humo. Dave Lokken se puso en pie, tambaleándose.

—¿Está mi padre...? —Me cogió una mano, y la suya estaba helada.

—No llegamos a tiempo —dijo—. Lokken y yo encontramos a tu padre y a *Oso Polar*. En el bosque. Ojalá hubiéramos podido hacer algo. Lokken los traerá.

La sombra que yo estaba mirando mientras ella se abrazaba a mí se oscureció en medio del fuego. Sus lágrimas cayeron sobre la irritada piel de la base de mi cuello.

La llevé a mi coche. No podía permanecer allí por más tiempo. Con una expresión de estupor en los ojos a consecuencia de la conmoción sufrida, Lokken nos miró mientras entrábamos en el «VW». Me daba cuenta de que también nosotros nos hallábamos aún bajo los efectos de la conmoción. Me dolían las manos y la cara, pero yo no podía sentir aún el dolor, era sólo una abstracción de dolor. Puse marcha atrás por el camino y me detuve para mirar por última vez a la casa. Adiós, abuela; adiós, casa soñada; adiós sueños; adiós Alison. Hola. Adiós. Adiós Alison. Que volvería... como un gesto visto en una calle abarrotada, o como un retazo de música oída por una ventana abierta, como la curva de un cuello y la presión de un par de manos, o como una niña. Que estaría siempre con nosotros. Varios vecinos se acercaban lentamente por la carretera, algunos de ellos andando, llevando en la mano trapos de cocina o herramientas, algunos saliendo de sus furgones con semblantes tensos y preocupados. Red y Tuta Sunderson avanzaban lentamente sobre el césped en

dirección a Dave Lokken. La vieja granja estaba casi totalmente destruida, y las llamas eran bajas. Hice retroceder el coche por entre la gente y lo enfilé por la carretera, en dirección al valle.

—¿Adonde vamos? —preguntó Alison.

—No lo sé.

—¿Está realmente muerto mi padre? —Se llevó los nudillos a la boca, sabiendo la contestación.

—Sí. Y también *Oso Polar*.

—Creía que era él el que..., el que mató a esas chicas.

—Yo también lo creí durante algún tiempo —dijo—. Lo siento. También *Oso Polar* lo creyó de mí durante algún tiempo. Fue él quien finalmente me puso la idea en la cabeza.

—No puedo volver, Miles —dijo ella.

—Muy bien.

—¿Tendré que volver?

—Puedes pensártelo —respondí.

Yo estaba simplemente conduciendo un coche. Durante un rato su llanto fue un ruido húmedo a mi lado. La carretera parecía serpentear en dirección general hacia el Oeste. Yo sólo veía granjas y una carretera serpenteante delante de mí. Después de este valle habría otro, y otro después. Los árboles crecían aquí más próximos a los edificios.

Ella se irguió en el asiento, a mi lado. Ya no había más ruidos de llanto.

—Sigamos —dijo—. No quiero ver a Zack. No puedo verle. Podemos escribir desde dondequiera que vayamos.

—Muy bien —dije.

—Vamonos a algún sitio como Wyoming o Colorado.

—Lo que tú quieras —dije—. Haremos lo que tú quieras.

La curva de un cuello, la presión de un par de manos, el gesto familiar de un brazo. Las ampollas de mis manos comenzaban a doler realmente; los nervios de mi rostro comenzaban a transmitir el dolor de quemadura; estaba empezando a sentirme mejor.

En la siguiente curva del valle, el coche retembló, y se paró el motor. Me oí a mí mismo soltar la carcajada.